LA CAÍDA DEL CIELO: LIBRO 2
TODOS LOS DEMONIOS DEL CIELO
MIRIAM MOSQUERA

Miriam Mosquera

Todos los Demonios del Cielo

Faeris

Para Lidia.
Por no dejar que me rinda

Trigger warnings

Sangre, lesiones o mutilaciones; violencia sexual;
violencia o torturas; muerte, asesinato.

Los señores del Infierno son por todos conocidos,
no repitas sus nombres si quieres seguir vivo.

Shin es el rey de las tormentas, que tenga cuidado quien mienta.

Resh está hecho de fuego, no hay más que llamas en su cuerpo.

¡Cuidado con Nuun, que con tres ojos puede verte!
¡Cuidado con Nuun, que puede poseerte!

Vav puede provocar dolor, romperte un hueso o detener tu corazón.

Tzadi es como un hechicero, y con su magia hace realidad
tus más profundos miedos.

Yud no tiene poder, dicen que se lo quitó Luzbel.

Prólogo

Cielo

El silencio que dejó la desaparición de los ángeles era una herida abierta en el Cielo. Ya no se escuchaba el sonido que provocaba el roce de las plumas de sus alas, ni la música de sus trompetas, ni aquella risa hecha de campanas y cascabeles capaz de sanar cualquier herida. Tampoco había sueños, y todo lo que una vez había brillado con fuerza fue de repente opacado por las sombras.

El Cielo no era más que un bastión abandonado tras una guerra cruenta, un lugar inhóspito y solitario que lloraba piedras preciosas de tristeza, un paraíso perdido para los demonios y una esperanza asesinada para los humanos. Pero, antes de la Caída, el Cielo lo había sido todo.

Las sagradas escrituras decían que en él había reinado la luz, una luz intensa y cegadora capaz de derretir un corazón congelado; tan poderosa que las sombras no tenían valor suficiente para enfrentarse a ella. Sus bosques estaban hechos de jaspe, zafiro, ágata, esmeralda, diamante y amatista; los edificios de la Ciudad Celestial, del caelestum más puro. El Cielo era hermoso y perfecto, pero nada de lo que allí había podía competir en belleza con sus habitantes, las criaturas que poblaban las calles de aquel vergel y cortaban el aire con su vuelo, la obra favorita del Creador: los ángeles.

Desde los serafines de miles de ojos hasta los humildes mal’akh, todos ellos llenaban el Paraíso con su deslumbrante blancura y su flameante gloria, convirtiéndolo en un hogar en el que la paz era patria y la concordia, bandera. Eran los ángeles, bendecidos con poderosas gracias, los

encargados de hacer realidad los sueños del Creador. Eran ellos, organizados en una marcada jerarquía, los que disfrutaban de los placeres de un Paraíso que había sido creado a su medida.

Aquel amanecer, mucho antes de que el manto de la guerra lo oscureciera todo, tres de esos ángeles avanzaban a través de uno de los bosques que rodeaban la Ciudad Celestial. Caminaban sigilosos entre árboles de frutos dorados, las alas níveas recogidas a la espalda. Vestían la túnica blanca de los mal'akh, los ángeles de rango más bajo; la cadena de oro que decoraba sus tobillos también los señalaba como tal. Lo único que se escuchaba era el agua del arroyo que cantaba a su lado, el viento meciendo las copas de los árboles. Las flores crecían a su alrededor en todos los tamaños y colores, a excepción del negro, ya que este representaba una oscuridad que no se atrevía a brotar en un lugar en el que la claridad manaba a borbotones. A lo lejos, los edificios retorcidos de caelestum reflejaban la salida del sol como si llevaran puestas armaduras de oro, destellando entre unas nubes que hacían de murallas para la Ciudad Celestial.

—Cuidado —susurró el que iba en cabeza, de cabello oscuro y ojos castaños, deteniendo de golpe sus pies descalzos—. ¿Escucháis eso?

Aunque los otros dos se quedaron quietos, tensos y a la espera, pasaron varios segundos sin que ningún sonido les sorprendiera. Uno de ellos, pálido y de ojos rasgados, suspiró con cansancio.

—Yud —musitó—. Estás perdiendo la cabeza.

—¡Mira quién fue a hablar! —le respondió el otro. De piel negra y hombros anchos, llevaba el pelo peinado en pequeñas trenzas—. Hace un rato nos has hecho desviarnos porque estabas seguro de que había una trampa entre los árboles.

—Es que había una trampa.

—No, no la había.

—Sí que la había, y si no hemos caído en ella, ha sido gracias a mí.

—Eso es absurdo.

—¿Sabes qué es absurdo? Esta maldita prueba. No quiero usar mi poder contra vosotros, ni siquiera a cambio de ascender.

—¿Cuestionas acaso las decisiones de los arcángeles?

—Resh, Shin —los cortó Yud, convirtiendo sus nombres en dardos—. Callaos.

Los otros dos ángeles intercambiaron una mirada cómplice, pero Yud entornó los ojos y los ignoró por completo.

Aunque todos estaban nerviosos, ninguno de sus compañeros cargaba con tanta presión como él. Resh y Shin sabían que dejarían de ser mal'akh, que los llevarían a entrenar con los arcángeles; que la última prueba de la Ascensión era un mero trámite. Yud, por el contrario, podía seguir siendo un sirviente para toda la eternidad.

—Yud —dijo Shin—. Aunque no superes la prueba de hoy, has conseguido otros méritos.

—De hecho —añadió Resh— fuiste el primero en la prueba de velocidad. ¡Ninguno de nosotros vuela tan rápido como tú! Si hoy quedas el último…

—Si hoy quedo el último —le interrumpió Yud, girándose hacia él—, no tendré los méritos suficientes para superar la Ascensión, por lo que tendré que seguir siendo un mal'akh y no podré ir a la Tierra. Los arcángeles fueron muy claros cuando anunciaron que esta era la prueba más importante de todas. No hay nada que hacer.

Justo en ese momento, lo escucharon. El crujido de una rama. Alguien acechándolos. Solo tuvieron un instante para reaccionar antes de que tres ángeles de túnicas blancas cayeran sobre ellos desde las copas de un árbol cercano. Llevaban las alas extendidas y la piel brillando en oro.

—¡Atacad! —gritó Yud—. ¡Rápido!

Los tatuajes de Resh y Shin estallaron, convirtiendo sus pieles en hermosas joyas grabadas. El bosque se transformó en un improvisado campo de batalla. Resh comenzó a lanzarle bolas de fuego a Nuun, que aparecía y desaparecía a la misma velocidad de la luz. Shin, a su vez, intentaba alcanzar con sus relámpagos a un escurridizo Vav.

Yud se quedó tras ellos, observándolos con una mezcla de orgullo y envidia. Eran sus hermanos, y eran poderosos. Todos merecían que los arcángeles los ascendieran, que el Creador los dejara participar en esa misión en la que tanto se estaba esforzando. Todos merecían dejar de vivir sometidos.

Se dio la vuelta en un rápido movimiento, evitando así que una de las bolas de fuego de Resh le quemara las alas, y sus ojos se encontraron con una mirada de hielo que conocía muy bien: la de Tzadi.

—Hola, Yud —le dijo esbozando una fría sonrisa.

Yud guardó silencio y lo observó durante unos segundos. Tzadi tenía las alas abiertas, el blanco salpicado con algunas plumas doradas, el pelo negro. Su piel estaba cubierta de tatuajes de oro que gritaban que su poder estaba encendido, que podía atacar en cualquier momento. Solo su rostro permanecía intacto.

—Tzadi, no —musitó Yud. Su hermano le había contado cientos de veces lo que estaba dispuesto a hacer cuando se enfrentaran a la última prueba de la Ascensión, y eso le aterraba—. Por favor.

Los mal'akh continuaban luchando a su espalda, esforzándose por demostrar su valía con el bosque como testigo. Yud escuchaba sus gruñidos, sus ataques, sus gritos de emoción. Escuchaba todo aquello que los arcángeles buscaban y que él jamás sería capaz de darles.

—Tengo que hacerlo —replicó Tzadi.

Yud apretó los puños cuando los tatuajes del mal'akh brillaron con más fuerza y, en la palma de su mano, apareció una pequeña esfera que ardía como una estrella. Sabía que Tzadi era capaz de crear cosas extraordinarias, de moldear el universo a su antojo, y no podía dejar que hiciera ninguna tontería. Tenía un gran futuro por delante, no podía permitir que le pasara lo mismo que a él.

Cerró los ojos un segundo e hizo un esfuerzo por llamar a su propio poder, suplicándole en silencio que trajera el oro a su piel. Sin embargo, no ocurrió nada. Hacía años que en su interior solo bullían la vergüenza y la humillación de sentirse diferente, defectuoso. Su gracia se había apagado tras aquello que le había pasado, tras lo que le habían hecho, y no había vuelto a ser el mismo.

—Si no lo hago —le dijo Tzadi, obligándole a abrir los ojos de nuevo—, no dejarás de ser un mal'akh y no podrás venir con nosotros a la Tierra. No puedo permitir que te quedes atrás.

—Y yo no puedo permitir que te arriesgues por mí. Los arcángeles están supervisando la prueba. Si descubren que…

—Yud —insistió Tzadi—. Yo ya tengo asegurado el ascenso, tengo más méritos que ningún otro mal’akh. ¡Soy el más poderoso de todos! Tú eres el que corre peligro hoy.

Yud abrió la boca para replicar, pero un grito a su espalda le sobresaltó. Giró sobre sí mismo justo en el momento en el que Nuun aparecía frente a Resh y lo apuñalaba en el abdomen con una daga de diamante. La pureza de la túnica de Resh se tiñó enseguida de rojo; sus ojos, de rabia, dolor y sorpresa.

—¡No es justo! —gritó, llevándose las manos a la herida—. ¿De dónde has sacado esa daga?

Yud observó como se apagaban los tatuajes de su compañero mientras pensaba en lo que significaba la victoria de Nuun. El caelestum que los ángeles tenían en la sangre los hacía inmortales, así que las heridas que se hicieran en aquella prueba se curarían con rapidez, y solo afectarían a los méritos que entregaran. Como serían pocos, Resh bajaría del segundo puesto en la Ascensión, lo que le daría una tarea de menor importancia en la misión a la Tierra. Sin embargo, seguiría estando dentro. Solo aquellos mal’akh que no tuvieran los méritos suficientes, como él, se quedarían fuera.

Cerró los puños con fuerza y, al volver a darse la vuelta, Tzadi movió el brazo. Cuando Yud se dio cuenta de lo que estaba haciendo, ya era demasiado tarde. La estrella que flotaba sobre la palma de su mano dio un par de giros y voló para estrellarse contra la pierna del propio Tzadi.

—¡No! —exclamó Yud al ver el fogonazo de luz.

—¡Lo sabía! —le gritó Tzadi cuando el brillo de la estrella se extinguió. La sangre le manchaba la piel y el dolor le aprisionaba la voz—. ¡Sabía que ocultabas algo!

Yud se apresuró a acercarse a él. Un nudo hecho de enfado y confusión le aprisionaba la garganta. La piel de su hermano y amigo, quemada y en carne viva, se había convertido en una desagradable mezcla de rojo y negro.

«Se ha atacado a sí mismo —pensó con el estómago revuelto—. El muy idiota se ha atacado a sí mismo».

—¿Qué has hecho? —le preguntó en un susurro al ver que los tatuajes le desaparecían de la piel—. ¿Te has vuelto loco?

—En realidad siempre lo he estado —replicó Tzadi, bajando la vista para inspeccionarse la herida—. Y cierra la boca, Yud, que das mala suerte.

En ese momento, Shin lanzó contra Vav un relámpago que por fin consiguió tirarlo al suelo y hacerle rodar sobre la hierba como si sus alas hubieran quedado inutilizadas.

—¡Gané! —gritó Shin, alzando las manos en un gesto victorioso—. ¡Por fin!

El sonido de unas trompetas rompió el silencio del bosque, anunciando el final de la prueba. Los seis mal'akh se miraron entre ellos. Tres habían ganado, tres habían perdido. Y, para sorpresa de todos, Yud estaba entre los primeros.

«Los arcángeles van a descubrirnos —pensó—. Los arcángeles van a castigarnos».

Y, como si su miedo los hubiera invocado, tres pares de alas blancas aparecieron en el cielo para cubrirlo de perfección. Poco a poco, tres figuras fueron bajando, en círculos, dibujando un bello e hipnótico baile. Cuanto más se acercaban, más se aceleraban los latidos del corazón de Yud.

«No —suplicó en silencio—. Por favor».

Cuando los recién llegados aterrizaron con sus túnicas de oro, los mal'akh agacharon la cabeza para rendirles un respetuoso homenaje. Yud fue el único que se quedó quieto, rígido, un fuego intenso quemándole las entrañas. No podía apartar la vista del más alto de los señores del Cielo, el más hermoso, el que le había destrozado.

Miguel.

—Enhorabuena, mis humildes mal'akh —dijo el arcángel. Tenía los párpados teñidos de oro, a juego con el brillo que le acariciaba la palidez de los pómulos y las cortinas de pelo ondulado que le enmarcaban el rostro—. Los designios del Creador son insondables y sus caminos, inescrutables. Pese a ello, estoy convencido de que hoy se siente muy orgulloso de vosotros.

Miguel recogió las alas y comenzó a caminar con lentitud, haciendo un recuento silencioso de los mal'akh heridos. Yud apretó la mandíbula con rabia. No quería tenerlo cerca. No quería que volviera a hacerle daño.

—Impresionante —comentó el arcángel, observando con admiración la daga de diamante que atravesaba el abdomen de Resh—. Gabriel, Rafael, venid a ver esto.

Los otros dos arcángeles, que hasta ese momento habían permanecido en segundo plano, se acercaron. Gabriel, que se situó a su derecha, tenía los labios pintados de oro, la piel negra y unos ojos almendrados que parecían hechos de ámbar. Rafael, a su izquierda, era todo cobre y canela, fuego y carbón, furia y sospecha.

—¿La has invocado tú? —le preguntó Rafael a Nuun señalando la daga de diamante.

La mandíbula cuadrada de Nuun se crispó, como si no quisiera responder a esa pregunta, pero terminó cediendo. En el verde oscuro de sus ojos había una sincera y clara decepción; la resignación de quien sabe que está obligado a decir la verdad.

—No —respondió—. Fue un regalo de Tzadiel.

Nuun señaló a Tzadi y los tres arcángeles, muy interesados, se giraron hacia él. Al ver que estaba herido, fruncieron el ceño y se acercaron. Miguel ni siquiera se dignó a mirar a Yud, de pie a su lado, como si no quisiera que se sintiera merecedor de su trato.

—¿Quién te ha ganado, Tzadiel? —le preguntó el arcángel—. Has superado todas las pruebas con destreza y eres el primero en méritos. No esperaba que fueras a fallar en esta.

Tzadi se quedó callado unos segundos, algo cohibido por la cercanía de los señores del Cielo, pero después desvió la mirada hacia Yud. El mundo entero tembló bajo los pies de este cuando sus superiores repararon por fin en su presencia. No se sentía capaz de defender la mentira delante de Miguel.

—Yudiel —dijo este, paladeando su nombre—. Qué sorpresa. Al contrario que Tzadiel, no has destacado en ninguna de las pruebas de la Ascensión y, por tanto, has obtenido muy pocos méritos. Estabas fuera de la misión.

—En la prueba de velocidad quedó el primero —apuntó Vav a su espalda. Nadie le hizo caso.

—Esto cambia bastante las cosas —dijo Gabriel, observando a Yud con interés—. Si no me equivoco, los méritos obtenidos por ganar a Tzadiel en esta prueba te permitirían ascender junto a tus hermanos.

—¿Has estado reservando tu poder para la última prueba, Yudiel? —quiso saber Rafael—. ¿O nos estás ocultando algo?

Yud notaba la boca seca, los latidos de su corazón desbocados. Quería echar a volar, batir las alas e irse lejos, muy lejos de allí. Quería gritar por culpa del dolor de los recuerdos. ¿Sabría Miguel lo que sus acciones le habían provocado? ¿Lo sospecharía siquiera?

—Yo…

—La verdad es que ha sido increíble —le interrumpió Tzadi, dolorido—. Me había confiado. Sabía que ganaría la batalla y, de repente, ¡pum! Un fogonazo de luz quemándome la pierna.

—Cállate —le ordenó Rafael. El recelo asomaba por sus ojos oscuros.

Yud sentía la garganta bloqueada. Su lengua se negaba a reaccionar. Lo único en lo que podía pensar era en la palabra «mentira», que se repetía en su mente una y otra vez.

—¿Podrías hacerlo de nuevo? —le preguntó Miguel. Aunque el verde de sus ojos era suave, Yud lo sintió afilado y ardiente—. El ataque a Tzadiel. ¿Podrías repetirlo frente a nosotros?

Todos sus compañeros se quedaron quietos, en silencio, sin atreverse siquiera a respirar. Sabían lo que Tzadi había hecho, y también sabían que, si los arcángeles lo descubrían, habría consecuencias.

—La verdad es que…

—No sé si sabéis —le cortó Rafael— que la sangre de las heridas que se hace uno mismo no huele igual que la sangre de las que nos hacen otros.

A Tzadi se le escapó una risa burlona que murió en el tenso silencio del bosque. Yud, por el contrario, se puso muy tenso. Un invierno invisible le había congelado de repente el cuerpo y las alas.

«Lo saben —pensó—. Claro que lo saben».

—Yudiel —insistió Miguel—. Si no usas tu poder de nuevo y nos muestras lo que eres capaz de hacer, todos quedaréis expulsados de la Ascensión y condenados a ser mal’akhs para siempre.

Yud escuchó las quejas de sus compañeros, los bufidos de indignación. Sabía lo que Miguel estaba haciendo, y eso le hizo sentir más pequeño y miserable que nunca. Por mucho que quisiera, por mucho que deseara usar su poder, no podía hacerlo. Miguel se lo había arrebatado. «Quiero escucharte gritar» le había dicho una vez. Y esas tres palabras aún se repetían en sus pesadillas.

—¡Eso no es justo! —se quejó Nuun, que ya saboreaba el segundo puesto.

—¡La prueba ya ha terminado!

—No podemos…

—¡Silencio! —les cortó Rafael, mirándolos a todos con desprecio—. ¿Quiénes os habéis creído que sois?

Yud cerró los puños, intentando controlar así los nervios que agitaban sus plumas. Como mal'akhs, estaban obligados a cumplir las órdenes de los señores del Cielo. Daba igual lo que estos pidieran, las normas del Cielo eran muy claras: la voluntad de los señores del Cielo eran órdenes para ellos.

Por eso, porque no había escapatoria posible, sabía lo que tenía que hacer.

Yud se tragó el miedo y el orgullo y se puso de rodillas. Estaba dispuesto a confesar sus pecados, a pedir que solo le castigaran a él. Estaba dispuesto a dejar que Miguel, que disfrutaría viéndolo humillado, volviera a hacerle daño.

«Por mis hermanos. Por mi familia».

Sin embargo, cuando despegó los labios para hablar, un nuevo ángel aterrizó en el claro. Lo hizo con una elegancia innata, como si el viento fuera consciente de que tenía el privilegio de transportarlo. Brillaba con tanta fuerza que todos los presentes tuvieron que entornar los ojos para poder soportar su resplandor. Iba vestido con una túnica dorada, el rostro pintado con oro y los tobillos libres, así que solo podía ser un arcángel. El único que faltaba. El más perfecto y poderoso de todos.

—Luzbel —musitó Miguel—. ¿Qué haces aquí?

Luzbel avanzó hasta ellos y Yud se quedó sin respiración. Siempre lo había visto de lejos, pues solía estar junto al Creador, y se sorprendió al

descubrir que tenerlo cerca era como estar en presencia del mismísimo sol. Tenía el pelo rizado, de un brillante castaño rojizo, y los ojos de un azul tan claro que parecían dos pedazos de cielo. Los tatuajes brillaban con intensidad incluso en su rostro, bendecidos por solo acariciarlo.

Yud nunca había visto un ángel tan hermoso como él.

Yud nunca había visto nada, en todo el Universo, tan hermoso como él.

—Os dije desde el primer momento que no estaba de acuerdo con someter a los mal'akhs a esta prueba —los reprendió el arcángel, dirigiéndose especialmente a Miguel—. ¿Por qué os empeñasteis en enfrentarlos a unos contra otros? ¿En qué beneficia eso a nuestra sagrada misión?

—Tenían que demostrar la valía de sus gracias —explicó Gabriel—. El Creador especificó que solo los mejores podrían acompañarlo a la Tierra.

—Los mal'akhs son mentirosos y traicioneros —añadió Rafael—. Ni siquiera con disciplina son capaces de seguir el camino recto del Creador. No se merecen ascender, no sin haberlos enderezado antes con mano dura.

Cuando Luzbel dirigió su mirada hacia Yud, este sintió un extraño vértigo. Los ojos del arcángel eran cálidos, como un abrazo, y no pudo evitar pensar en lo diferentes que eran de los de Miguel. Le habría gustado pasar la vida entera contemplándolos, perdiéndose en sus secretos.

«Yudiel» le dijo Luzbel, extendiendo una mano hacia él. Yud tardó un par de segundos en darse cuenta de que la voz había sonado solo dentro de su cabeza, de que las palabras del arcángel habían sido un arrullo dentro de su mente. «Toma mi mano».

Aunque todo en Luzbel le hacía querer confiar, Yud dudó. No estaba bien visto que los mal'akh tocaran a los arcángeles. Miguel, además, lo estaba mirando fijamente.

Sin embargo, ¿cómo podía negarse? Luzbel tenía la piel más suave que había visto en toda su vida, una piel perfecta hecha de nácar y estrellas.

Tragó saliva y, con el corazón desbocado, le dio la mano.

«El amor —le susurró Luzbel—. El amor es la luz más poderosa de todas».

La voz del arcángel inundó su cuerpo, llenándole las venas y calentando hasta los rincones más congelados de su alma. Poco a poco, el poder dorado

de Luzbel tejió imágenes en su cabeza. Vav sonriéndole a las flores, Tzadi sacrificándose por él, Resh bromeando para hacer que se relajara. Sin necesidad de decir una sola palabra, Luzbel le recordó lo poderoso que era el amor que sentía por sus hermanos, por su familia; y lo obligó a explorar en su interior. Yud pudo sentir unos dedos invisibles buceando en su alma y, contra todo pronóstico, los dejó hacer. Era una sensación agradable, como un si un ser querido le estuviera despertando a besos, curando todo su dolor.

Y, cuando más relajado estaba, lo sintió.

Su gracia.

No fue un estallido de poder, una explosión ardiente y dolorosa, sino un ligero cosquilleo, la caricia de un amante. Los tatuajes dorados comenzaron a abrirse paso en la piel de Yud, hermosos e intricados, y él contuvo el aliento. Al reconocerse de nuevo tras años y años perdido, una sonrisa le iluminó el rostro y casi estuvo a punto de echarse a llorar.

No estaba roto.

No le habían destruido del todo.

—¡No hay mentira en su alma! —exclamó Luzbel, ayudándolo a ponerse en pie. Sus manos permanecieron unidas más tiempo del estrictamente necesario, aunque mucho menos del que a Yud le habría gustado—. Este mal'akh tiene un corazón puro, noble y lleno de amor. Tanto él como los demás ascenderán y participarán en la misión a la Tierra. Es una orden.

Los mal'akh gritaron de júbilo, entusiasmados, mientras Miguel, Gabriel y Rafael apretaban los labios. Yud, sin embargo, no pudo apartar la mirada de Luzbel. Al separarse de él, su gracia se había apagado, pero aún podía sentirla en lo más profundo del pecho. De alguna forma, y aunque sabía que aún no se había recuperado del todo, volvía a tener esperanza.

—El Creador tiene grandes planes para ti —le susurró Luzbel, guiñándole un ojo—. Estoy deseando verte brillar.

Yud, aún hipnotizado, se olvidó de Miguel, del dolor, de la Ascensión y de la misión a la Tierra. Su poder seguía ahí, no se lo habían arrebatado. Un simple roce lo había despertado. Además, también había desencadenado unos pensamientos que, para un mal'akh como él, eran un sacrilegio: ¿qué

pasaría si volvía a tocar las manos de Luzbel? ¿Qué le provocarían sus caricias? ¿Qué sentiría al besar sus labios?

—Podéis ir a descansar —les indicó Luzbel. Su mera presencia parecía iluminar el bosque, el Cielo entero—. Muy pronto recibiréis noticias sobre la sagrada misión en la que, juntos, estamos a punto de embarcarnos.

Tzadi se abalanzó sobre Yud, rodeándolo con los brazos en un gesto de cariño y felicidad, aunque él seguía perdido en los bellos rasgos de Luzbel. Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, casi sintió que el mundo se incendiaba en llamas doradas. ¿Cómo podría volver a hablar con él? ¿Cómo podría conseguir tocarlo de nuevo?

Las respuestas a esas preguntas poco importaban, porque tras la misión para la que los ángeles se estaban preparando, el orden del universo cambiaría para siempre. Ellos no lo sabían, pero el Creador había tomado la decisión de darle la vida a los humanos.

Y, con ellos, llegaría la Oscuridad.

1

Granada, veinte años después de la Caída del Cielo

Carmen

El miedo no era un sentimiento al que estuviera acostumbrada. El miedo era una sensación incómoda que comenzaba en mi estómago, como si mis entrañas se hubieran convertido en cientos de gusanos hambrientos, y luego se extendía por mi cuerpo hasta incapacitarme. El miedo me hacía pensar en todo aquello por lo que luchaba, en todo lo que podía perder: mis primas, Joaquín, Dancaire. Aleph.

El miedo no era un sentimiento al que estuviera acostumbrada, pero cuando llegué al final del túnel y vi la trampilla de madera que daba acceso a la Alhambra, lo sentí.

—¿Estás preparado? —le susurré a Pan.

A modo de respuesta, el perro me miró fijamente. En sus ojos ambarinos se reflejaba el brillo dorado de mis tatuajes, y eso me hizo pensar en Aleph. ¿Estaría ya junto a Luzbel? ¿Se habría enfadado el rey de los demonios al ver que uno de sus soldados más fieles lo había traicionado? ¿Sería verdad que pensaba volver a reunirse conmigo, que me buscaría?

«En todas las vidas y en todos los mundos».

Alcé la mano izquierda y observé el anillo de plata que decoraba mi dedo anular, el anillo que él me había regalado. Aquella pequeña joya simbolizaba tantos sentimientos, tantas promesas, que un calor intenso me invadió el pecho. En el fajín, además, tenía guardado el clavel que me había entregado cuando nos despedimos. Lo había creado yo, en el callejón del

Agua, la primera vez que nos enfrentamos; y él lo había atesorado desde entonces. Estaba seco, sin color, pero pensaba protegerlo con mi vida si hacía falta.

«Llévatelo —me había dicho Aleph al entregármelo—. Te dará suerte».

«¿Y tú? ¿No necesitas suerte?».

«Más que tú. Pero quiero irme con la esperanza de que, más pronto que tarde, volverás a traérmela».

De repente, ya no me sentía tan sola en aquella oscuridad desconocida. Por mucho que estuviéramos separados, por mucho que el destino se empeñara en ponernos trabas, éramos un equipo. Y lo seríamos siempre.

—Bien —le dije a Pan—. Pues es la hora.

Apreté con fuerza la empuñadura de Apocalipsis, la espada del arcángel Miguel, y su caelestum me transmitió una cálida descarga que hizo vibrar mi cuerpo entero. Por primera vez notaba el cosquilleo de la luz dorada de mis tatuajes subiéndome por el cuello, rozándome la comisura de los labios, arremolinándose en mis mejillas como enérgicos sonrojos. Aleph me había contado que solo los ángeles más poderosos habían tenido tatuajes en el rostro, y ahora yo era como ellos. Su luz me convertía en una peligrosa arma de oro, y me sentía como tal.

Cogí aire y, con decisión, subí las escaleras que llevaban hasta la trampilla. Después la abrí. El corazón me latía a toda velocidad porque se anticipaba al peligro. Sin embargo, lo sentí decepcionarse cuando descubrió que, al otro lado, solo había una pequeña habitación que parecía abandonada. Una estancia de altos techos de madera y paredes con yeserías.

—No hay nadie.

Me quedé quieta unos segundos, alerta, y salí del túnel. Pan me siguió. Sabía que la calma siempre vaticinaba tormenta, y la sospecha se me agarró con fuerza al estómago. La Alhambra no podía estar vacía.

—Vamos fuera —le indiqué a Pan—. Esto no me gusta.

Aunque los dos estábamos tensos, preparados para la acción, en el jardín de árboles negros que rodeaba el edificio también nos encontramos completamente solos. No parecía haber enemigos esperándome, ningún sanguinario demonio vigilando aquella entrada secreta. ¿Por qué no había guardias? ¿Acaso el plan de Aleph había surtido efecto y su vuelta junto a

Luzbel había desviado por completo la atención del rey de los demonios? Ni siquiera se escuchaba el canto mañanero de los pájaros, como si ni siquiera ellos se atrevieran a acercarse a aquella fortaleza maldita.

Levanté la espada de Miguel, tan sedienta de sangre infernal como yo, y comencé a caminar. Las iünas cubrían la fachada del edificio abandonado del que acabábamos de salir y se enroscaban con malicia en los troncos de los árboles. Cuando el brillo de mi piel iluminaba sus pétalos negros, se debilitaban al instante. Su oscuridad no era contrincante para mi luz.

Crucé el jardín dando pequeños pasos hasta llegar a una alberca. Estaba situada frente a otro edificio abandonado, el cual tenía cinco grandes arcos columnados que le servían de entrada. Sin embargo, no fue la construcción lo que llamó mi atención, sino lo que contenía la pileta.

—Es sangre —le susurré a Pan, que la olisqueó en la distancia—. Es sangre de verdad.

El líquido rojo brillaba como si estuviera hecho de rubíes derretidos; casi parecía estar suplicándome que lo tocara, que hundiera las manos en él. Con el estómago revuelto, me agaché junto al borde. ¿Era real lo que estaban viendo mis ojos o se trataba de una de las ilusiones de Tzadi? No podía fiarme de nada. En aquel palacio maldito no podía confiar ni en mi propia sombra.

Entorné los ojos y alcé la cabeza para buscar al Arlequín, preparada para enfrentarme a él, pero una voz a mi espalda me hizo olvidarlo de golpe.

—Carmen.

Si el tiempo hubiera podido detener su vertiginoso avance, lo habría hecho en ese preciso instante. Aquella forma de pronunciar mi nombre me llevó de vuelta a la infancia, a un lugar seguro, a mi familia. Las piernas me temblaron y estuve a punto de perder el equilibrio. Pan, que también lo había escuchado, comenzó a mover el rabo con entusiasmo.

—¿Dancaire? —susurré, dándome la vuelta.

Mi mentor estaba de pie, justo detrás de mí, observándome con un cariño tan cálido que lo sentí como un abrazo. Aunque su piel emitía un leve destello dorado, sonreí al reconocer los ojos marrones, la nariz ganchuda, la bandana de tela que siempre le apartaba el pelo revuelto de la cara.

—Carmen —me repitió él, esta vez orgulloso, mientras observaba los tatuajes de mi rostro—. Lo has conseguido. Has cumplido la misión que te encomendé. Estás en la Alhambra.

A pesar de que mi mentor y yo nunca habíamos sabido demostrarnos afecto, quise ponerme en pie y abrazarlo, pedirle perdón por todo el dolor que le había causado, mostrarle que había sido capaz de derribar las barreras de mi corazón. Quise decirle que sí, que lo había conseguido, que pensaba salvarlos a todos y destruir el reinado de Luzbel, pero no lo hice.

¿Cómo era posible que Dancaire estuviera allí? No podía haber escapado del Alcázar y, mucho menos, colarse en la Alhambra él solo. Tenía que ser falso, una ilusión. No era la primera vez que Tzadi me engañaba, y no estaba dispuesta a caer en su trampa. Otra vez no.

Apreté con fuerza la empuñadura de la espada, preparada para atacar, pero Pan fue más rápido que yo. El perro saltó sobre Dancaire, desesperado por conseguir su atención. Al intentar apoyar las patas delanteras en su pecho, estas lo atravesaron. Yo fruncí el ceño. ¿Desde cuándo las ilusiones de Tzadi eran incorpóreas? ¿Y por qué su piel emitía aquel suave resplandor? Más que una de las creaciones del Arlequín, aquel inesperado Dancaire parecía una alucinación.

—¿Qué eres? —le pregunté.

Dancaire miró al perro con tristeza, como si lamentara no poder tocarlo, y después clavó sus ojos en mí. Si me lo estaba imaginando, ¿por qué parecía tan real? Casi podía percibir su aroma, ese que tanto me recordaba a casa, y sentir la tristeza que había dentro de sus ojos.

—No tenemos mucho tiempo —me dijo—. He venido para llevarte hasta el tesoro de los ángeles, tienes que confiar en mí.

Entorné los ojos con desconfianza y, al volver a clavarlos en la sangre de la alberca, lo vi. Una pequeña ondulación. Un movimiento en el fondo que provocó una leve onda en la superficie. Había algo nadando en su interior.

—¡Carmen, cuidado! —me gritó Dancaire.

Unas garras rompieron la superficie de sangre y me agarraron la muñeca izquierda con una fuerza sobrehumana. Grité, intenté zafarme, pero los dedos empapados de rojo me apretaron con tanta fuerza que no lo conseguí.

—¡Suéltame! —gruñí—. ¡Suéltame, maldita!

La criatura, sin embargo, no aflojó las garras. Al contrario, tiró de mí con más fuerza, intentando llevarme con ella. Pan comenzó a ladrar.

—¡Carmen! —insistió Dancaire—. ¡Corintios 16:13: «manteneos alerta, permaneced firmes en la fe, sed valientes y fuertes»!

Algo dentro de mí encajó de repente, como si acabara de encontrar una pieza que llevaba tiempo perdida, y entonces lo entendí. Aunque aquel Dancaire solo fuera un delirio de mi propia mente, una creación fruto del miedo y la impotencia que me provocaba enfrentarme sola a los peligros de la Alhambra, tenía que aprovecharlo. Mi mentor estaba allí conmigo, dándome aliento como cuando era una niña, instándome a continuar. Y eso me hacía aún más fuerte.

Levanté la espada de Miguel y, sin dudarlo un segundo, le corté la mano a la criatura. Era la primera vez que usaba aquella arma para atacar a un enemigo, la primera vez que la sentía mía. Y, para mi sorpresa, respondió a la perfección.

El filo de caelestum cercenó la carne con una sorprendente facilidad, y el miembro mutilado cayó en el interior de la alberca haciendo un ruido sordo. La criatura soltó un grito de dolor que se me clavó en los oídos y se desvaneció en el fondo como un pez herido.

—Estoy bien —le dije a Pan, que se había acercado hasta mí cuando, con la respiración entrecortada, me aparté de la pileta—. Estoy bien.

—Tenemos que marcharnos —me advirtió Dancaire.

Pero era demasiado tarde.

De la sangre de la alberca comenzaron a emerger criaturas que se movían como si tuvieran todos los huesos rotos, como si su mera existencia fuese dolorosa. Primero sacaron las garras, clavándolas en la tierra para impulsarse, después la cabeza y el resto del cuerpo. Parecían humanas, pero todo en ellas indicaba que no lo eran, que provenían del más cruel de los infiernos: los ángulos imposibles de sus miembros, las zarpas de sus manos, los ojos negros.

—Joder. Son demasiadas.

—¡Carmen, corre! —me ordenó Dancaire—. ¡Yo te indicaré el camino!

¿Correr? No, desde luego que no. No pensaba huir como un animalillo asustado. Si aquellas criaturas del Infierno querían luchar, lucharía. Yo ya

no era la Carmen que él recordaba, la Carmen incapaz de controlar su gracia.

—No voy a correr. He derrotado yo sola a señores del Infierno, puedo vencerlas sin problema.

—¡No hagas tonterías!

Me puse en pie y dejé que el caelestum de Apocalipsis me llenara de fuerza. Así, mientras sentía su cálido poder, alcé los brazos y me obligué a recordar los besos de Aleph, los abrazos de mis primas, el cariño incondicional de Joaquín.

Y después, exploté.

Mis tatuajes destellaron con una luz cegadora que, durante unos segundos, convirtió el palacio maldito en una estrella candente. La energía fluía desde la espada y se metía en mis venas, iluminando las marcas que la gracia de los ángeles tatuaba en mi piel.

Aunque ese Dancaire no fuera real, algo dentro de mí me empujaba a mostrarle en qué me había convertido. Quería que se diera cuenta de que todos nuestros años de entrenamiento habían dado sus frutos, de que por fin había descubierto el poder de la fe, la esperanza y el amor. De que podía estar orgulloso de mí. Quería que supiera que no se había equivocado conmigo.

Por eso brillé, brillé con fuerza hasta que las piernas empezaron a temblarme. Cuando ya no pude más, bajé los brazos y apagué mi gracia.

Con la respiración entrecortada, cansada del esfuerzo al que acababa de someterme, alcé la cabeza para observar a las criaturas. Estaban todas tiradas en el suelo, sus cuerpos empapados en sangre y cubiertos de quemaduras de oro, sin vida. Esbocé una sonrisa, satisfecha, hasta que la superficie roja de la alberca vibró de nuevo. Un segundo después, comenzaron a salir más monstruos. Y más. Y más.

—¡Te he dicho que corrieras! —me gritó Dancaire—. ¡Vete ahora mismo!

Esta vez, sin pensarlo dos veces, le hice caso. Pan, con el rabo entre las piernas, me siguió.

Y las criaturas también.

—Sigue hacia delante —me dijo Dancaire mientas corría. ¿Dónde estaba? No lo sabía. No podía verlo y, aun así, su voz me llegaba clara, como si estuviera a mi lado, silenciando los gruñidos de los monstruos que me perseguían—. Tienes que llegar hasta el Patio de los Leones.

No entendía del todo lo que me estaba diciendo, ni siquiera sabía dónde estaba ese patio. No obstante, sus palabras parecían guiar mis pasos. Así, dejé atrás jardines llenos de iünas y árboles de color negro que parecían gritar mi nombre, salas abandonadas que pertenecían a una época de oro y sueños. Atravesé multitud de lugares hasta que, en uno de los pasillos, las criaturas me alcanzaron.

—¡Carmen! —exclamó un Dancaire invisible.

Unas zarpas afiladas me arañaron la espalda y me desgarraron la piel, haciéndome gritar. Tropecé y caí. En el suelo desenvainé también la kinjara de Rafael. Pan ladró. Aunque me temblaban las piernas por culpa del dolor y lo veía todo rojo, no me detuve. Aferré con fuerza tanto la espada como la daga e, intentando no pensar en la sangre que me empapaba la espalda, me puse en pie de nuevo.

Al girarme hacia las criaturas, una de ellas me lanzó una dentellada despiadada. Su boca era excesivamente grande, como la de una serpiente monstruosa, pero Pan saltó a tiempo y le mordió el brazo. Cuando otra se abalanzó sobre mí soltando un grito de ultratumba, le clavé la kinjara en el cuello. Su sangre me bañó, y eso me dio más fuerzas para seguir luchando.

—¡Volved todas al maldito Infierno! —gruñí.

Con un morboso placer, continué bajando la daga por el cuerpo de la criatura, abriéndolo en dos, y mis tatuajes emitieron un destello. Era tan fácil cortar su carne con el caelestum que mis manos se deslizaban solas. Y lo disfruté.

Cuando la criatura se desplomó con el cuerpo abierto en canal, miré a las demás. Tenía una advertencia en los ojos y una amenaza en la sonrisa.

—Vamos —las incité. El dolor de la espalda me hacía temblar—. ¿Quién quiere ser la siguiente?

Las criaturas sisearon, furiosas, pero cuando una de ellas intentó avanzar, mis armas la hicieron retroceder. Aunque me superaban en

número, no tenían nada que hacer contra mí. Los ángeles me habían elegido para acabar con la oscuridad.

—Continúa, Carmen —me pidió Dancaire—. Ya estás muy cerca.

Continuar. Eso era lo que tenía que hacer. Por mucho que mi cuerpo pidiera sangre a gritos, por mucho que quisiera acabar con todos aquellos monstruos, mi misión en el palacio maldito era encontrar el tesoro de los ángeles. No podía entretenerme.

Comencé a caminar hacia atrás sin apartar la vista de las criaturas que me acechaban, ignorando los pinchazos de dolor que cada paso me provocaba en la espalda. Pan, con el hocico manchado de sangre, soltó el brazo destrozado de su presa y me siguió. Ellas, aunque sisearon, no se atrevieron a detenernos.

Abandoné el pasillo sin dejar de vigilarlas. Al salir al patio abierto, huyeron. Me quedé quieta unos segundos, intentando comprenderlas. ¿Por qué, de repente, me dejaban sola? ¿Acaso sabían que algo mucho más peligroso estaba en camino? El estómago me dio un vuelco y, con todos los sentidos alerta, giré sobre mí misma.

Pero allí no había nada.

El patio tenía forma rectangular y estaba rodeado de galerías porticadas con multitud de columnas de mármol que daban paso a tres estancias distintas. Una a la derecha, otra a la izquierda, otra frente a mí. El aire olía a muerte, como si aquel lugar llevara siglos lidiando con el dolor, pero también a algo familiar que no supe reconocer y que, por alguna razón, me recordaba a casa. Lo único que se escuchaba era el líquido que brotaba de la fuente que gobernaba el centro del patio; una fuente cuyos surtidores tenían forma de león.

—El Patio de los Leones —musité, recordando las palabras de Dancaire.

«Doce —conté—. Son doce leones». Pan se acercó a olfatearlos, y yo observé con atención la pila de mármol que sostenían. Al igual que la alberca de la que habían salido las criaturas, estaba llena de sangre. El líquido rojo salía de la boca de los leones, que caía hasta unos finos canales que atravesaban el patio de lado a lado, como si la fuente fuera un corazón que bombeaba sangre al palacio.

—Carmen.

Dancaire volvía a ser visible y estaba frente a mí como si no hubiera desaparecido en ningún momento. El dolor de su mirada se mezclaba ahora con un brillo de orgullo que me hizo olvidar mi espalda desgarrada.

—Siempre supe lo poderosa que eras —confesó, sus ojos marrones clavados en los tatuajes de mi rostro—. Siempre.

Quería decirle tantas cosas, tantas, que las palabras se me atascaron en la garganta. Aquel Dancaire no estaba allí de verdad, pero saberlo no hacía que tuviera menos ganas de abrazarlo, de decirle que lo sentía. Quería prometerle que pronto, muy pronto, estaríamos juntos de nuevo.

—Tenías razón —le dije con un hilo de voz—. El amor es más fuerte que el odio. Solo entregándome a él he sido capaz de desbloquear mi poder. Tenías razón en todo.

Dancaire sonrió sin dejar de mirarme a los ojos y levantó la mano derecha. Envainé las armas y, aunque sabía que no era real, no pude reprimir el impulso de cogérsela. Sin embargo, al igual que le había pasado a Pan, ni siquiera pude rozarlo. Mis dedos traspasaron los suyos como si estuvieran hechos de aire.

—No tenemos mucho tiempo —me advirtió, apartando la mano con la triste pesadez de la derrota—. Tus primas están encerradas en el Alcázar y tienes que encontrar el tesoro cuanto antes.

—¿Están bien? —le pregunté, aferrándome a la esperanza de que una ilusión me dijera las palabras que necesitaba oír—. ¿Estáis todos bien?

Dancaire asintió en silencio y después apretó los labios. Tuve la sensación de que el color de sus ojos se oscurecía, como si la pena que los empañaba se le estuviera clavando muy adentro.

—Ellas están bien, Carmen, pero tienes que darte prisa.

Sí, tenía razón. Tenía que darme prisa. Ya casi no percibía el brillo que emitía la piel de mi mentor, y los pálidos contornos de su cuerpo se difuminaban poco a poco. El tiempo se me escapaba de entre los dedos. La herida de mi espalda no dejaba de sangrar. Tampoco sabía cuánto resistiría mi familia, cuánto podría entretener Aleph a Luzbel.

—Tengo una última pregunta —le dije a Dancaire. Tenía la horrible y absurda sensación de que, si me callaba, jamás volvería a hablar con él—.

¿Cómo sabías que tenía que venir a este patio? Me dijiste… me dijiste que no sabías nada sobre el tesoro de los ángeles.

Dancaire esbozó una sonrisa divertida, la misma que se le dibujaba en el rostro cuando, siendo una niña, lo acribillaba a preguntas. Una mano congelada me estrujó las entrañas. Lo echaba tanto de menos que el dolor se hacía insoportable.

—Eso no importa ahora, Carmen. Lo único de lo que tienes que preocuparte es de encontrarlo.

—Pero ¿qué es en realidad? ¿Un arma? ¿Un cofre?

—Descúbrelo tú misma. Te está esperando.

¿Esperándome? ¿El tesoro? Parpadeé un par de veces y Dancaire señaló la entrada que quedaba justo a mi derecha. Tras las columnas de la galería se abría un arco que, decorado con unas bellas yeserías, daba acceso a una estancia que quedaba en penumbra.

—Cuando salgas de la Alhambra —dijo Dancaire—, ve con los Guardianes. Confía en mi hermano, él sabrá qué hacer.

Estaba claro que aquel Dancaire tenía que ser una alucinación, porque el de verdad no sabía que los Guardianes estaban vivos. El de verdad no tenía ni idea de que su hermano, el Tuerto, había sobrevivido tras la llegada de los demonios a Córdoba.

—¿Querrán que vaya con ellos? —inquirí—. Tú no lo sabes, pero en Córdoba… los abandoné.

—Te perdonarán en cuanto les digas que has encontrado el tesoro de los ángeles. Confía en mí.

Asentí incapaz de seguir hablando. Me giré hacia la entrada que Dancaire me había señalado. Sus palabras de aliento me habían hecho sentir mejor, pero aun así estaba nerviosa.

—Carmen —me llamó Dancaire, obligándome a mirarlo de nuevo—. Te quiero, mi niña de fuego. Mi pequeña guerrera. Tu padre… tu padre estaría orgulloso de ti.

El nudo de la garganta se hizo más grande y me pregunté si, después de tantos años, sería capaz de llorar. Aunque no lo había hecho desde la muerte de mis padres, en ese preciso instante volví a sentir la incómoda presión en el pecho que precedía a las lágrimas. Sabía que aquel Dancaire falso solo

me estaba diciendo lo que quería oír, las palabras que llevaba años necesitando, pero no pude evitar que mis tatuajes, borrachos de amor, emitieran un destello de oro.

Cerré los ojos y, por primera vez, le abrí mi corazón.

—Yo también te quiero —susurré.

Cuando volví a mirar a Dancaire ya había desaparecido. Sentía mi poder ardiéndome en las venas, los tatuajes quemándome la piel, el amor desbordándome por los cuatro costados. No había un solo enemigo que pudiera vencerme cuando tenía el cariño de Dancaire, el de Aleph, el de mis primas.

Miré a Pan, que observaba con tristeza el lugar en el que, hasta hacía un segundo, había estado mi mentor, y después comencé a caminar. Tuve que apretar los dientes para tragarme el dolor de la espalda, para ignorar el escozor de la herida abierta que todavía recordaba las garras de la criatura. El perro, tras soltar un quejido lastimero, me siguió.

Cruzamos el patio en silencio y, cuando pasamos bajo el arco, desenvainé la espada de Miguel.

Frente a mí se abría una pequeña sala de altos techos sumida en la oscuridad, una sala en la que el tiempo parecía haberse congelado. Lo único que podía ver con claridad, gracias a la luz dorada que emitía mi piel, era una pequeña pila de mármol que vomitaba sangre en el centro. Su sonido rebotaba en los altos techos, en las inscripciones de las paredes, en los dibujos de la cerámica de los zócalos.

Avancé con sigilo por el mármol del suelo. Cuando me di cuenta de que al fondo de la estancia había tres figuras encapuchadas, me detuve de golpe.

—Caaarmeeen… —susurró el aire.

El caelestum de Apocalipsis comenzó a vibrar en mi mano, como despertándose de un largo sueño, y yo sentí una descarga de energía recorriéndome los brazos. ¿Quiénes eran esos tres encapuchados? ¿Y por qué no me atacaban? Lo único que podía ver de sus cuerpos bajo la tela eran los pies, en cuyos tobillos brillaban unas finas cadenas de oro.

Uno de ellos, el que estaba en el centro, levantó con lentitud la mano derecha y, al instante, dos bolas de fuego comenzaron a arder en lo alto, sobre nuestras cabezas, iluminando la estancia al completo. La luz hizo

nacer bellas sombras sobre las paredes, telarañas de oscuridad que danzaban sin descanso y nos acechaban. Pan, que se había quedado muy quieto a mi lado, alzó la cabeza con curiosidad.

—Bienvenida, Carmen —me dijo el encapuchado que estaba en el centro, con la mano aún alzada. Su voz era mucho más dulce y humana que la de un demonio—. Te estábamos esperando.

—¿Quiénes sois? —pregunté sin bajar las armas.

Los encapuchados guardaron silencio y descubrieron su rostro a la vez. Durante unos segundos, durante los míseros instantes que tardaron en apartarse la tela de la cara, me imaginé cientos de posibilidades: monstruos, el mismísimo Luzbel, Yud y los matadores.

Sin embargo, nada, absolutamente nada, me habría preparado para lo que vi.

Frente a mí se revelaron tres de los rostros más hermosos que había visto jamás, tres rostros tan perfectos que, a su lado, hasta los señores del Infierno parecían rudos y mediocres. El que quedaba a mi izquierda tenía la piel oscura, los ojos almendrados y los labios gruesos; el de la derecha, que parecía creado a base de fuego y tierra, unos atractivos rasgos angulosos. El del centro, cuya piel era tan pálida como las perlas, tenía el pelo rubio y ondulado, la nariz recta. Todos ellos tenían los ojos blancos, cubiertos con un velo lechoso y opaco, pero aun así me estaban mirando. Me estaban *viendo*.

—No tengas miedo —me dijo el de la izquierda, el fuego brillando en la piel de su rostro.

¿Miedo? No tenía miedo. Por alguna razón, lo único que sentía era… familiaridad. Había algo en aquellos desconocidos que me hacía confiar. Al mirarlos, en mi estómago germinaba el mismo cosquilleo que cuando tocaba las armas de caelestum; la misma calidez que cuando los tatuajes de oro me estallaban en la piel.

—¿Quiénes sois? —repetí, esta vez bajando ligeramente las armas.

—Has recorrido un largo camino para llegar hasta aquí —me explicó el que estaba en el centro—, pero ninguno de tus pasos ha sido culpa del azar. Nosotros te hemos guiado.

—Desde vuestras gracias hasta las armas de caelestum —continuó el de la izquierda—, todo formaba parte de nuestro plan. Tenías que acabar aquí, en este lugar, y has cumplido con tu destino.

—¿Mi destino? —pregunté, confusa—. He venido hasta aquí por el tesoro de los ángeles, y no pienso marcharme hasta encontrarlo.

—Carmen —me dijo el de la derecha—. Ya lo has encontrado.

¿Qué?

Cuando los desconocidos se desabrocharon las capas, dejándolas caer al suelo con elegancia, me quedé sin respiración. Aunque sus cuerpos eran humanos, vestidos con unas raídas y sucias túnicas doradas, de la espalda, tan grandes e imponentes como siempre me las había imaginado, les salían unas hermosas alas blancas.

Caí de rodillas ante ellos, atónita, y entonces lo comprendí todo: Luzbel obsesionado con proteger la Alhambra, los demonios condenados en la Tierra, nuestras gracias.

El Cielo había caído tras la guerra, sí, pero el Infierno nunca había ganado.

Porque, al contrario de lo que llevaba creyendo toda mi vida, aún quedaban ángeles vivos.

2

Carmen

No podía creer lo que estaba viendo. Había ángeles vivos. ¡Ángeles vivos! ¿Cómo era posible? ¿Habían sobrevivido a la explosión que destruyó el Cielo? Estaba segura de que ni Dancaire ni los Guardianes sospechaban algo así. Nadie podía hacerlo. Los ángeles, al igual que la risa, la música, los sueños y las flores, habían desaparecido.

O eso nos habían contado.

—¿Sois… sois reales? —pregunté, incapaz de ponerme en pie.

A pesar de la belleza de sus alas y la perfección imposible de sus rostros, aquellos ángeles no brillaban como siempre había imaginado que harían. Sus ropas doradas estaban desgastadas; sus ojos, presos tras una opaca neblina blanca. En su piel no había ningún tatuaje, ningún resquicio de luz. Casi parecían enfermos. Aunque habían sido la gloria del Cielo, ahora no eran más que soldados caídos, las sombras débiles de un pasado resplandeciente.

—Así es, Carmen —me indicó el ángel del centro, ofreciéndome una mano—. Soy Miguel, supongo que te sonará mi nombre. A mi derecha está Gabriel, y a mi izquierda, Rafael.

Miguel. Gabriel. Rafael. Los arcángeles. ¡Los malditos arcángeles! No solo había tres ángeles frente a mí, sino que estos, además, eran poderosos. Muy poderosos. No podía ser verdad. Al igual que el Dancaire que me había acompañado hasta allí, tenían que ser una alucinación. Sí, tenían que serlo.

—No es posible —susurré.

—Compruébalo tú misma —me respondió Miguel.

Observé durante unos segundos la mano que me ofrecía el ángel y, con algo de esfuerzo por culpa de la herida de la espalda, me puse en pie. Pan me miró, algo nervioso, y yo le indiqué con un gesto que se quedara quieto, que me esperara.

—Ven —insistió Miguel, extendiendo un poco más el brazo hacia mí.

Entorné los ojos, preguntándome por qué no se movía de su sitio, y entonces lo vi. Alrededor de los tres ángeles había un círculo dorado pintado en el suelo, y no parecían poder salir de él. Solo con mirarlo pude sentir el intenso poder que emanaba. No eran las cadenas de oro que decoraban sus tobillos las que los ataban a aquel lugar, sino aquel círculo.

Guardé la kinjara en el fajín. Clavé los ojos en los de Miguel, pálidos y velados, y avancé hacia delante. Entonces le cogí la mano. Las bolas de fuego que flotaban en la habitación titilaron y, de repente, la herida de mi espalda comenzó a sanar.

Ahogué un gemido cuando noté un suave cosquilleo cosiéndome poco a poco la piel. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué me estaban haciendo? No era una sensación desagradable, todo lo contrario. Era el arrullo de un poder desconocido e inmenso.

—¿Lo sientes, Carmen? —me preguntó el arcángel, acariciándome los dedos—. ¿Lo notas?

Asentí. Cuando mis tatuajes comenzaron a brillar con más fuerza, Miguel me soltó. Di un paso hacia atrás, algo mareada, y Pan se acercó a lamerme la mano. Eran reales. Los arcángeles eran reales. Sentía su poder en los huesos, en la sangre de mis venas. Mi gracia había sentido la suya, la había reconocido como quien reconoce su hogar, y se había dejado abrazar por ella.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Cómo es posible? Los demonios os exterminaron a todos.

—No a todos —me corrigió Rafael.

—Luzbel y sus seguidores ganaron la guerra —me explicó Miguel—, pero no nos vencieron. La explosión que provocaron, la que mató a todos los ángeles y eliminó a casi todos los Hijos de Adán, no consiguió acabar con nosotros tres. Usando nuestras últimas fuerzas, escapamos.

—Cuando el Cielo ardió, lo único que pudimos hacer fue huir —añadió Gabriel, llevándose las manos al pecho en un gesto que mostraba tristeza y arrepentimiento—. Usamos nuestro poder para escondernos aquí, en la Alhambra, y la convertimos en un bastión al que ni siquiera Luzbel puede acceder. Éramos los últimos ángeles con vida, habían profanado nuestro hogar y destruido a nuestro Creador, así que hicimos lo posible por protegernos.

«Una de las condiciones de nuestra expulsión fue que mientras un solo ángel viva, ninguno de nosotros podrá volver al Cielo», me había dicho Aleph. Ahora lo entendía. No se estaba refiriendo a mí y a mis primas, sino a ángeles de verdad. La razón por la que los demonios no podían volver al Cielo no éramos nosotros, eran los mismísimos arcángeles.

—Eso nos dejó sin fuerzas —continuó Rafael—, sin poder. Pudimos escapar del Cielo y escondernos de los demonios, sí, pero el sacrificio que tuvimos que hacer nos condenó.

El arcángel señaló las cadenas que decoraban sus tobillos. Eran doradas como el caelestum, lo único en su atuendo que brillaba como recién pulido.

—Son un símbolo —me respondió Gabriel, como si pudiera leer mis pensamientos—. En el Cielo, solo los ángeles más débiles, los de categoría más baja, llevaban estas cadenas. Los llamábamos mal’akhs. Al parecer, nuestras acciones nos convirtieron en ellos.

Mal’akhs, los ángeles de categoría más baja. Ahora entendía la tristeza que empapaba las paredes del palacio maldito, el dolor que rezumaban sus fuentes. Los señores del Cielo estaban vivos, sí, pero ¿a qué precio?

—¿Y por qué la Alhambra? —quise saber—. Teníais el mundo entero a vuestra disposición, ¿por qué elegir un palacio abandonado para esconderos?

—No lo pensamos, Carmen —respondió Miguel—. Tuvimos poco tiempo para decidir.

—Y deberías darnos las gracias por esa decisión apresurada —apuntó Rafael, mostrándome con su tono que no estaban acostumbrados a que los cuestionaran—. Gracias a lo que hicimos, a nuestro poder, todo el territorio que rodeaba Granada se salvó de la explosión que provocaron los

demonios. Si no fuera por nosotros, tu familia se habría desintegrado como el resto de los Hijos de Adán.

Así que esa era la razón por la que las taifas se habían salvado tras la Caída del Cielo: porque los ángeles se habían ocultado en Granada y su poder de protección se había convertido en un escudo. Andalucía no había sobrevivido a la destrucción del mundo porque fuera una tierra prometida, sino por una casualidad.

El odio que sentía hacia los demonios se hizo aún más intenso, tanto que podía notarlo arder en el estómago. En su infinito egoísmo habían acabado con casi toda la humanidad y sumido en la oscuridad a la Tierra. ¿Se sentirían orgullosos del dolor que habían provocado? ¿Se reirían al saber que, por su culpa, los señores del Cielo no eran más que una sombra de lo que fueron? ¿Qué pensaría Aleph de todo eso?

—Los demonios pueden entrar en la Alhambra —continuó Miguel, sacándome de mis pensamientos—, pero jamás llegar hasta nosotros. Las barreras con las que nos protegimos se lo impiden. Eso es lo que los vuelve locos. Saben que estamos aquí, pero su oscuridad no puede alcanzarnos.

Continué callada, intentando asimilar la información que estaba recibiendo. Mis ojos iban de las plumas de sus alas, tan blancas y suaves que casi parecían irreales, hasta sus túnicas desgastadas. Si hubiera sabido pintar, habría querido plasmar aquella hermosa imagen en un lienzo: la muestra de lo unidas que podían estar la esperanza y la desgracia. El tesoro de los ángeles era un cuento hecho realidad, pero también una mentira. Luzbel no estaba intentando protegerlo, estaba intentando destruirlo.

—¿Por eso nos disteis las gracias? —pregunté. Sentía la boca seca porque, por fin, iba a obtener una respuesta—. ¿Nos convertisteis en vuestras armas para que lucháramos por vosotros?

Rafael soltó un gruñido teñido de sarcasmo que me hizo sentir insultada. Miguel lo miró, reprimiéndolo en silencio, pero este lo ignoró por completo.

—Vosotros jamás podríais vencer a los demonios —espetó el primero.

Apreté con fuerza la empuñadura de la espada, pero antes de poder abrir la boca para defender mi orgullo herido, Miguel aclaró:

—Lo que Rafael quiere decir es que vosotros *solos* no podréis vencerlos. Por eso tenemos que hacerlo juntos.

—Tras la explosión —añadió Gabriel, mucho más calmado—, os dimos las gracias para que pudierais encontrarnos, para que pudierais llegar hasta aquí. Os elegimos para que acabarais con la oscuridad y trajerais de vuelta la luz.

No sabía qué decir. Todo, absolutamente todo, había sido parte de un plan trazado por los señores del Cielo. Nosotros incluidos. Nada en mi vida había sido culpa del azar y eso me hacía sentir utilizada, engañada. No podía dejar de admirar a los arcángeles, pero la carga que habían puesto sobre los hombros de mi familia me parecía demasiado pesada; una especie de condena disfrazada de don sagrado.

Pan dio un paso hacia delante, deseoso de que los ángeles le hicieran caso, pero ellos ni siquiera lo miraron. Tenían los ojos blancos clavados en mí, como si para ellos no existiera nada más.

Me agaché junto al perro y le acaricié el lomo, tranquilizándolo. La niña que había sido estaba maravillada con el lujo olvidado de aquel palacio, con el poder enfermo de los tres arcángeles que, de repente, le habían devuelto la esperanza al mundo. La mujer que era, sin embargo, dudaba.

—¿Habéis sido vosotros quienes habéis enviado a Dancaire? —les pregunté. Si todo lo que había ocurrido en mi vida había sido parte del plan que ellos habían diseñado, ¿por qué no iba a serlo eso también? ¿Por qué no iban a manipularme para que pudiera encontrarlos?—. Mi mentor, el que me ha acompañado hasta aquí.

Miguel frunció el ceño, haciendo que en la piel perfecta de su frente apareciera una arruga. Después negó con la cabeza.

—Carmen —me dijo—, nosotros ya no tenemos poder: lo perdimos todo cuando escapamos del Cielo. Lo poco que nos queda en las venas lo hemos utilizado para mantener activas las barreras que nos protegen, para curar ahora la herida de tu espalda. Todo eso no es más que un espejismo de lo que un día fuimos. Estamos…

—… más débiles que nunca —terminó Gabriel, apenado—. Por eso os necesitamos.

—Encontrarnos era una tarea fácil, ahora viene la complicada: vencer a los demonios y acabar con Luzbel. Si la oscuridad conquista la Tierra por completo, si consiguen llegar hasta nosotros, estaremos perdidos para siempre.

Vencer a los demonios. Acabar con Luzbel. Con lo débiles que estaban, ¿cómo pretendían hacer algo así? Mis primas seguían encerradas en el Alcázar de Sevilla y no estaban preparadas para enfrentarse a los señores del Infierno. Yo no estaba dispuesta a verlas luchar, ni siquiera si solo así podíamos salvar el mundo. Además, ¿qué pasaba con Aleph? Si los arcángeles estaban vivos, ¿en qué quedaban todas las promesas que nos habíamos hecho?

«Sal de la Alhambra con vida y volveremos a reunirnos —me había dicho—. Borraremos todo lo anterior y crearemos recuerdos nuevos. Cambiaremos el mundo juntos».

Apreté los labios y sostuve la mirada opaca de los arcángeles. Las bolas de fuego del techo titilaban, pero ellos permanecían quietos como estatuas de mármol. Aunque sabía que podían verme, no parecían impresionados por la luz de mis tatuajes, por las armas de caelestum que portaba entre las manos. Quizá por eso, porque sentía mi orgullo herido, algo dentro de mí me empujaba a querer impresionarlos, a demostrarles que ni siquiera ellos podrían conmigo.

—¿Qué queréis que hagamos? —les pregunté—. ¿Cuál es vuestro plan?

Rafael sonrió, como si hubiera estado esperando esa pregunta desde mi llegada. Tras pasarse la lengua por los labios, respondió:

—Primero, reunid todas las armas de caelestum y traedlas aquí, a la Alhambra. Cuando tengamos la espada, las kinjaras y las flechas, recuperaremos parte de nuestro poder y podremos salir de aquí.

Las armas de caelestum. Apocalipsis ya era nuestra, pero una de las kinjaras estaba en el Alcázar. Yo se la había entregado a Frasquita en la fiesta, antes de que los señores del Infierno capturaran a mis primas. En ese momento, probablemente, la custodiaba el mismísimo Luzbel.

Mi mente empezó a trazar un plan, uno que sabía que era tan absurdo como peligroso: buscar a los Guardianes, como me había indicado el falso Dancaire, y no solo pedirles las flechas de Gabriel, sino también que me

ayudaran a sacar a mis primas del Alcázar. Después, todos juntos, regresaríamos a la Alhambra.

—Y cuando os las traigamos, ¿qué? —quise saber—. Si conseguimos las armas, si nos reunimos con vosotros aquí, en la Alhambra… ¿qué haréis?

—Iremos a por Luzbel —me respondió Rafael, casi relamiéndose.

—Tienes que darte prisa, Carmen —me apremió Miguel—. Cuanto más tiempo permanezcamos encerrados, más nos debilitaremos.

—Eres nuestra última esperanza —añadió Gabriel, sus palabras convertidas en una plegaria—. Y nosotros somos la tuya. Solo luchando juntos podremos impedir que la Oscuridad se haga con el control.

—Y solo luchando juntos —añadió Miguel— podremos volver a abrir las puertas del Cielo.

Asentí, pero al dar un paso hacia atrás me di cuenta de que aún tenía una pregunta que formular. Quizá era una locura hacerla en voz alta, pero no podía quedarme callada. No podía marcharme guardando algo así en el pecho.

—Aleph —solté—. Es un demonio, pero me ayudó a llegar hasta aquí. Está de nuestro lado. Cuando nos enfrentemos a Luzbel… no quiero que le pase nada.

Los arcángeles guardaron silencio y yo alcé la cabeza, mostrando seguridad. Probablemente estaba cruzando un límite infranqueable al pedir la amnistía para un enemigo, pero no me importaba. Defender a Aleph bien valía un castigo por insolencia.

—¿Aleph? —repitió Miguel, confuso—. No hay ningún demonio con ese nombre.

Parpadeé un par de veces, perpleja, pero me mantuve firme. Los arcángeles llevaban veinte años encerrados en la Alhambra, eso tenía que haber hecho mella en sus recuerdos.

—¿Estáis seguros? —pregunté—. No es muy poderoso, quizá no lo recordéis. Es un cabo del ejército de dragones de Luzbel.

—No hay ningún demonio que se llame así —me aseguró Rafael—. Probablemente te ha engañado, porque eso es lo que ellos hacen: mienten para conseguir lo que quieren.

Toqué con disimulo el anillo de mi dedo anular izquierdo, pretendiendo que la calidez de la plata era la piel de Aleph, y después fruncí el ceño.

—Carmen —me llamó Gabriel—. Los demonios llevan miles de años seduciendo a los humanos, no te puedes fiar de ellos. Puede que te ayudara a llegar hasta aquí, pero debía de tener alguna intención oculta que no fuiste capaz de descubrir. Son grandes embaucadores, no te culpamos por haber caído en su trampa. Lo importante es que pudiste escapar.

¿Caer en su trampa? ¿Qué trampa? Los arcángeles no conocían a Aleph, no tenían ni idea de lo que guardaba su corazón. Él no era como los demás: jamás me habría mentido. Pero, entonces, ¿lo estaban haciendo ellos? Eso sí que era imposible. ¡Eran los malditos señores del Cielo!

Guardé silencio durante unos segundos, intentando aclarar mis ideas. Mi cabeza me decía que los arcángeles solo querían lo mejor para mí, para mi familia, que no podían estar equivocados; mi corazón, por el contrario, se negaba a creer que las acciones y palabras de Aleph hubieran tenido intenciones ocultas. Las dudas, sin embargo, me arañaban por dentro como si tuvieran los dientes afilados.

«Pase lo que pase, te digan lo que te digan, tú eres mi equipo», me había dicho Aleph. ¿Sabía acaso que los arcángeles intentarían ponerme en su contra? ¿Se imaginaba que, cuando descubriera lo que había en la Alhambra, mis sentimientos se verían amenazados por la desconfianza?

—El tiempo juega en nuestra contra, Carmen —dijo Miguel—. Tienes que darte prisa.

De golpe recordé lo que estaba haciendo allí y, tras apretar con fuerza la empuñadura de la espada, asentí.

—Volveré —les dije—. Volveré y acabaremos con la oscuridad.

Después, tras una rápida inclinación ante ellos, me di la vuelta y me marché.

Abandoné la Alhambra como me imaginaba que se abandonaría un sueño; uno hecho de oro y esperanza, aunque también de sangre y dolor.

—Tenemos que volver a Córdoba, Pan —le dije al perro, que caminaba a mi lado, mientras atravesábamos de vuelta el túnel para salir del palacio

maldito. Mis tatuajes habían dejado de brillar, pero las flores blancas que había creado continuaban decorando las paredes, demostrándoles a los demonios que no estábamos indefensos. Las iünas, por el contrario, permanecían secas, incapaces de recuperarse del impacto de mi poder—. Los Guardianes tendrán que perdonarme si quieren que los lleve hasta los arcángeles.

Había entrado en la Alhambra segura de que, cuando saliera, tendría un arma poderosa con la que podría vencer a Luzbel. Lo único que tenía, sin embargo, eran más responsabilidades. Apreté los puños con rabia, lamentándome de no tener cerca a ningún enemigo al que abrir en canal. Después suspiré.

Lo que más me molestaba de todo era que el tiempo que Aleph y yo íbamos a estar separados iba a alargarse. Podían pasar meses hasta que consiguiéramos vencer a Luzbel. Años incluso. ¿Cómo iba a aguantar tanto tiempo sin él? Aún teníamos mucho que vivir juntos, mucho que descubrir.

Con el cansancio en las piernas y el enfado en la garganta, llegué hasta el final del túnel y, tras asegurarme de que no había ningún demonio esperándome al otro lado, salí al bosque que rodeaba el palacio maldito.

—No te preocupes, Pan —le dije al perro mientras me esmeraba en volver a esconder la entrada secreta tras unas hojas de hiedra—. Lo primero que haremos será buscar algo de comer. Tienes que estar muerto de hambre.

Justo en ese momento, algo se movió a nuestra derecha. Fue un sonido casi imperceptible, la sombra de un sigiloso cazador al acecho. Pan levantó las orejas y yo, que sabía que alguien nos observaba entre la maleza, me puse alerta. Aunque mis latidos se dispararon, continué colocando la hiedra, fingiendo tranquilidad. Necesitaba que el enemigo se acercara un poco más para atacarlo, que me creyera débil e indefensa.

Esperé unos segundos, la mano lista para desenvainar la kinjara. Uno. Dos. Tres. Pan comenzó a gruñir y yo me preparé para el ataque. Mis tatuajes emitieron un brillo sutil, reservándose el estallido de energía.

Moví la mano ligeramente y, cuando la sombra escondida dio un paso hacia delante, me abalancé sobre ella.

—¡Atrás! —grité, llevando el arma de caelestum hasta el cuello de mi atacante.

Sin mirarlo siquiera, usé toda mi fuerza para empujarlo contra el tronco de un árbol. Tenía la respiración entrecortada, el estómago encogido, la piel ardiendo en oro. El desconocido emitió un quejido de dolor, pero no se movió. Parecía dispuesto a dejarse ganar, como si solo hubiera ido hasta allí para morir entre mis brazos.

Apreté los dientes con fuerza y, cuando mis ojos se clavaron en los suyos, tan verdes como esmeraldas, todo mi mundo se detuvo.

Era Joaquín.

—Carmen —susurró, como si llevara años deseando pronunciar mi nombre—. Soy yo.

No, no podía ser cierto. Observé con atención las cicatrices de su rostro, deteniéndome en los mechones de pelo castaño que le caían sobre la frente, en el cobre de su piel. Se había dejado algo de barba, pero sus rasgos eran los mismos. ¿Era mi Joaquín, el de verdad?

Me separé de él y Pan, al reconocerlo, comenzó a saltar a su alrededor con alegría. No dejó de hacerlo hasta que Joaquín, esbozando una cálida sonrisa, le acarició la cabeza.

—Hola, Pan —le saludó.

—No —musité—. Estabas en el Alcázar. Vi… vi cómo los híbridos te clavaban esas flechas.

—Carmen —me interrumpió él. Aunque estaba algo pálido y parecía débil, sus ojos brillaban inundados de amor—. Un día te dije que te quiero demasiado como para perderte, y estoy dispuesto a demostrarte que es verdad. Ningún demonio va a separarme de ti. Jamás.

Lo miré durante unos segundos, recelosa, hasta que todo lo que sentía por él me desbordó. Y entonces lo abracé. Era Joaquín, mi Joaquín. Ninguna ilusión, por corpórea que fuera, habría podido llenarme de un calor tan puro, tan real.

—Sabía que estabas vivo —le dije. Mis tatuajes emitieron un destello porque reconocían la fuente de poder que era el amor—. En el fondo, siempre lo he sabido.

—Espera, ¿me estás abrazando? —Su incredulidad me hizo sonreír, calentándome el pecho desde dentro—. Lo siento, creo que me he

equivocado de persona. La Carmen que yo conozco no abraza nunca a nadie. Jamás.

—No seas tonto —repliqué—. Han pasado muchas cosas y… bueno, supongo que algo en mí ha cambiado.

—Mis plegarias han sido escuchadas.

Lo apreté con más fuerza, dejándome envolver por su olor a romero, y él se puso muy tenso. Enseguida me di cuenta de que la tela de su camisa estaba desgarrada y una profunda herida le abría la piel en la espalda.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté, separándome de él. Me había manchado las manos con su sangre—. ¿Te han…? Madre mía, Joaquín, puedo curarte. Deja que te…

—Tenemos que irnos —me cortó—. Busquemos un lugar seguro en el que descansar y te lo contaré todo.

Contármelo todo. Había olvidado por completo lo que estábamos haciendo allí, lo que acababa de descubrir en la Alhambra. No sabía por qué Joaquín estaba en Granada y no en Sevilla, con mis primas. No tenía ni idea de todo lo que había pasado en mi ausencia.

—¿Los demás están bien?

—Están en Sevilla —me respondió él, algo nervioso—. En el Alcázar. Y yo… Es una historia muy larga.

—Vale —le dije—. Vámonos. Yo también tengo que contarte muchas cosas.

Di un paso atrás, pero Joaquín me cogió una mano y me retuvo. De repente se había puesto muy serio, sus ojos convertidos en dos puñales.

—Carmen —masculló—. ¿Te ha hecho daño?

—¿Quién?

—El demonio. El que te ha traído hasta aquí.

—¿Aleph? No, claro que no. Él nunca me haría daño.

—No lo sabes, ¿verdad?

Lo miré durante unos segundos, perpleja, y después fruncí el ceño.

—Carmen, te juro que no tenía ni idea —se lamentó él—. Te juro que, si hubiera sabido que era él, jamás le habría ordenado que te acompañara. Lo siento tanto…

—Joaquín, ¿qué ocurre?

Pero él no me respondió. Parecía estar debatiéndose entre seguir hablando o callarse para siempre, y eso me enfadó. ¿Iba a seguir tratándome como si pudiera romperme en cualquier momento y su obligación fuera salvarme? ¿Después de todo lo que había conseguida sola?

—Carmen…

—¡Suéltalo de una vez! —exclamé, zafándome de él.

—¡Que es Yud! —me gritó—. ¡El demonio que te ha acompañado hasta la Alhambra es el maldito Escamillo!

Tardé varios segundos en comprender sus palabras. ¿Acababa de decir… acababa de decir que Yud, el demonio que había matado a mis padres, me había acompañado hasta allí? La herida de la espalda tenía que estar haciéndole delirar.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté, esbozando una sonrisa nerviosa—. Él… él se llama Aleph.

«No hay ningún demonio que se llame así».

No.

No, no y no.

—Carmen… he visto con mis propios ojos cómo docenas de dragones se arrodillaban ante él. ¡Lo llamaron maestro! ¡Maestro! ¿Por qué crees que Yud era el único matador que no estaba en la fiesta del Alcázar? ¡Porque llevaba una máscara y estaba contigo!

«Probablemente te ha engañado, porque eso es lo que ellos hacen: mienten para conseguir lo que quieren».

Las palabras de los arcángeles daban vueltas en mi cabeza, mezclándose con los recuerdos de los momentos que había vivido junto a Aleph. Nada tenía sentido y, a la vez, todo parecía tenerlo. Estaba empezando a marearme. No me llegaba el aire al pecho.

No, no podía ser.

Tenía que haber alguna explicación.

Aleph no podía ser Yud.

Era imposible.

—Sé que no lleva el parche en el ojo ni tiene tatuajes —continuó Joaquín—, pero estoy seguro de que…

—Cállate —le ordené—. Cállate, Joaquín, por favor.

—No te sientas mal por haber caído en su trampa. Os vi besándoos y entiendo que…

—¡Cállate! —estallé, sintiendo que la garganta se me llenaba de espinas —. ¡Estás celoso de Aleph, eso es lo que pasa!

Las palabras salían solas de mi boca y me sentía incapaz de frenarlas. Joaquín me había visto junto a Aleph y los celos le habían hecho inventarse una historia imposible para separarme de él. Sí, esa era la única explicación posible. Hasta el dolor que reflejaban sus ojos me parecía una mentira, una forma de manipularme.

—¿De verdad piensas que haría algo así? —me preguntó él, dolido—. ¿De verdad crees que te haría daño solo porque estoy celoso?

«No» pensé con el corazón dividido entre mi amor por Aleph y mi amor por Joaquín.

—Sí —le dije en cambio—. Sí lo creo.

Joaquín apretó los labios, mirándome fijamente, y después asintió en silencio. Sabía que su decepción era la misma que había sentido el Tuerto cuando abandoné a los Guardianes en Córdoba; la misma que habían sentido los arcángeles al pensar que había caído en la trampa de un demonio. Sin embargo, ninguno de ellos conocía a Aleph, ninguno de ellos había vivido con él lo mismo que yo. Ninguno de ellos podía juzgar mis decisiones.

—Vámonos de una vez —me indicó Joaquín, dándose la vuelta con una frialdad impropia de él—. Aquí corremos peligro.

Me quedé quieta mientras lo veía alejarse, intentando tranquilizarme. Solo fui tras él cuando conseguí convencer a mi lengua de que se contuviera.

Convencer a mi corazón de que no estaba equivocado iba a ser mucho más complicado.

3

Candela

Recuerdo perfectamente el día en que todo cambió, Olivita. Llevabas cuatro meses dentro de mí, cuatro meses en los que te habías convertido en el centro de mi mundo y ya te quería más de lo que nunca imaginé que podría querer a nadie. Cuando cerraba los ojos fantaseaba con tu rostro, con tus manos, con el sonido de tu voz. Aunque cada día fueras haciéndote más grande, siempre serías mi pequeño fruto, un tesoro cuya existencia me ayudaba a soportar el dolor de la muerte de Dancaire.

Hacía solo unos días que Vav, el Torturador, lo había matado sin piedad. Tu padre había sido cómplice de su asesinato, y eso me destrozaba por dentro. ¿Cómo me había podido enamorar de él? ¿Tan ciega había estado?

Aún no era capaz de creer que nunca volvería a hablar con mi mentor, que sus consejos e historias increíbles se habían acabado para siempre. Cada vez que pensaba en que se había marchado sin saber siquiera de tu existencia, las lágrimas me inundaban los ojos y hasta me costaba respirar.

—Timoteo 2:11 —me decía siempre cuando era una niña y lloraba, aterrada, ante la perspectiva de volver a perder a mi familia—. Si hemos muerto con el Creador, también viviremos con él. Ten fe, Candela.

¿Pero de qué servía la fe, Olivita? Dancaire había creído hasta el último momento en los ángeles, en el Creador, en que podríamos vencer a Luzbel. Sin embargo, al no existir ya el Cielo, su alma estaba condenada en el Infierno, como todas las demás. Si los demonios habían acabado con él, que

siempre me había parecido indestructible, ¿qué esperanza había para nosotros?

Me puse una mano en el vientre para sentirte cerca y, con los ojos a punto de estallar en lágrimas, me di la vuelta. Julia me había dejado sola en los jardines del Alcázar, rodeada de matorrales plagados de iünas, y aunque sabía que no sería durante mucho tiempo, estaba nerviosa. La herida de mi antebrazo izquierdo, esa herida que Luzbel nos había hecho cuando comenzó nuestro encierro, había vuelto a dolerme esa misma noche. ¿Qué podía significar? Hacía días que no la notaba, pero, de repente, la piel me ardía de nuevo, recordándome que la marca estaba ahí, que no podíamos escapar del rey de las sombras.

Suspiré, algo inquieta, y miré hacia arriba. Los pájaros más madrugadores celebraban desde las copas de los árboles que la luz de la mañana, aunque fuera por detrás del manto opaco y grisáceo que cubría el cielo, estaba venciendo a la noche. Aquel era el momento más seguro del día, el momento en el que todo el Alcázar dormía. Era el momento perfecto para que las Hijas de Eva conspiraran.

—¡Candela! —exclamó una voz a mi espalda.

Antes de poder girarme del todo, tu tía Frasquita se lanzó a mis brazos. Estaba llorando, y la conocía lo bastante bien como para saber que no había dejado de hacerlo desde la muerte de Dancaire. Ella había visto con sus propios ojos cómo le arrebataban la vida y, tras el impacto inicial, había llegado la tristeza.

—¿Cómo estás? —le pregunté, intentando controlar el nudo que me apretaba la garganta—. ¿Has dormido bien?

—No —me respondió—. No puedo sacármelo de la cabeza, Candela. No puedo parar de llorar.

La abracé con más fuerza, como si así pudiera extirparle todas las penas, pero lo único que conseguí fue que las lágrimas que tanto había luchado por contener se escaparan de mis ojos.

—Tienes que llorar —la tranquilicé, consolándome también a mí misma —. Tienes que dejar que salga todo, Frasquita. Es parte del duelo.

—Quiero irme de aquí —musitó.

Sin soltar a Frasquita, miré a Julia, que se había quedado a unos pasos de nosotras, vigilando y dándonos espacio. La mujer de tu padre se había convertido en una amiga para mí, y era la única persona en todo el Alcázar que nos estaba ayudando. Gracias a ella, a su capacidad para engañar a los guardias, Frasquita y yo podíamos vernos a menudo. Esas reuniones clandestinas nos estaban dando fuerzas para seguir adelante, para no rendirnos ante el dolor que nos provocaban tanto la pérdida de nuestra familia como la falta de libertad.

—Vamos a irnos —le aseguré, intentando convencerme a mí misma de que también te pondría a salvo a ti—. Te prometo que saldremos de aquí.

Le acaricié el pelo a tu tía y, desde donde estaba, le lancé una pregunta silenciosa a Julia. Ella, comprendiéndome sin necesidad de palabras, negó con la cabeza. Una vez más, Triana no había querido salir de su habitación.

Entendía su necesidad de estar sola, pero me dolía y enfadaba su ausencia. Siempre habíamos estado juntas, y ya era bastante duro tener que lidiar con la falta de Carmen y Joaquín como para que ella hiciera más profundo el vacío que sentía.

—¿Cómo vamos a escaparnos? —me preguntó Frasquita con un hilo de voz tras separarse de mí—. Jamás podremos engañar a los señores del Infierno, y mucho menos, al rey de los demonios. Somos sus prisioneras, Candela, y no dejaremos de serlo hasta que él quiera.

Al escuchar la palabra «prisioneras», sentí las cadenas invisibles que me había puesto Luzbel apretándome las muñecas, bloqueando mi poder. Quería ser valiente, Olivita, por tus tías y por ti, pero el miedo se había adueñado de mí cuando asesinaron a Dancaire. La muerte era ahora una realidad, una sombra palpable y amenazante. Y su presencia me aterraba más que nunca.

—Encontraremos la forma —le dijo Julia, acercándose hasta nosotras—. Yo la encontraré. No voy a permitir que los hombres sigan controlando nuestro destino.

Los ojos de Julia se encontraron con los míos, marrón sobre azul, y yo sentí que una chispa me estallaba dentro del pecho. Era la esperanza renaciendo. La esposa de tu padre era una mujer increíble; alguien a quien

habría seguido hasta el fin del mundo. Tenía la sensación de que, con ella a nuestro lado, todo era posible.

—Tu hijo no nacerá en este lugar —me aseguró, cogiéndome la mano. Tenía la piel muy suave, la de alguien que jamás ha tenido que trabajar—. Te lo prometo, Candela.

Me sequé las lágrimas de las mejillas y la observé durante unos segundos. A pesar de que era temprano, Julia llevaba un peinado elaborado que, probablemente, le habían hecho sus damas. Como mujer noble, había nacido con la obligación constante de estar perfecta, y no había un solo instante de su vida en el que se permitiera la libertad de no serlo. Esas eran sus cadenas. La habían casado con un hombre al que no amaba, y no podía confesarle a nadie que, en realidad, le gustaban las mujeres. Ni siquiera me lo había contado a mí, que tenía que fingir que no conocía su secreto, que no lo había averiguado utilizando mi gracia con ella antes de que Luzbel me la arrebatara.

—¿Cuál es tu plan? —le pregunté, apretando su mano.

Ella esbozó una breve sonrisa, pero, cuando abrió la boca para responder, Frasquita comenzó a toser. Las dos nos soltamos, asustadas, y nos giramos hacia ella. Cada vez que Frasquita tosía, la muerte esbozaba una cruel sonrisa, esperando con paciencia que llegara el momento de llevársela para siempre.

—Tranquila —la calmé. Los espasmos salían de su pecho y la hacían temblar, como si su propio cuerpo quisiera acabar con ella—. No te preocupes, prima, estoy aquí. Recuerda lo que te decía Dancaire.

Pero ella no podía parar e, incapaz de respirar, se dobló sobre sí misma. Julia miró a nuestro alrededor, inquieta, y yo le acaricié la espalda a tu tía.

—Él no querría verme así —se lamentó Frasquita, respirando con dificultad, cuando la tos se calmó. Tenía el rostro lleno de lágrimas por culpa del esfuerzo—. Él querría que fuera fuerte, que luchara por él… Y no, no lo soy. Estaría avergonzado de mí porque no… no le ayudé. Carmen habría…

—Eh —la interrumpí—, no digas tonterías. No podías usar tu gracia, no podías hacer nada. Él habría querido que estuvieras a salvo.

Le limpié las lágrimas y, por un momento, volví a ver en su rostro a la niña que había sido; la niña que, a causa de su enfermedad, todos nos habíamos esforzado en proteger. No podía perderla a ella también, Olivita. No podía dejar que el Alcázar me la arrebatara.

—No sirvo para nada —lloró ella—. Dancaire murió… murió por mi culpa.

Al darme cuenta de que eran sus propios remordimientos los que la estaban torturando, me acerqué a abrazarla con fuerza. El peso que llevaba sobre los hombros era demasiado; no estaba dispuesta a dejarla sola con él.

—No digas eso —la regañé sin alzar la voz—. Fue el Torturador quien lo mató. No eres tú quien tiene que culparse por su muerte, sino Balthasar y Antonio.

Al decir el nombre de tu padre, Olivita, no pude evitar mirar a Julia. Las dos compartíamos una carga con respecto a él: ella, tener que dormir cada noche junto a un asesino al que despreciaba; yo, saber que esperaba un hijo suyo. El cacique de Sevilla nos había arruinado la vida, y me atormentaba pensar que pudiera herirte para castigarme. Teníamos que marcharnos de allí antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo.

—No quiero ser débil —se lamentó Frasquita, alejándose de nuevo—. Yo… yo quiero… quiero ser como vosotras.

Volvió a toser, como si su pecho se hubiera llenado de humo, pero solo lo hizo una vez. El sonido de su enfermedad se perdió entre los árboles de copas negras del jardín.

Un segundo después, un demonio apareció a nuestro lado.

Al verlo ahogué un grito y Julia se interpuso delante de nosotras, protegiéndonos. Mi estómago se encogió asustado cuando los ojos rojos del recién llegado se encontraron con los míos. Era como mirar el interior del mismísimo Infierno.

—Candela —musitó el demonio. La perfección de su rostro estaba mancillada por unas extrañas cicatrices doradas, pero no había tatuajes en él —. Tenemos que hablar.

¿Era alivio con lo que había acompañado mi nombre? No, eso era imposible. Ese era un sentimiento demasiado humano para un demonio. Me detuve a observar sus rasgos, ignorando el terror que me provocaba su

cercanía. Y entonces lo reconocí: era el demonio que se había llevado a tu tía Carmen la noche de la fiesta.

—¿Dónde está? —le pregunté, sintiendo como mi corazón se aceleraba al recordarlo—. Carmen. ¿Qué le has hecho?

—No tengo mucho tiempo —me respondió él, ignorando mi pregunta—. Tendría que haber aparecido junto al rey, pero antes tenía que buscaros.

—Dinos qué le has hecho a Carmen —le advirtió Julia, peligrosa como una gata enfadada.

El demonio buscó los ojos de Frasquita, y tanto Julia como yo, tensas, cerramos filas en torno a ella. No iba a permitir que le hiciera nada a tu tía, Olivita. Lucharía con mis propias manos si hacía falta.

—Carmen está bien —confesó el demonio—. Está a salvo, con Joaquín.

—¿Y cómo sabemos que dices la verdad? —inquirió Julia sin bajar la guardia.

—Porque nunca existió una orden que me obligara a proteger a Carmen y, aun así, lo hice. Voy a entregarme para que ella pueda sacaros de aquí.

Aunque mi mente me gritaba que no confiara en él, que era un demonio, sabía reconocer cuándo alguien mentía. Las cadenas que me había puesto Luzbel me impedían usar mi gracia, pero esta me había enseñado muy bien a interpretar a quienes me rodeaban. Nunca pasaba por alto los gestos, el tono de voz, las miradas. Y ese demonio estaba diciendo la verdad.

—Está intentando manipularos —espetó Julia, con rabia, al verme dudar —. Es lo que hacen los demonios, no lo olvidéis.

—¿Por qué iba a querer manipularos? Lo único que quiero es… —El demonio se calló de repente, como si hubiera escuchado un sonido imperceptible para nosotras. Su rostro se cubrió con un velo de preocupación—. Escondeos. ¡Ya!

Las tres nos quedamos quietas, confusas, sin saber qué hacer. Sin embargo, cuando la luz de un rayo rompió el cielo y la explosión del trueno nos sobresaltó, corrimos a escondernos tras unos setos plagados de iünas. Contuvimos el aliento antes de ver entre los pétalos de las flores cómo el jardín se llenaba de dragones.

—Nunca te ha gustado obedecer órdenes —dijo una voz profunda y oscura que nos hizo temblar. Luzbel—. Nunca te ha gustado ser como los

demás.

El rey de los demonios comenzó a caminar, y las tres nos abrazamos con fuerza. Iba vestido de negro y sus movimientos se asemejaban a los de un depredador: seductores, elegantes, peligrosos. Nada en su rostro lleno de tatuajes indicaba qué era lo que pretendía hacer, hasta dónde pensaba llevar su poder.

Estaba aterrada, Olivita, por nosotras y por ti. Hasta el aire notaba que Luzbel estaba enfadado. No deberíamos estar allí. Su cercanía lanzaba punzadas de dolor a la herida de mi antebrazo, como dagas silenciosas que sabían a advertencia.

—Majestad —dijo el demonio que había acompañado a Carmen, inclinándose ante su rey.

—¿Majestad? ¿Te atreves a llamarme majestad después de lo que has hecho?

—Sigues siendo mi rey —respondió el demonio, incorporándose.

Luzbel se detuvo frente a él y lo abofeteó. Fue un golpe seco y humano, un golpe tan fuerte que me dolió por dentro. Los dragones, colocados en pie tras el rey, ni siquiera se inmutaron.

—No sabes hasta qué punto me has decepcionado —escupió Luzbel, haciendo con sus palabras que el cielo se volviera aún más oscuro—. Eres un traidor, Yud.

Al escuchar el nombre del demonio, Frasquita se llevó una mano a la boca. Yo la miré con los ojos muy abiertos. ¿Yud? ¿Lo había llamado Yud? ¡El demonio que se había llevado a tu tía Carmen era el mismísimo Escamillo! Los latidos de mi corazón se detuvieron de golpe cuando me di cuenta de la verdad: era imposible que Carmen estuviera viva si había estado con él.

—No soy ningún traidor —se defendió el demonio—. Tú me conoces, tú…

—¡Cállate! —exclamó Luzbel, y esa única palabra hizo temblar el mundo.

Julia me abrazó con más fuerza y yo observé al demonio con atención. Si de verdad era el Escamillo, ¿dónde estaban sus tatuajes? ¿Y el parche en el ojo?

—Dime solo una cosa —le pidió Luzbel, acercándose hasta hacer que sus rostros casi se rozaran—. ¿La has llevado hasta la Alhambra? ¿Le has contado la verdad?

El Escamillo guardó silencio y, como si no tuviera ningún miedo, aguantó la mirada de su rey. Había tanta tensión en el ambiente que hasta los pájaros de los árboles estaban callados, temerosos. Julia, Frasquita y yo permanecimos quietas como estatuas de hielo. Sabíamos que Luzbel le estaba preguntando sobre Carmen.

—No he tenido otra opción.

Luzbel apretó los puños y, un segundo después, llegó la lluvia. Las gotas comenzaron a caer del cielo con suavidad, como lágrimas asustadas, pero enseguida se volvieron fuertes y poderosas. Tenía ganas de levantarme para gritarle al Escamillo qué quería decir con eso, obligarlo a confesar qué le había hecho a tu tía Carmen. Pero, por supuesto, no lo hice. Estaba aterrada, el dolor de las dudas me martilleaba, y el calor que me daban Julia y Frasquita era mi único consuelo.

—Mentiroso —respondió Luzbel, en cuya voz creí intuir un leve rastro de dolor.

Yud alzó la barbilla en un gesto de orgullo, como si aceptara que iba a recibir un castigo, y no pudo hacer nada más. Luzbel ni siquiera tuvo que moverse para que unas cadenas de oscuridad brotaran de la tierra y ataran al demonio por las muñecas y el cuello.

Aunque no quería sentir lástima por él, Olivita, cuando lo vi caer de rodillas frente a Luzbel, humillado y derrotado, lo hice. No era solo que entendiera la desagradable sensación de estar atado y sin poder, sino que seguía pensando que el Escamillo decía la verdad. ¿Por qué, si no, iba a llamarlo mentiroso Luzbel? ¿Por qué estaba tan enfadado con él si no era porque, aun teniendo la oportunidad, no le había hecho daño a Carmen?

—Lleváoslo —ordenó Luzbel, observándolo desde arriba con una mezcla de desprecio y decepción—. Yo me encargaré de su castigo.

—Vas a encerrarme en la sala de torturas que hay bajo la biblioteca, ¿verdad? —le preguntó Yud—. Vas a convertirme en un prisionero.

Julia me miró de reojo, pero yo no podía apartar la vista del matador. Tenía la sospecha de que lo que estaba haciendo era lanzarnos un mensaje,

darnos una información que, aunque no supiéramos aún para qué, necesitábamos.

—¿Acaso te mereces otra cosa? —le atacó Luzbel.

El señor del Infierno se quedó callado mirando a su rey, y hasta los dragones contuvieron el aliento.

—*Angeli… vivunt* —musitó Yud, agachando la cabeza con tristeza.

La respiración de Frasquita se aceleró, como si fuera a ponerse a toser de un momento a otro. Me apresuré a acariciarle la espalda para calmarla. Si su enfermedad vencía esta vez, ninguna de nosotras saldría con vida.

—*Angeli vivunt, sed tenebrae iterum vincent* —sentenció Luzbel.

El rey de los demonios se dio la vuelta, haciendo que su capa de plumas negras realizara un elegante movimiento, pero no se marchó todavía. Dándole la espalda a Yud, lanzó una orden clara a sus dragones:

—Id a la Alhambra cuanto antes y aseguraos de que esa hija de Adán no está dentro. Si la encontráis…

—Os la traeremos, alteza.

—No —le corrigió el rey—. Me he cansado de este absurdo. Si la encontráis, matadla.

Un trueno estalló en el cielo y silenció el grito del Escamillo, un grito cargado de sufrimiento que le dio alas a mi dolor. «Matadla». Luzbel había ordenado que mataran a Carmen, lo que significaba que no me había equivocado: tu tía estaba viva. Y Yud la había ayudado.

Busqué la mirada de Frasquita y ella, con los ojos llenos de lágrimas, me la devolvió. Hasta ese momento, Olivita, no me había dado cuenta de que las tres estábamos temblando. No sabía si era por culpa del frío que nos había traído la lluvia o por el miedo, pero no podíamos controlarlo.

Luzbel desapareció del jardín y los dragones lo hicieron tras él, llevándose a Yud con ellos. Solo cuando nos aseguramos de que las tres estábamos solas de nuevo, acompañadas únicamente de la lluvia y el amanecer, salimos de nuestro escondite.

—El Escamillo —susurró Frasquita. El esfuerzo que había hecho por no toser, algo que ya debía de haber hecho con anterioridad, le impedía respirar con normalidad—. Hemos hablado con… con un señor del Infierno.

—No parecía él —dijo Julia, frunciendo ligeramente el ceño—. Sin el parche en el ojo ni los tatuajes en el cuello parecía un demonio distinto, uno menos poderoso.

¿Se habría dado cuenta Carmen de que el demonio con el que había abandonado el Alcázar era el mismísimo Yud? Estaba segura de que no, Olivita. Carmen nunca lo había visto de cerca y, si hubiera averiguado que era él quien estaba a su lado, le habría matado sin piedad.

—Ha dicho lo mismo que Dancaire —musitó Frasquita, sacándome de mis pensamientos—. Las palabras… las palabras en latín. *Angeli vivunt.* Cuando nuestro mentor las dijo en la mazmorra, el Torturador se enfadó tanto que… que lo mató.

—Nos estaba mandando un mensaje —afirmé—. Uno sobre Carmen.

—No nos estaba mandando ningún mensaje —sentenció Julia, alzando la voz por encima de la lluvia—. ¡Es un demonio, Candela! ¿No fue él quien mató a los padres de Carmen? Tiene que estar tramando algo. Lo mejor que podemos hacer es olvidarnos de que todo esto ha ocurrido.

Sabía que Julia tenía razón, Olivita, pero a la vez sabía que no me equivocaba. Yud, de alguna forma, había ayudado a Carmen. Él mismo lo había dicho: iba a entregarse para que pudiera sacarnos del Alcázar. Sin embargo, Carmen estaba en peligro. Teníamos que impedir que Luzbel la alcanzara, y el único que podía ayudarnos a hacerlo era el demonio que tu tía llevaba toda una vida queriendo ver muerto.

—Voy a ir a hablar con él —dije aun sabiendo que era algo insensato—. Bajaré a la mazmorra de la biblioteca y…

—No —me cortó Julia—. No voy a dejar que bajes ahí, no en tu estado.

—Julia tiene razón —la apoyó Frasquita—. Tú no puedes correr un riesgo así. Voy… voy a bajar yo.

Julia y yo la miramos preocupadas, pero la determinación que vi en sus ojos me llenó de orgullo. Aunque seguía viendo en su rostro a la niña frágil que había sido, sabía que ya era toda una mujer. Lo que habíamos vivido la había fortalecido, había creado a su alrededor una coraza de valentía y entereza que era difícil de resquebrajar.

—Es muy peligroso —le advirtió Julia.

—Si ese demonio sabe algo, tenemos que averiguarlo —insistió Frasquita—. Quiero saber si Carmen está bien, si es verdad que va a sacarnos de aquí, qué significan las palabras que dijo Dancaire. Quiero saber…

—… por qué el Escamillo ha decidido ayudarnos —continué yo, recordando a las numerosas víctimas del matador.

Frasquita asintió, mirándome, y yo sentí que, por fin, teníamos un plan. Por fin, después del encierro y la desolación, volvíamos a tener fe.

—Esto es una locura —dijo Julia, cruzándose de brazos.

Y lo era, Olivita, claro que lo era. Bajar a la mazmorra de la biblioteca para hablar con Yud, el prisionero más importante y peligroso de Luzbel, era la mayor locura que habíamos hecho nunca.

Pero era una locura que podía cambiarlo todo.

4

Tzadi

Hacía mucho tiempo que odiaba la lluvia porque sus gotas me recordaban a la debilidad del llanto, a la esperanza del renacimiento. Lo mismo me pasaba con las iünas, que se arrastraban para cubrir las tumbas como si creyeran que su oscura delicadeza podía paliar la tristeza de la muerte. La Tierra debía ser cruel, inhóspita y dolorosa, un reflejo de la tortura que había sido para nosotros el Infierno; un castigo para los Hijos de Adán que, sin saberlo, nos habían condenado.

El más mínimo atisbo de belleza me provocaba un odio visceral e incontrolable, haciendo que naciera en mis entrañas la necesidad primitiva de destruirlo. Por eso, porque su hermosura no tenía comparación, Triana me volvía loco. No era más que una simple y frágil mortal, pero su interior ardía en llamas. Su humanidad, contra todo pronóstico, no me asqueaba. ¿Era la sangre de los ángeles que corría por sus venas lo que tanto me atraía de ella? No, no podía ser eso. Las pánfilas de sus primas no provocaban ese efecto en mí, sino el opuesto. Tenía que ser algo más.

Escondido entre las sombras de la habitación, la observé en silencio. La luz de un relámpago rompió la oscuridad momentáneamente, pero ella no se inmutó. Estaba de pie frente a la ventana, dándome la espalda, observando con atractiva frialdad como las gotas de lluvia golpeaban las paredes del Alcázar. Su cuerpo estaba relajado, pero su mente estaba perdida en la tormenta que el enfado de Luzbel había provocado.

Comencé a caminar hacia ella cuando llegó la explosión del trueno. Acababa de volver de la Plaza y en mi traje de matador aún podían verse las

manchas de sangre de los devotos a los que había sacrificado. Tres, habían sido tres. Recordar los gritos que mis estoques les habían provocado hizo que me relamiera de placer.

Apreté la empuñadura de la kinjara de Rafael, retenida en mi mano, y su filo pareció emitir un cálido destello. Quería luchar contra mis sombras, fortalecidas por la oscuridad de la noche. Carmen se la había dejado a su prima cuando abandonó el Alcázar tras la fiesta, y Luzbel, tan ocupado por el regreso de su adorado Yud, ni siquiera se había dado cuenta de que se la había robado. Aunque él no lo sabía, la kinjara que tenía su habitación no era más que una de mis ilusiones. Eso era lo único que provocaba el amor: estupidez y debilidad.

Continué avanzando en la oscuridad y Triana, inmersa en sus pensamientos, suspiró. Me situé tras ella con el sigilo de un gato y, antes de que pudiera reaccionar, le puse la daga en el cuello.

Ella alzó la cabeza, sorprendida, y su cuerpo se tensó. Solo llevaba una camisola blanca, translúcida. Todos los poros de su piel emanaban deseo. Coloqué la mano izquierda sobre su vientre, atrayéndola hacia mí, y cuando nuestros cuerpos estuvieron pegados, sonreí.

—¿Es así como vas a saludarme de ahora en adelante? —susurró ella—. Con lo que le he echado de menos, excelencia.

—Si tanto me has echado de menos, ¿por qué no me has llamado? Te dije que, si repetías mi nombre tres veces, acudiría.

—Decirlo es un placer que me reservo para cuando ya estás a mi lado —dijo ronroneando—. Tzadi, mi rey del Infierno, ¿dónde has estado todos estos días?

Escuchar mi nombre en sus labios, aderezado con esa provocativa veneración, siempre hacía que mi cuerpo se estremeciera. Cerré los ojos y me sumergí en el aroma de su pelo. Sándalo. Naranjas. Poder. Era así como tenía que oler la futura reina del Infierno. Mi reina.

—¿Estás celosa? —le pregunté—. No es una buena forma de empezar nuestra relación.

—Sin confianza no hay relación de ningún tipo.

—Te devolví tu poder y prometí hacerte mi reina —le recordé—. ¿Sigues sin confiar en mí?

—¿Por qué te habría contado si no que Carmen se dirigía a Córdoba? ¿O que hay señores del Infierno que conspiran a tus espaldas? ¿Lo sabrías si no fuera por mí?

Mi mano subió por su abdomen, acariciándoselo con pleitesía, y Triana se humedeció los labios. Cuando mis dedos rozaron sus pechos, echó la cabeza hacia atrás y emitió un suave jadeo. La daga aún amenazaba su cuello, pero a ella no parecía importarle.

—¿Sabes, Triana? —musité—. Fantaseo cada noche con ver a mis enemigos de rodillas, rogando por su vida, pero a ti…

—A mí, ¿qué?

—A ti también deseo verte de rodillas; suplicándome por algo muy distinto.

Sus pezones se endurecieron antes de que mi mano llegara hasta ellos. Podía notar el calor de su cuerpo contra el mío, la humedad, la respiración acelerada. Hacerla mía era una victoria contra los ángeles, pero tenía que jugar bien mis cartas. Si algo me había enseñado el Infierno era a tener paciencia.

—Hazlo —me pidió con necesidad—. Ponme de rodillas.

—Gánatelo.

Aparté la kinjara de su cuello y, cuando ella se dio la vuelta, otro relámpago iluminó la estancia. Sus ojos brillaban tan hermosos como siempre, marrones con motas negras casi imperceptibles. No pasé por alto que en ellos había algo distinto, una chispa que no había visto antes en su mirada: tristeza.

Sabía que no había llorado, pero los humanos eran incapaces de ocultar sus sentimientos porque estos terminaban por desbordarlos. Eran tan débiles que el más mínimo cambio en su interior les terminaba saliendo por la piel, por los ojos, por la boca. No tenía tiempo para preocuparme por nimiedades mortales, pero había algo en su dolor… Había algo que me molestaba.

Solté la kinjara y la empujé contra la pared, acorralándola entre mis brazos. Quería sentir su cuerpo y que ella sintiera el mío, que nuestras bocas estuvieran tan cerca que respiraran el mismo aire. Quería aniquilar esa estúpida tristeza de su mirada.

—Te pasa algo —solté. Era más amenaza que pregunta.

—Es solo la lluvia —me respondió ella, quitándole importancia.

Acerqué la mano derecha hasta su rostro y, cuando le agarré la barbilla, ella me miró. Podía destruirla, y aun así no parecía asustada. Triana sabía que podía utilizar su gracia contra mí. Ya lo había hecho antes y, sorprendentemente, eso la hacía especial, única. Valiosa. Nunca me había enfrentado a alguien que no me tuviera miedo. Alguien a mi altura.

—¿No te gusta la lluvia? —quise saber. Me complacía que, al igual que yo, la detestara—. ¿Por qué?

—Porque me pone triste.

—¿La lluvia te pone triste? Habérmelo dicho antes.

Dejé de acariciarla y chasqueé los dedos de la mano derecha, usando mi poder para ella. Ni siquiera tuve que esforzarme, pues esto era como respirar el aire que llenaba mis pulmones.

La lluvia desapareció al instante y el negro del cielo fue sustituido por un bonito azul oscuro en el que, por primera vez desde hacía años, volvían a brillar las estrellas. Los rayos plateados de la luna se colaron por la ventana como si quisieran acariciarnos, iluminando la habitación, haciendo que pareciera que las tinieblas habían desaparecido del mundo.

—La luna —musitó Triana, mirando con asombro la luz argéntea que le bañaba la piel—. Nunca… nunca la había visto.

—La he traído para ti.

Triana sonrió, halagada, y se perdió en los rayos de plata que emitía el astro nocturno. Después, sin embargo, suspiró con cansancio.

—Es preciosa, Tzadi, pero no es más que otra de tus ilusiones. Yo prefiero vivir en la realidad.

—La realidad es una mera ilusión —repliqué—. El tiempo, el miedo, la felicidad; todo lo que damos por sentado podría ser mentira. Solo sabemos que es verdad porque está en nuestra ca-beza.

—¿En eso consiste tu poder, entonces? —me preguntó, intentando ocultar su curiosidad bajo una fina capa de escepticismo—. ¿En hacer que tus enemigos pierdan el juicio metiendo fantasías en su cabeza?

—Mi poder, Triana, consiste en modificar la realidad. Puedo revivir a los muertos, puedo provocar dolor. Si así lo desearas, podría cambiar el mundo para ti. ¿Qué importa que no sea real? No hay nada que no pueda darte.

Aunque ella no dijo nada, sus ojos me confesaron todos sus secretos. La tristeza seguía ahí, esa horrible y estúpida tristeza, pero ahora estaba acompañada de asombro, codicia y anhelo. La tenía en la palma de la mano, prisionera de mis encantos, y ni siquiera había necesitado cadenas para retenerla.

—Tzadi —susurró—. Luzbel está enfadado, ¿verdad? Sé que está pasando algo en el Alcázar, y quiero saber qué es.

Por fin había liberado el motivo de su preocupación. Esbocé media sonrisa, admirando su astucia, y ella guardó silencio. Sabía perfectamente que, si Luzbel estaba enfadado, todos nuestros planes podían desbaratarse. El juego era complicado, mucho, y teníamos que pensar bien cuál iba a ser nuestro siguiente movimiento. Por suerte, yo era el rey en el tablero, y había elegido muy bien a la reina que quería a mi lado.

—Lo que está pasando tiene un nombre —le dije, volviendo a acariciarle el rostro—. Yud.

Triana se estremeció al sentir de nuevo el roce de mis dedos. Cuando llegué hasta sus labios, los abrió para mí. Introduje el pulgar entre ellos y, al sentir la humedad de su boca, me olvidé de todo lo que hasta ese momento me había importado. Sabía que aquello no era más que un aperitivo, una dulce introducción a lo que estaba dispuesta a hacerme. Y mis ansias de ella se descontrolaron.

—¿Yud? —me preguntó cuando saqué el dedo de su boca—. ¿Qué pasa con él?

Bajé las manos y, con una suave caricia, le fui subiendo el camisón. Su piel se erizó al instante, ardiendo de pura lujuria.

—Joaquín usó su gracia para atarlo cuando huyó con Carmen del Alcázar —le expliqué, usando en mi beneficio la mentira que le había contado sobre su familia—. Necesitaban a un demonio que les protegiera en su huida, y Yud era el candidato perfecto para ello.

Mi mano continuó explorando la piel de Triana conforme su respiración se agitaba. Cuando me incliné sobre ella para acariciarle el cuello con los labios, ella contuvo como pudo un gemido.

—Al parecer, la jugada no le ha salido muy bien —continué muy atento a su reacción—. Según he podido averiguar, Yud y tu prima han estado…

divirtiéndose juntos.

—¿Qué?

Triana se apartó de golpe. Tuve que esforzarme para que, a través de mis caricias, volviera a relajarse. Descubrir lo que Carmen y Yud habían hecho en su viaje a Granada debía de sorprenderla mucho más de lo que me había sorprendido a mí. Nosotros dos teníamos un propósito para estar juntos, deseos y ambiciones que escapaban a nuestro control, pero ¿qué era lo que les había unido a ellos?

—Supongo que ni siquiera Carmen ha podido resistirse al poder de seducción de un demonio —susurré.

—Pero Yud… Carmen lo quería muerto. Carmen siempre lo ha querido muerto.

—Eso demuestra una vez más lo que vale la palabra de tu prima. Es una caprichosa, Triana, una niña inestable y egoísta. ¿No puso vuestras vidas en peligro aquella noche en la taberna? ¿No os ha abandonado aquí, en el Alcázar? ¿Qué te hace pensar que estar con Yud no ha hecho que cambie de idea?

Triana apretó los labios, aunque mis palabras parecieron convencerla. El dolor que escondía dentro, la rabia y el resentimiento que le quemaban en el pecho eran una ventaja de la que pensaba aprovecharme. Tenía que apartarla de su familia. Tenía que convertirme en lo único importante para ella. Si por sus primas estaba dispuesta a matar, tenía que lograr que, por mí, estuviera dispuesta a morir.

—No me creo que no le haya atacado —insistió. Tuve que contenerme para no finalizar la conversación por las malas—. Aunque Carmen quisiera divertirse con Yud, aunque pudiera llegar a sentir cierta atracción por él… dudo mucho que lo liberara por las buenas. Su venganza…

—Yud ha llegado en un estado lamentable —la interrumpí—. Su piel está cubierta de heridas doradas. Que Carmen y él hayan terminado acostándose no significa que antes no haya habido cierta tensión entre ellos.

Le acaricié los antebrazos y observé los cortes que le abrían la piel. Una herida se la había hecho Nuun cuando la poseyó. La otra, Luzbel cuando la marcó. Quería matarlos a los dos por atreverse a tocarla.

—¿Y qué hay de Joaquín? —inquirió ella. La tensión que le había provocado mi revelación había desaparecido, y eso solo podía significar que, por fin, me creía.

—Quizá esa sea una de las razones por las que Yud ha vuelto al Alcázar —le dije, encogiéndome de hombros—. Quizá Carmen tuvo que elegir y Yud salió perdiendo.

—Carmen siempre ha tratado muy mal a Joaquín —reflexionó ella—. No me extrañaría nada que hubiera utilizado a Yud para ponerlo celoso.

Volví a besarle el cuello, haciendo que se estremeciera, y tuve que contener una sonrisa al darme cuenta de lo ansiosa que estaba por creerse mis mentiras.

—¿Cómo se ha tomado Luzbel el regreso de Yud? —quiso saber ella, perdiendo sus manos en mi pelo.

—No muy bien —respondí—. Han asesinado a Vav, y Yud, en vez de vengarse de Carmen, se ha acostado con ella. Como comprenderás, está enfadado.

Triana me clavó las uñas en la espalda, pero no supe identificar si había sido por mis palabras o porque mis dedos, anhelantes, volvieron a explorar su pierna. Yud siempre había sido mi mejor amigo, mi hermano, el único por el que habría dado mi vida sin dudarlo. Pero me había traicionado. Había guardado sus secretos durante años, en el Cielo y en el Infierno, y habría aceptado con gusto que me cortaran la lengua antes que revelarlos. Sin embargo, él había acompañado a Carmen hasta la Alhambra y nos había demostrado a todos en qué bando estaba en realidad.

Era mucho más estúpido de lo que pensaba si, después de lo que había sufrido por culpa de los arcángeles, les regalaba la victoria en bandeja.

—Entonces Yud se pondrá de nuestro lado —asumió Triana—. Si Luzbel está enfadado con él, nosotros no tenemos que hacer nada para ponerlo en su contra.

—Yud ama a Luzbel —confesé—. No podemos contar con él.

Triana guardó silencio durante unos segundos, asimilando la información que acababa de revelarle. Yud enamorado de Luzbel. Menuda sorpresa debía de ser descubrir un secreto como ese. Qué pena que se me

hubiera escapado. Qué pena que todo el cariño que había sentido por Yud se estuviera transformando en odio.

—¿Y quién nos apoya, Tzadi?

—Shin —respondí, bajándole el camisón para descubrir sus pechos—. No sé de qué lado estará Resh, pero lo conozco y no será difícil de convencer. Vav le era leal a Luzbel, pero Carmen acabó con él. Una pena, la verdad. Nuun también le será fiel al rey hasta el último momento, al igual que los gusanos de Antonio y Balthasar, pero yo me encargaré de ellos.

Al escuchar los nombres del Apóstata y el cacique, Triana se puso algo tensa. Ella no quería que lo notara, pero, por supuesto, lo hice. Y enseguida supe por qué. Esas dos ratas habían asesinado a su mentor hacía apenas unos días. ¿A eso se debía la tristeza de sus ojos?

—Con Shin y Resh de nuestro lado, tenemos ventaja —asumió.

—Si no tenemos en cuenta que Luzbel podría acabar con todos nosotros con solo mover una mano, sí. Tenemos ventaja.

—Pero Luzbel está ocupado con Yud —apuntó. Llevé mi boca hasta sus pechos y, cuando lamí sus pezones, ella suspiró—. Es el momento perfecto para que empecemos a movernos.

Me separé de ella y busqué de nuevo sus ojos, ardientes de deseo y ambición. Mirar a Triana era como mirarme en un espejo: dos caras de la misma moneda, dos almas hechas de lo mismo. Su sonrisa no era dulce sino atrevida; una sonrisa que decía, sin necesidad de palabras, que se avecinaban problemas. Y nosotros éramos quienes íbamos a provocarlos.

—Tzadi —me dijo, casi suspirando. Metió la mano en mi pantalón y se me nubló la mente durante unos segundos—. Tú eres más listo que el resto de los matadores, y también más poderoso. Eres tú quien debería ser el rey, y lo sabes. Juntos podemos conseguirlo. Juntos seremos invencibles.

Juntos. Triana había dicho *juntos*. Había algo en esa palabra, en la forma en la que la había pronunciado, que me hizo sentir poderoso. Por primera vez en toda mi existencia, alguien me veía como me merecía: un soberano, un rey, alguien a quien seguir.

—¿Eso significa que gobernarás el Infierno conmigo? —le pregunté, apretando su cuerpo con anhelo. Tenía sus labios tan cerca que no podía pensar en otra cosa que no fuera devorarlos; sus dedos traviesos

acariciándome con una necesidad primitiva, animal—. Quiero escucharte decir que sí, Triana.

—Te recuerdo que me regalaste un collar, no un anillo.

—Lo que quiero regalarte es una puta corona —gruñí, mareado por el placer que me provocaban sus manos.

—Antes tendrías que quitársela a Luzbel —me desafió ella.

—¿Eso es lo que quieres a cambio de un sí, Triana? ¿Que le robe la corona a Luzbel?

—Quiero que lo saques del juego, Tzadi. Aceptaré ser tu reina, pero solo cuando nos deshagamos del rey. Si puedes traer de vuelta la luna, también puedes acabar con él.

Triana me bajó los pantalones, liberándome, y después continuó acariciándome. Estaba completamente cegado por ella, por el tacto de sus manos, y me sentía incapaz de pensar. Quería besarla. Quería escucharla gritar de placer. Quería que ardiéramos juntos en las llamas del Infierno.

—Antes me has dicho que Yud ama a Luzbel —me dijo—. ¿Luzbel también lo ama a él?

—Sí —respondí, conteniendo un gemido—. Lo ama.

—Entonces el rey tiene un punto débil —expuso ella, triunfante—. Si vamos a por Yud, Luzbel terminará cayendo. Es ahí donde tenemos que apuntar.

Usar a Yud para destronar a Luzbel. Engañar. Traicionar. Reclamar todo aquello que sabía que me merecía. Eso sí era un buen plan. Tenía mi poder, pero también el de los ángeles. Con Triana a mi lado, nada podía salir mal. Ella me ayudaría, y yo me ocuparía de que la tristeza de sus ojos fuera solo un recuerdo. Nos haríamos poderosos el uno al otro.

—Bien —susurré—. Iremos a por Yud.

Me incliné para besarla y ella, sedienta, les dio la bienvenida a mis labios. Había probado muchas bocas, pero la suya era la primera que me recordaban al sabor de los frutos dorados del Cielo, la primera que me creaba una adicción mucho más fuerte que la del agua bendita. Podía sentir el fuego crepitando en mi estómago, quemándome el pecho, abrasando mi piel; podía sentir el cuerpo de Triana deshaciéndose entre mis manos.

—No puedo pensar en otra cosa que no seas tú —rugí, arrancándole por fin el camisón—. ¿Qué me has hecho, Triana?

Ella volvió a besarme y me terminó de desnudar. Gemimos y nos mordimos de camino a la cama, gruñimos y nos arañamos. La luz de la luna nos bañaba con su plata, un testigo silencioso de nuestros actos impuros.

—¿Qué es lo que me has hecho tú a mí? —respondió ella, abriendo las piernas para mí cuando se sentó en la cama—. Mi señor del Infierno. Mi rey.

Tuve que hacer un esfuerzo titánico por no caer en la tentación. Triana sabía muy bien lo que estaba haciendo, pero ni siquiera ella podía engañarme. Sin apartar la mirada de sus ojos, negué con la cabeza. Por mucho que lo deseara, no iba a ponérselo tan fácil. Ella amaba que la hicieran jugar. Yo también.

—No, mi reina —susurré—. Eso no lo tendrás hasta que te escuche decir que sí. Ponte de rodillas.

Triana se mordió el labio, haciendo que me fuera aún más difícil contenerme. Después, obediente, se arrodilló frente a mí. La observé durante unos segundos desde arriba, tan frágil y humana, tan sugerente y hermosa. Los ángeles la habían tocado, y yo tenía que corromperla con mis pecados.

—Voy a darte lo que quieres, Triana, ¿vas a dármelo tú? —le pregunté, perdiendo mis manos en su pelo—. ¿Vas a decirme que serás mi reina?

Mi voz sonaba ávida, desesperada, pero ella se limitó a esbozar una sonrisa traviesa que avivó aún más el fuego de mis entrañas. Yo siempre obtenía lo que deseaba porque los humanos se desvivían por entregármelo. Triana, sin embargo, tenía la desfachatez de decirme que no, de dejarme con la miel en los labios. Y eso me hacía enloquecer.

—Te lo diré cuando tenga mi corona —dijo, subversiva.

Sonreí y la obligué a levantar la cabeza. Quería borrarle esa mueca de superioridad de la cara, pero también hacer que disfrutara. La quería a mi lado en las derrotas y en las victorias, en el Infierno y en el Cielo.

—Tendrás tu corona —le aseguré, acercándola—, y te juro que ese día te voy a follar como nunca antes te han follado.

Su boca me recibió con urgencia, como si hubiera soñado antes con ese momento, como si estuviera ansiosa de devolverme el placer que le había dado en la capilla hacía apenas unos días. Quería cerrar los ojos para sentir por completo la humedad de su lengua, el calor de sus labios, pero mis ganas de observar cómo disfrutaba hicieron que los mantuviera abiertos.

—Joder, Triana —jadeé, marcándole el ritmo—. No pares.

Y ella no paró. Me llevó cada vez más dentro, provocando en mi cuerpo un huracán de sensaciones. Tenía los pensamientos anulados, el corazón desatado, las piernas temblando. Mi cuerpo entero se contraía al ritmo de su boca, empapada de lascivia y sensualidad.

—Voy a dártelo todo, Triana —gemí, usando las manos para controlar sus movimientos—. ¡Voy a dártelo todo!

Cuando llegó el éxtasis grité, incapaz de contenerme, y todo a mi alrededor se convirtió en una nube de sombras y luz de luna. La realidad se difuminó con los delirios provocados por el placer, pero Triana no se detuvo. Iba a llevarme hasta el final, a cegarme, a convertirme en líquido y en aire. Y yo, a su merced, pensaba dejarme hacer.

Porque, si Triana estaba dispuesta a apoyarme, quemaría el mundo entero con tal de que permaneciera a mi lado.

Cuando aparecí en el patio de la catedral, las campanas de la Giralda marcaban la medianoche. Sus tañidos rompían el silencio de la ciudad, la calma que provocaba el miedo de los mortales a la oscuridad, y parecían anunciar mi llegada.

—Una entrada triunfal —murmuré, esbozando una sonrisa—. La entrada digna de un rey.

La tormenta había remitido, pero su paso por Sevilla había anegado el suelo y humedecido los naranjos, cuyos frutos negros aún chorreaban gotas de lluvia. Me acerqué a un charco con tres silenciosos pasos y, apartándome la capucha de tela negra que me cubría la cabeza, contemplé mi reflejo.

Mi perfil era más noble que el de Luzbel, mis rasgos más elegantes. Ni siquiera los tatuajes que habían marcado mi piel tras las torturas del Infierno, rodeando mis ojos con los diez mandamientos de la antigua fe,

habían disminuido la belleza que el Creador me había otorgado. Sin embargo, siempre había estado por detrás de los demás. Para los arcángeles no había sido más que un mal'akh; para Luzbel, una sombra del inalcanzable y perfecto Yud. No importaba lo bello y poderoso que fuera ya que, por alguna razón, nunca había sido la primera opción de nadie.

No hasta que apareció Triana.

En cuanto aceptara ser mi reina, seríamos invencibles. Ella me pondría a mí por encima de su familia, y yo le entregaría el mundo. Juntos conseguiríamos todo lo que nos propusiéramos.

Me coloqué el pelo y, tras ponerme de nuevo la capucha, observé el alto campanario que vigilaba la ciudad. Diez brillantes soles flotaban a su alrededor y lo iluminaban, potenciando su antiquísima belleza.

—Ahí estás —susurré, con la vista clavada en la parte más alta de la Giralda—. Pero parece que tienes compañía.

Me puse en pie y me apoyé en el tronco de un naranjo, camuflándome en la oscuridad. No solo era un maestro en el arte de la espera, también lo era en el de la venganza. Había aprendido a no precipitarme, a elegir los momentos oportunos para actuar. Tres minutos. Cinco minutos. Diez.

Dejé que el tiempo pasara, escondido entre las sombras del patio, hasta que la vi: una muchacha salió de una de las naves laterales con la cabeza agachada, los ojos llorosos, el pelo rubio revuelto. Llevaba un mantón de lana sobre los hombros y se tapaba con una fuerza rabiosa, como si odiara su propio cuerpo y no quisiera que nadie la mirara. Estaba tan metida en su propio dolor, en su propia vergüenza, que ni siquiera se dio cuenta de que uno de los señores del Infierno estaba allí, amenazando su efímera y ridícula existencia.

Por suerte para ella, era otro mortal el que me interesaba.

La observé caminar con prisa, queriendo abandonar el recinto cuanto antes. Solo cuando dejé de escuchar sus rápidos pasos golpeando el suelo, y el olor salado de sus lágrimas fue una mera molestia lejana, chasqueé los dedos y desaparecí. Un segundo después estaba en el interior de la Giralda, con las campanas sobre mi cabeza y la ciudad de Sevilla extendiéndose a mis pies.

—Lárgate —escupió el Apóstata Balthasar, dándome la espalda. Aún estaba a medio vestir—. Ya te he dicho que le haré llegar el dinero a tus padres.

—Yo solo tengo un padre —respondí, descubriendo mi rostro—. Vosotros, los hijos de Adán, lo llamabais el Creador. Qué pena que ahora esté muerto.

Al escuchar mi voz, el Apóstata dio un respingo y se dio la vuelta a toda prisa, avergonzado por la confusión. Su piel estaba sudada y ni siquiera le había dado tiempo a ponerse bien la túnica. Eso me hizo arrugar la nariz con desagradado. Si había un mortal que emanara un hedor insoportable, ese era Balthasar.

—Maestro —musitó el religioso, inclinándose ante mí—. No sabía que… No estaba… Había una chica…

—Me da igual lo que estuvieras haciendo, Balthasar —le corté—. La rigidez moral se la quedaron los ángeles.

—En realidad no… Yo nunca he…

—Balthasar —volví a interrumpirle. No soportaba escuchar su voz—. Mi querido Balthasar. Todos sabemos que tuviste un hijo, ¿o era una hija? Me da igual, en realidad. Lo importante es que para hacer un bebé hay que, bueno, ya sabes, entregarse a los placeres de la carne. Es cierto que en esa época eras mucho más joven, claro, imaginarte haciéndolo ahora es repulsivo. ¿Qué edad tienes? ¿Sesenta? Ya debes de estar oliendo la tierra de tu tumba.

Balthasar se quedó callado, observándome con una mezcla de sorpresa y miedo. Sabía su secreto, claro que lo sabía. ¿Acaso los Apóstatas pensaban que los aceptaríamos como líderes de nuestra fe sin conocer antes todos los pecados que habían cometido? ¿Acaso creían que íbamos a ser tan estúpidos como lo habían sido el Creador y los ángeles?

—Yo no he…

—¿Cuánto hace de eso? —le interrumpí, disfrutando al hurgar en su herida—. ¿Quince años? ¿Veinte? Siento mucho que tu pequeño vástago muriera en aquel horrible incendio, aunque más debiste sentirlo tú al ver que te quedabas sin el primogénito que pensabas entregarle a Luzbel. Esa es la gracia de los primogénitos, ¿sabes? Que solo puedes engendrar uno.

Me acerqué a él mientras lo veía encogerse de puro terror. Balthasar siempre caminaba con la cabeza muy alta, mirando por encima del hombro a quienes lo rodeaban, pero en ese momento se mostraba como lo que era: un gusano insignificante al que podía aplastar con un dedo.

—Ponte de rodillas —le ordené cuando estuve frente a él.

El Apóstata titubeó unos segundos, pero obedeció. Con las manos temblorosas apretó la tela de su túnica y, sin decir nada, se arrodilló frente a mí.

—Maestro —susurró Balthasar, agarrándose a la adulación para salvar su vida—. Excelencia. Sabe que yo le venero, que jamás haría nada que pudiera ofenderle, que todos mis errores han sido culpa de mi defectuosa humanidad. Sabe que yo…

—Inclínate y besa el suelo. Si tanto me veneras, demuéstramelo.

Balthasar me miró, más asustado que ofendido, pero no hizo ni el más mínimo intento de oponerse a mi mandato. Al contrario. Se inclinó ante mí para colocar los labios sobre el suelo, su frente rozando mis pies. Yo disfruté de la escena con un oscuro y retorcido deleite.

—Haré cualquier cosa que me pida.

Aburrido de su estéril verborrea, le indiqué que volviera a erguirse y lo miré desde arriba, dispuesto a divertirme un rato más a su costa.

—¿Sabes por qué he venido, Balthasar? —le pregunté, agachándome frente a él para que nuestros ojos quedaran a la misma altura. Cuando comenzaran los gritos, quería escucharlos de cerca—. Porque te has portado muy mal y tengo que castigarte.

—Maestro, yo nunca haría nada contra usted, se lo juro.

Cómo disfrutaba con el sufrimiento de los mortales. Sonreí con una retorcida diversión e hice que en mi mano derecha apareciera un cuchillo. Era uno muy afilado, uno que hacía pocos días él mismo había utilizado. No obstante, no lo reconoció. Estaba convencido de que el dolor le refrescaría la memoria.

—¿Por qué mano quieres que empiece? —le pregunté, relamiéndome al pensar en lo mucho que iba a disfrutar viéndole sangrar.

—Por favor…

—Derecha o izquierda.

—¡No, por favor!

Sin decir una palabra, usé mi poder para que del suelo brotaran tres cadenas negras. Las más pequeñas le sujetaron las manos; la tercera, el cuello. Sus ojos se anegaron de lágrimas y yo saboreé su miedo con deleite. Solo cuando estuve seguro de que sabía por qué estaba haciendo aquello, de que recordaba tanto el cuchillo como las palabras, le dije:

—Torturaste al prisionero sin permiso y, por tu culpa, alguien muy importante para mí está triste. ¿Quién te has creído que eres, gusano?

—¡Lo de Dancaire fue idea de Antonio! ¡Yo no hice nada!

Le cogí la mano derecha; él intentó zafarse, pero mis cadenas se lo impidieron. Enseguida perdió los nervios y yo, pensando en la tristeza que había visto en los ojos de Triana, usé el cuchillo para arrancarle la uña del pulgar. Su sangre, caliente y mortal, me salpicó las manos.

—¡No! ¡Por favor! —lloró el Apóstata, incapaz de escapar, cuando comencé a arrancarle la piel—. ¡Lo siento! ¡Lo siento muchísimo!

—Esto es solo una advertencia —le expliqué, enloquecido por sus aullidos de dolor—. Si sigues conspirando contra mí, te arrancaré los órganos del cuerpo uno a uno, asegurándome de que permaneces con vida para sentirlo. Y después te llevaré a la Plaza y me comeré tu corazón.

Los gritos del Apóstata se escaparon por las ventanas de la Giralda, rebotando en las campanas de bronce que colgaban sobre nuestras cabezas. Pero yo no me detuve. Quería que su dolor le enviara un mensaje a toda la ciudad: quien le hiciera daño a mi futura reina, quien se atreviera a rozar su felicidad, tendría que vérselas conmigo.

5

Carmen

Mientras el fuego crepitaba, tiñendo de cálidos tonos naranjas las paredes de la cueva en la que nos habíamos detenido a descansar, comencé a darle vueltas al anillo de plata de Aleph. La tormenta rugía desde que Joaquín y yo habíamos abandonado Granada, hacía ya tres días, y el cielo no parecía tener intención de tranquilizarse. Eso hacía que tuviéramos frío, que estuviéramos incómodos y nostálgicos. Las dudas me asaltaban por las noches, como si se hicieran más fuertes con la oscuridad, y no me dejaban dormir.

¿Cuántas veces había visto a Yud? Solo una, en la Plaza de Sevilla, de lejos. Lo había tenido cerca en las ilusiones de la Catedral de Córdoba, cuando robamos la espada de Miguel, pero había estado tan preocupada por sobrevivir que ni siquiera me había fijado en él. Yud siempre había sido una sombra difusa para mí, un demonio con un parche en el ojo derecho y unos tatuajes en forma de enredaderas subiéndole por el cuello; un desconocido hecho de la más pura maldad. Nunca había necesitado ponerle rostro porque estaba segura de que, cuando lo tuviera delante, lo reconocería.

No podía llevar diez años equivocada.

—¿Ya estás despierta? —me preguntó Joaquín, sacándome de mis pensamientos.

—Hace un rato —respondí sin apartar la vista del anillo.

No habíamos vuelto a hablar de Aleph. Joaquín no había querido insistir y yo no dejaba de repetirme que no podía ser Yud, que era imposible. Aleph era compasivo, sensible y protector; el Escamillo ni siquiera tenía corazón.

Esas manos que me habían tocado con tanto amor, que habían convertido mi cuerpo en un templo, no podían ser las de un asesino.

—Come algo —me dijo Joaquín. Pan, que dormía a su lado, abrió los ojos y comenzó a mover el rabo—. El día va a ser largo.

Me giré para mirarlo; él no levantó la vista. Estaba sentado junto al fuego, muy serio, las llamas provocando sombras que bailaban sobre sus cicatrices. Le había curado la herida de la espalda con mi poder, pero no había podido hacer lo mismo con el dolor de su mirada. Sabía que había sido injusta con él, pero darle la razón con respecto a Aleph me ponía en una situación muy complicada: si él no mentía, era el demonio quien lo estaba haciendo. Y eso sí que me negaba a creerlo.

—No tengo hambre.

Joaquín se encogió de hombros y continuó mirando el fuego. Nunca me había tratado con tanta indiferencia y, aunque podía entenderlo, su distancia me dolía.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —inquirí.

Un relámpago iluminó la cueva y un escalofrío me bajó por la columna. Pan se encogió sobre sí mismo. El mundo parecía estar enfadado, triste, más oscuro de lo normal.

—Puedes hacer lo que quieras, Carmen.

Me recoloqué el anillo en el dedo y me incorporé, algo nerviosa. Llevaba días dándole vueltas, y ya no lo soportaba más. Joaquín me había contado que, tras dar la orden que hizo que Aleph y yo desapareciéramos del Alcázar, él había escapado de Sevilla usando su poder. Sin embargo, no me había dado más detalles. Sabía que se había escondido hasta estar recuperado de los flechazos y que en Granada me había estado buscando, pero…

—¿Rompiste la orden de Aleph? —solté—. Para escapar del Alcázar. ¿Tuviste que dar otra orden?

Joaquín apretó la mandíbula y guardó silencio. No quería hablar de ello, pero yo necesitaba saber la verdad. Si Joaquín había formulado otra orden para huir de la fiesta, la de Aleph se habría roto. Su música hipnotizaba a la gente de forma acumulativa, pero solo podía controlar a una persona.

Cuando lo hacía, todos aquellos que habían caído en su trance despertaban de golpe. Y las órdenes anteriores se rompían.

Llevaba semanas pensando que Joaquín estaba encerrado en el Alcázar, incapaz de usar su poder. Sin embargo, desde que había averiguado la verdad, mi mente se había aferrado a una certeza: que no había existido ninguna orden que obligara a Aleph a nada, que me había acompañado hasta Granada por decisión propia.

—¿La rompiste? —insistí.

—¿Tú qué crees?

—Que lo hiciste. Que rompiste la orden.

—A veces le damos más importancia a lo que queremos creer que a lo que sabemos que es verdad.

—¿Y eso qué narices significa?

No me respondió. ¿Acaso sus celos le impedían decir en voz alta que ninguna orden había obligado a Aleph a acompañarme hasta la Alhambra?

Sí, tenía que ser eso. Aleph me había demostrado que era distinto al resto de demonios, me había elegido a mí teniendo la posibilidad de marcharse, y Joaquín era incapaz de reconocerlo. Aunque había una parte de mí que dudaba, una parte alimentada por las palabras de los arcángeles, tenía muy claro que lo que había vivido, lo que había visto y sentido, había sido real.

—Espero que hoy encontremos a los Guardianes —dijo Joaquín, cambiando de tema de forma poco sutil—. No podemos perder más tiempo dando vueltas.

—Se esconden aquí, en la sierra de Córdoba. Sé que hacen patrullas nocturnas por este bosque para buscar fugitivos.

—Quizá no quieren que los encontremos.

Sus ojos se clavaron en los míos, y la frialdad de su verde me dolió en lo más profundo del pecho. Le había contado lo que había pasado tras la fiesta del Alcázar, el viaje hasta Córdoba, lo que Luzbel escondía dentro de la Alhambra; y sospechaba que con eso había terminado de destruir los últimos resquicios de respeto que sentía hacia mí. No solo le había traicionado a él, también había traicionado a los Guardianes, al legado de Dancaire. Y eso jamás me lo perdonaría.

—Joaquín…

—Los abandonaste en Córdoba, Carmen. Cogiste la espada y te fuiste con un demonio. ¿De verdad esperas que nos reciban con los brazos abiertos?

—Hice lo que tenía que hacer —me defendí—. No eres nadie para cuestionar mis decisiones.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que las aplauda?

—Pues deberías, porque gracias a ellas sabemos lo que hay en la Alhambra. Si me hubiera quedado con los Guardianes…

—Lo habrían matado —me interrumpió—. Te marchaste porque, si no lo hubieras hecho, habrían asesinado a tu demonio igual que asesinaron a Vav, ¿me equivoco?

—Sí, Joaquín, te equivocas. ¿Sabes por qué? Porque si los Guardianes hubieran intentado hacerle a Aleph lo mismo que le hicieron a Vav, yo me habría puesto delante para salvarlo.

Joaquín apretó la mandíbula y yo me preparé para recibir la herida de su respuesta. Sabía que llevaba tres días conteniéndose, guardando para sí mismo todo lo que pensaba, y por fin estaba a punto de estallar.

—¿Le quieres? —me preguntó muy serio—. ¿Estás… estás enamorada de él?

La pregunta me pilló por sorpresa. Aunque Aleph y yo habíamos pasado poco tiempo juntos, habíamos compartido días y noches, peligros y confesiones, caricias y susurros. Nuestro viaje había sido corto, pero también intenso, y eso me había permitido enamorarme de su sensibilidad, de su compasión, de sus ojos y de sus cicatrices. Me había permitido enamorarme de todo lo que lo diferenciaba de Yud.

—¿Tú qué crees?

Joaquín bufó, y yo cerré los puños con fuerza. No quería hacerle daño, pero notaba la rabia bulléndome en el pecho, la ira queriendo escapar de entre mis labios en forma de palabras hirientes.

—¿Cuánto tiempo habéis pasado juntos? —quiso saber. El tono punzante de su voz me obligó a ponerme en guardia—. ¿Diez días? ¿Quince? Si crees que lo que sientes por él es real, no tienes ni idea de lo que es el amor.

—Ah, ¿ahora resulta que hay un mínimo de tiempo que valida los sentimientos? ¿Y eres tú quien lo decide?

—No, pero no puedes amar a alguien a quien no conoces.

—¡Es que sí lo conozco!

—¡Carmen, por favor, que es un demonio! —soltó con una mezcla de asco y rabia que, a pesar de mi coraza, me hizo daño—. Es… ¡Es el demonio que mató a tus padres!

Notaba la garganta seca, las uñas clavándose en la palma de mis manos. Aleph no era Yud, así que no había matado a mis padres. ¿Por qué Joaquín se empeñaba en defender lo contrario? El corazón me latía muy rápido y estaba hecha un lío. Por lo que creía. Por lo que quería creer. Porque había liberado mi corazón justo cuando más lejos me sentía de mi familia.

—Lo siento, Joaquín —le dije—. Siento que te duela que me haya enamorado de él y no de ti.

—Claro que no ibas a enamorarte de mí. Siempre me has visto como alguien secundario en tu vida, alguien que iba a estar ahí curando tus heridas hicieras lo que hicieras. Pero ¿sabes qué? Cuando abras los ojos y Yud te rompa el corazón, yo no voy a estar ahí para salvarte.

—No lo llames así.

—¿Cómo? ¿Yud? ¡Es su nombre de verdad, maldita sea! ¡Vi cómo los dragones se arrodillaban ante él!

—¡Pues estaría fingiendo para salvarse de Luzbel! ¡Tú no lo conoces! ¡No tienes ni idea de nada!

Me puse en pie, incapaz de controlar el fuego que me ardía en las entrañas, y Joaquín me imitó. Al hacerlo, en cambio, su rostro se contrajo en una mueca de dolor que me hizo dar un paso hacia delante, preocupada.

—No —me indicó él, alzando una mano para impedir que me acercara —. No es nada.

—¿Por qué no me has dicho que tienes más heridas?

—Porque estas están casi cerradas. Y no suelen dolerme así. Los flechazos del Alcázar… Supongo que hay heridas que nunca desaparecen del todo.

—Déjame intentar…

—He dicho que no, Carmen.

Noté el tono punzante de su voz, el reproche de su mirada. Conocía lo bastante a Joaquín como para saber por qué no quería que le ayudara. Para él, las cicatrices eran recuerdos. Las quemaduras que marcaban su piel le recordaban la muerte de su madre y todo lo que le había llevado a perderla; los flechazos del Alcázar que se había sacrificado por mí para que yo acabara yéndome con un demonio. Si el dolor permanecía, él recordaría los errores que no estaba dispuesto a cometer de nuevo.

—Vale —le dije, cruzándome de brazos—. No insistiré más.

—Bien —replicó él—. Estoy acostumbrado a apañármelas solo.

Tenía tantas ganas de abofetearlo que me picaban las manos. Sin embargo, si seguíamos peleándonos iba a volverme loca. Teníamos que salvar a nuestra familia, y llevar a cabo esa misión me importaba mucho más que todo lo demás.

—Joaquín —suspiré, apartándome el pelo de la cara—. Vamos a intentar llevarnos bien hasta que lleguemos a Sevilla. Puedes odiarme si quieres, pero no podemos dejar que eso nos dificulte las cosas.

—No te odio, Carmen. Por desgracia, nunca voy a poder odiarte.

En ese momento, un ruido en la entrada de la cueva nos sobresaltó. Pan comenzó a ladrar y yo desenvainé la kinjara que escondía en el fajín y me encaré con el peligro. Joaquín no tardó en sacar su flauta y colocarse a mi lado.

—Quizá tú no la odies —anunció una voz masculina entre las sombras —, pero yo todavía estoy decidiéndolo.

Un destello dorado cruzó la oscuridad, reflejando el fuego de la hoguera, y yo apreté la daga con más fuerza. Habría reconocido ese brillo en cualquier parte, en cualquier lugar. Caelestum.

—Supongo que me lo he ganado —respondí, esbozando una sonrisa que nada tenía de diversión.

El Tuerto dio un paso al frente, dejando que el fuego le iluminara el rostro. Ahí estaba la nariz ganchuda que tanto me recordaba a Dancaire, el pelo negro, las gruesas patillas enmarcándole el rostro. Una de las flechas doradas del arcángel Gabriel tensaba la cuerda del arco que llevaba entre las manos.

—Si confesamos nuestros pecados —recitó el bandolero—, el Creador, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad. Juan 1:9.

Unas garras hechas de pena y añoranza me apretaron el corazón. Se parecía mucho a su hermano, demasiado. La única diferencia que había entre ellos era que mi mentor siempre tenía los brazos abiertos para perdonar mis faltas; este, por el contrario, parecía deseoso de castigarme.

—¿Quién eres? —le preguntó Joaquín.

—Un viejo amigo —respondí yo—. Te estaba esperando, Tuerto.

—No, Carmen —me dijo el Guardián mientras bajaba el arco—. Te aseguro que era yo quien te estaba esperando a ti.

La tormenta no amainó cuando llegó el amanecer, sino que se enfureció. El barro del bosque nos impedía avanzar más rápido, y la lluvia nos empapaba la ropa, haciéndola más pesada. Aunque ni Joaquín ni yo nos quejamos, estábamos tiritando. Hasta Pan parecía asustado, incómodo bajo el océano que caía sobre nosotros.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Joaquín.

—No mucho —respondió el Guardián.

Tras nuestro repentino reencuentro, le había contado al Tuerto que había llegado hasta la Alhambra y que había encontrado el tesoro de los ángeles. La sorpresa al descubrir que los señores del Cielo estaban vivos parecía haber aplacado el odio que el bandolero me profesaba. Tal y como Joaquín y yo esperábamos, nos había invitado a acompañarlo al refugio de los Guardianes para contárselo a los demás, para organizarnos y preparar un plan. Y nosotros, claro, habíamos aceptado.

—¿Estás bien? —le pregunté a Joaquín.

Él asintió y yo supe que me estaba mintiendo.

—Joaquín, si me dejas intentar…

—Te he dicho que estoy bien.

Aunque abrí la boca para replicar, decidí guardar silencio. Continuamos avanzando sin decir nada pero, a los pocos pasos, Joaquín volvió a caer sobre el barro.

—¡Joaquín!

Pan ladró y yo corrí a agacharme junto a él. Joaquín me dedicó una mirada que me recordó lo que me había dicho en la cueva, volviendo a golpearme el orgullo.

«Estoy acostumbrado a apañármelas solo».

Apreté los puños y observé, con las mejillas encendidas, cómo se ponía en pie. ¿No quería que le ayudara? Bien, pues no lo haría. Aquella iba a ser la última vez que me rebajara a intentarlo.

—Tened cuidado —nos advirtió el Tuerto—. Estas montañas son traicioneras.

Caminamos durante un par de horas más. Estaba tan enfadada que en todo ese tiempo no había vuelto a abrir la boca; me había limitado a rumiar mi rabia y a ignorar la existencia de Joaquín. Solo tenía ganas de gritar, de golpear cosas.

—¡Es allí! —exclamó el Tuerto cuando el peso de la lluvia y el silencio comenzaban a hacerse insoportables.

Joaquín y yo alzamos la cabeza y, al instante, nos quedamos sin aliento. Había esperado que los Guardianes se escondieran en una cueva, quizá en un túnel, pero no en un edificio que, construido en la ladera de una montaña, se alzaba blanco y orgulloso entre la oscuridad de los árboles y las iünas.

—Es…

—Un monasterio abandonado —nos explicó—. Con la llegada de los demonios dejó de estar habitado y lo convertimos en nuestro hogar.

En cuanto llegamos a la explanada que había ante sus puertas, en lo alto de la colina, lo observé con más detenimiento. Aunque la lluvia me dificultaba la visión, distinguí a varios bandoleros encaramados en el tejado, apuntándonos con sus flechas de oro. Estaba segura de que los demonios conocían aquel lugar, y que solo las flechas de caelestum los mantenían alejados.

—¡Tuerto! —Una Guardiana salió del monasterio y corrió hasta nosotros bajo la lluvia. No tardé en reconocer el pelo de fuego de Micaela—. ¿Dónde estabas?

—Es una larga historia —respondió el líder, señalándonos.

Tras Micaela llegaron tres guardianes más, de los cuales solo reconocí a Averroes, uno de los bandoleros de los que Aleph y yo habíamos escapado. Todos ellos llevaban arcos en las manos y flechas doradas a la espalda.

Los cuatro clavaron la vista en nosotros, y mis ojos se encontraron con los de Micaela. En su cobre encontré odio por haberla traicionado, rabia por haberle impedido matar a Aleph. Había sido ella la que me había permitido ir a por la espada junto al demonio, y yo, en vez de entregársela a los Guardianes, me había marchado con él.

—Vamos dentro —dijo el Tuerto.

Antes de ponernos a cubierto, a Joaquín volvieron a fallarle las piernas y cayó sobre el barro con un quejido de dolor. Mi primer impulso fue el de ayudarle, pero él mismo me había apartado hacía apenas unas horas y aún estaba demasiado dolida como para tragarme el orgullo.

Micaela, por el contrario, no lo dudó.

—¡Cuidado! —exclamó, agachándose junto a él—. ¿Estás bien?

Apreté los puños con fuerza cuando vi que Joaquín la miraba como se miran las cosas hermosas, que cogía las manos que la Guardiana le ofrecía; que, demostrándome que no es que no quisiera estar solo, sino sin mí, aceptaba su ayuda como si fuera agua para un sediento.

—Ahora sí —le susurró—. Gracias.

—Agárrate a mí, ¿vale? —le dijo ella, ayudándole a ponerse en pie—. Me llamo Micaela, por cierto.

Caminaron juntos hasta el monasterio, la Guardiana convertida en las fuerzas que a Joaquín le faltaban, en un apoyo para sus heridas, en un consuelo de fuego y cobre.

Y yo, olvidada por ambos, me quedé atrás.

El monasterio era un auténtico laberinto. Construido en torno a un patio porticado al que llamaban claustro, en sus salas de piedra había docenas de hombres y mujeres de todas las edades que entrenaban para luchar contra Luzbel y sus demonios; para convertirse en el ejército de los ángeles.

Aquel edificio era una especie de ciudad en miniatura en la que un numeroso grupo de bandoleros vivían ajenos a lo que ocurría en las taifas.

Sus días estaban regidos por la fe y la esperanza, por una tranquilidad que, sin embargo, no era más que un espejismo que precedía a la guerra que se avecinaba.

La primera noche que pasamos allí no pude dormir. Aunque nos habían dado ropa seca, nos habían alimentado e instalado en habitaciones con vistas a la sierra, estaba inquieta. El insomnio se había convertido en mi compañero de cama y se me hacía imposible desprenderme de él. Mi cabeza, al contrario que mi cuerpo, se negaba a descansar. Tenía demasiadas dudas y muy pocas certezas.

Por eso, sin hacer ruido, cogí tanto la espada como la kinjara y salí de mi habitación. Pan, que dormía a los pies de la cama, se puso en pie y me acompañó.

Los Guardianes nos habían dicho que nos reuniríamos por la mañana, cuando todos hubiéramos descansado, y que solo entonces tomaríamos decisiones. La espera se me estaba haciendo eterna. Teníamos que rescatar a mi familia cuanto antes. Necesitaba la sabiduría de Dancaire, la lógica de Candela, la ironía de Triana y el candor de Frasquita. Necesitaba el cariño de Aleph.

Caminé sin rumbo durante unos minutos, camuflándome entre las sombras. El eco de mis pasos rebotaba contra los gruesos muros de piedra del monasterio. Los de Pan, por el contrario, se disfrazaban de silencio.

Atravesé un par de pasillos hasta llegar a una sala donde titilaba la luz de cientos de velas y en la que se escuchaban voces. Una capilla. Estuve tentada de evitarla, pero algo me hizo avanzar hasta ella. Hacía mucho tiempo que no escuchaba algo así, unos cánticos grupales que hipnotizaban, que casi parecían arroparte. Eran oraciones de la antigua fe. El caelestum de Apocalipsis emitió un fogonazo de energía que me calentó por dentro.

—*… et verbum caro factum est. Et habitavit in nobis.*

Entré con el estómago encogido. Dancaire siempre había rezado, pero lo hacía en soledad. Además, los altares de la antigua fe habían sido destruidos cuando llegaron los demonios, prohibidos por la Iglesia de los Renegados y las leyes de Luzbel. Penados con la muerte.

—Carmen —me llamó una voz masculina, justo a mi derecha, sacándome del trance en el que había entrado. Era el Tuerto—. ¿Por qué no

estás durmiendo?

El hermano de Dancaire estaba sentado en un banco, solo, junto al muro. La luz de las velas iluminaba su piel morena y llenaba de fuego sus ojos oscuros. El aire olía a incienso. Ocupé el asiento que había a su lado y, sin dejar de observar al grupo de devotos que rezaban de rodillas frente al altar, le dije:

—No escuchaba estos cánticos desde la muerte de mis padres.

El Tuerto miró a Pan, que lo observaba con una mezcla de reconocimiento y desconfianza. Después esbozó una sonrisa triste.

—El ángelus era una de las oraciones favoritas de tus padres.

—Y ya nunca podrán rezarlo —repliqué, apretando los puños—. Porque están en el Infierno.

El Tuerto entornó los ojos, perdiendo la vista en el oro del altar. Yo lo observé en silencio. Parecía mayor que Dancaire, aunque quizá era el hermano pequeño. No lo sabía, porque mi mentor jamás me había hablado de él.

—¿Has pensado alguna vez en las almas? —me preguntó el Guardián, sin mirarme.

—La verdad es que no.

Pero era mentira. Había pensado en las almas de mis padres al morir, en las de David y Félix, en la de Óliver. Había pensado en todos mis seres queridos sufriendo en el Infierno, pero también había pensado en la mía. Por culpa de Aleph.

«Parece que está hecha de estrellas», me había dicho.

El Tuerto sonrió de nuevo y, esta vez, extendió una mano hacia Pan. El Perro se quedó quieto con los ojos ambarinos clavados en los del Guardián. Ni siquiera se acercó cuando este movió los dedos con cariño para indicarle que estaba dispuesto a acariciarle.

—Es muy desconfiado —le expliqué—. No se lo tengas en cuenta.

Al instante, pensé en Aleph, en lo poco que le había costado ganarse el cariño de Pan. En lo mucho que lo echaba de menos. ¿Estaría bien? ¿Sano y salvo? ¿Pensaría en mí tanto como yo pensaba en él?

—Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo —me dijo el Tuerto, volviendo a centrar su atención en mí—. Algo relacionado con el demonio

que te acompañaba cuando nos encontramos por primera vez.

El corazón me dio un vuelco y, de repente, me puse muy tensa. Claro que quería hablar conmigo sobre Aleph. Estaba segura de que iba a decirme que era una desagradecida, que no me merecía tener el poder de los ángeles, que nadie iba a perdonar mis pecados. Que, al igual que me había dicho Joaquín, era una estúpida si pensaba que lo que había entre nosotros era amor.

—¿Sabes por qué me llaman «el Tuerto»? —me preguntó, con calma—. Sé que es un mote que llama la atención porque, bueno, porque tengo dos ojos.

«Porque fui yo quien dejó tuerto a Yud, el señor del Infierno», nos había dicho a Aleph y a mí el día que nos conocimos. «No creo que Yud perdiera el ojo por eso», le había respondido Aleph. «Si lo tuvieras delante, no tendrías tiempo ni de abrir la boca antes de que te matara».

—¿Porque eres un poco presuntuoso? —me burlé.

El Tuerto esbozó una sonrisa afilada y sospeché que su respuesta no iba a gustarme. Por alguna razón, quizá porque llevaba días esperando que llegara el golpe que explotara la burbuja en la que me había encerrado, supe que sus palabras iban a ser puñaladas.

—En parte sí —me respondió—, porque el mote viene de una mentira. Siempre he contado que fui yo quien dejó tuerto a Yud, e incluso me reí cuando los Guardianes comenzaron a llamarme así, pero no es cierto. Cuando me enfrenté al Escamillo, él ya llevaba un parche en el ojo.

—¿Y por qué contar una mentira?

—Para no tener que reconocer la verdad.

El aire a mi alrededor se hizo más espeso, como si el incienso de la iglesia se hubiera convertido en un vapor venenoso y mis pulmones se estuvieran negando a respirarlo. No quería escuchar lo que el Tuerto estaba a punto de decirme. No quería enfrentarme a un dolor que sabía que se aproximaba.

—Fue hace casi veinte años, poco después de la Caída —me contó. Tenía los ojos llenos de recuerdos—. El tiempo es un auténtico cabrón, ¿sabes? No solo desgasta nuestro cuerpo, también nuestra mente. Por eso, a veces, olvidamos cosas. Hay otras, sin embargo, que no desaparecen jamás.

Un beso, una despedida, una discusión. El momento exacto en el que un señor del Infierno te mira a los ojos.

Tenía la garganta bloqueada y me sentía incapaz de hablar. Por primera vez en mi vida tuve la necesidad de rezar, de pedirle a un Creador desaparecido que escuchara mis plegarias. «Por favor —supliqué en silencio—. Por favor, por favor. Que no lo diga».

—Aún recuerdo la cara de ese cabrón, el miedo que sentí; lo que estaba haciendo cuando lo encontré. —Suspiró, preparándose para soltar, por fin, un peso con el que llevaba demasiado tiempo cargando—. Tras la Caída del Cielo, Luzbel había instalado su Corte en Granada, así que en Córdoba aún no habíamos visto a los señores del Infierno. La imagen que teníamos de ellos era la que las leyendas habían formado: crueles, despiadados, asesinos. Sin embargo, la primera vez que vi a un matador, tenía un animal herido entre los brazos. Un conejo, si no recuerdo mal.

No.

No, no y no.

No podía ser.

—La explosión que destruyó el Cielo había acabado con la Tierra tal y como la conocíamos —continuó—, y en las taifas todo era aún muy confuso. Los primeros Guardianes, los que encontramos las armas de caelestum, hacíamos patrullas por Sierra Morena para buscar supervivientes y posibles aliados. Aún no sabíamos qué apariencia tenían los señores del Infierno porque nos llegaba muy poca información de Granada, pero gracias a las canciones sabíamos lo que eran capaces de hacer. Por eso, por nuestra seguridad, solíamos movernos en grupo. A veces, sin embargo, nos veíamos obligados a separarnos.

El Tuerto me miró como si estuviera esperando que dijera algo, pero yo me limité a guardar silencio, expectante.

—Estaba solo, precisamente, cuando me encontré con el demonio —continuó él—. Al verlo me quedé paralizado. Sabía que era un señor del Infierno por el traje de matador que llevaba, en plata y negro. Los tatuajes en el cuello, además, lo delataban. Sin embargo, era imposible que un demonio tan poderoso estuviera perdido en la serranía de Córdoba, y mucho menos cuidando de un animal. No se lo estaba comiendo vivo, Carmen, ni

tampoco haciéndole daño; lo estaba acariciando, dándole amor. Por eso no le disparé.

No, era imposible. La historia del Tuerto no era más que una coincidencia. Quería marcharme, impedir que siguiera hablando, pero me sentía incapaz de moverme. No tenía fuerzas para huir de sus palabras.

—Él tampoco me hizo daño —me dijo—. Le apunté con una de las flechas del arcángel Gabriel, pero él actuó como si, de alguna forma, supiera que no iba a ser capaz de dispararle. Lo único que hizo fue mirarme con el ojo que no estaba tapado con un parche, y decir «ojalá los humanos tuvierais el alma tan pura como los animales». Después, desapareció.

Tragué saliva y, como tenía la lengua paralizada, guardé silencio. El Tuerto lo interpretó como una señal para seguir hablando, para continuar liberándose, y yo no se lo impedí.

—Ni él me atacó ni yo le ataqué a él, aunque la historia que le conté a los demás fue muy distinta, claro. —Negó con la cabeza y esbozó una nueva sonrisa triste—. Podría haberme guardado para mí mismo que me había encontrado con Yud, pero me aterraba pensar que alguien, de alguna forma, llegara a descubrirlo. Aún era muy joven, y me avergonzaba haber visto algo que contradecía todo aquello en lo que creía, que eso me hubiera impedido matar a un señor del Infierno. Por eso, les dije a los demás que nos habíamos enfrentado y que, aunque no había podido matarle, le había herido. En el ojo derecho, concretamente.

El Tuerto se subió la manga de la camisa, mostrándome el antebrazo izquierdo, y yo observé en silencio la fea cicatriz que le marcaba la piel.

—Me lo hice yo mismo —me explicó— para que la mentira fuera creíble. Cuando las taifas descubrieron por fin la apariencia de los matadores y todos supieron que Yud llevaba un parche, la historia de nuestro enfrentamiento corrió como la pólvora. En Córdoba yo ya era el Tuerto, el que había dejado sin ojo al Escamillo. A veces la única forma de ocultar la vergüenza es bajo una capa de falso orgullo.

—¿Por qué me cuentas esto? —le pregunté con un hilo de voz—. ¿Por qué a mí?

—Porque sé que tú viste en él lo mismo que yo. Sin el parche en el ojo ni los tatuajes me costó reconocerlo, pero al verlo acariciando a los

caballos, al ver cómo trataba a Pan… No hay muchos demonios que tengan ese trato con los animales, ¿sabes? En cuanto me di cuenta de quién era quise hablar contigo, pero ya os habíais marchado a robar la espada. Por eso fuimos a buscarte.

Las piernas me temblaban, pero estaba paralizada. Joaquín podía haberme engañado por celos, pero ¿por qué iba a hacerlo el Tuerto? Eran demasiadas casualidades, demasiadas piezas que encajaban.

—¿Fue por eso por lo que me impediste matarlo en la catedral de Córdoba? —quiso saber el Tuerto—. ¿Porque viste algo bueno en él?

La capilla entera me daba vueltas, pero aun así me puse en pie. Los cánticos se habían detenido. Sentía un dolor profundo en todo el cuerpo, un dolor que empezaba en el pecho pero que me había llenado de fuego el estómago, la cabeza, las manos. No sabía si quería gritar, vomitar o, por primera vez en mucho tiempo, romper a llorar.

—Estás equivocado. Ese demonio no es…

—¿Malo? Que le gusten los animales no significa que no sea un cabrón. Sé que descubrirlo puede generarte dudas, pero esa no es más que otra de sus caras, otro de sus trucos. El Escamillo merece morir como todos los demás. No quiero que caigas en su trampa como me pasó a mí. Si lo hubiera matado cuando tuve la oportunidad, habría salvado muchas vidas.

—No. Él no…

—Carmen —me cortó el Tuerto—. Sabías que el demonio que te acompañaba era Yud, ¿verdad?

Sus palabras se quedaron suspendidas en el aire durante unos segundos. Ya no podía esconderme de la verdad. Lo que el Tuerto me había contado sobre Yud encajaba tan bien con Aleph que, al contrario que con Joaquín y los arcángeles, no podía encontrarle una explicación. No podía excusarlo más.

«Recuerda que estoy de tu lado, ¿vale? Pase lo que pase, te digan lo que te digan, tú eres mi equipo».

Tenía que marcharme de allí.

Salí corriendo de la capilla y solo me detuve cuando estuve lejos del Tuerto, de sus palabras y sus verdades. Tenía la boca seca y el pecho ardiendo. Joaquín tenía razón. Los arcángeles tenían razón. Aleph era Yud,

el Escamillo. El asesino de mis padres. Y me había creído todas sus mentiras.

Caí de rodillas en el claustro y, cuando las gotas de lluvia me alcanzaron, mi piel estalló en oro y se llenó de tatuajes dorados.

—Me has engañado —sollocé, mirando las formas que brillaban en mis manos empapadas—. Me has engañado.

De las palmas comenzaron a brotar jazmines blancos, jazmines hechos de pena que no veía desde la muerte de mis padres. Después de diez años encerradas en la jaula de mis ojos, las lágrimas me desgarraron la garganta y descendieron por mis mejillas, mezclándose con las gotas de lluvia.

Sentía la boca seca y no podía respirar porque el dolor me lo impedía. Toda yo temblaba, pero no era por frío ni por miedo; era por rabia, por vergüenza, por que una oscuridad desconocida me estaba consumiendo por dentro.

Aleph había desbloqueado mi corazón, pero Aleph no existía.

Aleph no había sido más que una mentira.

Y Yud la pagaría muy cara.

Golpeé el suelo con fuerza y grité. Quería arrancarme de cuajo la tristeza, la humillación y, sobre todo, el amor. Siempre había sabido que este me haría débil, y nunca debería haber cometido el error de bajar la guardia. Nunca debería haberme permitido sentir.

—Te mataré —le solté a la tormenta—. ¡Te juro que te mataré!

Si el amor de un corazón vivo me había hecho fuerte, más lo haría el dolor de un corazón muerto.

Y con esa fuerza, esta vez sí, cumpliría por fin mi venganza.

6

Carmen

El odio era de color rojo. Rojo era lo único que veía, lo único que sentía. Rojo como la sangre que quería derramar, rojo como los ojos de Yud. Rojo, rojo, rojo. Me sentía incapaz de pensar, incapaz de hablar. Me dolía la cabeza por culpa del llanto y tenía la garganta en carne viva.

Quería gritar. Quería luchar. Quería vengarme.

Me asomé a la ventana de mi habitación, buscando algo de aire fresco, y observé la sierra que se extendía ante mí. Estaba amaneciendo, la oscuridad del cielo tornándose gris, pero en mi pecho se había instalado una noche eterna, fría, desgarradora. La lluvia golpeaba con fuerza las copas negras de los árboles, empapando los pétalos de las iünas.

¿Cómo me había dejado engañar tan fácilmente? ¿Tan desesperada había estado por sentirme amada? La humillación me cubría la piel, ensuciándomela como el barro. Ni siquiera el agua era capaz de limpiar el rastro de unos besos manchados de sangre que me habían hecho más daño que cualquier arma.

«Sabes que siempre lo haría, ¿verdad? Buscarte. No quiero perderme la luz de tu alma en ninguna vida».

Mentira.

Mentira.

Mentira.

Todo había sido una mentira. Las promesas, los abrazos, las caricias. Todo. En esos momentos Yud estaría junto a Luzbel, burlándose de mí,

mientras yo me desangraba por su ausencia. Qué tonta había sido. Qué ingenua. Qué estúpida.

Saqué del fajín el clavel de Yud y lo observé durante unos segundos. Estaba seco, marchito y sin color; el símbolo perfecto de un engaño. Lo había guardado con esperanza, creyendo de verdad que me traería suerte, pero ahora entendía que eso, como todo lo demás, había sido una quimera.

Cerré el puño con fuerza y el clavel se hizo pedazos. Los trozos cayeron al suelo convertidos en copos de tristeza, y yo sentí que algo dentro de mí se apagaba para siempre. ¿La ilusión, quizá? ¿Los últimos resquicios de inocencia? No lo sabía, pero tampoco me importaba. Tenía que extirpar todo aquello que Yud había tocado.

Por eso, con un dolor punzante en el pecho, me arranqué el anillo de plata del dedo. Quería creer que volvería a estar bien, que sería de nuevo la Carmen de antes de conocer a Aleph, pero por mi vida había pasado un huracán, un terremoto, y esa Carmen ya no existía.

—Adiós —le susurré al anillo.

Cerré los ojos con fuerza y, cogiendo aire, me preparé para lanzarlo lo más lejos posible de mí, de mi vida y de mi corazón.

Como si nunca hubiese existido.

A la salida del sol, tal y como el Tuerto nos había indicado, los Guardianes se reunieron con Joaquín y conmigo. Lo hicimos en una estancia cuadrada de gruesas columnas, techos abovedados y tres ventanales arqueados. Allí, al parecer, los monjes del monasterio tomaban las decisiones importantes antes de la Caída del Cielo.

—Bienvenidos —nos saludó el Tuerto, abriendo los brazos para acoger a todos los presentes—. Bienvenidos a todos.

Unos treinta Guardianes estaban presentes; hombres y mujeres que esperaban aquella reunión con expectación. Algunos de ellos cuchicheaban y, con un mal disimulado interés, nos lanzaban miradas furtivas a Joaquín y a mí. Micaela se encontraba entre ellos, y parecía querer asesinarme con sus ojos de cobre.

Ardía en deseos de enfrentarme a ella. El llanto me había dejado débil, pero necesitaba descargar toda la rabia que llevaba dentro, transformar la tristeza en violencia. La única razón por la que me estaba conteniendo era que mi familia dependía de aquella reunión. Y no podía jugármela.

—Espero que lo que tengas que contarnos merezca la pena —dijo una Guardiana de mediana edad apoyada contra la pared—. Hemos venido sin desayunar.

—¡Eso! —confirmó Manele, uno de los bandoleros que yo ya conocía de la última vez—. ¡Nos morimos de hambre!

—Merece la pena —les respondió el Tuerto—. Pero no soy yo quien os lo tiene que contar, sino Carmen.

Cuando el hermano de Dancaire me cedió la palabra, todos los presentes me miraron. Quería apoyarme en Joaquín, que el verde de sus ojos me diera fuerzas, pero me sentía incapaz de hacerlo. No después de comprobar que era él quien tenía razón sobre Aleph, que era yo la que se equivocaba.

Cogí aire y, dando un paso al frente, desenvainé a Apocalipsis. Aunque la luz que entraba por los ventanales era tenue a causa de la tormenta, el caelestum dorado de su filo centelleó y desató los murmullos de los presentes.

—Cuando conseguí la espada de Miguel —les conté, sacando de mi fajín la kinjara de Rafael—, fui directa a Granada. Conseguí entrar en la Alhambra. Y encontré el tesoro de los ángeles.

Más murmullos: murmullos intensos, murmullos convertidos en piedras, murmullos que me sentenciaban. ¿Cuántos de los Guardianes sabrían que había huido de Córdoba junto a un demonio? ¿Cuántos desconfiaban de mí por culpa de mis decisiones?

—No sé qué esperaba encontrar —continué—, pero desde luego no era lo que había allí. No esperaba que el famoso tesoro de los ángeles, el famoso tesoro que Luzbel lleva veinte años escondiendo… fueran ángeles vivos.

El silencio de los Guardianes congeló la sala, escalando por las paredes de piedra. Lo había dicho, soltándolo como si esas palabras no lo cambiaran todo, y las consecuencias me llegaron afiladas como cuchillos.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Averroes.

—¡Eso no es posible!

—¡No queda ningún ángel vivo!

Los Guardianes comenzaron a hablar a la vez, y yo apreté la mandíbula. Claro que no me creían. Claro que, después de lo que había hecho, iban a dejarme sola. Quizá ese era el plan de Yud desde el principio: aislarme de todos aquellos que podían ayudarme y suponían una amenaza para los demonios. Debilitarme.

—Sé que es difícil de creer —dije alzando la voz—, pero los vi con mis propios ojos. ¡Miguel, Rafael y Gabriel están vivos! Fueron ellos los que me pidieron que reuniera las armas de caelestum y los sacara de la Alhambra. ¡Solo me faltan vuestras flechas para conseguirlo!

—¿Nos estás pidiendo que te entreguemos las flechas? —me preguntó un Guardián joven—. ¿Lo único que nos protege de los demonios?

—No hace falta que me las entreguéis —le corregí—. Solo quiero que las utilicéis para…

—¿Y qué pruebas tienes de todo eso? —añadió otro—. ¿Cómo podemos saber que nos estás diciendo la verdad?

Miré al Tuerto, frustrada. Este guardaba silencio. Eso me enfureció. Sabía que él me creía, pero también que quería ver cómo me ganaba la confianza de sus seguidores. Después de haberles traicionado una vez, el hermano de Dancaire necesitaba comprobar hasta qué punto estaba dispuesta a formar parte del ejército de los ángeles.

—¿Por qué íbamos a creerte? —preguntó Micaela—. ¡Huiste con un demonio! Seguro que volverías a hacerlo.

Los latidos de mi corazón se aceleraron y la rabia me mordió el estómago. Micaela había metido el dedo en la llaga, en una herida que aún vomitaba sangre. Aleph. Yud. La mera mención de su existencia era la excusa que necesitaba para estallar.

—¿Estás insinuando que miento? —respondí, apretando los puños.

—Lo has dicho tú, no yo.

En la sala reinaba el silencio, pero la tensión podía tocarse, acariciarse con la punta de los dedos. Tanto Micaela como yo éramos puro fuego, y lo único que estábamos esperando era que prendiera la chispa de una pelea que ninguna de las dos estaba dispuesta a perder.

—Te recuerdo que fuiste tú la que me dejó irme con él —solté—. ¿Se lo has contado a los demás? ¿No serás tú la que les está mintiendo?

Micaela apretó los dientes. El murmullo sobrevoló la sala. No tenía ni idea de si los Guardianes sabían que había sido Micaela la que nos había dejado marchar de la catedral de Córdoba; la que, pudiendo haber matado a Aleph, había bajado la flecha; pero yo pensaba usar esa información como arma.

—Yo confié en ti —me dijo, tan dolida como enfadada—. Yo confié en ti para que fueras a por la espada y, en vez de unirte a nosotros, te marchaste con él. ¿Cómo tienes el valor de llamarme mentirosa *a mí*?

—Creo que nos estamos desviando del tema principal —intervino el Tuerto.

—¿Dónde te has dejado al demonio? —insistió Micaela, ignorándolo, lanzándome todo su resentimiento—. ¿Cómo sabemos que no te está esperando y que no nos vas a volver a abandonar por él?

Rojo. De nuevo todo era rojo. Y quemaba. Di un paso al frente, las dos armas aferradas con fuerza, pero algo me detuvo al instante: una voz que olía a romero y sonaba a hogar; una voz que, a pesar de todo, siempre estaba ahí para salvarme.

—Carmen no os ha abandonado —dijo Joaquín—. Está aquí con vosotros, ¿no? Os ha traído la espada de Miguel, os ha traído fe y esperanza. ¿Qué importa todo lo demás?

Por primera vez en toda la mañana lo miré, y él clavó sus ojos en los míos. Allí, en lo más profundo de todos sus verdes, estaba el amor. El rojo desapareció, como un fuego que se apaga con el agua de lluvia, y yo me quedé quieta, perdida en el mar de calma que era su mirada.

«Por desgracia, nunca voy a poder odiarte».

—Si estamos aquí no es solo porque queramos sacar a los ángeles de la Alhambra —explicó—, también es porque necesitamos vuestra ayuda para ir a Sevilla a salvar a nuestra familia. Carmen es muy impulsiva, sí, y también una experta en ganarse enemigos, pero haría cualquier cosa por sus seres queridos. Cualquiera.

¿Qué importaba que Micaela no me creyera cuando Joaquín sí lo hacía? De repente sentí una oleada de calor en el pecho, el poder dorado de los

ángeles crepitando en mis venas. Me preparé para el estallido de mi gracia. Sin embargo, este nunca llegó. No hubo luz, no hubo flores, porque el odio que sentía por Aleph, por Yud, sofocaba cualquier tipo de amor que pudiera sentir.

El odio volvía ser tan intenso que me bloqueaba.

—Entonces, ¿qué pasó con el demonio? —preguntó Manele—. ¿Lo mataste?

Algo dentro de mí se revolvió: el arrepentimiento por no haber matado a Yud cuando tuve la oportunidad, el dolor de recordar que solo había permanecido a mi lado por obligación. ¿Cómo había podido pensar que era su amor lo que me hacía fuerte? Él nunca me había querido. Lo que yo sentía, probablemente, tampoco era amor. No le conocía. Ni siquiera sabía quién era.

«No puedes amar a alguien a quien no conoces».

—¿Qué más dará eso? —ataqué yo.

—Dinos dónde está —quiso saber Micaela.

—No está aquí, eso es lo único que importa.

—¡Tenemos que saberlo! —replicó ella.

—Deberías haberlo matado —la apoyó Manele.

Los Guardianes alzaron la voz de nuevo y yo estuve a punto de tirar las armas al suelo y marcharme de allí, alejarme de aquel monasterio para siempre. Lo habría hecho sin dudarlo, de no ser porque el Tuerto dio un paso al frente y los mandó callar a todos con un gesto.

—El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella —recitó—. Juan 8:7. ¿No fuiste tú, Manele, quien reveló nuestra ubicación cuando los señores del Infierno llegaron a Córdoba? Y tú, Micaela, ¿no te arrepientes todavía de lo que le pasó a tu hermana por culpa de tus acciones? Puede que Carmen haya cometido errores, sí, pero ¿quién de nosotros no lo ha hecho alguna vez?

Micaela se cruzó de brazos, y los Guardianes volvieron al silencio. No se fiaban de mí, claro, pero el Tuerto les estaba haciendo dudar. Ninguno de ellos se atrevía a juzgar los pecados de los demás cuando les estaban echando en cara los suyos.

—Carmen está aquí de nuevo —prosiguió el líder—, nos ha traído aquello por lo que llevamos años luchando, aquello que creíamos perdido para siempre. ¿No merece la pena confiar? Iremos a Sevilla para ayudar a la familia de Carmen y Joaquín, la familia de mi hermano, y después, con los niños con gracias de nuestro lado, sacaremos a los arcángeles de la Alhambra. Esta es la guerra para la que llevamos tantos años preparándonos, el rayo de esperanza que necesitábamos para continuar. ¡Por fin tenemos una posibilidad de vencer a Luzbel y a sus demonios! Yo tengo claro lo que voy a hacer. ¿Y vosotros?

Las miradas de los Guardianes iban del rostro del Tuerto al mío, al de Joaquín, y luego a las armas de los arcángeles que seguían en mis manos. No era una decisión fácil. Por mucho que ellos tuvieran las flechas de caelestum, por mucho que los niños con gracias estuviéramos de su lado, los demonios seguían superándonos en número, en fuerza, en maldad. Querían librar al mundo de la oscuridad de Luzbel, esa había sido siempre su razón de ser, pero ahora que podían hacerlo se daban cuenta de que eran sus vidas las que estaban en juego. No querían lanzarse de cabeza a una misión suicida. No querían acabar como mis padres.

Por eso, los segundos en los que nadie habló se me hicieron eternos, mis latidos convertidos en los tañidos de una campana que anuncia un funeral.

—Yo voy con vosotros —dijo la mujer de mediana edad que había hablado al comienzo de la reunión—. Llevamos años entrenando para esto y no me voy a quedar sentada.

—Yo también quiero patear demonios —añadió Averroes.

Los demás fueron aceptando, algunos con más seguridad que otros, y yo sentí que poco a poco me liberaban de una carga muy pesada. Sin ellos, sin su ayuda, no podría sacar a mi familia del Alcázar. Sin ellos no podría rescatar a los arcángeles. Sin ellos, no podría matar a Yud.

—Pues parece que volvemos a Sevilla —comentó el Tuerto, que se había colocado a mi lado al ver que todos los Guardianes se ponían en pie. Hasta Micaela, aunque de mala gana, parecía haber aceptado la decisión de sus compañeros—. ¿Estás preparada?

—¿Para matar demonios? —le pregunté—. He nacido para eso.

El Tuerto esbozó una sonrisa y yo se la devolví. Aunque aquel viaje había perdido a mi familia, mi hogar y mi corazón, estaba dispuesta a luchar con todas mis fuerzas para recuperarlo todo.

—Sé que estás más que preparada para matar demonios —me susurró el Tuerto—, pero no me refiero a eso.

—¿Y a qué te refieres?

—A las consecuencias, Carmen. A si estás preparada para las consecuencias de una guerra.

Pan estaba dormido a los pies de mi cama cuando me incorporé en mitad de la noche. Llevaba horas sin dormir. A ratos volvía al pasado y a ratos viajaba al futuro, a todo lo que estaba por venir. Las dudas sobre nuestra misión me corroían las entrañas, pero eran los *porqués* los que alejaban el sueño de mí. ¿Por qué Yud me había engañado? ¿Por qué llevarme hasta la Alhambra y ayudarme a desbloquear mi poder? ¿Por qué, si me tenía completamente a su merced, no me había matado?

Algo se me estaba escapando y, por mucho que me intentara convencer de que ese demonio había asesinado a mis padres y se merecía la muerte, necesitaba sus respuestas. Eso me hacía avergonzarme de mí misma.

Me levanté de la cama y, cuando me coloqué la vaina de la espada a la cintura, Pan alzó la cabeza y me miró con una mezcla de pereza y curiosidad.

—No te preocupes —le susurré, abriendo la puerta de la habitación—. Esta vez no hace falta que me acompañes. Vuelvo enseguida.

La lluvia no había amainado y golpeaba las paredes del monasterio con fuerza, iluminándolo de vez en cuando con la explosión de un rayo. Las antorchas de los pasillos titilaban con el estruendo de los truenos.

Cada vez que pensaba en Yud, temblaba de pura rabia. El caelestum de las armas parecía gritarme que le buscara, que le cortara el cuello, que solo bañándome en su sangre podría descansar por fin.

«Pronto —le dije en silencio—. Muy pronto».

En la reunión de la mañana se había decidido que, al amanecer, saldríamos hacia Sevilla. Después, cuando hubiéramos rescatado a mi

familia, iríamos a Granada. Teníamos las armas de caelestum, el poder de Joaquín y el mío, y nos sobraba la esperanza. En la reunión de la tarde, sin embargo, habíamos aceptado que no todos íbamos a salir con vida de aquella misión. La muerte sería nuestra compañera de viaje, nuestra guía, una sombra que nos cantaría nanas por las noches.

Y, quizá por eso, decidí ir a hablar con Joaquín.

No sabía qué quería decirle. O sí, pero no sabía si iba a ser capaz de hacerlo. Quería pedirle perdón, reconocer que sí, que él tenía razón, que yo había sido una estúpida. Tragarme mi orgullo. Quería darle las gracias por no abandonarme, por decirme la verdad, por apoyarme cuando más falta me hacía.

«Yo tampoco voy a poder odiarte nunca», ensayé en mi cabeza.

«No fue mi amor por Aleph, sino mi amor por ti lo que fortaleció mi poder».

«Te necesito a mi lado, Joaquín. Ahora y siempre».

Sin embargo, tenía miedo de que las palabras se me atascaran en la garganta y no pudiera sacarlas. Con Aleph había abierto mi corazón, pero después de averiguar la verdad volvía a sentirme bloqueada. Mis sentimientos estaban de nuevo dentro de un cofre, y la llave se había hundido en un mar de dolor y decepción. Odiaba, odiaba mucho y muy fuerte, y tanto la fe como la esperanza y el amor habían desaparecido para no volver. Los tres estaban muertos para mí y, al igual que la última vez, sospechaba que Joaquín era el único que podía salvarme.

«Joaquín —le había dicho a Aleph aquella noche, justo antes de que mi poder estallara para salvar la vida del cervatillo—. Es la mejor persona que he conocido en toda mi vida».

Estaba a punto de llegar a su habitación cuando escuché unas voces. Me escondí detrás de una esquina, alerta, y me quedé quieta. Las sombras del pasillo me protegían. Las armas de los arcángeles, también.

—Me la regaló Dancaire cuando me uní a la familia —estaba diciendo Joaquín, algo avergonzado—. Tendría, no sé, catorce años. Fui el último en llegar. Carmen y sus primas estaban ya muy unidas, y yo sentía que… que de alguna forma estaba fuera, que era distinto.

—¿Y cómo te diste cuenta de que podías hacer música?

No me lo podía creer. Era Micaela. ¡Micaela! Estaban los dos juntos en mitad de la noche, hablando a escondidas como si fueran amigos, contándose secretos.

—Siempre lo he sabido —le respondió Joaquín—. Desde niño. Es como si la tuviera dentro, ¿sabes? Pero no solo eso, es que la música me habla. Acude a mí cuando la llamo. No sé si tiene sentido, pero la siento como una amiga.

—No lo tiene, pero es precioso.

El tono de voz de Micaela, tan meloso y coqueto, me revolvió el estómago.

—Yo diría más bien que es peligroso —apuntó Joaquín—. Mi madre me obligó a ocultarle mi gracia a todo el mundo, sobre todo a mi padre, pero no es fácil aprender a controlarla. Poder hacer música en un mundo donde no existe… Podrían haberme matado. Un poder así es una maldición.

¿Por qué Joaquín estaba hablando con Micaela sobre su gracia? ¿Y por qué le estaba contando cosas de su padre? A mí jamás me había hablado de él. Conmigo nunca había compartido tanto sobre sí mismo.

—Yo creo que un poder así te hace especial —le dijo Micaela. Podía imaginármela con sus ojos de cobre ardiendo bajo la luz de las antorchas, mirando a Joaquín con el deseo y la admiración que rezumaba su voz acariciándole las cicatrices—. Creo que eres único, Joaquín.

Los celos y la envidia me ardían por dentro, quemándome con tanta fuerza que estaba a punto de estallar. Claro que Joaquín era único, joder. Yo me había dado cuenta antes que ella. Yo lo conocía desde hacía mucho más tiempo.

—¿Único? —El bufido de autodesprecio que soltó Joaquín me dolió en las entrañas—. Eres la primera persona que me dice algo así.

—Me cuesta creerlo.

Quería salir de mi escondite para gritarle a Joaquín que era un mentiroso, decirle que yo también le había dicho que era único. Sin embargo, no era verdad. Por mucho que lo hubiera pensado, nunca se lo había dicho. Nunca le había dado el lugar que merecía.

«Claro que no ibas a enamorarte de mí, Carmen. Siempre me has visto como alguien secundario en tu vida, alguien que iba a estar ahí curando tus

heridas hicieras lo que hicieras».

Una vez más, tenía razón.

—Siempre he pasado bastante desapercibido —confesó él—. Toda mi vida me he sentido invisible.

—¡Venga ya! —le respondió ella—. Se ve a lo lejos que eres alguien fuera de lo común.

Las palabras de Micaela vinieron acompañadas de silencio, un silencio que me puso muy tensa. ¿Cómo la estaría mirando Joaquín? ¿Se había olvidado de golpe de lo que había pasado en la reunión, o es que pensaba que Micaela tenía razón sobre mí? ¿Y si solo me había defendido para ganarse a los Guardianes y que nos acompañaran a Sevilla?

—Tú también eres alguien fuera de lo común —le dijo Joaquín—. Micaela Matademonios. ¿Qué se siente al ser la primera persona del mundo en acabar con la vida de un señor del Infierno?

Cerré los ojos y, antes de que la respuesta me atravesara como una daga, me marché. Había estado a punto de disculparme con Joaquín, de darle las gracias y abrirle mi corazón, pero eso no le habría hecho ningún bien. Lo que había pasado con Aleph no había sido la razón por la que se había alejado de mí, sino la excusa. Llevaba años haciéndole daño, rompiéndole el corazón, y no tenía derecho a volver a herirlo.

Tenía que centrarme en la misión que teníamos por delante, en prepararme para la guerra; en la venganza. Tenía que alejarme de él para que fuera feliz.

Porque el odio era rojo, sí, pero en mi corazón reinaba el negro.

Y todo el que se acercaba, terminaba engullido por las sombras.

7

Frasquita

Diez días después de que Yud apareciera de forma repentina en el Alcázar, los demonios abandonaron el palacio y nos dieron la oportunidad de colarnos en la mazmorra de la biblioteca. Era allí donde Luzbel había encerrado al Escamillo. Queríamos hablar con él para que nos contara todo lo que sabía sobre Carmen y Joaquín, para que nos dijera la verdad.

Sin embargo, la idea me aterraba.

En aquel lugar había visto morir a Dancaire, y no sabía si podría soportar el hedor a sangre que desprendían las paredes, el dolor de sus gritos retumbando en mi cabeza. Además, no solo tenía que bajar de nuevo a aquel lugar, sino que también tenía que hablar con Yud, el más cruel de los señores del Infierno. ¿Y si era una trampa? Los grilletes invisibles de Luzbel me impedían usar mi gracia contra él, y estaba totalmente indefensa.

—¿Estás segura de que no están? —le pregunté a Julia cuando metió la llave en la puerta de la biblioteca y nos encerró dentro. La lluvia no había cesado en los últimos días, y el sonido de las gotas contra las paredes del Alcázar envolvía mis palabras—. ¿Muy segura?

—Lo estoy —respondió ella—. Todos los demonios, incluyendo al rey y sus señores del Infierno, han ido a la Plaza esta noche. No volverán hasta la madrugada.

En las últimas semanas, Julia había estado vigilando la biblioteca con discreción. Como la mazmorra en la que habían encerrado a Yud era un lugar secreto, una celda de torturas cuya existencia no conocía casi nadie,

no necesitaba guardias. La esposa del cacique había visto entrar y salir a algún que otro dragón, pero nunca a soldados apostados en la puerta. O Luzbel estaba seguro de que nadie iba a entrar o estaba seguro de que Yud no iba a salir.

—¿Y Antonio? —quiso saber Candela mientras se sentaba, con esfuerzo, en uno de los sillones tapizados de la biblioteca. Parecía muy cansada, como si la noche le provocara un dolor intenso que ni Julia ni yo podíamos comprender—. ¿Y Balthasar?

—Se han ido con los demonios. Ninguno de los dos se perdería un espectáculo en la Plaza por nada del mundo.

Un relámpago iluminó la biblioteca, haciendo palidecer incluso el fuego de los soles que flotaban en el techo. Yo me estremecí. Odiaba las tormentas. Odiaba la lluvia y el sonido de los truenos. Odiaba que el miedo me paralizara y me impidiera respirar.

—Frasquita —me llamó Candela—. No tienes por qué hacer esto.

En el azul de sus ojos brillaba una preocupación sincera, la preocupación de alguien que había dedicado su vida a protegerme. Estuve a punto de decirle que no quería hacerlo, pero guardé silencio. Si no lo hacía yo, lo haría ella. Y eso no podía permitirlo.

—Sí tengo por qué —repliqué. La voz me tembló y toda la seguridad que quería aparentar se esfumó de golpe—. Por Carmen.

—Pero puedo bajar yo —insistió.

—No, Candela —se apresuró a responder Julia—. Tú no vas a bajar. En todo caso, bajaré yo.

—Eso no servirá de nada —dije—. Tú no conoces a Carmen, ni a Joaquín, y Yud podría engañarte fácilmente. Tengo que hacerlo yo. Vosotras os quedaréis aquí, vigilando.

Candela suspiró, agotada, y Julia se cruzó de brazos. Ninguna de las tres quería estar allí, pero ¿qué podíamos hacer? No íbamos a quedarnos quietas cuando sabíamos que existía una forma de averiguar si Carmen y Joaquín estaban bien.

—Cuanto antes acabemos con esta locura, mejor —apuntó Julia.

Asentí y, al darme cuenta de que estaba a punto de enfrentarme al Escamillo, una punzada de dolor me atravesó el pecho. Después comencé a

toser. No podía respirar. No podía conseguir el aire que necesitaba y ni siquiera recordar a Dancaire sirvió; porque Dancaire ya no estaba y su ausencia me hacía daño. Yud había matado a los padres de Carmen, a Óliver, y a saber a cuántas personas más. ¿Quién me aseguraba que no iba a hacer lo mismo conmigo?

—Frasquita —musitó Candela, poniéndose en pie de un salto.

Intentó acercarse hasta mí, pero las piernas le fallaron y, con los ojos en blanco, se desplomó sobre el suelo. Su antebrazo izquierdo comenzó a sangrar, como si una daga invisible le hubiera abierto la piel. La tela celeste de su vestido se tiñó de un rojo intenso.

—¡Candela! —gritó Julia, corriendo hasta ella.

Mis ojos estaban anegados en lágrimas y no podía dejar de toser. Mi cuerpo quería expulsar una enfermedad que, en realidad, ya formaba parte de él. Quería agacharme junto a mi prima, ver si estaba bien, pero el dolor me paralizaba. El dolor era tan intenso que sentía que me ahogaba.

—Can… dela —susurré, luchando contra mí misma.

Julia se arrodilló junto a ella y, con suavidad, la agarró entre sus brazos. Casi parecía una madre sosteniendo a su hijo, una piedad hecha de carne y hueso.

—¿Está bien? —le pregunté.

—No lo sé —me respondió Julia, tocando con preocupación la frente de Candela—. No estoy segura.

Julia le subió la manga izquierda y, al ver que la cruz de sangre con la que Luzbel nos había marcado estaba sangrando, contuve el aliento. Habían pasado semanas desde que habíamos cerrado el pacto con el rey de los demonios. ¿Qué significaba que se hubiera abierto ahora?

Miré mi propio antebrazo con un nudo en la garganta, y entonces me di cuenta de que mi herida también estaba abierta. Ya ni siquiera parecía una cruz, sino una especie de reloj de arena cuyos contornos estaban hechos de sangre, una sangre que ardía y me empapaba la piel.

—Creo que solo se ha desmayado —me indicó Julia—. Se tenía que haber quedado en la cama, pero es terca como una mula.

—Ha sido por mi culpa —aseguré con la voz rota mientras volvía a cubrirme el antebrazo. La sangre iba a mancharme el vestido, pero no

quería ver la herida—. Seguro que he tosido y se ha asustado y…

—Frasquita —me cortó Julia. Sus ojos estaban clavados en el rostro de Candela; sus dedos apartaban con delicadeza los mechones dorados de su pelo—. No ha sido por tu culpa. Ni siquiera creo que la herida tenga nada que ver. Es normal tener desmayos durante el embarazo, sobre todo al principio.

—¿Cómo lo sabes?

Julia observó con atención el rostro de Candela, como si quisiera darle calor con su miel. Después alzó la cabeza para mirarme a mí. Su rostro no era hermoso ni delicado, pero en sus ojos ardía una férrea determinación que le hacían parecer capaz de derrocar imperios.

—Lo sé porque… porque a mí me pasaba a menudo —musitó.

Necesité un par de segundos para entender lo que Julia me estaba diciendo. ¿La mujer del cacique había estado embarazada?

—Lo siento —susurré, incapaz de decir nada más.

—Fue hace mucho tiempo —respondió ella, volviendo a fijar la mirada en el rostro de Candela—. Fue un niño, un niño precioso. Falleció a los pocos minutos de nacer. No pude volver a quedarme embarazada, y Antonio nunca me lo ha perdonado. Para él no soy más que una propiedad defectuosa de la que ya no puede deshacerse. Y también soy la razón por la que se quedó sin primogénito.

La mujer del cacique me miró de nuevo y, por primera vez, entendí lo que había en sus profundidades: años de dolor que nada tenían que ver con su edad y posición. Una carga inmensa sobre los hombros. Julia, al igual que yo, había sido definida por algo que no había elegido. A ella también la habían tachado de inútil y enferma, pero había aprendido a viajar con esa carga, a valorarse.

—No podemos responsabilizarnos de todo —continuó—. Deberías dejar de tener miedo y demostrarle al mundo que eres mucho más que tu enfermedad. No estás rota y no tienes por qué dejar que nadie te trate como si lo estuvieras.

Escuchando a Julia no me había dado cuenta, pero la tos había remitido. Aunque estaba luchando contra las lágrimas, había empezado a respirar.

—¿De verdad crees que no lo estoy? —le pregunté, bajando la vista—. Da igual lo que haga o lo que diga porque mi enfermedad… mi enfermedad siempre va a ganar.

—Eso no es verdad —replicó Julia—. Hasta ahora, que yo sepa, siempre has ganado tú.

Aunque quise replicar, enseguida me di cuenta de que, en el fondo, tenía razón. Mi enfermedad no había ganado porque seguía viva, porque seguía luchando.

—Te han repetido tantas veces que eres débil que has terminado creyéndotelo, ¿verdad? —continuó Julia. Cuando asentí, algo avergonzada, ella suspiró—. Frasquita, tienes un poder extraordinario, el poder de los mismísimos ángeles, pero ni siquiera sabes hasta dónde eres capaz de llegar con él. No sabes de lo que eres capaz porque no te has permitido comprobarlo.

—Puedo dormir a la gente —le dije—. Y creo que, de alguna forma, soy la única capaz de luchar contra el poder del Monje. Cuando poseyó a Triana en la fiesta de máscaras, solo tuve que tocarla para que el demonio saliera de su cuerpo.

—Pues ahí tienes la prueba —me respondió ella—. ¿Crees que alguien débil sería capaz de algo así?

Volvimos a quedarnos calladas y, cuando la mujer del cacique me miró de nuevo, sonreí. Por primera vez en mi vida había alguien que no me trataba como a una muñeca de porcelana, alguien que me decía que sí, que era fuerte, más incluso que mi enfermedad. Por primera vez, alguien veía mis batallas contra la muerte como victorias, y no como derrotas.

—Baja cuanto antes, Frasquita —me apremió Julia, volviendo a centrar su atención en Candela—. No sé qué significará lo de vuestras heridas, pero no deberíamos perder el tiempo. Puede que Luzbel esté planeando algo.

Aunque sabía que Julia tenía razón, no me moví. Si le pasaba algo a Candela mientras yo no estaba allí, jamás me lo perdonaría.

—Yo cuidaré de tu prima —me aseguró—. La cuidaré todo lo que ella me permita. Jamás la voy a abandonar.

—Gracias —le respondí, llevándome las manos al pecho—. Gracias, Julia.

Me di la vuelta con el estómago encogido y atravesé la biblioteca. No podía retrasarme más. Dancaire ya no estaba, pero todos los demás sí. Y dependían de mí. Nuestra libertad dependía de mí.

Me puse de puntillas frente a la estantería que cubría la pared del fondo y busqué el libro más antiguo y desgastado, mi viejo amigo. Las piernas me temblaban y no podía dejar de pensar en lo que había pasado la última vez que bajé a aquel lugar; en el miedo y el dolor. Sin embargo, tal y como me había dicho Julia, tenía que demostrarle al mundo que era fuerte y capaz. Si quería que dejaran de tratarme como si estuviera hecha de cristal, primero tenía que creerme que no era tan fácil romperme.

Tiré del libro y, al instante, la estantería giró para mostrarme el túnel secreto que bajaba a la mazmorra subterránea del Alcázar. «Sala de torturas», la había llamado Yud. Qué nombre más acertado para aquel lugar infernal.

Dudé un par de segundos, obligándome a pensar que no iba a ver morir a ningún otro ser querido, y después me adentré en la oscuridad.

—No pasa nada —me dije a mí misma cuando la puerta se cerró a mi espalda y me engulleron las sombras—. No pasa nada.

Avancé en silencio, atenta a cualquier ruido o movimiento, concentrándome en no toser. Estaba haciendo aquello por Carmen y Joaquín, porque el Escamillo nos había dicho que tenía que hablar con nosotras, porque estábamos encerradas y ansiosas por saber qué había pasado. Lo estaba haciendo, en parte, también por mí.

—Vamos, Frasquita —me animé en voz baja—. Puedes hacerlo.

Cuando llegué hasta la celosía tras la que se ocultaba la entrada a la mazmorra, me quedé muy quieta. Lo recordaba todo a la perfección: armas afiladas de todo tipo, restos de sangre por el suelo, los gritos de Dancaire.

«¡No!».

«¡Basta! ¡Por… favor!».

«¡Vale, sí! ¡Teníamos un plan!».

Esta vez, el sótano estaba en silencio. Casi parecía vacío. ¿Y si me daba la vuelta? No, no iba a hacerlo. No después de llegar tan lejos. Cogí aire y, con el corazón golpeándome el pecho con fuerza, rodeé la celosía y entré.

Lo primero que me llegó fue el olor a putrefacción, a sufrimiento, a siglos y siglos de dolor. La luz enfermiza de un sol iluminaba el sótano a duras penas. Yo lo observé todo temblando, con el estómago revuelto y las lágrimas amenazando con volver. Porque me acordaba de Dancaire. Porque me sentía débil sin mi gracia.

Porque Yud, el más poderoso de los matadores, se encontraba frente a mí.

El señor del Infierno estaba de rodillas en el suelo, con la ropa hecha jirones, inmovilizado por unas cadenas negras que le sujetaban las muñecas. Tenía la piel llena de heridas, manchada de sangre seca, y parecía muy débil. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para poder mirarme.

—Fras… quita —musitó con la voz rota—. Has venido.

Quería responder, pero las palabras se me atascaron en la garganta. Sus ojos se clavaron en los míos, expectantes, como si no supieran el efecto que tenían en mí. Miedo. Terror. Pena. Lo habían torturado. Durante días, lo habían sometido a los peores tormentos. Casi costaba reconocer sus rasgos bajo todas las heridas que deformaban su perfección milenaria.

—No tengas miedo. Ven. Por favor. No puedo. Alzar la voz.

—¿Cómo sé que no vas a usar tu poder para hacerme daño?

—Las cadenas no me permiten usar… mi poder. Son como las tuyas.

Tragué saliva y, convenciéndome a mí misma de que Yud estaba totalmente indefenso, me acerqué. Las piernas me temblaban, pero intenté mantener la cabeza alta, como habrían hecho mis primas.

—¿De qué querías hablar con nosotras? —le pregunté, agachándome para quedar más cerca de él—. ¿Qué es lo que sabes de Carmen y Joaquín?

Yud esbozó algo parecido a una sonrisa, y yo sentí que se me encogía el estómago. Al contrario que cuando lo vimos aparecer en el jardín, sus característicos tatuajes negros le subían por el cuello y casi le rozaban el mentón. No llevaba ningún parche, pero sus dos ojos estaban sanos, rojos como la sangre. ¿Por qué lo había llevado durante tantos años? ¿Qué intentaba esconder?

—Carmen —susurró, como sumido en una ensoñación.

—¿Dónde está?

Yud volvió a sonreír y las heridas que le deformaban el rostro parecieron suavizarse.

—Carmen —repitió—. Carmen es… es luz. Su alma está hecha de estrellas.

Luz. El Escamillo acababa de decir que Carmen era luz. No podía creerlo. Tenía que estar delirando, atontado por el dolor de las torturas a las que lo estaba sometiendo su rey.

—¿Su alma?

—La tuya huele a arena y sal —me dijo—. No eres de Córdoba, ¿verdad? Naciste en una de las taifas del mar.

Aunque guardé silencio, me puse muy tensa. ¿Cómo sabía Yud que había nacido en la taifa de Málaga? ¿Y qué quería decir con que mi alma olía a arena y sal? Estaba delirando. La pérdida de sangre tenía que estar enloqueciéndolo.

—Por favor —le supliqué—. Dime dónde está Carmen.

—Tengo que salvarlos. Por ella.

—¿Salvar a quién?

A modo de respuesta, Yud apretó la mandíbula y, como si le hubieran clavado una espada invisible, gritó. Yo me tapé los oídos, asustada, y estuve a punto de caerme hacia atrás. Nunca había escuchado a nadie gritar así. Era un lamento del mismísimo sol, la despedida de la luna antes de que las sombras la hicieran desaparecer.

—No puedo —susurró cuando el dolor remitió—. No puedo más.

No me gustaba verlo sufrir así. Sabía quién era, sabía lo que había hecho, pero sus heridas sangraban igual que las mías. Podía respirar su tormento y, por alguna estúpida razón, quería liberarlo.

—¿Puedo… puedo ayudarte? —le pregunté, sintiéndome tonta al hacerlo.

—No. No puedes.

Me mordí el labio inferior y Yud volvió a buscar mis ojos.

—*Angeli vivunt* —solté, sin pensar—. ¿Qué significa?

El Escamillo parpadeó un par de veces y, después, como si repentinamente hubiera recuperado la cordura, me dijo:

—Carmen está en Granada. Con Joaquín. Ha encontrado el tesoro. Yo la he ayudado.

—¿El tesoro de los ángeles? ¿A eso te refieres? ¿Es… es real?

—Vendrán a rescataros —continuó, ignorando mis preguntas—. Pronto. Estad preparadas. Habrá una guerra. No sé si podré encargarme de Luzbel durante mucho tiempo. Tenéis que pasar desapercibidas para que el ataque le pille por sorpresa. Si mi plan no sale bien…

Así que era verdad que Carmen y Joaquín iban a venir a recatarnos. Pero ¿cómo? Estábamos en una fortaleza llena de demonios. No quería que corrieran ese riesgo. No quería que hubiera una guerra contra el rey del Infierno.

—¿Por qué me lo cuentas? —quise saber—. ¿Por qué ayudaste a Carmen? Dijiste que no había orden que te obligara a protegerla y que, aun así, lo hiciste. ¿Por qué?

—Lo hice porque… porque me enamoré de ella.

Los dos nos quedamos callados, él mostrándome su corazón, yo sorprendida por descubrir que tenía uno. ¿Estaba diciendo la verdad? ¿Era posible que el mismísimo Escamillo se hubiera enamorado de Carmen?

—Todo cambió cuando la conocí —continuó—. No fue solo su alma. También fueron sus ojos. Su pelo. Cómo arruga la nariz cuando se enfada. Tiene tanto poder, y tanto amor, bajo todo ese hielo… Tú eres su favorita. Me lo dijo. Robas libros de la casa de los marqueses, pero luego te sientes mal y se los devuelves. A Carmen le encanta verte leer.

Una oleada de calor me templó el pecho y mis ojos se anegaron de lágrimas. Carmen. Mi Carmen. Cuánto la echaba de menos. Desde luego, si existía una persona que podía enamorar a un matador, esa era ella.

—Carmen tiene la espada —musitó Yud, sin darme tiempo a responder. Volvía a parecer mareado, como si estuviera a punto de perder el conocimiento—. Vendrá a por vosotras. No hagáis nada hasta entonces.

El demonio dejó caer la cabeza, y yo lo observé en silencio. ¿La espada? ¿Se refería a la espada de Miguel?

—Dile que os ayudé —añadió Yud—. A Carmen. Dile que… En todas las vidas y en todos los mundos.

—¿Por qué no se lo dices tú? —le pregunté—. ¿Y si te sacamos de aquí y te llevamos con nosotros?

El demonio, sin embargo, no me respondió. Respiraba con dificultad, como si estuviera luchando por su vida. Esperé un par de minutos, cinco, diez, pero al ver que no añadía más, al ver que ni siquiera tenía fuerzas para volver a mirarme, decidí que había llegado el momento de marcharme.

—Se lo diré —le susurré—. Te lo prometo.

Observé su rostro con tristeza, deteniéndome sobre todo en las heridas y golpes que lo deformaban. Mi espíritu de zurcidora deseó poder coserlo, eliminar su dolor. Ni siquiera él se merecía sufrir así.

Estiré la mano para apartarle el pelo de la cara, pero un ruido a mi espalda me sobresaltó. Pasos. Alguien estaba bajando por el túnel. Hacia nosotros. Mis latidos se aceleraron y comencé a quedarme sin aire. Tenía que salir de allí. Tenía que escapar antes de que me descubrieran.

Busqué una salida, un escondite, pero antes de poder moverme siquiera, Yud estiró el brazo y me agarró la muñeca. Yo contuve el aliento. Las cadenas que le sujetaban estaban tensas, sus manos temblando.

—Suéltame —le pedí—. Me haces daño.

—La herida. Tu brazo. La oscuridad. Tenéis que daros prisa.

—¿Qué?

—Las sombras están consumiendo vuestro mundo. Tenéis que acabar con ellas cuanto antes. La marca abierta es una señal… de que se os acaba el tiempo.

Me zafé de Yud y, nerviosa, me puse en pie. Ahora entendía por qué la cruz de Luzbel había adquirido la forma de un reloj de arena: nos estaba avisando de que el tiempo se agotaba. La oscuridad que consumía el mundo desde que habían llegado los demonios se estaba haciendo con el control. Y corríamos peligro.

Tenía que salir de allí. Tenía que avisar a mis primas. Me ardía la piel y me ardían las manos, pero sobre todo me ardía la herida del antebrazo, que de repente había empezado a escocer como si alguien la hubiera cubierto con sal.

Yud musitó algo, pero no lo escuché. Ya no escuchaba nada. Solo podía centrarme en la falta de aire y en el dolor punzante del antebrazo izquierdo.

En que, si no nos dábamos prisa y derrotábamos a los demonios, las sombras consumirían nuestro mundo y moriríamos.

Atravesé la mazmorra a toda prisa, bordeé la celosía, y me adentré en el túnel. Allí, sin embargo, no me recibió la oscuridad, sino una luz dorada e intensa que se comía a las sombras; una luz que solo podía provenir de una gracia.

—¿Frasquita? —me preguntó una voz familiar—. ¿Qué haces aquí?

Miré hacia la luz, extrañada, hasta que vislumbré el rostro de Triana entre los destellos de oro. Llevaba un vestido blanco, el pelo negro suelto, y los tatuajes de su piel brillaban con intensidad, como si fuera más poderosa que nunca.

—¡Triana! —exclamé, lanzándome a sus brazos.

La abracé con mucha fuerza y, aunque ella me recibió con incomodidad, mi pecho se tranquilizó al sentirla. Hacía muchos días que no la veía, pero en ese momento sentí que el tiempo no había pasado para nosotras.

—Frasquita, escúchame —me dijo bajando la voz—. Tienes que irte de aquí cuanto antes.

Me separé de ella y la miré. En el marrón de sus ojos, junto a una preocupación sincera, brillaba el oro de sus tatuajes. Y entonces, solo entonces, me di cuenta de que algo pasaba. De que intentaba ocultarme algo.

—¿Cómo has podido usar tu gracia? —quise saber—. Los grilletes de…

—Frasquita —me interrumpió—. Confía en mí. Confía en lo que estoy haciendo, ¿vale?

Me quedé muy quieta, incapaz de pensar. ¿Triana estaba haciendo algo por su cuenta? ¿A nuestras espaldas? Estaba preocupada, pero, de alguna forma, también dolida. Nunca nos habíamos ocultado nada. Nunca habíamos actuado como si no fuéramos una familia.

—¿Has visto a Candela y a Julia? —le pregunté, sintiendo que empezaba a faltarme el aire de nuevo—. En la biblioteca.

Triana chasqueó la lengua con fastidio y, tras echar un rápido vistazo por encima de su hombro, volvió a mirarme.

—La de la biblioteca no es la única entrada que tiene este túnel, pero es la salida más rápida. Vete, Frasquita. Ahora.

No quería irme, claro que no, pero Triana estaba empezando a ponerse nerviosa. Tenía que contarle todo lo que Yud me había dicho sobre Carmen, pero no me salían las palabras.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien, ¿no me ves? Tan guapa como siempre. Tú, sin embargo, vas a acabar muy mal si no te vas ahora mismo. Tzadi puede aparecer en cualquier momento.

El miedo me provocó un escalofrío que hizo que me encogiera. Aún recordaba lo que había pasado en la taberna de Lillas Pastia, lo que el Arlequín había estado a punto de hacernos la primera vez que apareció frente a nosotros.

—¿Y por qué no estás asustada? —inquirí, frotándome las manos con nerviosismo—. Estamos hablando de… de un señor del Infierno.

Triana esbozó una sonrisa de satisfacción y, con la confianza que siempre la había caracterizado, me respondió:

—Digamos que este tiempo en el Alcázar me ha enseñado a domarlo.

—Triana —le pedí—, por favor. No hagas nada peligroso.

—Voy a hacer lo que haga falta para proteger a mi familia, Frasquita.

Guardé silencio durante unos segundos y busqué en sus ojos a la niña que había conocido, la niña que me abrazaba con fuerza por las noches cuando había tormenta. Tuve que escarbar para encontrarla, ya que estaba escondida bajo una gruesa capa de dolor y desconfianza; protegida por una muralla que ella misma había construido.

—El Escamillo me ha pedido que no hagamos nada —le dije, bajando la voz—. Que esperemos. Si actúas por tu cuenta…

—El Escamillo no tiene ni idea de todo lo que está pasando —me cortó —. ¿Acaso confías más en él que en mí?

—No. Claro que no.

—Entonces vete —insistió ella—. Ahora. Deja que haga las cosas a mi manera.

Se apartó para dejarme el camino libre y yo, con la garganta en carne viva, dudé. Quería abrazarla, no marcharme. Quería quedarme a su lado, no abandonarla. Sin embargo, que Tzadi pudiera aparecer en cualquier

momento me aterraba. No quería enfrentarme a él. Por nada del mundo quería enfrentarme a él.

—Ten mucho cuidado —le susurré—. Por favor.

Triana apretó los labios, pero no respondió. Yo no la presioné. Cada una de nosotras estaba viviendo aquel encierro como mejor sabía, gestionando la muerte de Dancaire a su manera. No podía juzgar a Triana por querer actuar sola. No podía, por desgracia, arrancarle el dolor.

Comencé a caminar en silencio y, al dejarla atrás, las lágrimas me empaparon los ojos. La luz de sus tatuajes fue haciéndose más tenue y las sombras, más frías y oscuras. Para poder seguir hacia delante tuve que repetirme a mí misma que estaba haciendo lo que ella me había pedido, que no la estaba abandonando.

—Te quiero —le dije en voz baja aunque sabía que ya no podía escucharme—. Todas te queremos.

Solo cuando llegué al final del túnel me di cuenta de que Triana no solo había recuperado su poder, sino que su vestido, al contrario que el mío y el de Candela, no estaba teñido de rojo.

Sus mangas blancas estaban secas, impolutas.

Porque la herida de su antebrazo no estaba sangrando.

8

Yud

Abrí los ojos de golpe cuando las gotas de lluvia me mojaron la piel. Llevaba casi dos semanas en la mazmorra de la biblioteca, dos semanas sin respirar un aire que no estuviera viciado, cargado de dolor.

Pero, de repente, me sentía libre.

Aún recordaba, como si se tratara de un sueño, que los dragones de Luzbel me habían encerrado tras mi aparición en el Alcázar, encadenándome con sombras que me desollaban la piel y me impedían usar mi poder. Después llegaron los golpes, las torturas, las preguntas sin respuesta. Las primas de Carmen.

¿Habían bajado hasta allí? ¿Para verme? Triana había sido una fugaz aparición, pero con Frasquita… Con Frasquita había hablado. Recordaba haber escuchado su voz, pero no podía asegurar que no hubiera sido mi soledad la que me había consolado con ilusiones. Mi única certeza, el recuerdo al que me aferraba para mantenerme cuerdo, era Carmen.

Carmen y su alma hecha de estrellas.

Carmen y sus preciosos e imperfectos lunares.

Carmen, que jamás me perdonaría.

«Asesinó a mis padres —me había dicho cuando, entre sombras, se atrevió por fin a abrirme su corazón—. Solo cuando lo mate descansaré en paz».

Me merecía su odio. Claro que me lo merecía. No podía culparla.

Sus padres se llamaban Lola y Manuel, y los había matado hacía diez años. Aún los recordaba. Sus almas eran suaves, cálidas, con un olor característico que solo desprenden quienes han amado de verdad: a flores silvestres, a primavera y a sol. Mis hermanos asesinaban sin piedad, sin remordimientos, y olvidaban a sus víctimas al instante. Yo no podía hacerlo. Yo cargaba con ellas durante años, durante siglos y milenios. Nunca las olvidaba.

Esa era mi condena.

Intenté moverme para averiguar dónde me encontraba, pero no pude. Estaba tumbado sobre el barro, las heridas ardiendo, el cuerpo empapado. La oscuridad de mis tatuajes me consumía las entrañas, acariciándome la piel para recordarme quién era y a dónde pertenecía. Lo que más me afligía, sin embargo, era mi alma envenenada. Llevaba el mundo entero apoyado en la espalda, el peso de miles de años sobre los hombros. Comparado con eso, el dolor físico no era más que una molestia insignificante.

—Yud.

La voz de Luzbel tronó sobre la lluvia, lo que tensó todos mis músculos. ¿Por qué estaba allí? No había bajado ni una sola vez a la mazmorra. Lo único que parecía importarle era obtener las respuestas que buscaba.

—Ponte de rodillas —me ordenó.

—No puedo.

—¿Qué es lo que no puedes? —me preguntó con su voz profunda, hecha de las mismas sombras que las cadenas que me habían retenido—. ¿Rendirme pleitesía? ¿O decirme la verdad? Llevas tanto tiempo engañándome que te debe de resultar difícil ser sincero.

El odio de su voz era mucho peor que cualquier castigo; ese odio me hacía recordar que había traicionado a aquel que me había tendido una mano cuando más lo necesitaba; a aquel que, tras años de dolor, nos había llevado a la victoria.

A mi única familia.

—No te lo voy a ordenar dos veces —me amenazó.

Apreté los dientes y, tragándome las punzadas de dolor, me puse de rodillas. Lo hice lentamente, como un héroe que se levanta durante la

batalla aunque ya la sabe perdida; como un soldado que quiere mirar a la muerte a los ojos.

Luzbel, aun viéndome sufrir, no se inmutó.

Estaba de pie frente a mí, observándome, con una capa de plumas negras cubriéndole los hombros. Con la corona de cuernos sobre la cabeza tenía un aspecto regio, y hasta las gotas de lluvia que golpeaban su cuerpo parecían querer inclinarse ante él.

Todo me daba vueltas. Tardé un par de segundos en enfocar su rostro lleno de tatuajes, su cabello blanquecino, sus dientes de plata. Una vez, hacía ya mucho tiempo, sus ojos habían sido azules. Ahora eran rojos, como los míos, porque habían sufrido la expulsión del Cielo y los tormentos del Infierno. Porque los ángeles le habían arrancado las alas y el corazón, convirtiéndolo en un monstruo.

—¿Sabes dónde estamos? —me preguntó.

Parpadeé un par de veces y observé lo que había a nuestro alrededor. Nos encontrábamos los dos solos en medio de un páramo abandonado que, a pesar de todo, me sabía a hogar. El cielo estaba oscuro, llorando, y la única luz que nos alumbraba provenía de un fuego eterno que ardía en el horizonte, un fuego que ni siquiera la lluvia podía apagar porque se alimentaba del sufrimiento de las almas en pena que allí moraban.

—El Infierno —dije—. Estamos en el Infierno.

—En realidad no —me explicó él, recordándome con ello lo poderoso que podía llegar a ser—. Nuestros cuerpos están aún en la mazmorra del Alcázar, así que no puedes usar tu poder para escapar. Sigues retenido, pero he traído tu mente hasta aquí porque quería que recordaras cuál es tu lugar, Yud. Quería que recordaras de dónde vienes y que te arrepintieras de tus pecados.

El rey hizo un gesto con la mano y, de la nada, como surgida de las sombras que nos rodeaban, hizo aparecer una espada. Era negra, con los arriaces en forma de alas desgastadas, la empuñadura terminada en dos pequeños cuernos semicirculares. Cuando la lanzó al barro, a mis pies, un rayo rajó el cielo y la lluvia golpeó su filo con rabia.

—Cógela —me indicó Luzbel, haciendo aparecer en su mano otra espada igual—. Cógela y lucha contra mí.

Me quedé callado unos segundos, afanándome en mantener la cabeza erguida y permanecer consciente. Tenía latigazos en la espalda, en los brazos; golpes en el rostro y en las piernas.

—Solo quieres dar rienda suelta a tu odio —me atreví a decir—. No voy a luchar contra ti. No quiero morir luchando contra ti.

Luzbel entornó los ojos, y un trueno rugió enfurecido en las tinieblas del Infierno. ¿Cómo podía hacer tanto frío en un lugar que estaba hecho de puro fuego?

—No te lo estoy pidiendo como amigo —señaló, quitándose la capa de plumas—. Te lo estoy exigiendo como rey. Levántate y lucha, Yud. Ahora.

Un nuevo trueno me hizo encogerme, más porque sonaba a advertencia que por el ruido de su explosión. Que Luzbel quisiera luchar contra mí cuerpo a cuerpo, que hubiera invocado una espada de sombras con la que podía matarme, era una forma de gritarme «traidor». El rey de los demonios solo había luchado contra los ángeles, contra el mismísimo Creador, y me estaba poniendo en el mismo lugar que a ellos. Me estaba diciendo, sin necesidad de palabras, lo mucho que me odiaba.

Cerré los ojos un segundo, intentando controlar el dolor que me sacudía las entrañas, y después tomé una decisión. No quería luchar contra Luzbel, pero tampoco quería morir. Por primera vez en mucho tiempo, la vida tiraba de mí con fuerza, casi obligándome a permanecer con ella. No podía rendirme sin haberle contado la verdad a Carmen, sin haberme despedido de ella. No sin haber intentado luchar.

Cogí la espada del barro y, con las piernas temblando, me puse en pie. El frío de la lluvia se me clavaba en las heridas, pero los gritos de los pecadores parecían jalearme a lo lejos.

—Ni siquiera te reconozco —me dijo el rey. Comenzó a caminar a mi alrededor, obligándome a seguirlo con la mirada—. ¿Dónde está el parche de tu ojo derecho? ¿Y la herida que te obligaba a cubrirlo? ¿Es que acaso no existe?

La primera de mis mentiras, pero no la última. No podía contarle por qué le había engañado sin explicarle la historia completa.

—Mi ojo…

—¡Cuando llegaste al Alcázar no tenías tatuajes! —me cortó, incrédulo, haciendo estallar otro poderoso trueno—. ¡Tu piel estaba blanca, Yud, tan impoluta como la de los ángeles! Debes de ser el primer demonio cuyas marcas aparecen y desaparecen a su antojo.

—Estoy dispuesto a contártelo todo. Si me lo permites, lo haré.

—¿Y por qué iba a confiar en ti? —escupió Luzbel, levantando su espada contra mí—. Tenías a los niños con gracias al alcance de tu mano, y aun así los dejaste vivir. ¿Por qué lo hiciste, Yud? ¿Por qué traicionarnos así?

—Te lo explicaré. Te daré las respuestas que necesitas.

—Lo único que necesito saber es por qué pareces haber olvidado lo que te hizo Miguel.

Escuchar el nombre del arcángel me hizo encogerme y, en un acto reflejo, intentar desaparecer. Sin embargo, aunque mi mente estaba libre, las cadenas de sombras seguían reteniendo mi cuerpo en la mazmorra de la biblioteca, bloqueando mi poder como unas garras frías y viscosas.

—Tenía que…

—¡No me mientas!

El rey se abalanzó sobre mí y yo me apresuré a detener la estocada. El sonido que provocó el choque de las armas retumbó en todos los rincones del Averno.

—Sé que ninguna orden de los ángeles te obligaba a ir hasta Granada, así que ni se te ocurra decirlo —gruñó él, a escasos centímetros de mi rostro.

Antes de que pudiera replicar, Luzbel cogió impulso y volvió a atacarme, obligándome a adoptar una actitud defensiva. Sus golpes eran certeros, rabiosos, y lo único que podía hacer contra ellos era protegerme.

—Yo confiaba en ti —se lamentó sin dejar de atacar, alzando la voz por encima de la lluvia y el metal—. Confiaba en ti más que en ningún otro. Ahora, sin embargo, solo puedo verte como a Judas, como a Caín, como a Bruto y a Casio. Debería enviarte directo al noveno círculo y que el hielo castigue tu ingratitud.

Habíamos luchado juntos durante tantos siglos que, a pesar del cansancio y el dolor, podía anticiparme a sus embestidas. Nada de lo que

hacía me pillaba por sorpresa porque me sabía todos sus movimientos, todas las armas de las que disponía para matarme.

Había amado todos y cada uno de sus gestos, y ahora estos se volvían contra mí.

—¡Querías la libertad! —le grité, apartándolo para coger aire, para recobrar el aliento—. En el Cielo. Luchamos por ella. Destruimos al Creador por ella. Y luego tú… la olvidaste. ¡Solo querías castigar a los humanos!

—¡Era lo que todos queríamos! —me recriminó. Sus ojos se volvieron más rojos, la tormenta más fuerte—. ¡Tú los odiabas!

—¡Pero ellos no abandonaron la esperanza, ni la fe, ni el amor! ¡Ni yo tampoco!

Luzbel volvió a abalanzarse sobre mí y, esta vez, lo hizo con tanta rabia que estuve a punto de caer de nuevo al barro. Nuestras espadas chocaron con fuerza y su rostro quedó tan cerca del mío que pude sentir su respiración sobre mi piel. Solo nuestras mentes estaban allí, pero podía percibir su olor, lo que despertó en mí unos sentimientos que creía enterrados: nostalgia, admiración, cariño.

—Quería gobernar el Infierno contigo —confesó—. Y la Tierra, y el Cielo. Tú siempre fuiste mi prioridad. Cuando me contaste lo que Miguel te había hecho… Ese día juré que lo mataría, que me rebelaría contra el Cielo. Y lo hice, Yud. Por ti. No te atrevas a decirme que me olvidé de la fe, de la esperanza y del amor. No te atrevas a decirme que los humanos son mejores que nosotros.

Intenté empujarlo, apartarlo de nuevo, pero el rey de los demonios tenía una fuerza que superaba con creces a la mía. Era una batalla desigual: el arcángel más poderoso del Cielo contra un simple mal’akh al que habían hecho pedazos.

—Cambiaste —le reproché, poniendo todas mis fuerzas en la espada para mantenerlo alejado—. En el Infierno, te dejaste consumir por las sombras y cambiaste.

—¡Claro que cambié! ¡Todos cambiamos! ¡Y la culpa la tuvieron los ángeles a los que tú has estado ayudando!

El filo de la espada de Luzbel se acercaba peligrosamente a mi cuello. Nunca le había temido a la muerte porque mi inmortalidad la hacía ajena, pero en aquel momento la veía como a un cruel verdugo que iba a impedirme ver de nuevo a Carmen y cumplir mi cometido.

«No quieres matarme —le susurré a la mente del rey, comunicándome con él como lo habíamos hecho antaño, usando para ello el canal más íntimo de todos—. Sé que no quieres».

Luzbel apretó la espada con más fuerza. Yo hice lo propio con la mía, demostrándole que no pensaba ceder. En el fondo de sus ojos, bajo todas aquellas capas de odio y rencor, estaba el ángel que una vez había sido. Bajo el rojo estaba el azul; bajo las sombras, el amor. Lo sabía porque, por mucho que cambiara, siempre reconocería lo que había amado una vez.

«En el Cielo me dijiste que tenía un corazón noble, puro y lleno de amor —continué—. Sigo siendo el mismo, Luz».

—No eres el mismo —replicó él, incapaz de responder en mi mente—. El Yud que yo conocía jamás me habría traicionado, jamás habría puesto a Miguel por delante de mí. El Yud que yo conocía me quería.

«Y te quiero», le respondí sin pensarlo.

Los ojos de Luzbel ardieron con odio, como alentados por una muerte que sabían cercana, y después me empujó tan fuerte que, esta vez sí, solté la espada y caí sobre el barro. La luz de un rayo tiñó con sombras el rostro del rey, convirtiéndolo momentáneamente en un ángel de la muerte que me miraba desde su altura, hermoso y aterrador.

Aquel era el final, lo sabía.

«Ojalá Carmen me perdone», pensé con tristeza.

Alcé la cabeza, dispuesto a morir con orgullo, pero cuando más cerca sentía la muerte, cuando más lento pasaba el tiempo, el rey de los demonios soltó la espada.

—Yud —musitó, las gotas de lluvia convertidas en las lágrimas de su voz—. No me mientas más.

Los dos nos quedamos callados bajo la tormenta, mirándonos como dos desconocidos que, de repente, se recuerdan. No le había mentido. Le quería, claro que le quería, pero ya no de la misma forma. Le quería con

melancolía, con el peso del dolor, con respeto. Le quería como solo se puede querer a quien te enseñó lo que es el amor.

—No es una mentira —le dije, viendo bajo el monstruo, por fin, al ángel rebelde del que me había enamorado—. Te quiero y siempre te querré, pero los dos hemos cambiado. Y lo hemos hecho en direcciones opuestas.

—El problema es que tu dirección nos pone en peligro a todos —replicó, esta vez con tristeza—. Asesinaron a Vav por tu culpa, Yud, y no puedo permitir que les pase lo mismo a los demás. Tengo que proteger a Nuun, a Resh, a Shin y a Tzadi. Tengo que protegerlos a todos de las consecuencias de tus actos.

¿Qué podía decirle cuando tenía razón? Había sabido desde el principio que lo que estaba haciendo ponía en peligro a mis hermanos y, aun así, lo había hecho. Carmen había sido el detonante, pero la decisión la había tomado hacía mucho tiempo. Años. Siglos. Milenios. La muerte de Vav me dolía como una puñalada porque sabía que, en buena parte, había sido culpa mía.

Y ya nunca podría salvarlo.

—Estoy muy cansado del odio —confesé, cediendo ante el peso que me aplastaba—. Estoy muy cansado del dolor, de la rabia, de la venganza. Estoy muy cansado de todo. Quiero que… Quiero que volvamos a ser como antes.

Luzbel me miró fijamente, y después cayó de rodillas frente a mí, poniéndose a mi altura. Contuve el aliento al darme cuenta de que yo era el único demonio ante quien se había arrodillado nunca el rey del Infierno; el único que conocía una parte de él que para los demás ni siquiera existía. Yo era el único ante quien Luzbel se permitía, aun después de todo lo que habíamos pasado, mostrarse vulnerable.

—Siempre me gustó tu capacidad para hacer posible lo imposible —admitió. Su pelo blanquecino goteaba y tenía la mirada llena de recuerdos —. Pero ni siquiera tú puedes hacer que volvamos a ser ángeles. No sé por qué desaparecen tus tatuajes, pero la oscuridad es parte de nosotros, Yud. Las sombras entraron en nuestra sangre y nosotros las aceptamos. Nos maldijeron y condenaron, y eso es algo que ya no podemos cambiar.

Luzbel me mostró sus manos llenas de tatuajes, esos dedos decorados con anillos de plata que una vez me habían acariciado con veneración. Las vetas negras de nuestra piel no eran más que una muestra de lo que éramos, de lo que les había pasado a nuestras almas. No éramos víctimas de las sombras: éramos la propia oscuridad.

—Luz —susurré, pronunciando su nombre de la misma forma en la que lo había hecho cuando éramos uno y no dos, cuando creíamos que nada podría vencernos—. Sé que te pido algo muy difícil, pero, por favor, confía en mí.

El rey entornó los ojos, sin apartarlos de los míos, y después me cogió la cara con las manos. Mi rostro quedó acunado entre sus dedos, su frente pegada a la mía. Mis latidos estaban acelerados por culpa del miedo, de la tristeza y de la melancolía; porque echaba de menos algo que sabía que ya no existía.

«Te odio —susurró, por fin, en mi mente—. Te odio con todo mi ser, Yud, pero no te odio ni la mitad de lo que te quiero».

«Entonces confía en mi capacidad de hacer posible lo imposible».

«Lo que debería hacer es matarte por traidor. —Me apretó el rostro con fuerza y yo sentí un latigazo de pena desgarrándome el pecho. Los dos sabíamos que, de alguna forma, aquello era una despedida—. Sin embargo… no soy capaz. Eres mi única debilidad».

Hubo unos instantes de silencio, unos segundos fugaces y a la vez eternos en los que nos arrolló un huracán de sentimientos. Queríamos besarnos y, a la vez, huir lejos del otro. Éramos los mismos ángeles que se habían rebelado contra el Cielo y lo habían desafiado todo, pero también dos demonios que habían sufrido tanto que ya no recordaban cómo quererse. Las sombras nos habían fortalecido y, a la vez, nos habían separado.

—Dame solo una razón para que te libere —me susurró Luzbel, sin soltarme la cara—. Dámela, Yud, y te juro por el mismísimo Infierno que lo haré sin dudarlo.

Por primera vez en mucho tiempo, tuve miedo. Miedo a que Luzbel entrara en cólera al descubrir que le había ocultado la verdad durante años, miedo porque de mis palabras dependía también la vida de Carmen. Por

primera vez en mucho tiempo tuve miedo, pero también la valentía de enfrentarme a él.

—En el Infierno —le dije, esforzándome por elegir las palabras correctas— me dejé consumir por la oscuridad. Allí, al principio, disfruté dejándome llevar por el odio. Sin embargo, ni siquiera las sombras pudieron acabar conmigo. No del todo, al menos. Aunque lo intenté, aunque disfruté de nuestra venganza contra los ángeles y los humanos, no pude dejar de ser quien fui una vez, Luz. Y no pude porque no fui capaz de desprenderme del amor y la compasión. Al contrario que a vosotros, las sombras me hacían desgraciado. Por eso, aprendí a aferrarme a la luz.

—¿Qué estás diciendo?

—Mi poder —confesé, liberándome—. Mi poder… Sé que piensas que lo perdí en el Infierno, pero no es así. Te oculté la verdad, y lo siento, pero lo importante es que creo que sé cómo arrancar la oscuridad de nuestras almas.

Lo había dicho. Por fin, lo había dicho.

El rey se apartó de mí, confuso, y me miró fijamente. En el rojo de sus ojos brillaban los cientos de preguntas que le bullían en la cabeza, pero no formuló ninguna. Estaba expectante, como un cazador que aún no sabe si abalanzarse sobre su presa o seguir esperando el momento perfecto para acabar con ella.

—No puedo explicártelo —le dije—. Tengo que enseñártelo.

Me acerqué hasta su boca y, antes de que pudiera reaccionar, le besé. Él no se apartó. Los labios de Luzbel me recibieron como un hogar, con el cosquilleo de un sentimiento que nunca llega a morir del todo y por fin se ve capaz de resurgir de sus cenizas. Durante unos segundos, el rey de los demonios se dejó hacer. Casi pude sentir sus venas llenándose de risa, de sueños, de flores; de todo aquello que habíamos perdido.

—Yud —susurró, hundiendo las manos en mi pelo.

Nuestros corazones comenzaron a latir al unísono, y yo sentí como la oscuridad del rey se hacía más tenue. La última vez que nos habíamos besado así había sido en el Cielo, cuando las sombras no se habían adueñado aún de nuestras almas. Me esforcé por que Luzbel recordara

quién fue. Me esforcé por transmitirle pasión, pero también cariño, admiración, recuerdos y amor. Mucho amor.

—¿Lo notas? —le pregunté, acariciándolo con mis palabras.

Luzbel me miró con la respiración entrecortada, y yo sonreí. Sabía que lo estaba sintiendo. Lo sabía porque, mientras el amor renacía y llenaba su alma de luz, algunos de los tatuajes negros de su piel desaparecieron. Aunque su rostro continuó cubierto de vetas negras, en los rasgos del rey pude vislumbrar los del ángel del que me había enamorado.

—El amor —le dije con mis labios sobre su piel—. El amor es la luz más poderosa de todas. ¿Lo recuerdas?

—Sí —susurró él—. Las sombras no quieren que lo haga, pero… lo recuerdo. Joder, Yud, claro que lo recuerdo.

El beso se volvió más intenso, más pasional. Mi cuerpo reaccionó al contacto del suyo, evocándolo y reconociéndolo. Buscándolo. Hasta ese momento, ninguno de los dos se había dado cuenta de lo mucho que nos echábamos de menos. El Infierno había acabado con nuestro amor, y ni siquiera habíamos sospechado que este era el único que podía destruir nuestra condena.

—¿Quieres seguir? —me preguntó Luzbel, en voz baja.

—Sí —le corté. Quería ver cómo el amor transformaba su alma, pero, sobre todo, ansiaba volver a sentirlo por completo—. Quiero, pero no aquí.

El Infierno desapareció a nuestro alrededor y ambos regresamos a la mazmorra. No quedó ni rastro de la lluvia, de la tormenta o del fuego eterno; en aquel sótano oscuro solo estábamos Luzbel y yo mirándonos bajo la luz de un sol enfermizo, el fuego en la punta de los dedos y una pasión intensa crepitándonos dentro del pecho.

Volvía a estar encadenado, pero solo hizo falta un gesto de Luzbel para que las sombras que me sujetaban desaparecieran. Mis brazos cayeron a ambos lados de mi cuerpo, exhaustos tras días y días en la misma posición. Libres, por fin.

Me encogí sobre mí mismo y me acaricié las muñecas desolladas. Tuve que apretar los dientes para tragarme el dolor, consciente por primera vez de las secuelas que aquel encierro había dejado en mi cuerpo. Tenía ganas de llorar porque volvía a sentir mi poder, porque era libre, porque le había

contado a Luzbel algo que llevaba años consumiéndome las entrañas. Y también porque, aunque fuera brevemente, le había vuelto a ver de verdad. Sin marcas, sin cicatrices, sin oscuridad.

Alcé la vista para buscar sus ojos, para volver a besarlo y terminar aquello que habíamos empezado, pero no tuve oportunidad de hacerlo.

Porque todo ocurrió muy deprisa.

Antes de que pudiera abrir la boca, una sombra apareció tras el rey y le clavó una daga dorada en la espalda.

—¡No! —grité, reconociendo el filo de caelestum.

El pecho de Luzbel comenzó a vomitar sangre. Cuando se llevó las manos a la herida, estas se tiñeron de rojo al instante. Todos los tatuajes volvieron a oscurecer su piel, y yo no pude hacer otra cosa que dejar que los trozos destrozados de mi corazón me apuñalaran el pecho. Las palabras se me atascaron en la garganta como dolorosas espinas.

—Yud —musitó el rey, poniendo en mi nombre una llamada de auxilio, una última esperanza—. Esto es…

—Luz —le corté. Podía sentir como el mundo se enfriaba ante la inminente muerte del rey de los demonios; podía oír como los condenados clamaban su nombre—. Aguanta, por favor.

—Es poético que vaya a morir por confiar en ti —dijo Tzadi, apareciendo de entre las sombras con una sonrisa. Contemplaba la agonía del rey como si fuera su particular y retorcida obra de arte—. Siempre he pensado que traes mala suerte, Yud.

En un último esfuerzo, Luzbel buscó mis ojos. Por un segundo, su mirada se volvió azul, limpia, llena de luz. Después, la vida desapareció de sus ojos y se desplomó, saboreando la muerte por primera y última vez.

—No —musité, observando cómo el charco de sangre crecía bajo el cuerpo del rey. Su alma, hecha de plumas blancas y luz, se me escapó de entre los dedos de una forma cruel y despiadada—. No puede ser.

—Sí puede ser, Yud —me respondió Tzadi—. Para matar a un demonio solo hace falta un arma de caelestum y un idiota que le haga bajar la guardia. Como ves, yo tenía las dos cosas. Te estoy muy agradecido.

No podía respirar. Luzbel estaba muerto. ¡Muerto! Era imposible. El rey de los demonios no podía morir. No podía hacerlo cuando la esperanza de la

salvación brillaba por fin en sus ojos. No con el sabor de mis labios en los suyos.

—¿Qué has hecho? —le pregunté a Tzadi. Las manos me temblaban tanto que me sentía incapaz de controlarlas.

—Empezar una nueva era —respondió él, alzando la cabeza con la soberbia que lo caracterizaba—. Luzbel no era más que un tirano inútil incapaz de levantarse de su estúpido trono de ébano, y los dragones clamaban justicia. Solo le he dado al pueblo aquello que tanto ansiaba.

Conocía muy bien a Tzadi y sabía que, ahora que había acabado con Luzbel, su siguiente objetivo era yo. Había hecho planes a espaldas del rey, había tramado una conjura contra él, y lo único que lo separaba de cumplir todos sus deseos era mi existencia.

Por eso tenía que actuar rápido.

Saqué la daga de caelestum del cuerpo de Luzbel y me puse en pie, amenazando a Tzadi con su filo dorado. Aún me dolía el cuerpo y me sangraban las heridas, pero no podía dejar que eso me detuviera. Mis instintos de supervivencia me decían que escapara, que desapareciera con la kinjara y me marchara lo más lejos posible del Alcázar; pero mi corazón me gritaba que me quedara y le hiciera entrar en razón. A pesar de sus crímenes y pecados, Tzadi siempre había sido mi mejor amigo; y yo conocía la forma de salvarlo.

—No hagas tonterías —me dijo Tzadi con una sospechosa tranquilidad —. Estás quedando en ridículo delante de tu reina.

Justo detrás de él, entre las sombras de la mazmorra, comenzaron a brillar unos tatuajes dorados. El estómago me dio un vuelco porque me recordaron a los de Carmen: las mismas formas sinuosas, la misma luz de oro. Sin embargo, cuando su portadora dio un paso al frente y el sol que flotaba en el techo iluminó su rostro, todo cobró sentido. A la vez, sin embargo, dejó de tenerlo.

—Triana —musité.

—Supongo que ahora tendrás que llamarme *majestad* —me respondió ella, orgullosa, mientras se colocaba junto a Tzadi.

Los dos se miraron con el triunfo en los ojos, el orgullo en la sonrisa, y supe al instante que tras aquella alianza había algo tan peligroso y

desgarrador que estaba a punto de sacudir el mundo.

—Mi reina —le dijo Tzadi, cogiendo su mano para besársela con reverencia—. Aquí hay algo que te pertenece.

Tzadi se agachó sobre al cuerpo de Luzbel y, sin dedicarle una sola mirada de arrepentimiento, le quitó la corona de cuernos. Yo apreté los dientes, rabioso. ¿Cómo se atrevía a profanarlo así?

—Deja eso —le advertí.

—¿Por qué? —me respondió él con un tono ofensivamente divertido—. Ya no la va a necesitar.

Sujeté con más fuerza la empuñadura de la daga y observé con atención tanto a Tzadi como a Triana. El odio y la tristeza me empujaban a vengar al rey, pero mi cabeza me obligó a permanecer quieto, a no precipitarme.

—Te veo muy triste, Yud —dijo Tzadi—. ¿Tanto seguías amando a Luzbel? Pensaba que, con todo lo que ha pasado con Carmen, te habías olvidado de él.

—¿Qué sabes tú de lo que hay entre Carmen y yo?

Tzadi soltó un bufido despectivo y, en un tono algo condescendiente, me respondió:

—Triana te escuchó hablando con su prima. *Lo hice porque… porque me enamoré de ella*. ¡Venga ya, Yud! Tu vida sería mucho más feliz si te dieras cuenta de que hay cosas mucho más importantes que el estúpido amor. El deseo, por ejemplo, la pasión… El poder.

Triana permanecía quieta junto a Tzadi. Fui incapaz de leer nada en el marrón de sus ojos. Su expresión, aunque calmada, era indescifrable.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre nosotros? —continuó Tzadi—. Que Carmen y tú os mataríais mutuamente por proteger a vuestra familia, mientras que Triana y yo mataríamos a nuestra familia por protegernos el uno al otro. Una vez más se demuestra quién elige mejor.

—Triana no va a traicionar a su familia por ti —le aseguré. No la conocía, pero, si se parecía en algo a Carmen, jamás les haría daño a sus seres queridos—. Es lo más sagrado para ella.

—No le creas —se apresuró a decir Triana, acercándose un poco más a Tzadi para acariciarle el brazo—. Está intentando hacerte dudar, tal y como te dije que haría.

Tzadi guardó silencio durante unos segundos, sin dejar de vigilarme, y yo me puse muy tenso. En el rojo de sus ojos, que siempre había sido más claro que el de los demás, brillaban con fuerza el odio, la envidia, el peligro. Era yo quien tenía la kinjara en la mano, pero era él quien iba darme el golpe de gracia.

—Supongo que estamos a punto de comprobar qué es lo más sagrado para Triana —me respondió Tzadi—. Su familia está aquí. En otra ocasión habríamos hecho una fiesta de bienvenida, pero supongo que, cuando tus invitados vienen armados, es porque no tienen ganas de celebrar nada.

Me quedé sin respiración porque, al instante, lo entendí.

La familia de Triana estaba allí, en el Alcázar.

Toda su familia.

Carmen y Joaquín, tal y como esperaba, habían venido a rescatar a sus primas. Y estaban a punto de caer en la trampa de Tzadi.

—No te atrevas a tocar a Carmen —gruñí con la rabia y el miedo consumiéndome—. No te atrevas a hacerlo o…

—No te preocupes —me cortó él—. Todo lo que le haga, se lo haré con delicadeza.

Apreté la empuñadura de la kinjara y, sin pensarlo dos veces, desaparecí de la mazmorra. No podía pensar en otra cosa que no fuera Carmen, en advertirla antes de que fuera demasiado tarde. Ya habría tiempo de vengar la muerte de Luzbel. Tzadi estaba a punto de convertirse en el rey del Infierno; un rey mucho más sanguinario que el anterior, un rey que no quería ser salvado.

Y, si no me daba prisa, nada nos libraría de la oscuridad.

9

Carmen

Llegamos al Alcázar de Sevilla justo antes de la medianoche, como si fuéramos un mal augurio. Veinte Guardianes habíamos salido de Córdoba hacía cinco días y, después de un largo viaje acompañados de la tormenta, el hambre y el miedo, habíamos alcanzado nuestro destino. Estábamos exhaustos, pero también ansiosos por enfrentarnos a Luzbel y sus matadores, por salvar a mi familia y sacar a los arcángeles de la Alhambra. La espada de Miguel me ardía en la mano, llenándome de una energía casi sagrada, y el corazón me latía emocionado.

Porque iba a ver a Yud.

Porque por fin iba a vengarme de él.

Porque iba a reencontrarme con mi familia.

—Tranquilo —le susurré a Pan. Estábamos escondidos en un callejón que daba a las murallas del Alcázar, resguardados de la lluvia, pero él parecía oler ya el peligro—. No pasa nada.

El perro, como si me entendiera, buscó mis ojos. Habíamos intentado dejarlo en Córdoba, a salvo en el refugio de los Guardianes, pero había sido imposible. Ya lo habíamos abandonado una vez, cuando Yud y yo nos colamos en la catedral de Córdoba, y era demasiado listo como para dejarse engañar de nuevo.

—Tú tranquilizas al perro, pero ¿quién te tranquiliza a ti? —me preguntó el Tuerto.

Apreté la empuñadura de la espada y lo miré. El hombre me devolvió la mirada, y el rayo que estalló en el cielo iluminó sus ojos oscuros. Aunque

habíamos salido todos juntos de Córdoba, al llegar a Sevilla nos habíamos dividido en cuatro grupos de cinco, ya que separados multiplicábamos las posibilidades de éxito. A mí me había tocado con él y sospechaba que no era casualidad. El líder de los Guardianes quería tenerme vigilada.

—Yo no necesito que me tranquilicen —espeté.

—No, claro que no.

Miré hacia el frente y lo ignoré. No quería saber si estaba insinuando que parecía nerviosa por la cercanía con Yud o si, por el contrario, estaba de mal humor por la distancia con Joaquín. Ambas, en realidad, eran verdad.

Joaquín y Micaela no se habían separado un solo segundo en todo el viaje. Caminaban juntos, comían juntos y, la última noche, incluso habían dormido juntos. Aunque Joaquín ya no cojeaba, la Guardiana parecía haberse convertido en su sostén, en un pilar fundamental para él, y eso era para mí un picotazo en el corazón.

Sabía que no tenía derecho a sufrir por Joaquín, que era yo quien lo había alejado de mí, pero no podía evitar que la distancia me entristeciera. Ni siquiera estábamos en el mismo grupo: él había preferido estar en el de Micaela, dejándome sola en la que probablemente iba a ser la misión más importante de nuestras vidas.

—Lo único en lo que tienes que pensar es en que mañana amanecerás con tu familia —me dijo el Tuerto. Sacó una flecha dorada de su carcaj y la colocó en el arco—. Céntrate en eso y no dejes que nada te distraiga, ¿vale? ¡Todos en posición!

Los Guardianes hicieron caso a su líder y prepararon los arcos. Entre ellos estaba Adela, la mujer de mediana edad que no había dudado un solo segundo en lanzarse con nosotros a aquel suicidio, y también Manele y Averroes. Yo apreté la empuñadura de Apocalipsis con más fuerza, dejando que su energía me calentara las venas. Quería llamar a mi poder, pero, en las últimas semanas, no había respondido a mi llamada ni una sola vez. Si antes de conocer a Yud era incapaz de controlar mi gracia, tras su traición la sentía encadenada. Aunque no se lo había contado a nadie, sospechaba que, hasta que no matara al Escamillo, mi poder permanecería congelado en mi interior.

Por eso tenía que hacerlo cuanto antes.

—En cuanto suene la última campanada, salimos del callejón y atacamos —nos indicó el Tuerto. Su voz luchaba contra el sonido de la lluvia—. No se tiene compasión con ninguno: demonio que veamos, demonio que matamos, ¿entendido?

Todos asentimos en silencio, sabiendo que esa iba a ser la orden más fácil de acatar. A ninguno de nosotros le iban a temblar las manos cuando tuviera que matar. Esa noche no importaba el cansancio, no importaba el miedo ni la incomodidad de la ropa mojada; por primera vez, íbamos a ser de verdad el ejército de los ángeles.

—¿Qué hacemos con los soldados del cacique? —preguntó Adela.

—Matarlos también —sentenció el líder—. Están protegiendo el Alcázar, así que esta noche ellos también son demonios.

Matar, matar, matar. Esa era la única forma que teníamos de romper las barreras que nos separaban de Luzbel, la única forma de conseguir que nos temieran. Si queríamos que nuestra misión tuviera éxito, teníamos que ser inmunes a la piedad.

—El objetivo es sencillo: encontrar a la familia de Carmen y salir del palacio —continuó el Tuerto—. Si os separáis de vuestros compañeros, no os detengáis a buscarlos. Todos llevamos caelestum encima, y solo somos responsables de nosotros mismos. ¿Alguna pregunta?

Negamos con la cabeza y el Tuerto me miró a mí, como si estuviera seguro de que iba a causar problemas. Quise mentirle y decirle que no tenía ninguna intención de desobedecer, que no iba a desviarme del plan para buscar a Yud, pero en ese momento comenzaron a sonar las campanas de la Giralda indicando la medianoche, y las palabras murieron entre mis labios.

Cuántos malos recuerdos me traían aquellos lamentos de bronce.

Cuántos buenos recuerdos luchaban por vencerlos.

Con la última campanada salimos del callejón y corrimos hacia el Alcázar, mezclándonos con la tormenta y las sombras de la noche. Reconocía la puerta por la que íbamos a entrar porque era la misma que habíamos utilizado cuando nos colamos en la fiesta de máscaras. Esta vez, sin embargo, los gruesos torreones que la custodiaban no estaban engalanados para una celebración, sino fríos y solitarios, tranquilos porque sabían que nadie osaría acercarse a ellos.

«Entrad, mortales —parecía decirnos el león de azulejos que decoraba la parte más alta del arco de entrada—. Entrad si os atrevéis».

Dos soldados del cacique custodiaban la puerta, pero cuando los cinco aparecimos entre la lluvia ni siquiera tuvieron tiempo de reaccionar. Dos flechas de oro surcaron la oscuridad y atravesaron sus pechos, manchando de rojo el blanco de sus uniformes. Cuando se desplomaron, los charcos del suelo se tiñeron de sangre.

—Rápido —susurró Manele. Tanto él como el Tuerto recuperaron las flechas y las guardaron de nuevo en el carcaj de la espalda.

Los cinco corrimos sin mirar atrás, seguidos por Pan. Atravesamos las puertas del Alcázar. Tenía los latidos disparados, el pelo mojado cayéndome a ambos lados del rostro. Esta vez saldría de aquel palacio junto a mi familia, o no lo haría jamás.

—Estad atentos —susurró el Tuerto cuando llegamos al patio en el que, hacía ya una vida, había asistido a una fiesta—. No podemos confiarnos.

Los cinco nos colocamos espalda contra espalda para vigilar todos los ángulos. Aunque había diez soles brillando sobre nosotros, la lluvia no nos permitía ver con claridad. Había sombras a nuestro alrededor que parecían moverse, tomar forma humana, amenazarnos. El rey y sus señores del Infierno estaban en ese palacio, y todos sabíamos hasta dónde podía llegar su poder. No éramos más que pequeños insectos correteando por la tela de una peligrosa araña.

—Tenemos que entrar al palacio —susurró Adela—. Aquí somos un blanco demasiado fácil.

Busqué la puerta principal del Alcázar con la mirada, y entonces la lluvia cesó de golpe. No se detuvo poco a poco, como suelen amainar las tormentas, sino de forma repentina.

Y, con el silencio, todos nos pusimos tensos.

—Esto no me gusta —gruñó Averroes.

La boca me sabía a peligro y me preparé para atacar. Esperaba que de entre las sombras surgiera de repente el mismísimo Luzbel, Tzadi o incluso Yud, pero en aquel patio no apareció ningún demonio. No apareció absolutamente nadie. Todo a nuestro alrededor estaba tan en calma que

incluso parecía irreal; un cristal que, aunque hermoso, sabes que está a punto de romperse.

—Vamos dentro —susurró el Tuerto.

Avanzamos hacia el palacio sin deshacer la formación defensiva. Pan, sin embargo, se quedó quieto, la vista fija en un punto perdido del patio.

—¡Pan! —lo llamé inquieta cuando vi que no se movía—. ¡Conmigo!

Pero el perro no me obedeció. Ni siquiera parecía estar escuchándome. Di un paso al frente y, cuando Pan giró la cabeza para mirarme, me quedé sin respiración.

Porque tenía los ojos rojos.

—¡Corred! —gritó el Tuerto.

El perro se abalanzó sobre nosotros con las fauces abiertas, sus dientes convertidos en armas afiladas. «A Nuun se le reconoce porque tiene un ojo tatuado en la frente —nos había dicho Candela una vez—. De ahí lo de los tres ojos. Ah, y también puede poseer animales».

Los cinco nos dispersamos por todo el patio para huir de la bestia en la que Pan se había convertido. Él fue detrás de mí. Al igual que había hecho con Triana el día de la fiesta, Nuun, el señor del Infierno, había poseído su cuerpo para acabar conmigo de la forma más cruel posible: a manos de quien más me quería.

—¡Carmen! —me llamó Adela.

No me detuve. Lo único que podía hacer era correr, porque no estaba dispuesta a atacar a Pan. Escuchaba sus gemidos desesperados en mi nuca, sus ojos de sangre clavados en la espalda. Sin embargo, bajo la bestia estaba mi amigo, mi compañero, y no pensaba hacerle daño.

—¡Matadlo! —ordenó el Tuerto.

—¡No! —grité yo.

Me detuve de golpe y Pan se abalanzó sobre mí. Caímos al suelo y yo me defendí con la espada de Miguel, haciendo que el caelestum mantuviera alejadas sus dentelladas. Su boca estaba llena de espuma, sus ojos brillando con dolor y rabia.

—¡No te muevas! —me gritó el Tuerto, levantando el arco.

No, no podía dejar que mataran a Pan. El perro intentaba morderme con todas sus fuerzas, yo usaba las mías para defenderme y mantenerlo con

vida. Me costaba mucho respirar. Tenía que haber una forma de salvarlo. ¡Tenía que haber una forma!

Gruñí, haciendo un esfuerzo por llamar a mi poder, pero este no acudió. El amor lo había desbloqueado, pero el odio, ese odio que Yud había revivido y alimentado, lo había vuelto a encerrar bajo llave.

De repente me sentí tan indefensa que, sin darme cuenta, bajé la guardia.

Y Pan me mordió.

Grité con fuerza cuando sus dientes se clavaron en mi hombro izquierdo, afilados como dagas, desgarrándome la carne. Jamás había sentido un dolor así. La sangre comenzó a manar y todo se volvió rojo, pero lo peor fue la puñalada que sentí en el corazón. Pan, que me consolaba en silencio cuando más lo necesitaba, que nunca me había dejado sola, quería matarme. Y, si no acababa con él, terminaría consiguiéndolo.

Apreté los dientes con fuerza y, tragándome el dolor, empujé al perro endemoniado y me puse en pie. Estaba sangrando mucho y me notaba algo mareada. Sin embargo, aunque no podía mover el brazo izquierdo, aún tenía el derecho.

—¡Carmen! —me gritó el Tuerto.

El Tuerto apuntó a Pan con una de sus flechas doradas, y yo, sabiendo que el perro me seguiría, corrí hacia el Alcázar. Los Guardianes me llamaron, pero los ignoré. La herida del hombro me sangraba y veía pequeños destellos frente a mí, pero no podía detenerme. Necesitaba alejar a Pan de aquel patio antes de que lo mataran. Necesitaba tiempo para pensar en cómo salvarlo.

Atravesé las primeras estancias del palacio sin detenerme a observarlas, sin preguntarme por qué todas estaban completamente vacías. Pan me pisaba los talones, dispuesto a acabar lo que había empezado.

Cuando llegamos a un amplio salón columnado, ya casi no podía respirar. Cuatro soles lo iluminaban y les daban color a los azulejos de las paredes, haciendo brillar las estrellas de oro de la cúpula de madera del techo. No sabía si estaba mojada por la lluvia, por el sudor o por la sangre, pero todo me daba vueltas. No podía seguir hacia delante. No podía seguir corriendo. Y Nuun lo sabía.

«¡Mátalo!», me gritaba mi mente.

«No lo hagas», me decía mi corazón.

Me detuve en medio del salón y me di la vuelta. Pan saltó y me lanzó una dentellada; yo la esquivé a duras penas.

—Hijo de puta —le dije al demonio, levantando la espada para volver a encararme con él—. ¡Déjalo en paz! ¡Sal de su cuerpo y enfréntate a mí!

El perro gruñó, furioso, y yo supe que había llegado el final. Nuun no iba a abandonar a Pan. El perro volvería a atacarme y, esta vez, sus dientes me arrebatarían la vida. Tenía que acabar con él antes de que él lo hiciera conmigo.

—Lo siento —susurré con las manos temblando. No sabía si era por culpa del dolor del hombro o porque, en realidad, no estaba preparada para matarlo—. Lo siento, Pan.

Dio un paso hacia delante sin dejar de enseñarme los dientes. Iba a saltar de nuevo hacia mí, y yo solo tendría una oportunidad. Soltaría la espada, demasiado pesada para un enemigo tan pequeño, y sacaría la kinjara del fajín. Después, lo mataría.

Contuve el aliento y aflojé los dedos en torno a la empuñadura de Apocalipsis. Los ojos del perro brillaron muy rojos. Quise detener el tiempo, evitar de cualquier forma aquel enfrentamiento, pero sabía que era imposible. Si no lo mataba en ese momento, si no me deshacía de Nuun, sería él quien acabaría conmigo. Y nadie salvaría a mi familia.

Pan flexionó las patas, preparado para atacar, pero una flecha dorada voló entre las columnas y se estrelló a sus pies, asustándolo al chocar con el mármol.

—¡Ahora! —gritaron.

Cuatro figuras entraron corriendo en el salón y se abalanzaron sobre Pan. Enseguida reconocí a Joaquín, a Candela y a Frasquita. Mis primas. ¡Eran mis primas!

Joaquín, ayudado por una chica joven de pelo castaño, sujetó a Pan con mucha fuerza mientras Frasquita, temblorosa, se acercaba a tocarle la cabeza.

—¡Hazlo ya! —le gritó Joaquín, que luchaba a duras penas por mantener controlada a la bestia.

Los tatuajes de Frasquita brillaron con fuerza y, cuando sus dedos rozaron el pelaje del perro, emitieron un destello. Nuun salió al instante del cuerpo de Pan, como había pasado con Triana el día de la fiesta, y el demonio cayó de espaldas sobre el suelo, inconsciente. Y yo no lo dudé.

Me acerqué hasta el demonio con la espada en el alto y observé su rostro con asco y rabia, deteniéndome en el ojo de tinta negra que parpadeaba en su frente. Sus rasgos eran tan perfectos que me recordaban a los de Yud. No le había matado el día que poseyó a Triana, pero no iba a cometer el mismo error dos veces.

Preparé a Apocalipsis, haciendo que su filo de caelestum destellara bajo la luz de los soles y, creyéndome una reencarnación del arcángel Miguel, le atravesé el corazón. El demonio boqueó un segundo, recuperando la consciencia brevemente al sentir el sabor de la muerte. Cuando sus ojos rojos se encontraron con los míos, sonreí.

«Por Yud», quise decirle. No me avergonzaba deleitarme con la muerte de otro de sus hermanos, y mucho menos alegrarme al pensar en el dolor que eso le iba a provocar. «Por todo lo que me ha hecho».

—Carmen.

Al escuchar mi nombre en los labios de Frasquita, me olvidé de golpe de Nuun, que se desangraba a mis pies. Me olvidé de todos los demonios, de los ángeles, del miedo y las heridas. Porque mis primas estaban frente a mí, sanas y salvas. Y por fin lo tenía todo.

Solté la espada sin pensarlo y tanto Frasquita como Candela corrieron hacia mí. Nos fundimos en un abrazo y caímos de rodillas al suelo, entre lágrimas, incapaces de creer que el reencuentro hubiera llegado al fin.

—Carmen —lloró Frasquita, abrazándome con fuerza—. He recuperado mi poder de repente, justo cuando se ha detenido la lluvia. No podíamos usarlo, pero… pero luego Joaquín ha aparecido, y no había soldados vigilando nuestras habitaciones. Ha sido todo tan extraño…

—¿Estáis bien? —la corté—. ¿Estáis bien de verdad?

Tanto Candela como Frasquita se separaron para mirarme, y yo me embelesé observando sus rasgos, reconociendo cada uno de ellos. Los ojos azules de Candela, el cabello claro de Frasquita. Casi parecía que esa

misma mañana habíamos desayunado juntas antes de ir al trabajo, que nuestras vidas no se habían roto para siempre.

—Estás sangrando mucho —me dijo Candela señalando con preocupación el desgarro que me habían hecho los dientes de Pan—. Deberíamos limpiarte esa herida.

—Ahora no. —Había echado tanto de menos la preocupación constante de Candela que me había olvidado de lo desesperante que era—. Tenemos que ir a por Triana y Dancaire.

—Carmen… —musitó Frasquita con tristeza.

—No deberíamos estar más tiempo aquí —intervino la chica castaña que había ayudado a sujetar a Pan. Era Julia, la esposa del cacique de Sevilla, aunque en ese momento ni siquiera me importó lo que estaba haciendo allí —. Es peligroso.

—Tiene razón —corroboró Joaquín, sosteniendo a un Pan inconsciente —. La orden del Tuerto…

—Me importa una mierda el Tuerto —le interrumpí—. No pienso dejar atrás ni a Dancaire ni a Triana.

Candela y Frasquita se miraron en silencio, como si compartieran un secreto del que no querían hacernos partícipes.

—Es una herida profunda —insistió Candela—. Deberíamos…

—No es nada.

Micaela se acercó hasta nosotros con el arco en las manos. Supuse que había sido ella la que había lanzado la flecha que había distraído a Nuun, pero no fui capaz de darle las gracias. No quería detenerme a pensar en que Joaquín y ella no se habían separado al entrar al Alcázar; en que, aunque su grupo se había quedado atrás, ellos habían permanecido juntos.

—Vamos —les dije a mis primas, ayudándolas a levantarse. La herida del hombro me lanzaba punzadas de dolor a todo el brazo, pero me esforcé para que nadie lo notara—. Vosotras iréis con Joaquín a buscar a Triana y yo iré a por Dancaire. Seguro que sabéis dónde…

—Carmen —me interrumpió Candela, ya en pie, colocándose una mano en el vientre. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que estaba más abultado que antes, de que el tiempo había pasado también para el bebé —. Dancaire… Dancaire está muerto.

Tardé unos segundos en comprender lo que Candela me estaba diciendo. De hecho, no fueron sus palabras lo que entendí, sino el silencio que se instaló entre nosotros, el velo de tristeza que les cubría la mirada, el aroma a jazmín que me vino a la mente y que, para mí, siempre acompañaba a los duelos.

Muerto.

Dancaire estaba muerto.

Como mis padres.

El dolor del hombro se volvió insignificante de repente, porque el que me atravesó lo devoró todo, consumiendo cualquier resquicio de luz. El mundo empezó a quedarse vacío y yo no podía respirar. Quería hacerlo, pero no podía. Mi pecho subía y bajaba a toda velocidad, pero el aire no entraba.

—Carmen… —susurró Frasquita con los ojos llenos de lágrimas.

Extendió un brazo hacia mí, pero yo me aparté de ella. No quería que me tocara. No podía volver a pasar por una pérdida así, no podía soportar ese sufrimiento. Tenía que matar, tenía que liberar la rabia que amenazaba con consumirme.

—¿Quién ha sido? —pregunté con la voz de hielo—. ¿Quién lo ha matado?

—Carmen —musitó Candela, al borde del llanto—, eso ya da igual. Tenemos que…

—¡Decidme quién lo ha hecho, maldita sea!

Mis palabras retumbaron por el salón convertidas en truenos. Frasquita se encogió sobre sí misma, sollozando, y solo me bastó una mirada para saber que en ese instante no tenía miedo de los demonios, sino de mí. De lo que era capaz de hacer.

—Fue Vav —me dijo Julia—. Balthasar y Antonio lo torturaron, pero él lo mató.

Vav, el señor del Infierno. Había consolado a Yud tras su muerte, y sus lágrimas se habían clavado en mi pecho como puñales. Al escuchar sus recuerdos felices, incluso había llegado a sentir pena por él. ¡Pena por ese hijo de puta! ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Era yo quien tenía que

haber acabado con Vav, no Micaela. ¡Era yo quien tenía que haber matado al asesino de Dancaire!

Me agaché dolida y humillada, y cogí de nuevo la espada de Miguel. Quería volver a clavársela a Nuun en el pecho, acabar con todos y cada uno de los señores del Infierno, provocarles el mismo dolor que me desgarraba a mí las entrañas. Me temblaban las manos y quería llorar, pero no podía dejar que la tristeza me consumiera. No otra vez.

—Carmen —me llamó Joaquín. Aún tenía a Pan entre los brazos—. Vámonos de aquí. Por favor.

—¿Dónde está Triana? —pregunté, ignorándolo. Ya no podía hacer nada por Dancaire, pero sí por mis primas. A ellas sí podía salvarlas—. No pienso irme de aquí sin ella.

El silencio que siguió a mis palabras fue incómodo, tenso, punzante. Las llamas del odio crepitaban con demasiada fuerza en mi interior. Si me acercaba a la tristeza, la debilidad me alcanzaría y no habría marcha atrás.

Fue Frasquita la que, asustada, terminó rompiéndose.

—El Arlequín —lloró. Candela se apresuró a acercarse a ella para consolarla—. Vi a Triana… hace unos días. Había recuperado su poder y me dijo… me dijo que él…

—¿Qué? —la interrumpí. Todo a mi alrededor se estaba volviendo rojo —. El Arlequín, ¿qué?

—Estaba tramando algo con él… Y como no la hemos encontrado en su habitación no dejo de pensar… No dejo de pensar en que ha podido hacerle algo.

No lo dudé un solo segundo.

Comencé a correr y me marché de aquel salón, ignorando los gritos de mis primas.

Comencé a correr, cegada por el odio, incapaz de usar el poder que los ángeles me habían otorgado.

Comencé a correr con la oscuridad cerniéndose sobre mí, y ni siquiera me paré a pensar que los demonios conocían el Alcázar a la perfección. Y nosotros estábamos cayendo en su trampa.

10

Carmen

Dancaire estaba muerto, y esa certeza se me clavaba como un puñal. El faro que iluminaba mi camino desde el asesinato de mis padres se había apagado para siempre, y estaba sola en medio de la tempestad. Sin embargo, no podía dejar que los sentimientos me desbordaran. Tenía que salvar a Triana.

Por eso, no dejé de correr.

—¡¿Dónde estáis?! —les grité a los demonios, atravesando las bellas estancias del Alcázar—. ¡¿Dónde estáis?! ¡Salid y luchad contra mí!

La herida que Pan me había hecho en el hombro sangraba sin cesar. Estaba mareada y débil, pero no me importaba. En aquel momento, todo me daba igual. Me temblaban las piernas y hasta Apocalipsis empezó a parecerme demasiado pesada. Tampoco notaba ya el crepitar dorado de mi gracia dentro de las venas, como si esta se hubiera apagado para siempre; mi luz sagrada convertida en oscuridad. Quizá había perdido mi poder. Quizá el precio a pagar por haberme enamorado era ese: quedarme vacía cuando el amor desapareciera. Quizá los ángeles no querían un soldado con el corazón roto.

Dejé atrás un patio plagado de iünas y continué hacia delante. ¿No se suponía que aquel palacio estaba lleno de demonios? ¿Dónde se habían metido? Mi voz rebotaba contra los altos techos de madera, mis pasos contra las decoraciones de yeso que se engarzaban en las paredes. Las sombras susurraban a mi paso, riéndose de mi dolor, y eso me enfurecía aún más.

Necesitaba luchar.

Necesitaba matar.

Estaba al borde de la locura cuando, al torcer una esquina, apareció un demonio. Tuve que detenerme de golpe para no chocar contra él. Apreté con fuerza la empuñadura de la espada y levanté su filo, protegiéndome con el oro del caelestum. Mi corazón latía a toda velocidad por culpa del esfuerzo, por la ira, por la pena. Me daba igual si era un dragón, un matador o el mismísimo rey del Infierno; estaba dispuesta a acabar con él.

Pero entonces lo reconocí.

Aleph.

—Carmen —me dijo.

Una primavera estalló en mi pecho para después morir sepultada bajo el invierno más despiadado. Fuego y hielo en mi interior. Asco, cólera y deseo. Cientos de recuerdos golpeándome. Aleph estaba sucio, lleno de heridas y con las ropas ajadas, mirándome como si creyera que no había pasado nada entre nosotros, como si siguiéramos en aquel sueño febril que había sido nuestra estancia en Granada.

Mi estómago dio un vuelco al encontrarme con sus ojos, tan rojos como los recordaba, y maldije a mi cuerpo por reaccionar así a su presencia.

—Estás herida —señaló, dando un paso hacia mí.

Estaba más pálido de lo normal, y parecía haber perdido mucha sangre. Los golpes de su piel me hablaban de torturas, de un sufrimiento inimaginable, y deseé poder arrancarme el corazón para que eso no me doliera.

—No te acerques —gruñí, amenazándole con la espada. Él ni siquiera hizo un amago de defensa—. No te atrevas a acercarte.

Su rostro se oscureció por culpa de la tristeza, y yo apreté los dientes con rabia. No odiaba la distancia que nos separaba, sino la familiaridad que me ahogaba al tenerlo tan cerca. Reconocía a la perfección cada uno de sus rasgos, cada una de las partes de su cuerpo. Había sido tan estúpida como para aprenderme sus gestos, aun sabiendo que nunca tendría forma de sacármelos de la cabeza. Me torturaba recordar su olor.

—Puedo explicártelo todo —me dijo apenado—. Si me dejas…

—No —le corté. No quería que me explicara nada, no quería que hablara siquiera—. Apártate de mi camino o te corto el cuello.

Él guardó silencio, dolido. Sus ojos me buscaron de la misma forma que en nuestro escondite del Albaicín, cuando hicimos el amor y yo creí que me amaba, cuando pensé que se estaba entregando a mí por completo. Las piernas me temblaron y tuve que obligarme a recordar que no era más que un desconocido, que nunca había sido más que eso. Que había asesinado a mis padres.

—El anillo —musitó—. El anillo que te compré en Granada. ¿Llegaste a encontrarlo?

—Me deshice de él —me apresuré a responder—. Lo lancé muy lejos en cuanto descubrí la verdad. También destruí el clavel del callejón del Agua.

De nuevo, silencio. Esta vez más largo, más doloroso. Mi odio congelaba el aire y su desesperación por acercarse a mí lo derretía. «¿Por qué lo hiciste? —quería gritarle—. ¡Me quitaste la armadura solo para arrancarme el corazón!».

—Carmen…

—Yud —le interrumpí, soltando todo mi resentimiento, usando su verdadero nombre por primera vez—. Es así como te llamas, ¿verdad? Yud, no Aleph.

El demonio suspiró y cerró los ojos un segundo. Mi corazón comenzó a latir con mucha fuerza, y me avergoncé de mí misma. ¿Acaso me quedaba alguna esperanza de que me dijera que no? ¿Existía una parte de mí, por pequeña que fuera, que seguía creyendo en él? Sí, quizá sí. Por eso, cuando asintió, algo en mi interior se rompió.

—Soy Yud —explicó con un hilo de voz—. Al menos, ese es el nombre que me puso el Creador. Sin embargo, también soy Aleph. Tú me diste esa nueva identidad, Carmen. Tú me hiciste querer ser alguien distinto.

—Me dejaste huérfana —espeté, lanzándole la acusación como un dardo —. Y hay cosas que no he podido sacar de mi cabeza en diez años. El miedo que sentí el día que entraste en mi casa, los gritos de mi padre cuando Vav lo torturó, las lágrimas de mi madre. Pasé mucho tiempo despertándome en mitad de la noche, llamando a mis padres a gritos, pero nunca acudían. ¿Sabes por qué? Porque tú me los habías arrebatado. No me

vengas ahora con el cuento de que yo te di una nueva identidad, Yud. Eres y serás siempre un asesino.

—Deja que te…

—¡No!

Adelanté un paso y le puse la espada al cuello; el filo de oro lamiendo su piel. Todo mi cuerpo temblaba de dolor, de odio, de tristeza. Yud, aunque era más alto y fuerte, no se defendió. Al contrario de lo que esperaba, el demonio permaneció quieto, como un condenado que se sabe culpable y espera su castigo.

—¡Te hablé de Yud y no tuviste el valor para decirme que eras tú, que siempre habías sido tú! —le grité—. ¡No tuviste el valor de enfrentarte a mí!

—Nunca quise hacerte daño —susurró con las lágrimas en la garganta. ¿El muy rastrero iba a ponerse a llorar?—. Te lo juro, Carmen. Nunca quise…

—¡Me da igual lo que quisieras!

El caelestum de Apocalipsis me lanzó una oleada de energía, cálida y chispeante, como si me estuviera dando la fuerza que me faltaba para matarlo. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué no le había cortado el cuello ya? Podía notar el palpitar de sus venas contra el filo, el dolor de saberse amenazado por la misma espada con la que le habían arrancado las alas. ¡¿Qué era lo que me estaba frenando, maldita sea?!

Apreté los dientes y, rabiosa, decidí hacerle daño. Mucho. Matarle no significaba nada porque acabaría rápido con su sufrimiento, y no estaba dispuesta a liberarlo tan pronto. Tenía que destrozarlo, igual que él me había destrozado a mí. Tenía que atacarlo donde más le doliera y, después, solo después, arrebatarle la vida.

—He matado a Nuun —confesé, cruda y directa—. He acabado con él y pienso hacer lo mismo con el resto de tus hermanos. Con Resh, con Shin, con Tzadi. Acabaré con todos ellos, Yud, y cuando no quede un solo demonio sobre la faz de la Tierra, iré a por ti.

Yud apretó los labios, y un par de lágrimas furtivas escaparon de sus ojos. Si hubiera podido reírme, lo habría hecho. Esa era la verdadera razón por la que no me sentía capaz de acabar con él: quería que sufriera. Sí, esa

era. ¿Qué otro motivo podía tener para no haberlo matado aún? No podía haber otro. No podía *existir* otro. Quería deleitarme con su sufrimiento y compensar los años de felicidad que él y su crueldad me habían arrebatado.

—Lo siento tanto… —se lamentó.

—Las disculpas de un mentiroso no valen nada —escupí. Por alguna razón pensé en Dancaire, en si estaría orgulloso de mí, y las palabras me salieron solas—. Mas si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida. Éxodo 21:23, supongo que te suena. Ojo por ojo, diente por diente.

—El odio no revive a los muertos, Carmen. La venganza no te va a devolver a tus seres queridos.

—¿Y quién me los va a devolver? ¿El amor?

—No —me respondió muy serio—. El amor no te los va a devolver. Pero existe una manera… Existe una manera de que puedas volver a verlos.

Todo a mi alrededor se detuvo. El dolor, el odio hacia Yud. Hasta la herida del hombro parecía haber dejado de sangrar. Por un momento volví a sentir el brillo de la esperanza en mis venas, como un latido, y las palabras se me atascaron en la garganta. ¿Qué estaba diciendo? Tenía que estar mintiendo, engañándome de nuevo. No podía volver a ver a mis padres. Estaban muertos y, al no haber ángeles en el Cielo, condenados al Infierno para siempre.

—Mentiroso —rugí—. ¡Eres un mentiroso!

Levanté la espada, pero él se me adelantó. En un rápido movimiento, sacó una daga de su fajín y la utilizó para bloquear el golpe. Los dos estábamos heridos e invertimos las fuerzas que nos quedaban en ese movimiento, en mantener alejado el filo del otro. Él podría haber desaparecido, marcharse lejos de mí, pero no parecía dispuesto a hacerlo.

—No te estoy engañando —aseguró. Estaba haciendo tanta fuerza contra mi espada que le temblaba el brazo—. Esta vez, no.

No le creía, claro que no le creía.

La confianza que había tenido en él se había roto en mil pedazos, y no podía volver a unirlos. Era imposible. Apreté los labios y aparté mis ojos de los suyos, llevándolos hasta la daga con la que me impedía acercarme. Aunque su filo estaba manchado de sangre, era dorada, hecha de caelestum,

y su empuñadura de azulejos parecía llamarme a gritos. Mis fuerzas flaquearon en cuanto la reconocí.

Una kinjara. *Mi* kinjara.

El arma que nos faltaba para poder sacar a los arcángeles de la Alhambra.

—¿De dónde has…?

La pregunta murió en mis labios cuando escuché el grito.

Triana.

De golpe recordé por qué estaba allí: por ella, por mi familia. Por mucho que quisiera enfrentarme a Yud, no podía abandonarlos. Ellos siempre serían mi prioridad.

Bajé la espada y, sin pensarlo, salí corriendo. Yud no me siguió. Se había quedado con mi kinjara, pero ni siquiera me importó. Solo podía pensar en Triana, herida y asustada. Triana, amenazada por Tzadi.

Un nuevo grito guio mi camino. Lo seguí con el corazón en un puño y, sin darme cuenta, salí a los jardines. Allí, bajo la luz de docenas de soles, de pie entre las sombras retorcidas que creaban los árboles, me encontré con mis primas.

—¡Carmen! —me llamó Frasquita, recibiéndome junto al aroma de las iünas y la tierra mojada que había dejado la tormenta.

Estaba junto a Candela, Joaquín, Micaela y Julia, que llevaba a Pan inconsciente entre sus brazos. También estaban el Tuerto, Adela, Averroes y Manele. Desde el otro lado del jardín, llegaban más y más Guardianes. Todos ellos llevaban el arco en alto, buscando el peligro. Por suerte, ninguno parecía herido.

—He escuchado gritar a Triana —les dije a mis primas, buscándola con la mirada—. ¿Dónde está?

—No lo sabemos —me respondió Candela, preocupada—. Todos la hemos escuchado.

Los Guardianes no dejaban de llegar, y la inquietud empezó a hacerme cosquillas en el estómago. Era imposible que todos hubiéramos escuchado los gritos de Triana a la vez, desde todos los rincones del Alcázar.

—No os alejéis —les susurré a mis primas.

Joaquín, que estaba de pie junto a Micaela, buscó mi mirada. No nos hizo falta decir nada para entendernos: aquel era el lugar en el que nos habíamos separado el día de la fiesta, y no podía ser una mera casualidad. Alguien nos había llevado hasta allí.

—¡Bienvenidos! —exclamó Tzadi. Apareció de repente frente a nosotros, tensándonos como la guita de una trampa—. ¡Bienvenidos a mi humilde morada! Qué bonita noche, ¿verdad? Por fin ha dejado de llover. Estaba cansado de esa horrible tormenta.

El Arlequín iba vestido de gala, con un traje blanco en el que destacaban el fajín rojo de la cintura y la capa de terciopelo negro que caía sobre su hombro izquierdo. Los mandamientos de la antigua fe estaban tatuados alrededor de sus ojos, y tanto el aro de plata que decoraba la aleta derecha de su nariz como el pendiente en forma de cruz que colgaba de su oreja, le daban un aspecto infernal, regio, peligroso.

Los Guardianes le apuntaron con sus flechas y yo, sujetando con fuerza la empuñadura de Apocalipsis, me coloqué delante de mis primas.

—Veo que habéis acudido a mi llamada —dijo el demonio—. Excelente.

Estaba solo en medio del jardín, pero no parecía asustado. Aunque las armas de los arcángeles lo amenazaban, su porte era más majestuoso que nunca, la viva imagen de alguien que se sabe indestructible.

—¿Dónde está mi prima? —le pregunté furiosa.

—Ah, Carmen —me saludó, pronunciando cada palabra con una sospechosa tranquilidad—. Cuánto tiempo sin verte. Has estado tan ocupada con Yud que te has olvidado de visitar a tu familia. ¿Lo has pasado bien? Imagino que sí porque, ya sabes lo que dicen… Los demonios somos ángeles en la cama.

Candela contuvo una exclamación, pero yo no me atreví a mirarla. El silencio nos acorraló, incómodo, tenso y pesado, colocándome a mí en su centro. Tzadi quería humillarme, recordar en voz alta mis errores para que mis aliados se pusieran en mi contra. Quería hacerme daño. Sin embargo, no iba a conseguirlo. Esta vez no iba a dejar que se saliera con la suya.

—También he estado ocupada matando a tus hermanos —contraataqué. El brazo me temblaba de pura rabia, del dolor de mi hombro destrozado—. Nuun, por ejemplo, ya está muerto.

Mis palabras no tuvieron el efecto que esperaba. No hubo dolor en los ojos de Tzadi, ni el más mínimo atisbo de tristeza. Lo único que hizo el Arlequín fue sonreír, con una mezcla de diversión y desprecio, y empezar a aplaudir muy muy lentamente.

—¡Bravo! —exclamó—. ¡Un aplauso para Carmen, por favor! ¡Eres la ganadora del premio a la estúpida del año!

Apreté la mandíbula, enfadada, cuando el insulto me incendió las entrañas. Quería atacarle, clavarle la espada en el pecho, pero no podía hacerlo hasta que nos dijera dónde estaba Triana. No podíamos perder la única pista que teníamos sobre su paradero.

—Tienes las flechas del arcángel Gabriel apuntándote directamente al corazón, demonio —le dijo el Tuerto, anticipándose a mi respuesta—. Dinos dónde está Triana y nos iremos sin hacerte daño.

Tzadi dejó de aplaudir, pero la sonrisa no desapareció de su rostro. Parecía exultante, eufórico, como si todos sus deseos se hubieran hecho realidad de golpe.

—Oh, el arcángel Gabriel —comentó con una nostalgia fingida—. *Et verbum caro factum est* y todo ese rollo. Era simpático, ¿sabéis? No es que no fuera un cabrón, pero cuando estás rodeado de cabrones mucho peores, a veces hasta pareces bueno.

Aunque no aparté la vista de Tzadi, de reojo percibí un leve movimiento. Joaquín estaba alzando la mano, con mucha lentitud, para sacar su flauta. ¡Bien! Solo él podría darle una orden que le obligara a llevarnos hasta Triana. Solo él podría sacarnos de allí.

Sin embargo, Tzadi no estaba dispuesto a dejarse engañar.

El matador chasqueó los dedos e hizo nacer del suelo dos gruesas cadenas de sombras. Ahogué un grito cuando estas, furiosas, se abalanzaron sobre Joaquín y le sujetaron las muñecas, obligándolo a ponerse de rodillas.

—¡No! —aulló Frasquita.

Micaela gruñó y le lanzó una flecha a Tzadi, pero el demonio movió la mano y la saeta dorada se desvió de su camino, cayendo a sus pies.

—¡¿Pero cuántos premios a estúpida del año voy a tener que repartir hoy?! —exclamó, mirándonos a todos con sus ojos del color de la sangre—. ¿De verdad pensáis que tenéis alguna oportunidad contra mí? ¿No os habéis

dado cuenta de que estáis aquí, sanos y salvos, solo porque así lo he querido?

Los Guardianes se revolvieron, incómodos, y tensaron aún más la cuerda de sus arcos. Yo me pregunté cómo íbamos a salir de allí. Tzadi siempre había sido poderoso, mucho, pero ahora lo parecía más que nunca.

—¿Acaso no os habéis preguntado por qué el Alcázar está tan vacío hoy? —inquirió el demonio, esbozando una sonrisa orgullosa—. ¿O por qué, justo esta noche, nadie vigilaba las habitaciones de las prisioneras? Siento deciros que no es porque tengáis mucha suerte, sino porque *yo* quería que llegarais hasta aquí. El único que incumplió mis órdenes fue Nuun, digamos que porque no estaba de acuerdo con mi forma de hacer las cosas, y se lanzó contra vosotros. Atacar a mis invitados, ¿os lo podéis creer? —Se llevó la mano al pecho, en un gesto dramático, y negó con la cabeza—. En fin, en toda familia hay una oveja negra, y lo mejor que se puede hacer es sacrificarla. ¡Ahora sí que podemos seguir con la fiesta!

—Estás completamente loco —le dijo Joaquín, revolviéndose contra las sombras que lo retenían—. ¿De verdad crees que esto es una fiesta?

—Ah, ¿es que aún no os habéis dado cuenta? —le respondió el demonio —. Esta noche os he invitado a mi fiesta favorita: un funeral.

Frasquita contuvo el aliento, haciendo un esfuerzo por no toser, y yo sentí que se me rompía el pecho. No podía estar refiriéndose a Triana, no. Claro que no. No podía perderla a ella también. Todo mi cuerpo empezó a temblar y el dolor por la muerte de Dancaire cayó de nuevo sobre mis hombros, pesado e insoportable.

Joaquín, aún de rodillas en el suelo, buscó mis ojos para tranquilizarme, pero yo no podía mirarlo. No podía enfrentarme a su tristeza. De repente me sentía vacía, sin fuerzas para luchar contra Tzadi. Lo único que me mantuvo en pie fue la empuñadura de Apocalipsis y la energía que me transmitía.

—Permitidme que, antes de nada, llame a unos amigos —dijo Tzadi—. Este es un momento importante que no se pueden perder.

El demonio chasqueó los dedos y dos hombres aparecieron a su lado: Balthasar, el Apóstata, con la túnica roja de los religiosos; y Antonio, el cacique, con un traje de levita negro.

—Estupendo, estupendo —celebró Tzadi—. ¡Ya casi estamos todos! ¿No queréis saludar a nadie? Creo que los dos tenéis a personas importantes ahí delante. Sangre de vuestra sangre y todo eso.

Tanto Antonio como Balthasar, casi obligados, le hicieron caso. El Apóstata nos observó a todos como si fuéramos una plaga de insectos. No pasé por alto que llevaba la mano derecha vendada por completo.

—Julia —dijo Antonio al ver a su esposa—. Ven aquí ahora mismo.

—No —respondió la chica.

Antonio apretó la mandíbula y la miró como si quisiera asesinarla con los ojos. Yo, que nunca había sentido una especial simpatía por la mujer del cacique, la observé con admiración.

—¿Y te vas a ir con… esa? —escupió Antonio, señalando a Candela—. Una pobre cigarrera que no tiene nuestra posición, ni nuestra clase, ni un futuro asegurado. No hagas tonterías, Julia. Aléjate de esa zorra antes de que te llene la cabeza de mentiras.

Levanté la espada al instante, pero Julia dio un paso al frente, convertida en una fiera. Pan aún descansaba entre sus brazos, pero ella lo apretó con más fuerza cuando fue a encararse a su marido:

—Vuelve a insultar a Candela y te juro que te mataré con mis propias manos.

—Uy, ¡qué divertido! —exclamó Tzadi—. Me encantan los líos de faldas.

El cacique, sin embargo, se había quedado muy quieto, incapaz de creer las palabras que acababan de salir de la boca de su esposa. Yo, aunque sentí una chispa de satisfacción en el pecho, también me sorprendí. ¿La mujer del cacique y su amante embarazada se habían hecho amigas? ¿Cuántas cosas me había perdido?

—No te mereces a Julia, Antonio —dijo Candela, llevándose las manos al vientre—. No te la mereces ni a ella, ni a mí, ni a este bebé. Espero que tu alma sea feliz en el Infierno, porque en la Tierra ni siquiera los gusanos van a quererte.

—¡Oh, qué pena! —se lamentó Tzadi, pasándole un brazo al cacique por los hombros—. Parece que te quedas sin hijo, Antonio. ¿Sabes a quién le

puedes pedir consejo para superarlo? A Balthasar. Él también perdió un hijo, o una hija. Al menos hasta esta noche.

Balthasar se puso muy tenso, como si no fuera capaz de creer lo que el señor del Infierno acababa de decir. Todos guardamos un incómodo silencio. No porque nos importara que el líder de la Iglesia hubiera tenido descendencia, sino porque Tzadi había insinuado que su posible hijo, o hija, se encontraba entre nosotros.

—¿Por qué no hacéis las paces? —continuó el demonio, acercándose al Apóstata como lo haría un gato con un ratón—. Esta noche no quiero dramas, Balthasar, quiero que todos seamos felices. ¡Vivan los reencuentros familiares!

El religioso no dijo nada, y yo no pude evitar mirar a los Guardianes, preguntándome si Tzadi estaría diciendo la verdad o si solo quería jugar con nosotros. ¿Acaso alguno de mis compañeros guardaba un secreto así sobre su pasado? Micaela era la que parecía más nerviosa, como si prefiriera cortarle el cuello a Balthasar antes que permitir que siguiera hablando. Y las sospechas brotaron sin control.

¿Y si…? ¿Y si Balthasar era de verdad el padre de Micaela? ¿Y si era una espía, y solo se había acercado a Joaquín para sonsacarle información? ¿Y si no podíamos confiar en ella?

—Yo no tengo descendencia —dijo el Apóstata—. Mi única familia es la Iglesia de los Renegados y sus fieles sirvientes.

—Vaya —murmuró Tzadi, decepcionado—. Parece que las reuniones familiares no nos están saliendo muy bien hoy. No pasa nada, aún falta la más importante. Si me hacéis el favor…

El Arlequín movió una mano y, como empujados por una fuerte ráfaga de aire, nos obligó a todos a soltar las armas y a arrodillarnos.

Intenté ponerme en pie, volver a coger la espada, pero el poder de Tzadi me sujetó con fuerza contra el suelo. El muy cabrón nos había convertido en marionetas y, controlados por unos hilos invisibles, estábamos obligados a permanecer de rodillas frente a él.

—Adelante, majestad —dijo el Arlequín, agachando la cabeza en un gesto de sumisión.

Durante unos segundos no ocurrió nada, y todos empezamos a ponernos nerviosos. Atrapados, sin poder levantarnos, esperamos a que Luzbel apareciera en el jardín. Sin embargo, no fue el rey del Infierno quien lo hizo, sino Triana.

El pulso se me aceleró de golpe cuando mi prima comenzó a avanzar por el camino que se abría ante nosotros. Su cabello oscuro reflejaba la luz de los soles, sus curvas sinuosas se movían con elegancia bajo la tela del lujoso vestido negro que llevaba puesto. Lo que más llamaba la atención, sin embargo, era lo que tenía entre las manos: la corona de cuernos de Luzbel.

—Buenas noches —nos saludó, sonriente, haciendo una rápida reverencia a Tzadi cuando llegó hasta él. Antonio y Balthasar inclinaron la cabeza—. Buenas noches a todos, y bienvenidos.

—Buenas noches, mi reina —le respondió Tzadi.

Los dos se sonrieron mutuamente y yo tuve la sensación de que estábamos dentro de una de sus ilusiones. ¿«Mi reina»? ¿Cómo era posible que Triana lo mirara así? ¿Qué le había hecho Tzadi? Estaba hermosa, más que nunca, pero además había un brillo extraño en sus ojos, un destello de ambición y poder que nunca le había visto y que, por alguna razón, me enfureció y asustó a partes iguales.

—¡Triana! —exclamó Frasquita, entre lágrimas.

Los ojos de Triana, sin embargo, buscaron los míos. Casi parecía encantada de verme allí, arrodillada y herida.

—Carmen —me dijo, observándome con detenimiento—. Se me hace raro verte aquí. ¿Ya te has cansado de tu viaje romántico? ¿No sabías dónde ir y has decidido volver con el rabo entre las piernas?

—¿De qué estás hablando? —le pregunté. La punzada que sentía en el costado me gritaba que algo iba mal, muy mal—. ¡He venido a sacaros de aquí!

—¡Por supuesto que sí! —exclamó ella, poniendo los ojos en blanco—. ¡Carmen siempre está preparada para rescatar a todo el mundo y convertirse en el centro de atención! Déjame decirte una cosa, *prima*: eres una egoísta y solo piensas en ti misma.

Triana tiró la corona de Luzbel al suelo, y esta cayó en el barro, a sus pies, haciendo un ruido sordo que sonó a derrota.

—Luzbel está muerto —anunció, señalando la corona con la mano—. No te he necesitado para hacerlo, ¿ves? Ahora, gracias a mí, el Infierno tendrá un gobernante más poderoso y justo, un gobernante que no ha perdido las ganas de luchar.

—Está hablando de mí, por supuesto —añadió Tzadi—. ¡Gloria al nuevo rey!

Los Guardianes comenzaron a murmurar, incrédulos, y yo, de forma involuntaria, pensé en Yud. ¿Sabría ya que habían asesinado a Luzbel? ¿Y si era eso lo que explicaba la tristeza de su mirada? No, no podía distraerme pensando en él. Tenía que centrarme en mi familia, en que Tzadi, el mismísimo Tzadi, era ahora el rey del Infierno.

En que estaba loco y nos tenía a todos a su merced.

—Lo mejor de todo —continuó el Arlequín— es que no voy a estar solo en esta nueva etapa. Por primera vez, el Infierno no solo tendrá un rey, sino que contará también con una reina. ¡Gloria a Triana, reina del Infierno!

Mi estómago se revolvió con asco y rabia cuando Tzadi se acercó a mi prima y ella, sonriente, lo besó. No fue un beso cauto, desconfiado, sino un beso pasional, cargado de deseo; un beso que sellaba pactos y afianzaba alianzas.

—¡Me dijiste que ibas a hacer lo que hiciera falta por proteger a la familia! —le gritó Frasquita con las lágrimas ardiéndole en los labios—. ¡Me engañaste!

—No te engañé —le respondió Triana, entrelazando sus dedos con los de Tzadi—. Él es ahora mi familia.

—¿Qué narices estás diciendo? —escupí yo. Era incapaz de ocultar lo mucho que me repugnaba lo que estaba haciendo—. ¡Es Tzadi! ¡El maldito Tzadi! ¡El mismo que casi nos mata a todos en la taberna de Lillas Pastia!

—¿Y quién eres tú para juzgarme? —me respondió ella—. ¡Tú, precisamente tú, que te has acostado con el asesino de tus padres!

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago: fuertes, dolorosas, certeras. Todo mi cuerpo se contrajo por el golpe. Y Triana se aprovechó.

—Solo eres capaz de ver los errores de los demás, y eso es lo que te hace ser tan ruin —continuó—. Te crees una santa, Carmen, pero no lo eres. ¡Claro que no lo eres! ¡Vamos a preguntarle a Joaquín si le has tratado bien todos estos años!

—Eso no es…

—¡Dancaire estaría vivo si no hubieras huido del Alcázar esa noche! —me interrumpió ella, abriendo su herida más reciente, la herida que jamás me iba a perdonar—. ¡Si no te hubieras marchado, aún estaría con nosotros!

—¡Triana! —la reprendió Candela, sorprendida por sus palabras.

—¡Yo no maté a Dancaire! —me defendí. Mil cuchillos parecían estar desgarrándome la garganta—. ¡No te atrevas a insinuar algo así!

Intenté levantarme, pero el poder de Tzadi seguía reteniéndome. Eso me hizo enloquecer. Sabía que el Tuerto me estaba mirando, exigiendo respuestas. Acababa de enterarse de que su hermano estaba muerto, de que no íbamos a poder salvarlo, y no sabía qué hacer. Los demás, al ver a su líder al borde de las lágrimas, tampoco. Tzadi había dosificado tan bien los golpes que nos tenía a todos devastados, mentalmente destrozados.

Ni siquiera le había hecho falta luchar para vencernos.

—Sé que estáis temiendo por vuestras vidas —nos dijo Tzadi, fingiendo una amabilidad que todos sabíamos que desconocía—, pero no os preocupéis. El nuevo rey del Infierno es benevolente y va a dejar que os marchéis sanos y salvos. Sí, ya sé que os sorprende, pero es que necesito que hagáis algo por mí: sacar a los arcángeles de la Alhambra.

—¿Y por qué ibas a querer eso? —le preguntó Joaquín—. ¿Por qué ibas a querer que liberáramos a los únicos que podrían destruirte?

—¿Destruirme, dices? —le preguntó Tzadi—. ¿A mí?

El Arlequín miró a Triana, como si estuvieran solos en aquel jardín, y cuando ella asintió, él chasqueó los dedos. Al instante, acudiendo a su llamada, comenzaron a aparecer demonios.

Primero fueron unos pocos: cinco, diez, quince. Entre ellos estaban los dos señores del Infierno que faltaban, ambos sonrientes y vestidos de forma elegante: Shin y su capacidad para controlar las tormentas; Resh y su poder de fuego. Poco a poco, sin embargo, los demonios se fueron multiplicando.

El miedo nos aceleró el corazón cuando cientos de dragones armados nos rodearon, con sus ojos hechos de rubíes, listos para atacar.

—Quietos —les ordenó Tzadi, alzando la mano para detenerlos. Después se dirigió a nosotros—. Quiero que saquéis a los arcángeles de la Alhambra porque, si no lo hacéis vosotros, esos vejestorios decrépitos nunca saldrán de ahí. Quiero que los liberéis para poder enfrentarme a ellos y acabar de una vez con su legado maldito. Ahora mismo lo tengo todo, ¿sabéis? La corona, el reino, la chica… Lo único que necesito es acabar con esos malditos ángeles para poder entrar de nuevo en el Cielo.

Los dragones, vestidos de negro, se relamían a nuestro alrededor como lobos. Toda yo estaba encendida, gritándome a mí misma que me levantara y luchara, pero seguía sin poder moverme. Nunca me había sentido tan expuesta, tan frágil, tan presa.

—Los arcángeles lucharán —le amenazó el Tuerto. Escuchaba la derrota en su voz, pero sabía que se estaba intentando mantenerse fuerte por todos los demás; por Dancaire—. Y nosotros lucharemos a su lado.

—Por supuesto que lo haréis —le respondió Tzadi—. Y no sabéis las ganas que tengo de que llegue el momento.

—Nos veremos muy pronto, *primita* —se burló Triana, mirándome.

Tzadi se agachó para recoger la corona de cuernos de Luzbel, y después, tomando la mano de mi prima, desaparecieron del jardín.

Miré a Joaquín, preguntándome si era así como íbamos a morir después de todo, pero los demonios también empezaron a desaparecer. Lo hicieron lentamente, uno a uno, volviendo a convertirse en sombras. Solo cuando no quedó ninguno, las cadenas invisibles dejaron de retenernos.

Me observé las muñecas con detenimiento para comprobar que la magia de Tzadi no me había dejado heridas. En mi piel, sin embargo, no había ni rastro de lo que había pasado. Al contrario que en mi corazón.

Cuando levanté la cabeza para buscar a mis primas, mis ojos se encontraron con los de Yud. Estaba observándome desde el otro lado del jardín, muy serio, sosteniendo mi kinjara.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Había sido testigo de lo que había dicho Tzadi? ¿Por qué no había hecho nada? Una leve brisa movió las ramas

negras de los árboles, haciendo que el aroma de las iünas impregnara el aire. Todos los sentimientos que tenía hacia él me sacudieron por dentro.

Odio. Mucho odio. Y nostalgia. Y dolor.

Y un rencor tan profundo que me abrasaba.

Apreté la mandíbula con fuerza, intentando demostrarle así que no quería volver a verlo nunca. Él entendió el mensaje, y desapareció sin dejar rastro.

—¿Estás bien? —me preguntó Frasquita, acercándose.

—Sí —respondí, obligándome a olvidar a Yud—. Estoy bien.

Pero no, no lo estaba.

Dancaire estaba muerto. Triana nos había traicionado.

Y Yud se había llevado con él la daga que nos faltaba para liberar a los arcángeles.

Interludio I

Infierno

En el Infierno el frío era perenne y desgarrador. A pesar de que el horizonte ardía en llamas, iluminándolo todo con la crueldad del fuego, nada desprendía calor en el reino de las tinieblas. Desde el paisaje árido y sin vida hasta los gritos constantes de las almas de los condenados, todo en aquel lugar parecía estar hecho del más crudo invierno, moldeado con unas manos que conocían bien el hielo y la sangre.

—Volveremos a atacar el Cielo —les dijo Luzbel. Las sombras bailaban alrededor de su cuerpo como un humo oscuro cuyo único deseo era tocarlo y admirarlo, buscar los jirones de su túnica desgastada y rozar su piel—. Puede que nuestra rebelión se haya visto truncada, pero haremos que los ángeles paguen con sangre todo lo que nos han hecho.

Los cientos de demonios arrodillados ante él guardaron un silencio ceremonial. Estaban en medio de un páramo infernal, sumidos en la desolación de la oscuridad. En el Averno no había lugar en el que resguardarse. Los gritos de los pecadores los acompañaban día y noche; el dolor de las heridas que los ángeles les habían infligido, también. Sus únicas ropas eran las túnicas manchadas de sangre con las que los habían expulsado del Cielo, el odio que les corroía las entrañas.

—¿Cuándo? —quiso saber Nuun. Él era uno de los seis demonios que se encontraban en primera fila, uno de los primeros que habían apoyado a Luzbel en su rebelión—. Los ángeles son ahora más fuertes que nunca, y nosotros…

—Nosotros damos pena —terminó Tzadi.

Yud, a su lado, apretó los puños. Aunque ya hacía tiempo que los habían expulsado del Cielo, ninguno de ellos se había recuperado. Aún sentían el cosquilleo de las alas que les habían arrancado, aún recordaban el sabor de los frutos dorados que ofrecían los árboles de la Ciudad Celestial. Estar en el Infierno era como vivir dentro de una pesadilla, una en la que el sufrimiento era constante, en la que podías notar como tu alma, poco a poco, se iba corrompiendo. Hasta el aire parecía venenoso, como si los arcángeles hubieran querido que, para ellos, un acto tan simple como respirar fuera también un martirio.

—Ahora estamos débiles —respondió Luzbel. Parecía calmado, pero el odio que rezumaba su voz hacía vibrar los cimientos del mundo—. Sin embargo, podemos recuperarnos. Esos monstruos celestiales nos han encerrado en este lugar porque piensan que así nos destruirán, pero podemos convertirlo en nuestro hogar. Nos han arrebatado la risa, las flores, los sueños y la música, todo aquello que una vez amamos. No obstante, aprenderemos a vivir sin ello.

—¿Cómo? —preguntó Shin, que parecía agotado—. ¿Cómo vamos a aprender a vivir sin lo único que conocemos?

—Dejando de pensar que seguimos siendo ángeles y aceptando de una vez que ahora somos demonios.

Las almas de los condenados que ardían en el horizonte comenzaron a gritar, como dándole la razón, y Yud se encogió sobre sí mismo. Los lamentos de los pecadores se le clavaban en el pecho como dagas. Él podía sentir su dolor. Él *entendía* su dolor.

Luzbel, como si lo hubiera notado, lo buscó con la mirada; Yud agachó la cabeza y esquivó el contacto. En el Cielo se habían amado, pero el Infierno los había distanciado. No se sentía capaz de mirar los ojos de Luzbel, que habían dejado de ser azules para ser rojos, ni los tatuajes que habían comenzado a aparecer en su piel. Cuanto más odio notaba Yud en el alma de Luzbel, cuanto más se apagaba el amor que sentían el uno por el otro, más marcas negras manchaban su perfección. Las sombras, además, no lo abandonaban en ningún momento. Yud sabía que la oscuridad susurraba palabras de odio a Luzbel y que, poco a poco, iba haciéndose con el control.

Y le dolía, le dolía saber que lo estaba perdiendo.

—Queríais la libertad. —Al ver que Yud no respondía a su llamada silenciosa, Luzbel volvió a girarse hacia los demás y continuó—. Los ángeles os tenían esclavizados, convencidos de que, como mal'akhs, necesitabais castigos y dolor para purificaros. Yo os demostré que no era cierto, que podíais ser mucho más que siervos de los arcángeles. ¡Yo me alcé contra la jerarquía celestial! ¿No me seguiríais una vez más?

Los demonios comenzaron a murmurar, hipnotizados por las palabras llenas de esperanza de Luzbel. Yud, sin embargo, guardó silencio. Sabía que los mal'akhs se habían rebelado contra el Cielo para obtener la libertad, para acabar con unas injusticias que se camuflaban de fe, pero la chispa del alzamiento había sido otra. Lo que había llevado a Luzbel a plantarle cara a los arcángeles, al mismísimo Creador, era lo que Miguel le había hecho a él.

«Quiero escucharte gritar».

—Si queremos enfrentarnos de nuevo a los ángeles —dijo Vav, silenciando los murmullos con su voz—, tenemos que fortalecernos. ¿Cómo vamos a hacerlo? Este lugar está pensando para destruirnos.

De todos los mal'akhs que se habían rebelado contra el Cielo, Vav había sido el primero en perder el color de sus ojos. Además, un pequeño tatuaje en forma de lágrima había aparecido bajo su ojo derecho, mostrándole a todos que la oscuridad se estaba adueñando de él. Aunque las sombras no se arremolinaban a su alrededor como hacían con Luzbel, se había dejado seducir por ellas. Y Yud no podía culparlo. A Vav no solo le habían arrancado las alas con el filo de Apocalipsis, sino que Rafael le había marcado la piel con sus kinjaras. *Angelus peccatoris*. Esas dos palabras le destrozaban sendas mejillas, deformándole el rostro. Él había perdido la fe en el Creador y los arcángeles mucho antes que los demás, y su odio era más intenso.

—El Infierno solo nos destruirá si dejamos que lo haga —sentenció Luzbel. Las sombras a su alrededor se revolvieron nerviosas, y él se detuvo un segundo para acariciarlas—. Aquí abajo estamos cambiando, y mientras estemos encerrados, seguiremos haciéndolo. Puede que pasen siglos hasta que salgamos de aquí, milenios incluso. Sin embargo, eso no tiene por qué ser malo. Abracemos las sombras, hagámoslas parte de nosotros, y después

gobernémoslas. ¡Yo me convertiré en su rey! Nada me va a detener en mi venganza contra el Cielo, ¿me oís? ¡Nada!

Los demonios volvieron a murmurar, esta vez con más intensidad. Yud podía notar las ansias de venganza que consumían poco a poco las almas de sus hermanos, las que hacían que aparecieran vetas negras en sus cuerpos y transformaban sus ojos en sangre. Quería vengarse de los arcángeles, él más que nadie quería hacerlo, pero tenía la sensación de que el precio que iban a pagar por ello era demasiado alto. Si se entregaban a la oscuridad, no habría marcha atrás.

—¿Y qué hay de los hijos de Adán? —preguntó Resh, incapaz de ocultar el asco que los humanos le provocaban—. Esos sucios mortales también merecen ser castigados.

—Lo merecen —confirmó Luzbel—. Todo aquel que apoye al Creador y sus ángeles conocerá nuestra ira.

Los demonios asentían y proferían maldiciones e insultos. A pesar del dolor, a pesar de la tortura que suponía vivir en el Infierno, sus hermanos conservaban las ganas de luchar. Mientras tuvieran enemigos a los que abatir, tendrían fuerzas para sobrevivir en aquel lugar.

—Algunos de vosotros participasteis en la Ascensión —dijo Luzbel. Sus ojos cazaron los de Yud, y este sintió su poder palpitándole en el pecho, recorriéndole las venas—. La mayoría la superasteis y ayudasteis al Creador a darles vida a los humanos, a crear su hogar. Para ello fuisteis bendecidos con nuevos poderes. Os esforzasteis, y prometisteis hacerlo para toda la eternidad, pero muchos de vuestros compañeros continuaron siendo mal’akhs. Fue a ellos, a los que no dejaron de ser esclavos, a los que el Creador quiso eliminar.

Hubo más insultos, más rabia y rencor. Yud se vio obligado a revivir todo aquello. Lo que había sacrificado para que todos sus hermanos participaran en la Ascensión; la emoción al saber que, por fin, iban a dejar de servir a los arcángeles. El dolor al descubrir que todos aquellos que no hubieran superado las pruebas serían asesinados en un cruel genocidio.

«Por eso el Creador quiere deshacerse de los mal’akhs —le había dicho Miguel una vez—. Por eso quiere enmendar con los humanos todos los errores que cometió creándoos a vosotros».

—Cuando nos fortalezcamos —continuó Luzbel—, saldremos de aquí. Lo haremos siendo poderosos, reyes y señores de las sombras. Juntos, una vez más, nos alzaremos contra el Cielo y, esta vez, venceremos. ¡Castigaremos a los ángeles y castigaremos a los humanos!

Los demonios vitorearon y, aunque Yud quería participar del júbilo de sus compañeros, quería emocionarse con el futuro esperanzador que Luzbel les estaba presentando, no podía. Por más que lo intentara, por más que se relamiera al pensar en la venganza contra los ángeles, no podía pensar en castigar a los humanos.

Y Luzbel lo sabía.

Por eso, cuando los demonios volvieron al silencio, el líder de los ángeles rebeldes se giró hacia él. Las sombras bailaban nerviosas a su alrededor y Yud supo que, de alguna forma, percibían lo que había en su interior. Luzbel había sido un arcángel y, al igual que estos en el Cielo, podía sentir cuándo a uno de los ángeles inferiores le fallaba la fe.

—Yud —le dijo, haciendo que se encogiera ante el sonido de su voz—. ¿Ocurre algo? No veo el mismo entusiasmo en ti que en los demás. ¿Qué es lo que te aflige?

—Nada. No ocurre nada.

Los condenados en el fuego del Infierno gritaron una vez más, y el horizonte se llenó con los desgarros de su sufrimiento. Yud notaba los ojos rojos de Luzbel clavados en su rostro, el corazón acelerado. Desde que estaban en el Infierno, un sentimiento que nunca antes había experimentado, no al menos con Luzbel, había comenzado a florecer en su pecho: miedo.

—Marchaos —ordenó el líder a sus seguidores—. Dejadme a solas con Yud.

Aunque todos parecieron confundidos con la repentina orden, obedecieron sin replicar. Tzadi, Vav, Resh, Shin y Nuun, que no parecían querer dejar solo a Yud, fueron los últimos en abandonar el páramo.

—Ponte en pie —le ordenó Luzbel cuando se quedaron a solas—. Ponte en pie y mírame.

Yud cerró los ojos un segundo, agotado y abatido, y después se levantó. Cuando sus ojos se encontraron con los de Luzbel, tan rojos como la sangre,

algo dentro de su pecho se rompió. Cada vez que miraba su rostro encontraba un tatuaje nuevo. Ya no solo tenía el lucero de la frente, sino que en las sienes habían aparecido dos palabras: *non serviam.* Su pelo cobrizo se estaba volviendo blanco, y hasta uno de sus dientes se había recubierto de plata.

«¿Me pasará también a mí? —pensó—. ¿Llegará algún momento en el que sombras me consuman y marquen mi piel? ¿Cambiará entonces mi rostro?».

—¿Qué necesitas? —se atrevió a preguntar.

Quería acercarse a Luzbel, besar cada una de sus marcas e intentar convencerlo de que no olvidara el amor, su amor, pero se sentía incapaz. Lo que desprendía el alma de Luzbel, un alma tan luminosa que siempre lo había envuelto en su reconfortante calor, había dejado de gustarle. En él ya no había rebeldía, ni ansias de libertad, ni la luz más pura y brillante que hubiera visto jamás. En él solo había odio, venganza y ambición; sombras que lo protegían y le consumían.

—Desde que estamos en el Infierno tu actitud hacia mí ha cambiado —le dijo Luzbel. No era un reproche, solo una certeza—. ¿Has dejado de amarme, Yud?

—No —se apresuró a responder. Las sombras alrededor de Luzbel sisearon, y Yud tuvo la sensación de que estaban celosas—. Yo… yo siempre voy a amarte, Luz.

Los dos guardaron silencio, perdidos en la mirada del otro. Hacía dos días que se habían acostado por última vez, dos días desde que habían recorrido sus cuerpos con caricias, besos y jadeos. Yud aún recordaba el temblor de piernas que le había provocado el placer. Sin embargo, esa vez había sido diferente a las demás. El alma de Luzbel era distinta, estaba manchada de odio, de oscuridad, y Yud lo había notado. Yud se había sentido muy lejos de él y no había acabado lleno de amor, sino con la tristeza y las lágrimas engarzadas en la garganta.

—Tienes que entregarte a la oscuridad —le dijo Luzbel. Cuando dio un paso hacia él, Yud se puso muy tenso—. Tienes que olvidar quiénes fuimos en el Cielo y dejar que las sombras te fortalezcan. Si no lo haces, si no abrazas su crueldad, te debilitarás para siempre.

Yud se atrevió a buscar en sus ojos y, por un momento, lo encontró. Lo mucho que lo amaba, los momentos que habían compartido, las promesas de eternidad. Luzbel lo había salvado, se había enfrentado al mismísimo Creador por él, y, sin embargo, había cambiado. De alguna forma, Yud ya no lo reconocía.

—Las sombras te cuidarán —insistió Luzbel—. Sé que te estás resistiendo a ellas, pero déjalas entrar. Se harán dueñas de ti y te transformarán. Te harán más poderoso. Entrégate a ellas y permanece a mi lado, Yud. Juntos castigaremos a los ángeles y atemorizaremos a los humanos.

«Ámame también en la oscuridad», le pidió Luzbel, enviando las palabras a su mente.

Al oírlo, el corazón de Yud se saltó un latido. Solo se habían comunicado así en los momentos más íntimos, cuando más se habían amado. Su cuerpo aún lo ansiaba, y cada parte de su ser lo llamaba con desesperación. Sin embargo, aunque aún hubiera pasión y deseo, aunque aún hubiera recuerdos, ya no había amor.

—Luzbel —musitó, intentando disimular el torbellino de sentimientos que se había desatado en su interior—. Los humanos… sabes que yo…

—¿Es por tu poder? ¿Es eso lo que te está frenando, Yud?

A modo de respuesta, Yud apartó la vista. Después de lo que Miguel le había hecho, había perdido su poder. Durante mucho tiempo se sintió roto, dañado, sin un motivo para seguir viviendo. Sin embargo, el amor de Luzbel le había hecho recuperarlo, y había vuelto a sentirse completo. Al superar la Ascensión, además, el Creador le había otorgado una tarea sagrada, una tarea que se había convertido en el centro de su mundo.

Si acababan con los ángeles y destruían a los humanos, tal y como quería Luzbel, ¿qué sería de él? ¿En qué se convertiría si perdía aquello que había vuelto a darle sentido a su existencia?

—Yud —insistió Luzbel—. El Creador solo te dio ese poder porque necesitaba que alguien le hiciera el trabajo sucio. Para él, a pesar de todo, seguías siendo un mal’akh.

—No quiero dejarme llevar por el odio, Luz. No quiero… dejar de ser yo. Los humanos no tienen la culpa de…

—Ni se te ocurra decirlo —le interrumpió Luzbel. Sus sombras se oscurecieron, y el rojo de sus ojos se hizo más espeso, como convertido en sangre—. En mi presencia, Yud, no victimizarás a los humanos.

—Luz, entiendo que quieras acabar con los ángeles, pero los humanos…

—¡No! —gritó Luzbel. Un rayo explotó a lo lejos, iluminando la oscuridad del Infierno, y las sombras que bailaban a su alrededor gritaron de dolor—. Los humanos nos van a odiar, Yud, ¿es que no lo entiendes? ¡Son hijos y siervos de los ángeles! ¡El Creador utilizará nuestra rebelión en su beneficio y les llenará la cabeza de mentiras, haciéndoles creer que somos los malos de esta historia! ¡Esos asquerosos mortales no merecen ser salvados!

Yud apretó los puños y, aunque le costó, mantuvo la mirada fija en Luzbel. Una parte de él quería salir corriendo, la otra, olvidarlo todo y besarlo. Sin embargo, se contuvo de hacer ambas cosas. Luzbel ya no era el mismo, y por mucho que quisiera salvarlo, la oscuridad del Infierno terminaría consumiendo su alma, llenando su piel de marcas negras. Todo lo bueno que una vez tuvo su corazón, desaparecería.

—Yud —le llamó Luzbel. Aunque su tono de voz era mucho más tranquilo, más conciliador, las sombras que lo rodeaban seguían pareciendo enfadadas—. Ahora eres un demonio y los humanos nunca van a poder amarte. Esos mortales… Por mucho que te esfuerces, siempre te odiarán. ¿Qué sentido tiene seguir cargando con la tarea que te encomendó el Creador? Lo que tienes que hacer es estar aquí, con tus hermanos, y olvidarte de los humanos. Tienes que rendirte y empezar a luchar por el Infierno. Y por tu rey.

Al escuchar la palabra «rey», Yud frunció ligeramente el ceño. Sabía que Luzbel ansiaba ser el gobernante del Infierno, pero no pensaba que ya se considerara como tal. ¿Es que acaso ya no se veía igual a los demás? ¿Acaso no se veía igual a *él*?

—Ven —le pidió Luzbel, abriendo los brazos en un gesto conciliador—. Ven conmigo, Yud.

A pesar del miedo, Yud necesitaba volver a sentirse amado, olvidarse de la oscuridad y del dolor. Por eso, ignorando los siseos de advertencia de las sombras, acudió a Luzbel. Los brazos del líder de los demonios lo rodearon

y, por un segundo, él volvió a encontrarse en la Ciudad Celestial, seguro, envuelto en un olor dulce que le recordaba a su hogar.

—A mi lado serás más fuerte —le susurró Luzbel—. Tu poder cambiará.

—¿Y si lo pierdo? ¿Y si vuelvo a quedarme sin él?

—Mejor vivir mutilado que servir a los humanos.

Un escalofrío recorrió la espalda de Yud, y Luzbel lo apretó con más fuerza. No quería perder su poder. No quería que las sombras le arrebataran la tarea que el Creador le había encomendado. Sin embargo, ¿qué otra opción tenía? No podía escapar del Infierno.

Quizá su única salida fuera, al igual que estaban haciendo sus hermanos, dejarse llevar por las tinieblas. Quizá Luzbel tenía razón, y los humanos no merecían ser salvados.

—Estoy un poco mareado —le dijo a Luzbel, separándose de él—. Necesito…

—No te preocupes, Yud —le cortó él, volviendo a apretarlo contra su pecho—. Yo sé lo que necesitas. La oscuridad te ayudará.

Cuando las sombras de Luzbel comenzaron a acariciar la piel de Yud, él se puso muy tenso.

—Estoy bien —le dijo.

Pero las sombras protestaron, y él sintió sus dedos congelados buscando una entrada directa a su alma, a su corazón. Los brazos que una vez habían sido su lugar seguro eran ahora una prisión que le impedían huir de su destino.

—No —rogó, intentando escapar—. Por favor, no.

—Quiero que seas poderoso, Yud —le dijo Luzbel, sujetándolo con más fuerza—. Esto lo hago porque te quiero, porque te necesito a mi lado. Solo así podremos vengarnos de Miguel.

La oscuridad susurró algo ininteligible y Yud sintió un dolor intenso en el antebrazo izquierdo. Dos cortes limpios en forma de cruz le abrieron la piel, y cuando comenzaron a sangrar, apretó los dientes. A las sombras, sin embargo, no les importó su dolor. Los cortes eran una puerta abierta a su interior y ellas la utilizaron para entrar. Así, cuando destruyeron todas sus barreras, Yud supo que ya no había marcha atrás.

«En el Infierno no sirven para nada ni la fe ni esperanza —le susurraron las sombras—. En el Infierno necesitas el odio, Yud».

«Déjanos protegerte».

«Déjanos demostrarte lo que es el amor de verdad».

Poco a poco, mientras las sombras iban apagando su luz, Yud entendió que aquello era lo mejor, su única posibilidad de sobrevivir. Luzbel siempre había tenido razón. ¿Por qué se había empeñado en proteger a los humanos? Esos hijos de Adán merecían el mismo castigo que los ángeles.

«Eso es, Yud —continuaron diciéndole las sombras, sus nuevas aliadas —. Nosotras te haremos más fuerte».

Las almas de los condenados gritaron a lo lejos, en el fuego del horizonte, y Yud supo que se lamentaban de sus pecados. Sin embargo, estaba tan hipnotizado por la suavidad de las sombras, tan sorprendido por lo agradable que eran sus caricias, que ni siquiera le importó.

«¿Serás nuestro, Yud?».

«¿Juras obedecer a la oscuridad y a su rey? ¿Para toda la eternidad?».

—Sí —susurró, cerrando los ojos. Era mucho más fácil dejarse llevar por el Infierno, dejar de resistirse a la oscuridad—. Lo juro.

Luzbel lo abrazó con más fuerza, orgulloso, y las sombras gritaron de júbilo. Ahora que eran sus amigas, Yud las notaba contentas, extasiadas. Habían ganado una batalla complicada y estaban ansiosas por celebrarlo.

«Bienvenido a tu nuevo hogar, Yud».

«Te haremos más fuerte».

«Te haremos poderoso».

—Lo sé.

«Y, de ahora en adelante, te llamaremos Escamillo».

11

Carmen

Éramos doce los que esperábamos frente al refugio de los Guardianes, en círculo, como sombras de la noche. La mitad del grupo iba armado con las flechas de caelestum del arcángel Gabriel; los demás llevábamos antorchas que iluminaban el bosque. El cielo, al que los demonios le habían arrebatado la luna y las estrellas, era tan negro como el de los pétalos de las iünas.

—Esto es una estupidez —dije, rompiendo el silencio.

En las tres semanas que habían pasado desde que abandonamos Sevilla, no había vuelto a llover. Sin embargo, hacía días que se había instalado en las taifas una húmeda bruma que se nos metía en los huesos hasta hacernos tiritar. «Gloria al nuevo rey», parecía susurrar al moverse entre nosotros, bailando con el lejano aullido de los lobos que habitaban la sierra de Córdoba.

—No empieces otra vez —me respondió Micaela—. Ni siquiera tienes que hacerlo tú.

—Es que sigo pensando que no va a funcionar —insistí.

—Esto ya lo hablamos en su momento, Carmen —me respondió el Tuerto, impaciente—. Voy a repetir su nombre y… veremos qué pasa. No perdemos nada por intentarlo.

El calor de la antorcha que llevaba entre las manos me quemaba la piel, pero más quemaban los ojos verdes de Joaquín, a quien tanto echaba de menos. Y la gris esperanza que brillaba en los de Frasquita. Y la tristeza azul en los de Candela. Gracias al poder que corría por mis venas, la herida

que Pan me había hecho en el Alcázar se había curado rápido, sin dejar marca; las que tenía por dentro, sin embargo, aún seguían sangrando.

—Lo que perdemos es el tiempo —me quejé.

—Los arcángeles te dijeron que necesitábamos sus armas para sacarlos de la Alhambra, ¿no es así? —quiso saber Averroes. Yo asentí—. Nosotros tenemos las flechas de Gabriel y tú la espada de Miguel. También tienes una de las kinjaras de Rafael, pero la otra, según viste en el Alcázar, la tiene Yud. Si queremos recuperarla, tenemos que llamarle y pedírsela.

—¿Y de verdad pensáis que los señores del Infierno acuden a la llamada de los mortales como si fueran perros?

—Los señores del Infierno son por todos conocidos —recitó Manele—. No repitas sus nombres si quieres seguir vivo. ¿Por qué iba a advertirnos la canción sobre algo que no es cierto?

—¡Porque es una estúpida rima para asustar a los niños!

—¿Y qué más te da que lo intentemos? —espetó Micaela, poniendo los ojos en blanco—. ¿Acaso no quieres que venzamos a Tzadi? ¿También te has hecho amiga suya, o eso solo se lo reservas a Yud?

—¡Claro que quiero vencer a Tzadi! —me defendí. Su acusación fue punzante y certera, pero me obligué a mantener la calma. No quería darle la satisfacción de estallar frente a los Guardianes—. Lo que no quiero es luchar contra Triana. ¡Ella también es parte de mi familia!

—¿Y qué es lo que propones, Carmen? —quiso saber Adela, de pie junto al Tuerto—. La única opción que Tzadi nos ha dejado es hacer lo que él quiere que hagamos: sacar a los arcángeles de la Alhambra e ir a la guerra.

—Y para eso necesitamos la kinjara —añadió Averroes.

Por mucho que odiara reconocerlo, sabía que tenían razón. Tzadi había demostrado ser más inteligente que nosotros; nos había hecho caer de lleno en su trampa. Habíamos rescatado a mis primas porque así lo había querido él, y si liberábamos a los arcángeles, le estaríamos sirviendo la victoria en bandeja. El Arlequín era ahora el rey del Infierno, y la razón por la que nos estaba empujando a la guerra era porque el muy cabrón sabía que podía ganarla.

—Podemos intentar sorprenderlo —propuse, buscando apoyo en la mirada de mis primas—. Rescatar a Triana. Si volvemos a Sevilla y…

—Tu prima está muy a gusto en el Alcázar —me cortó Micaela—. Eso nos lo dejó claro.

Sus dedos apretaban con mucha fuerza el arco, y algo me decía que no le habría importado atravesarme el pecho con una de sus flechas de oro. No sabía qué estaba pasando por su mente en ese momento, pero me inquietaba. *Ella* me inquietaba.

No había dejado de pensar en lo que pasó en el Alcázar, en lo nerviosa que se había puesto cuando Tzadi había insinuado que Balthasar tenía un hijo entre nosotros. ¿Y si Micaela era hija del Apóstata? ¿Y si el religioso la había concebido para sacrificarla como primogénita, pero, de alguna forma, hubiera conseguido escapar? ¿Y si era el religioso quien la había enviado?

—Tú no conoces a Triana —le respondí—. Puede que todo esto sea una especie de estrategia para engañar a Tzadi y no estemos entendiendo el mensaje, no lo sé. Lo único que tengo claro es que mi prioridad ahora mismo es salvarla.

—Carmen —me llamó Candela. Con la mano derecha sujetaba una antorcha, con la izquierda acariciaba el vientre en el que crecía su hijo—. La oscuridad nos está acechando y no podemos perder más tiempo. Triana… Triana no quiere ser salvada.

Sus palabras provocaron un tenso silencio en el bosque y un doloroso agujero en mi pecho. Candela no había tocado a Triana, pero su gracia le había enseñado a percibir con destreza los sentimientos de los demás. Si ella decía que Triana no quería ser salvada, fueran cuales fueran las razones de esta, estaba en lo cierto.

Suspiré, acorralada, y observé la antorcha que ardía entre mis manos. No quería enfrentarme a Triana, ni darle a Tzadi el placer de ver cómo se cumplían sus deseos, pero lo que menos quería era ver de nuevo a Yud. Sabía que, por mucho que lo llamáramos, no iba a aparecer, que aquel plan era absurdo. Pero ¿y si lo hacía? ¿Cómo iba a reaccionar si volvía a verlo?

—Está bien —acepté a regañadientes—. Si queréis intentarlo, adelante.

Lo único que sabíamos sobre invocar demonios era lo que decía una estúpida canción infantil, y tenía la sensación de que hasta la niebla que nos

rodeaba se estaba riendo de nosotros. Frasquita siempre nos había prohibido decir los nombres de los señores del Infierno en voz alta por si aparecían para castigarnos, pero lo cierto es que nunca lo habían hecho. ¿Por qué iban a aparecer ahora? ¿Por qué Yud, que me había engañado de la forma más vil, iba a entregarnos de buena gana la kinjara de Rafael?

—Preparad las flechas —ordenó el Tuerto, dando un paso al frente—. Voy a hacerlo ya.

Un búho ululó a lo lejos y todos nos pusimos tensos.

Mi estómago dio un vuelco por culpa de los nervios. Y del odio, y de la añoranza.

—Yud —dijo el Tuerto, deleitándose con el nombre del matador, como si con él, de alguna forma, pudiera dominarlo—. Yud —Un silencio largo en el que hasta los animales del bosque se quedaron congelados—. Yud.

Contuve el aliento durante unos segundos, atenta a cualquier movimiento, a cualquier ruido, pero ningún demonio apareció ante nosotros. El nudo que se me había formado en la garganta se deshizo de golpe.

—Yud —repitió el Tuerto con terquedad—. Yud. Yud. ¡Yud!

—Tuerto —le interrumpió Adela, bajando el arco—. Ya está. No funciona.

El líder de los Guardianes le dio una patada al suelo, lanzando por los aires la tierra bajo sus pies, y después gruñó con frustración.

—¿Y qué vamos a hacer entonces? ¡Necesitamos esa kinjara para sacar a los arcángeles de la Alhambra y vencer a Tzadi!

—Podemos buscar otra vía para hacerlo, como propone Carmen —dijo Adela—. Si ella pudo engañar al Escamillo, nosotros podemos hacer lo mismo con el Arlequín.

Apreté con fuerza la antorcha cuando la sangre me subió hasta las mejillas. Ahora que los Guardianes sabían que les había contado la verdad sobre el tesoro de los ángeles, muchos de ellos confiaban en mí. En el Alcázar habían descubierto que me había acostado con Yud, sí, pero pensaban que había sido tan lista como para engatusarlo y conseguir así que me entregara la espada de Miguel, que me llevara hasta la Alhambra y me contara sus secretos.

No había sido capaz de explicarles lo que había ocurrido en realidad.

—Sí, pero lo engañó metiéndose en la cama con él —bufó Micaela. Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no dejarme llevar por la rabia—. No pienso hacer lo mismo.

—La forma en la que lo hizo da igual, niña —le respondió el anciano Averroes—. Carmen consiguió que un señor del Infierno le ayudara a robar la espada del arcángel Miguel y la metiera en la Alhambra. ¡Consiguió lo que nosotros llevamos años intentando!

—Es demasiado tarde como para pensar otro plan —comentó Manele, negando con la cabeza.

Todos comenzaron a dar su opinión en voz alta, incendiando un debate que se extendió con rapidez por el claro. Sentía el sabor amargo de la mentira en los labios, pero estaba tan avergonzada por saberme una impostora que, por primera vez, me asustaba decir la verdad. ¿En qué me convertía eso? ¿Qué clase de persona era si dejaba que la gente confiara en una versión de mí misma que no existía?

—Yo estoy de acuerdo con Adela —dijo Ramón, un Guardián de ojos verdes al que cariñosamente llamaban Bellota—. Creo que debería ser Carmen la que nos guíe.

—Yo también lo creo —añadió Manuela, una chica de pelo pajizo que encontraba la paz rezando antes de la salida del sol—. Carmen ha demostrado una valentía sin igual, y hasta el momento no se ha equivocado en sus decisiones.

—¡Eso sería una locura!

—¿Acaso tenemos otra opción?

—¡Sí la tenemos! —exclamó Frasquita, interrumpiendo así la discusión —. Una opción que ni siquiera hemos considerado.

Al ver que todos la miraban, expectantes, mi prima dio un paso al frente. El pecho se me llenó de orgullo al ver que la apacible y temerosa Frasquita que conocía era ahora una nueva persona, una mucho más fuerte, una que no pensaba quedarse callada. En las tres semanas que llevábamos en Córdoba, había podido apreciar todos sus cambios. Frasquita ya no quería pasar las horas cosiendo, sino entrenando su poder como los demás. Ya no

tenía miedo de decir en voz alta los nombres de los señores del Infierno y, al igual que el resto de los Guardianes, quería ir a la guerra.

Aunque eso supusiera ponerse en mi contra.

—Podemos intentar invocar de nuevo a Yud, pero esta vez hacerlo bien —sugirió, buscando mis ojos—. Quizá no sea tan importante la forma de llamarlo, sino *quién* lo hace. ¿Qué interés podría tener el Escamillo en aparecer frente al Tuerto? ¿Y qué pasaría si fuera otra persona quien lo llamara?

Todos entendieron al instante lo que Frasquita estaba queriendo decir, y volvieron a cargarme con el peso de sus miradas.

—Si no ha acudido a la llamada del Tuerto, no acudirá a la mía —me apresuré a responder. De repente me sentía enjaulada por sus esperanzas y expectativas—. Ya os conté que nos encontramos en el Alcázar, y en ningún momento tuvo la intención de entregarme la kinjara. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

—Quizá no lo hizo, precisamente, porque sabía que la necesitabas —intervino Joaquín—. Quizá la guardó porque le servía de excusa para volver a verte.

Por primera vez en tres semanas, Joaquín y yo nos miramos a los ojos. No me había dedicado ni una sola palabra desde Sevilla, y su ausencia me dolía. Estaba ahí, podía verlo y escucharlo, pero se había convertido en un fantasma del pasado, en un extraño que conocía a la perfección.

—¿No te entregó la espada de Miguel? —continuó—. Si le pides la kinjara, ¿por qué no iba a dártela también?

Conocía lo bastante bien a Joaquín como para saber que estaba forzándose para no dejar salir lo que le quemaba por dentro. Aunque parecía tranquilo, su mirada gritaba lo que no podían decir sus labios: el rencor por todo el daño que le había hecho, la nostalgia por una vida que había anhelado durante años y que ahora sabía que jamás tendría. Había sido tan estúpida como para no creerlo cuando me aseguró que Aleph, mi Aleph, era el mismísimo Escamillo. No había acudido a él cuando descubrí la verdad, y ni siquiera le había pedido perdón.

«Siento que te duela que me haya enamorado de él y no de ti» le había dicho en aquella cueva. Ahora parecía estar echándomelo en cara, deseando

preguntarme por qué, si tanto amaba a ese demonio, me negaba a pedirle un favor que podía salvarnos a todos.

—¿Qué dices, Carmen? —me preguntó el Tuerto, convencido—. ¿Quieres intentarlo?

«No», quise decir. No quería invocar a Yud. No quería seguir los pasos que Tzadi había marcado para nosotros y que, indudablemente, nos llevarían a la muerte. No quería tener que enfrentarme a Triana en una guerra.

—No servirá de nada —respondí, torciendo el gesto—. Yud tampoco aparecerá ante mí. Y aunque lo hiciera, sigo creyendo que nuestra mejor opción es hacer algo que sorprenda a Tzadi, algo que no se espere.

—Esto es increíble —bufó Micaela—. No hay quien la entienda.

—Parece que no quiere liberar a los arcángeles —dijo Manele.

Alcé la cabeza y me mantuve firme ante los susurros, sin atreverme a mirar a nadie en concreto. Quizá estábamos ante el cisma definitivo entre los Guardianes y yo. Quizá, por llevarles la contraria, estaba a punto de perder las pocas simpatías que me había ganado.

—Está bien —intervino el Tuerto, colgándose el arco a la espalda—. Vamos a votar antes de que esta discusión se alargue hasta la madrugada. Los que estén de acuerdo con Frasquita y quieran que intentemos invocar a Yud de nuevo, que se pongan a la derecha. Los que estén de acuerdo con Carmen, a la izquierda.

Micaela fue la primera en ponerse a la derecha, seguida muy de cerca por Joaquín. Ver que él ni siquiera dudaba, que la seguía sin rechistar, fue como una puñalada cuyo daño tuve que obligarme a ignorar.

—A ver a dónde nos lleva esto —musitó Averroes, situándose a la izquierda.

Adela, Manuela y Bellota se colocaron junto a él. Julia, para mi sorpresa, se separó de Candela y lo hizo también. Había cinco personas en mi equipo, cinco personas que pensaban que yo podía liderarlas, que mis decisiones tenían valor. Saboreé la victoria solo durante unos segundos, porque enseguida me di cuenta de que, junto a Micaela y Joaquín, se habían colocado Manele, Frasquita, Candela y el Tuerto. Éramos seis contra seis. Empate.

—Genial —suspiró el Tuerto, pasándose una mano por el pelo.

—Mejor vamos a descansar —intervino Adela—. Todos estamos cansados y así no vamos a llegar a ningún acuerdo. En dos días nos reuniremos de nuevo y tomaremos una decisión, sea la que sea.

Los Guardianes asintieron y, poco a poco, fueron deshaciendo el círculo. Joaquín y Micaela se marcharon de la mano, sin dedicarme una sola mirada de despedida; los demás lo hicieron con el rostro lleno de dudas. Solo Frasquita, Julia y Candela se quedaron conmigo en la oscuridad del bosque, acompañándome; sus sombras danzando al ritmo del fuego de las antorchas.

—Carmen… —musitó Frasquita.

Intentó acercarse a mí, dispuesta a darme las explicaciones que sabía que necesitaba, pero yo levanté una mano para que se quedara donde estaba. No necesitaba que me dijera por qué se había puesto en mi contra; por qué insistía, a pesar de mis negativas, en reunirme con Yud.

—Deja que te cuente…

—¡No, Frasquita! —la corté—. No quiero saberlo.

Di media vuelta y me marché dejándola con la palabra en la boca.

Había cogido la costumbre de entrenar de madrugada, acompañada únicamente por la niebla. Antes de que se hiciera de día y el sol se colocara tras el velo gris del cielo, me dirigía al bosque y practicaba con la espada de Miguel.

«Mi niña de fuego —me susurraba la voz de Dancaire en la cabeza, una y otra vez, desgarrándome por dentro—. Mi pequeña guerrera».

¿Qué habría hecho él en aquella situación? ¿Enfrentarse a Triana? Sospechaba que no, que habría estado de acuerdo conmigo. Sospechaba, o eso era lo que me estaba forzando a creer, que habría querido trazar un plan distinto, sorprender a Tzadi. El no poder preguntárselo hacía que deseara más que nunca usar la violencia para liberarme.

Sujeté la espada con fuerza y, como cada madrugada, comencé a golpear el tronco de un árbol, destrozando su corteza de color negro como si así pudiera eliminar la oscuridad que sus raíces absorbían de la tierra. Siempre

intentaba acertar en el mismo punto, pero la rabia hacía que fuera imprecisa y me desviara.

«Cuando empuñes la espada —me había dicho Yud en Granada—, fíjate siempre en los hombros de tu oponente. Lo normal es buscar la punta de su espada, si es que la tiene, pero si te fijas en sus hombros sabrás cómo está colocado, hacia dónde tiene intención de atacar. Así podrás anticiparte a sus movimientos».

¿Por qué me había dado aquel consejo? ¿Por qué habría querido él, precisamente él, que fuera yo quien sostuviera el filo que le cortó las alas?

—Te odio —dije—. ¡Te odio!

Los golpes al tronco se volvieron más agresivos, más violentos. Notaba palpitar el caelestum de la espada, pero ni siquiera este despertaba el poder que dormía en mi interior. Mi gracia estaba bloqueada desde la traición de Yud, y lo único que podía hacer para no sentirme indefensa era usar las armas de los arcángeles, convertirlas en extensiones de mi propio cuerpo.

Golpeé el tronco hasta que el sudor me empapó la frente y los músculos de mis brazos gritaron de agotamiento. Me notaba fuerte, pero no podía desprenderme de la sensación de que, sin mi gracia, me faltaba algo. De que estaba incompleta.

—¿Carmen? —me preguntó Frasquita, acercándose a mí. Ni siquiera me había dado cuenta de que había llegado—. ¿Qué haces aquí?

Bajé la espada y me giré para mirarla. Aunque aún tenía mucha rabia contenida, necesitaba un descanso. Tenía la respiración entrecortada y me temblaban los brazos.

—Entrenar —le respondí, señalando con la cabeza el tronco destrozado —. ¿Y tú?

Frasquita me miró con preocupación, arrebujándose en el mantón que le cubría los hombros. Yo guardé silencio. Se escuchaba el canto lejano de algún pájaro envalentonado, y los primeros rayos de nuestro sol enfermo intentaban luchar contra la oscuridad.

—Buscarte —me dijo sin reproche. Hizo un amago de acercarse a mí, de intentar cogerme las manos, pero enseguida se detuvo—. Después de la reunión de anoche me quedé preocupada. Sé que estás enfadada conmigo, pero necesito saber si estás bien. Eso es lo único que me importa.

¿Lo estaba? No, desde luego que no, pero no pensaba decírselo. No quería hablar con ella del dolor por la ausencia de Dancaire. No quería explicarle lo que había pasado con Joaquín, y mucho menos con Yud. No quería su lástima, ni su consuelo, ni su pena. No quería reconocer que, ahora que ella era más fuerte que nunca, yo estaba completamente rota.

—Antes era yo la que te preguntaba cada día si estabas bien. La que se preocupaba por ti.

—Todas hemos cambiado —reconoció ella, esbozando una sonrisa triste —. Tú más que ninguna.

—Yo no he cambiado. Sigo siendo exactamente la misma.

—No es verdad. Tienes mucho más temple que antes y has conseguido que muchos de los Guardianes te sigan. Parece que incluso te has enamorado.

Mi corazón se detuvo de golpe al escuchar sus palabras. ¿Cómo sabía Frasquita lo que había sentido por Yud? ¿Acaso se lo había contado Joaquín?

—¿Quién te ha dicho esa estupidez? —pregunté en tono de burla, girándome de nuevo hacia el árbol—. Usé a ese demonio para llegar hasta la Alhambra, nada más.

—Me lo ha dicho él —soltó—. Yud. Cuando estaba en el Alcázar, bajé a buscarlo a la mazmorra en la que Luzbel lo tenía encerrado.

—¿Qué?

—¡No me hizo daño! —se apresuró a responder, como si eso la excusara —. Sabía que tenía información sobre ti y quería ayudarte.

Apreté con fuerza la empuñadura y me coloqué en posición de ataque, dispuesta a pagar mi odio con el árbol. La rabia me bullía dentro y necesitaba destrozar algo para templarla. Sabía que el Escamillo le habría contado mentiras a Frasquita, y sospechaba que ella se las había creído. ¿Y si esa era la razón por la que se había empeñado en que fuera yo quien lo invocara? ¿Y si era él quien le había pedido que nos reuniera?

—Tonterías —espeté—. Yud no sabe nada sobre mí.

Pero no era verdad. Yud sabía muchas cosas sobre mí. *Demasiadas*. Me arrepentía cada día de haberle dado información sobre mi familia, de haberle entregado un arsenal de armas con las que herirme, de haber dejado

que repitiera mi nombre cuando nos acostamos. Aún llevaba clavados, como pequeños puñales, todos y cada uno de los segundos que había perdido a su lado.

—Sé que lo odias —susurró Frasquita, haciendo que los cimientos de mi universo se resquebrajaran—. No se lo has contado a nadie, pero yo lo sé. Los Guardianes creen que lo sedujiste y le utilizaste, pero eso no es lo que pasó. Te enamoraste de él, ¿verdad?

«Tú eres el único Cielo que necesito».

Golpeé el tronco del árbol con fuerza para espantar las malas sensaciones. Recordar a Aleph, no a Yud, me producía un cosquilleo insoportable en el estómago. Aún notaba en los labios el sabor de sus besos, la suavidad de sus manos recorriendo mi cuerpo. El odio estaba ahí, afilado y doloroso, pero todo lo demás también. ¿Por qué no podía arrancarme el corazón sin más? ¿Por qué no podía olvidarme de su existencia?

—Enfrentarte a Triana no es lo que te preocupa —continuó—. Su traición te duele, como a todas, pero la has aceptado. Sabes que tenemos que sacar a los arcángeles de la Alhambra e ir a la guerra, pero no quieres invocar a Yud porque no estás preparada para verlo de nuevo.

Volví a golpear la corteza negra del árbol, esta vez con más rabia, haciendo que volaran las astillas. Odiaba sentirme tan expuesta, tan vulnerable. Odiaba que Frasquita me conociera tan bien.

—No sé qué te contó Yud, pero estoy segura de que es todo mentira.

—Me contó que se enamoró de ti —me dijo, incendiado mis entrañas—. Y creo que decía la verdad. La forma en la que hablaba de ti, la forma en la que te recordaba… Sé que siempre tiendo a creer lo mejor de la gente, y también que a veces me equivoco, pero no me parecieron mentiras.

—Pues lo eran —repliqué—. Yud no sabe lo que es el amor.

—¡Nos ayudó, Carmen! —insistió ella, con la esperanza brillando en los ojos—. ¡Y soportó torturas inimaginables por haberte llevado hasta la Alhambra! ¿Por qué iba a haberlo hecho si no te quisiera? Me suplicó que te dijera que tenía que salvarlos por ti. No sé a quién se refería, pero tenía que hacerlo.

«No. El amor no te los va a devolver —me había dicho Yud en el Alcázar—. Pero existe una manera… Existe una manera de que puedas

volver a verlos». ¿Y si…? ¿Y si con ese «salvarlos» se refería a mis padres?

El mundo dejó de girar por un segundo, pero enseguida me di cuenta de que era absurdo incluso pensarlo. Mis padres estaban muertos, él los había matado, y estaban condenados en el Infierno. Lo único que Yud había hecho era mentir, y estaba empezando a hartarme.

—Se acabó la conversación sobre Yud —dije, levantando la espada de nuevo—. Tengo que seguir entrenando.

—Pero…

—Lo siento, Frasquita —la interrumpí—. Sé que has leído muchas historias en los libros de los marqueses y que crees en el amor eterno y todo eso, pero vivimos en el mundo real. Ese demonio es un mentiroso y harías bien en no creer ni una sola de las palabras que salgan de su boca.

—¡Intenta al menos hablar con él!

—¡No! —grité, girándome de nuevo para mirarla—. ¡No voy a hacerlo, maldita sea! ¡Fue él quien mató a mis padres, por si no lo recuerdas! ¿Por qué te importa más lo que pueda sentir él que lo que siento yo?

Frasquita se quedó muy quieta, como un cervatillo asustado, y yo me sentí fatal por haberle levantado la voz. Sin embargo, no le pedí perdón. Quería hacerlo, pero algo en mi interior me decía que era yo quien llevaba razón, que Frasquita se equivocaba. Por primera vez estaba molesta con ella, y no pensaba dar un paso atrás.

—Precisamente porque me importa más lo que sientes tú, creo que deberías hablar con él —musitó mi prima. Hizo un amago de toser, pero consiguió no hacerlo—. Estoy segura de que, si no lo haces, terminarás arrepintiéndote.

Por un momento quise replicar, seguir discutiendo con ella, pero enseguida me di cuenta de que hacerlo era una estupidez. Si iba a empeñarse en defender a Yud, en seguir creyendo las palabras de un asesino por encima de las mías, no tenía nada más que decir.

—Eres la persona más valiente que conozco —insistió—. Tú… tú nunca estás asustada. ¿Por qué te estás comportando ahora como una cobarde egoísta? ¿De qué estás huyendo, Carmen?

Volví a atacar al tronco del árbol, esta vez con tanta fuerza que me hice daño en las manos. ¿Cobarde, yo? ¿Egoísta? Ella no tenía ni idea de lo que

había sufrido. No tenía ni idea de lo mucho que aún escocían las heridas.

—No estoy huyendo de nada.

Golpeé el árbol una y otra vez, descargando sobre la madera toda la ira que me carcomía por dentro, y Frasquita suspiró con cansancio. Notaba sus ojos encima de mí, juzgando mis movimientos. ¿Por qué no se marchaba de una vez?

—Yud me dijo una cosa más —dijo dispuesta a jugar una última carta en mi contra—. «En todas las vidas y en todos los mundos».

Detuve la espada antes de lanzar el siguiente sablazo porque de repente me quedé sin aliento. No estaba preparada para escuchar de nuevo aquellas palabras envenenadas. No estaba preparada para que los recuerdos me golpearan con fuerza.

—¿Qué? —susurré.

—No sé qué significa, pero le prometí que te lo diría.

«Sabes que siempre lo haría, ¿verdad? —me había susurrado Aleph tras hacer el amor en una habitación del Albaicín que convertimos en el Paraíso —. Buscarte. No quiero perderme la luz de tu alma en ninguna vida».

«Entonces te esperaré —le había respondido yo. Sin armadura y entre sus brazos, me había sentido la persona más afortunada del mundo—. En todas las vidas y en todos los mundos».

En mi estómago bullían tantos sentimientos que hasta me dolía. Vergüenza. Rabia. Humillación. Las cenizas de un amor que había nacido tan rápido como se había extinguido. ¿O quizá nunca lo había hecho? ¿Por qué podía notarlo ahí, enterrado bajo el rencor, suplicándome clemencia?

El cosquilleo se me propagó hasta las manos y estas comenzaron a sentirse extrañas, como bañadas por los rayos de un sol al que nunca habían conocido. Me las miré, y entonces lo noté. El familiar hormigueo de mi gracia crepitándome dentro de las venas, la temperatura de la sangre elevándose poco a poco. El oro, aunque muy débil, tiñéndome la piel. Mi poder. ¡Mi poder!

Sonreí, sorprendida al reencontrarme con él, pero enseguida dejé de hacerlo. No había recuperado mi gracia del todo, pero la estaba notando despertar, sacudiendo los barrotes de la jaula de odio en la que estaba

encerrada. Había recordado fugazmente lo que sentía por Aleph y mi poder había encontrado una vía para escapar.

«En todas las vidas y en todos los mundos».

—¿Carmen? —me preguntó Frasquita—. ¿Te pasa algo?

Solté la espada y apreté los puños con fuerza, apagando los débiles destellos dorados de mis tatuajes. Mi gracia quería volver, lo sabía, pero el odio se lo estaba impidiendo. Lo mismo le pasaba al amor. Ambos golpeaban las paredes de mi pecho, queriendo vencer al otro, pero ninguno tenía la fuerza suficiente para ganar aquella batalla.

—No voy a llamar a Yud —dije, clavando los ojos en los de mi prima—. No quiero volver a verlo nunca.

—Pero…

—¡No, Frasquita! La decisión está tomada.

Me di la vuelta sin decir nada más y abandoné el bosque a grandes zancadas.

La Carmen enamorada había sido incapaz de proteger a su familia; a la Carmen enamorada la habían herido de muerte, y no podía permitir que volviera.

Tenía que huir de Frasquita, de sus palabras y de los recuerdos.

Tenía que huir de todo, pero especialmente de mis estúpidos sentimientos.

Aunque eso significara perder mi poder para siempre.

12

Carmen

La manzanilla siempre me recordaba a mi hogar. El sabor seco y algo ácido del vino se me quedaba en los labios y me hacía pensar en Córdoba, en mis padres, en Sevilla y en Dancaire. Beberlo era como transportarme a las noches en las que mis primas y yo actuábamos en la taberna de Lillas Pastia para robar a unos soldados hechizados; una época en la que, aunque no lo sabía, había rozado la felicidad con la punta de los dedos.

—¿Tienes sueño? —le pregunté a Pan al ver que bostezaba bajo la mesa.

El perro me miró con los ojos brillantes, esperando que le dijera que había llegado el momento de irnos a descansar, y después apoyó la cabeza sobre mis piernas. Le acaricié con cariño y después le di un sorbo a mi vaso de manzanilla.

Estábamos en el refectorio del monasterio abandonado, una larga sala de techos abovedados en la que, según me había contado el Tuerto, los monjes que lo habían habitado antes de la Caída se reunían para orar y comer. Las altas paredes de piedra estaban rematadas con ventanales desde los que se podía vislumbrar la noche, y en ellos bailaban las sombras que creaba el fuego de las antorchas. En el edificio había algo que olía a antiguo, a sagrado, algo que profanaba el ruido de las casi cincuenta personas que, tras la cena, bebían como si el mundo no estuviera a punto de ser consumido por la oscuridad.

—¡Averroes! —gritó Manele con la voz pastosa por culpa del vino—. ¡Cántate una canción!

—¡Una tonadilla! —exclamó Bellota, haciendo que su voz rebotara contra las bóvedas del techo.

Los Guardianes comenzaron a dar golpes en las mesas, animando a su compañero. Pan levantó las orejas, molesto por el ruido.

—¡Dejaos de tonterías! —replicó el anciano con las mejillas enrojecidas.

Entendía por qué, cada noche, los Guardianes buscaban el consuelo del alcohol. Todos ellos estaban asustados, con el alma herida, y el vino era un brebaje que aligeraba la carga de sus hombros y les recordaba lo que era la vida más allá de la guerra. Lo entendía, sí, pero no podía evitar que me molestara. ¿Por qué ellos eran capaces de seguir adelante, de divertirse, y yo parecía haberme quedado anclada en el dolor? ¿Cómo podía el mundo seguir girando como si todo estuviera bien?

—¡No seas tan aburrido! —le provocaron.

—No tiene ningún sentido cantar sin música —insistió Averroes.

—¿Queréis música? —preguntó Joaquín—. ¡Yo puedo tocar algo con la flauta!

Al reconocer su voz, levanté la mirada. Estaba de pie al otro lado de la sala, apoyado en una de las paredes de piedra con Micaela entre sus brazos. Ambos tenían una sonrisa pintada en el rostro y los dedos entrelazados. Cómo dolía haberme convertido para él en una mera sombra lejana; alguien que estaba allí, pero que prácticamente no existía.

—¡Ni se te ocurra sacar la flauta! —lo amenazó Micaela—. Lo último que necesitamos ahora mismo es que nos hipnotices.

Joaquín la miró con diversión y los celos me golpearon al sentir, aun desde la distancia, las ganas que él tenía de besarla. No solo estaba envalentonado por el alcohol, sino que sus ojos brillaban con un deseo verdadero, con la esperanza de un corazón preso que por fin empieza a vislumbrar el final de su encierro. Su jaula, por mucho que me doliera reconocerlo, había sido yo. Y ahora por fin era libre.

Aparté la mirada, sabiendo que había llegado el momento de irme a mi habitación, pero, justo en ese momento, Averroes se puso en pie y pidió la palabra. El silencio que se hizo en la sala me obligó a quedarme quieta.

—¡Está bien! —exclamó el anciano, tambaleándose levemente—. ¡Quizá ya no seamos capaces de hacer música, pero sí de cantar! ¡Y quizá

no tengamos flores, ni sueños, ni risa, pero sí ganas de vivir! Vamos a demostrarle a esos demonios que nunca podrán arrebatárnoslo todo.

Toda la sala lo vitoreó para luego guardar silencio. La voz grave de Averroes comenzó a acariciarnos los oídos, como una nana, envolviéndonos en un trance alimentado por el alcohol. Hasta Pan, cautivado por la melodía, parecía estar encandilado.

—¡Ay, mi amante prohibido! —entonó el anciano, con la pasión de aquellos que habían adorado una música que los demonios nos habían robado—. ¡Tu ausencia se ha vuelto martirio!

En cuanto reconocí la canción, el mundo se me cayó a los pies: era la tonadilla que cantaba Triana en la taberna de Lillas Pastia cuando vivíamos en Sevilla.

—¡Ay, mi amante prohibido! —repitieron los Guardianes, haciéndole los coros a Averroes—. ¡Tu ausencia se ha vuelto martirio!

Frasquita, sentada al otro lado de la sala, buscó mi mirada. De alguna forma parecía que habíamos retrocedido en el tiempo, que Dancaire entraría por la puerta en cualquier momento y nos regañaría por haber sido descuidados con nuestras gracias, por habernos arriesgado demasiado. Casi podía oler el tabaco de los soldados del cacique, escuchar la voz del teniente Zúñiga intentando engatusarme.

«¿Cómo está hoy mi Carmencita?».

Joaquín también me miró desde el otro lado de la sala, y su verde fue como un filo que me abrió el pecho. La canción era la misma; nosotros ya no. Todos estábamos vivos, sí, pero de alguna forma también habíamos muerto.

—¿Dónde estará mi luna? —cantaba Averroes—. ¿Dónde estarán mis sueños?

Candela, sentada junto a Frasquita, tenía los ojos humedecidos. Sabía que, como los demás, estaba recordando. A Triana, a Dancaire, a todas nuestras compañeras de la Fábrica. Su dolor era vinagre en mis heridas, pero, al contrario que yo, ella tenía a alguien que la cuidaba y hacía su carga menos pesada: Julia.

La mujer del cacique se puso en pie y le tendió una mano a mi prima, invitándola a bailar. Ella se negó, avergonzada, pero algo en la sonrisa de

Julia terminó convenciéndola. Para sorpresa de todos, Candela se dejó llevar hasta el centro de la sala y, cuando Julia la sujetó por la cintura, ella apoyó la cabeza en su pecho y la canción las acunó a ambas.

Los Guardianes vitorearon y yo las observé en silencio. Por alguna razón pensé en mis padres, en cómo los había visto bailar cientos de veces en casa siguiendo el ritmo de una música imaginaria. Inevitablemente pensé también en Aleph, en Yud, y en qué habría pasado si su amor hubiera sido real. ¿Habríamos podido bailar así, sin ninguna preocupación, seguros en los brazos del otro?

«No —me respondí a mí misma—. No habríamos podido porque es un asesino».

Poco a poco fueron llegando bailarines al centro de la sala: Micaela sacó a bailar a Joaquín, Bellota a Manele, y el antiguo refectorio del monasterio terminó llenándose de parejas que se dejaban llevar por la canción; por un amor que a mí me hacía sentir intrusa, descolocada, rota. ¿Qué estaba haciendo allí siquiera?

Me puse en pie, decidida a marcharme, pero la voz del Tuerto me retuvo:

—¡Oh, el amor! —exclamó a mi espalda—. Tan bello cuando lo tienes y tan doloroso cuando te falta, ¿no te parece?

El hermano de Dancaire llevaba un vaso de vino en la mano y sospeché que unos cuantos más en el cuerpo. Arrugué ligeramente la nariz cuando se sentó a mi lado.

—El amor solo nos hace débiles —le respondí, haciéndome fuerte en mi coraza.

—¿Débiles? Repites ese discurso sin parar, Carmen, pero ni siquiera tú te lo crees.

Permanecimos en silencio durante unos instantes, meros espectadores de aquella fiesta improvisada. Solo aparté la mirada del hipnótico movimiento de los bailarines cuando vi que Joaquín, sediento de amor, apoyaba su frente en la de Micaela y se perdía en sus ojos, susurrándole algo que solo ellos podían escuchar.

—¿Le quieres? —me preguntó el Tuerto, envalentonado por el alcohol —. A Joaquín. ¿Le quieres de verdad o solo estás triste porque te lo han quitado y ya no puedes jugar con él?

Estuve a punto de darme la vuelta y marcharme, de gritarle que no me conocía y no tenía derecho a insultarme, pero yo también había bebido y me costaba mantener levantadas las barreras. Mi cabeza quería que guardara silencio, que no respondiera, pero mi corazón y mi lengua parecían haberse aliado para que lo soltara todo.

—Lo que siento por Joaquín es complicado.

—¿Es complicado o lo complicas tú?

Me giré hacia él con el ceño fruncido, y este levantó su vaso de vino hacia mí. Quería responderle, pero no sabía qué decir. En el fondo, por mucho que me doliera reconocerlo, tenía razón. Con Joaquín nada era complicado. Aunque yo me había empeñado en apartarlo, él siempre había estado ahí para mí. Me había escuchado en las noches de insomnio, me había curado las heridas, había luchado a mi lado sin hacer preguntas. Cuando pensaba en él, en sus besos que sabían a hogar, algo dentro de mi pecho crepitaba con fuerza, un sentimiento encadenado que llevaba años queriendo ocultar.

—Supongo que ya da igual —le dije—. Él ahora es feliz y con eso me basta.

Observé a Joaquín en la distancia, y me odié a mí misma al darme cuenta de que reconocía cada uno de los gestos de amor que le dedicaba a Micaela.

«No puedes amar a alguien a quien no conoces».

Quizá no conocía a Yud, pero sí conocía a Joaquín. Lo conocía muy bien, demasiado bien. Llevábamos años siendo amigos, amantes, siendo una extensión del otro. Sabía cómo olía su piel por las noches y por las mañanas, qué era lo que hacía que le brillaran los ojos y lo que oscurecía su mirada; lo mucho que le gustaba el potaje de Lillas Pastia y el respeto que le tenía al fuego. Quizá por eso había sido mi amor por él, y no por Yud, lo que me había ayudado a controlar mi gracia. Lo que me había hecho fuerte.

«¿Cuánto le quieres?», me había preguntado Yud la noche en la que salvamos al cervatillo, justo antes de que mi poder estallara en un fogonazo de luz y oro.

«Mucho», le había respondido yo.

—No te mereces a ese chico —soltó el Tuerto—. Lo sabes, ¿verdad? Nunca vas a merecértelo.

Un nudo me atascó la garganta y me impidió responder. Sí, claro que lo sabía. Joaquín tenía un corazón puro, lleno de amor, y yo no había sabido valorarlo. Había tenido que perderlo para darme cuenta de que, sin él, estaba completamente perdida.

—Deja que te cuente una historia —me dijo el Tuerto, indicándome con un gesto que me sentara a su lado—. Una historia de amor.

—No, por favor.

—Hazme caso —insistió y justo después le dio un largo sorbo a su vaso —. Esta te va a gustar.

Puse los ojos en blanco y, sin pensarlo mucho, me senté de nuevo.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué mi hermano decidió adoptarte? —me preguntó—. ¿Por qué te crio como a una hija y habría dado su vida por ti sin dudarlo un solo segundo?

«Te quiero, mi niña de fuego», me había susurrado aquel Dancaire imaginario que parecía tan real, en la Alhambra, justo antes de indicarme dónde se escondía el tesoro de los ángeles. Sus palabras me dolían ahora más que nunca porque, aunque solo hubieran existido en mi cabeza, habían sido nuestra única despedida. «Mi pequeña guerrera».

—Porque quería salvar a los niños con gracias —respondí, intentando controlar el incómodo escozor de mi garganta.

—Sí y no —confesó él—. Quería salvaros, por supuesto, pero había algo más, algo que os implica tanto a ti como a tu familia. Él no quería que nadie lo supiera, pero era tan obvio…

—Tuerto, no te sigo.

Averroes terminó de cantar y todos los bailarines le aplaudieron. El anciano, que ya se había dejado llevar por el alcohol y la emoción, comenzó a cantar de nuevo. Esta vez ni siquiera me fijé en la canción, porque toda mi atención estaba puesta en las palabras del Tuerto.

—Dancaire era mi hermano y lo conocía bien, así que no tardé mucho en averiguar lo que estaba escondiendo. Si supiera que te lo estoy contando me mataría, ¿sabes? Pero supongo que ya da igual. Ahora mismo, todo lo que tiene que ver con él da exactamente igual.

—¿Contarme el qué?

—Que Dancaire estaba profundamente enamorado, y que eso le convirtió en el hombre más valiente que jamás han conocido las taifas.

Me quedé callada sin saber bien qué decir. ¿Dancaire, enamorado? Eso sí que era divertido. Mi mentor había dedicado su vida a la antigua fe, nunca había mostrado interés en nada que no fueran sus oraciones y versículos.

Abrí la boca para replicar, para decirle al Tuerto que dejara de burlarse de mí, pero los recuerdos aparecieron de golpe en mi cabeza como si supieran que en ese instante los necesitaba para comprender. Dancaire desayunando en mi casa cada mañana, como un miembro más de la familia, priorizando nuestra compañía por encima de cualquier obligación. Dancaire observando mi rostro con nostalgia, como si pudiera ver en ellos un pasado doloroso y un futuro imposible. Dancaire buscando las estrellas cada noche, llorando su desaparición, lamentando su pérdida.

Y entonces, como si de repente todo encajara, lo entendí.

«Algo que os implica tanto a ti como a tu familia».

—¿Dancaire estaba… estaba enamorado de mi madre?

—No —me respondió el Tuerto, esbozando una sonrisa divertida—. Dancaire estaba enamorado de tu padre, Carmen. Desde el día en que lo conoció.

Por un momento me olvidé de todo: de dónde estábamos, de por qué, de Joaquín y Micaela. Por un momento, lo único que me importó fue Dancaire, un Dancaire al que había creído conocer, pero que, en realidad, había sido un desconocido para mí.

—Nunca me lo contó —musité apenada.

—¿Y qué habría cambiado si lo hubiera hecho? Nunca se lo contó a nadie, ni siquiera a tu padre, pero fue ese amor el que lo empujó a hacer una locura tras otra. Y también el que nos ha traído hasta aquí. El amor de mi hermano no era correspondido, pero eso no le detuvo, todo lo contrario: le dio un propósito y lo hizo aún más fuerte.

«Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor», me repetía siempre Dancaire, como si quisiera

grabármelo a fuego. Ahora entendía que su intención no solo era decírmelo a mí, sino también recordárselo a sí mismo.

—Si existía una razón por la que Dancaire quería acabar con los demonios —continuó el Tuerto—, eras tú, Carmen. Lo único que le quedaba del que fue el amor de su vida. Mi hermano quiso asegurarse de que conocieras la felicidad, la libertad, el cariño; quiso darte a ti lo que nunca pudo darle a tu padre.

De golpe, como si mi mente quisiera torturarme, recordé las últimas palabras que le había dicho a Dancaire antes de que lo apresaran. Habíamos discutido en la cocina de nuestra casa, en Sevilla, y yo había usado mis palabras para herirle.

«—Tu padre no querría que tú…

—¡Mi padre también está muerto, Dancaire! ¡Acéptalo de una vez!».

Bajé la mirada, y el nudo de mi estómago se hizo más fuerte. Me ardía la garganta y me ardía el pecho porque no había sido capaz de entender el sufrimiento de Dancaire, porque el amor que me había profesado me quedaba grande, porque no había podido salvarlo. Le había perdido a él, pero también a Triana, a Joaquín, a Candela y a Frasquita. En el proceso de destrucción, además, había bloqueado mi gracia para siempre.

No era más que un fraude.

Una carga inútil.

Un monstruo al que le habían destrozado el corazón.

Alcé la vista, dolida, justo en el momento en el que Joaquín se inclinaba para besar a Micaela. Ella lo recibió con una sonrisa, triunfante, acariciándole el pelo con cariño. El mundo entero se sumió en el silencio cuando sus labios se encontraron, y yo me dejé arrastrar. Notaba la oscuridad a mi alrededor, acariciándome como lo hacía la niebla del exterior; atrayendo a unas lágrimas a las que mis ojos estaban empezando a acostumbrarse.

—Lo siento —susurré, poniéndome en pie—. No puedo más.

Atravesé la sala a toda prisa, esquivando a los bailarines, y Pan comenzó a ladrar. Todos los presentes se giraron a mirarlo y yo aceleré el paso. Notaba las lágrimas mojándome las mejillas. No quería que todos se dieran cuenta de lo débil que era, de lo rota que estaba.

—¡Carmen! —me llamó Frasquita.

Pero también la ignoré. Abandoné la sala y corrí a través de uno de los largos pasillos del monasterio, solo acompañada por el eco de mis pasos. Todo me daba vueltas y no se debía al vino, sino al dolor y la nostalgia; a los remordimientos.

Cuando ya me notaba sin aire me apoyé contra una de las columnas que cercaban el claustro, cubierto por completo de niebla. Pan seguía ladrando a mi espalda. No entendía qué me estaba intentando decir. Sus aullidos lastimeros se me clavaban en los oídos como hechos de cristal, duros y afilados.

—Pan, ya —le ordené, dándome la vuelta—. ¡Cállate!

Y entonces, solo entonces, me di cuenta de que no era a mí a quien el perro estaba ladrando, sino a Joaquín, que me había seguido como si supiera que su beso con Micaela había desatado una tormenta.

—¿Carmen? —me preguntó con tiento—. ¿Estás llorando?

Me apresuré a secarme las lágrimas y Pan, moviendo el rabo, se calló por fin. ¿Por qué tenía la sensación de que el perro se había salido con la suya? ¿Por qué parecía que había llamado la atención de Joaquín a propósito?

—No —respondí con la voz temblando—. No estoy llorando.

Joaquín se detuvo frente a mí con una mezcla de tristeza y añoranza que hizo arder mis mejillas.

—Estoy bien, de verdad —insistí.

Me di la vuelta, pero Joaquín dio un paso al frente y me sujetó la mano para detenerme. Nuestros dedos se rozaron, y la calidez de su piel derritió el hielo que me congelaba por dentro.

—Carmen…

—No lo digas —le corté, observando nuestras manos—. No digas nada, por favor. Has bebido mucho y mañana vas a arrepentirte.

Joaquín entrelazó sus dedos con los míos, y yo cerré los ojos. Mi corazón me empujaba a abrazarlo, a reencontrarme con su cuerpo, pero mi cabeza me decía que me quedara quieta y no complicara las cosas.

—Vuelve con Micaela —le pedí, tragándome mis sentimientos—. Te estará esperando.

—No soporto verte sufrir —confesó él sin dejar de acariciarme los dedos —. Sé que nos hemos distanciado, pero no he dejado de preocuparme por ti ni un solo segundo. Verte así…

—Estoy bien —repetí. Quería apartar la mano, pero había algo que me lo impedía, una necesidad que era incapaz de comprender—. No tienes que preocuparte por mí.

—Nadie me va a importar nunca como me importas tú.

—Te he hecho mucho daño.

—Me lo has hecho —confirmó él, ebrio y sincero.

Nos miramos a los ojos y, por un segundo, me dejé acunar por sus palabras, por la intensidad de todos sus verdes. Le echaba mucho de menos, más de lo que nunca había echado de menos a nadie, pero no quería que sufriera por mi culpa. No quería ser un impedimento para su felicidad.

—Quiero volver a tenerte en mi vida —confesó él—. Sin ti, siento que me falta algo.

—Lo sé —respondí, perdiéndome en sus ojos, en sus cicatrices, en esos rasgos que tanto añoraba—. Me pasa lo mismo.

Volvimos a quedarnos callados, nadando en la ausencia, y fue como si ambos nos diéramos cuenta de golpe de la estupidez que habíamos cometido al separarnos. Habíamos sido inseparables desde niños, poniéndonos siempre por encima de todo lo demás, y la distancia nos había dejado un vacío imposible de llenar. Yo no era Carmen sin Joaquín, él no era Joaquín sin Carmen.

—Pues claro que te pasa lo mismo —me dijo, esbozando una sonrisa—. ¿Quién te va a curar las heridas si no estoy yo?

—Es verdad —le respondí—. Casi me olvido de que aguantarte es la peor parte de hacérmelas.

Joaquín alzó las cejas y, a modo de respuesta, dio un paso al frente y me abrazó. Yo me quedé quieta, sorprendida por el inesperado contacto, pero enseguida me relajé y disfruté de su olor, de su calor y su perdón. Durante unos segundos, el mundo se redujo a nosotros dos, a un sentimiento que había creído muerto y enterrado, pero que, para mi sorpresa, resultaba ser inmortal. Por primera vez en muchas semanas, con el cuerpo de Joaquín junto al mío, fui consciente de los latidos enérgicos de mi corazón, de mi

respiración, del fuego dorado que crepitaba en mis venas. De alguna forma, y aunque sabía que no tenía ningún sentido, con él a mi lado sentí que revivía.

—Carmen —susurró Joaquín en mi oído—. Yo…

—¡Lo siento! —exclamó de repente una voz femenina, haciendo que los dos nos sobresaltáramos—. ¡Pensé que no había nadie aquí!

Joaquín y yo nos apartamos el uno del otro, como dos delincuentes a los que descubren cometiendo un crimen.

—No te preocupes —le dije yo, azorada—. Nosotros no…

—Sí, nosotros no… Además… —musitó Joaquín—. Creo que mejor me voy.

Se dio la vuelta sin mirarme y yo, intentando controlar el dolor, lo observé recorrer el pasillo. ¿Quizá se había asustado pensando que era Micaela quien nos había descubierto? ¿Quizá el miedo a perderla le había hecho darse cuenta de que era un error acercarse a mí?

No fui tras él para preguntárselo y, aunque lo deseaba, tampoco le llamé. Joaquín estaba mejor sin mí, había encontrado una nueva oportunidad para ser feliz, y yo no tenía derecho a destrozarla. Al día siguiente, además, el alcohol se encargaría de que ni siquiera recordara nuestro encuentro, y volvería a ser invisible para él.

—Siento si os he estropeado el momento —se disculpó la chica que nos había interrumpido, avergonzada, meciendo al bebé que gimoteaba entre sus brazos—. Pensaba que todo el mundo estaba cenando. He venido aquí porque mi hija se suele dormir más rápido cuando le da el aire, aunque esta noche parece que ni eso funciona.

Señaló con la cabeza el patio abierto del claustro, pero yo la observé a ella. No debía de ser mayor que yo y, por las ojeras que tenía, llevaba muchas noches sin dormir. Había algo en su apariencia, quizá el pelo rubio o quizá la mirada que había iluminado la repentina maternidad, que me hizo pensar en Candela.

—No te preocupes —dije—. No has estropeada nada.

La chica me miró con tristeza cuando el bebé se quejó entre sus brazos, y yo le devolví un gesto cargado de compasión e incomodidad. La había visto alguna vez por el monasterio, pero nunca había hablado con ella. Ni

siquiera sabía su nombre. Aquella chica era una de esas sombras a las que, hasta ese momento, nunca había prestado atención.

—Soy Inés, por cierto. Creo que nunca hemos hablado, pero sé que conoces a mi madre. Adela.

Al ver que reconocía el nombre de su madre, la chica sonrió con orgullo. Nunca lo habría adivinado, pero, si me fijaba bien, podía ver los rasgos de la mujer que tanto me había apoyado escondidos en aquel rostro joven y cansado. Los ojos, la boca, la forma de la barbilla.

—No sabía que Adela tenía una hija —confesé—. Ni una nieta.

—Supongo que porque no es algo de lo que se hable en las reuniones de los Guardianes —respondió ella—. Pero en mi familia todos te apoyamos, ¿sabes? No solo mi madre. Engañaste a un señor del Infierno, y sabemos que nos llevarás a la victoria contra los demás. Creemos que tú, de alguna forma, nos devolverás el mundo que los demonios nos han arrebatado.

Inés le acarició la cabeza al bebé, y yo sentí cómo se me encogían las entrañas. Aquella chica, una desconocida hasta hacía unos minutos, confiaba en mí. Tanto ella como su madre estaban poniendo en mis manos no solo su futuro, sino también el de las personas que más les importaban.

—Es normal que estés asustada —continuó la chica, confundiendo mi silencio con miedo—. Si yo tuviera que luchar por la vida de tantas personas, también estaría temblando.

¿Era eso lo que estaba haciendo? ¿Luchando por la vida de los demás? Algo en mi interior, una voz desconocida y punzante, me decía que no.

Había estado tan centrada en mi dolor que ni siquiera había sospechado lo que Dancaire llevaba sobre sus hombros. Ni mis primas. Ni ninguno de los Guardianes. Ni siquiera me había preocupado por Joaquín, y había terminado perdiéndolo. Triana tenía razón y, probablemente, yo había sido la razón por la que nos había traicionado.

«Solo eres capaz de ver los errores de los demás, y eso es lo que te hace ser tan ruin —me había echado en cara—. Te crees una santa, Carmen, pero no lo eres».

—Por fin se ha quedado dormida —susurró Inés tras depositar un suave beso en la cabeza de su hija—. Menos mal. Las noches son muy difíciles para ella.

—¿Por qué?

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas, y yo me arrepentí al instante de haberle preguntado. Estuve tentada de decirle que no hacía falta que respondiera, que no necesitaba saber algo que le hacía tanto daño, pero Inés cogió aire y, haciendo un esfuerzo por no romperse, me respondió:

—Porque es cuando más le sube la fiebre. —Volvió a acariciarle la cabeza al bebé, perdiéndose durante unos segundos en su plácido rostro dormido; luego suspiró—. Es así desde que nació. No sabemos qué le pasa y no podemos curarla. Sé que puede parecer una tontería, pero creo que es culpa de la oscuridad. Tengo la sensación de que, desde que nació, a ella también la está consumiendo.

Las dos nos quedamos calladas: ella porque no se atrevía a seguir hablando, yo porque no sabía qué responder. Sin necesidad de que Inés me lo explicara, entendí enseguida que la enfermedad de su hija no tenía cura.

—Lo siento. Yo…

—No pasa nada —me interrumpió ella con la voz ahogada—. No es como si pudieras hacer un milagro para curarla.

Inés se secó las lágrimas y yo apreté los puños con fuerza. Con mi gracia podía curarla, claro que podía hacerlo, pero no sabía cómo. Había dejado que el odio ganara al amor, y me había rendido antes incluso de empezar a luchar.

Me miré las manos, y después alcé la cabeza para echarle un vistazo al bebé. De alguna forma me recordaba al cervatillo que había salvado en el bosque, a aquel cachorro indefenso que, gracias a un demonio y una humana, había vuelto a nacer.

«Porque tiene el alma limpia —me había respondido Yud cuando le pregunté por qué se empeñaba en curar las heridas de un animal—. Todos los animales la tienen, ya te lo dije».

Y en ese momento lo entendí. Aquel bebé también tenía el alma limpia, pura, libre de toda maldad. Aquel bebé no merecía morir.

¿Cómo podía haberme preocupado más por evitar a Yud que por ayudar a toda la gente inocente que veía en mí una salvación? ¿Cómo había permitido que confiaran en mí cuando lo único que me había importado

hasta el momento eran los pedazos de mi corazón roto? No solo podía llevar a los Guardianes a la victoria; si me lo proponía, podía salvar muchas vidas.

—Es preciosa —le dije a Inés, en voz baja, acercándome a coger la mano del bebé—. ¿Cómo se llama?

Una terrible culpabilidad me aplastó los hombros cuando me di cuenta de que nunca le había hecho a Candela una pregunta tan especial, de que no me había preocupado lo suficiente ni por ella ni por su hijo. Me había enfocado tanto en lo que ya había perdido que ni siquiera me había parado a pensar en todo lo que estaba en juego en aquella guerra. En que, a pesar de todo, aún podíamos luchar por el futuro.

—Isabel —me respondió Inés.

—Isabel —repetí yo, acariciándole los dedos. Eran tan minúsculos y frágiles que despertaron todos mis instintos de protección—. Te prometo que haré todo lo posible por acabar con la oscuridad.

Se lo debía a Isabel y al bebé de Candela; a todos los que confiaban en mí y también a aquellos que no lo hacían. Se lo debía a mis primas, a Joaquín, a Dancaire y a mis padres.

Me lo debía a mí misma.

—Cuenta con nosotras para lo que sea —me susurró Inés—. Quizá yo no pueda luchar, pero estaré ahí, Carmen, en la guerra. Sé que mi hija se va a curar y que va a crecer en un mundo sin demonios.

—Lo hará —sentencié, convirtiendo mis palabras en un juramento—. Te aseguro que lo hará.

Había tardado mucho tiempo en darme cuenta, pero Frasquita tenía razón: me había comportado como una cobarde egoísta. Me avergonzaba haber puesto mis intereses por encima del bien común, no haberme parado a pensar en cuáles serían las consecuencias de mis actos.

Había cometido errores, sí, pero aún estaba a tiempo de enmendarlos. Aún estaba a tiempo de recuperar mi poder, de convertirme en la líder que los Guardianes merecían, de luchar por recuperar el Cielo.

Y lo primero que tenía que hacer para conseguirlo era llamar a Yud.

13

Tzadi

Sevilla se había engalanado para mí. La sede de la Corte del Infierno se había esforzado por demostrar a las demás taifas que era la más hermosa, la que merecía ser el hogar de un rey. El aire de la noche olía a incienso, a las iünas que decoraban las calles, y en el ambiente flotaba un aroma festivo al que sus habitantes ya no estaban acostumbrados. Cantos, bailes y ovaciones; docenas de sacrificios jaleados en la Plaza. Como por arte de magia, los insulsos mortales habían empezado a disfrutar de la oscuridad que los consumía, como si ya no les importara nada más que celebrar, celebrar y celebrar. Tal y como yo siempre había querido.

—¡Gloria al nuevo rey! —gritaban en la ciudad—. ¡Gloria a su reina!

Que aquellos pobres desgraciados me amaran con tanta efusividad había sido fácil de conseguir, extremadamente fácil. Solo había tenido que darles en abundancia todo aquello que les faltaba: comida, bebida, diversión. La idea había sido de Triana y yo, complacido con su astucia, había obedecido. Por primera vez desde la Caída del Cielo, en las taifas no existía el hambre. Conmigo, al contrario que con Luzbel, los mortales vivían en una exuberante y eterna fiesta.

«Las clases altas nos apoyan, pero si queremos que lo hagan también las bajas, tenemos que darles pan y circo —me había aconsejado Triana—. Sobre todo, pan».

—Ya es la hora —musitó Balthasar, algo nervioso.

De pie tras el altar de la catedral, el Apóstata iba vestido con su túnica más elegante, una de un rojo tan intenso que parecía hecha con la sangre

pura de los primogénitos. Tanto él como el inmenso retablo de casi treinta metros de altura que decoraba la pared, creado por Luzbel en plata y azabache, me resultaban nauseabundos. Todo el boato religioso que tanto había maravillado al antiguo rey a mí me provocaba arcadas.

Llevábamos miles de años sometidos a unas normas que despreciaba, como si en vez de poderosos demonios fuéramos borregos. Si me ajustaba a aquel estúpido protocolo para convertirme en rey era solo por el temor a que los dragones más conservadores, aquellos que aún dudaban del cambio, terminaran rechazándome.

—Se está retrasando —insistió el religioso.

—¿Acaso tienes prisa, Balthasar? —le pregunté, sin mirarlo—. ¿Hay algo más importante para ti que servir a tu rey?

—No —musitó él—. Por supuesto que no.

—Ya me parecía. Estoy seguro de que la muchacha muerta de hambre que te está esperando en la cama celebrará más tu ausencia que tu presencia.

Las campanas de la Giralda no habían dejado de repicar en toda la noche, y no lo harían hasta que el sol, escondido tras un velo de nubes grises, volviera a hacer su penosa aparición en el cielo. Ellas también estaban jaleando a su nuevo rey, indicando a los ciudadanos de Sevilla hacia dónde tenían que dirigirse. Podía escucharlos agolpándose a las puertas de la catedral, alabándome, empujándose unos a otros para intentar ver, aunque fuera por un segundo, la entrada de la reina que los iba a librar de la miseria.

Clavé la mirada en el pasillo formado por cientos de dragones que se abría frente a mí. Todos agacharon la cabeza en señal de sumisión. Eran muchos, tantos que casi llenaban la nave principal de la catedral. El pecho se me llenó de orgullo. Aquellos demonios de manos tatuadas estaban hechos de pecados y llevaban la lucha en la sangre. ¿Cómo no iban a derrotar a los tres últimos arcángeles, débiles y envejecidos? ¿Cómo no iban a aplastar con un solo dedo a cuatro niños mortales, por muchas gracias que tuvieran, por no mencionar a esos lamentables soldados que se hacían llamar Guardianes? Ahora eran mis dragones, mi ejército, y cuando

ganáramos la guerra pensaba devolverles todo aquello que les habían arrebatado.

En la primera fila, sentados junto al cacique de Sevilla y el resto de altos cargos mortales que no me importaban lo más mínimo, estaban los dos señores del Infierno que quedaban con vida: Resh y Shin.

Ambos, vestidos con sus trajes de matador, eran los únicos de mis hermanos que me habían apoyado en mi ambiciosa rebelión, la única familia que me quedaba. Vav había muerto a manos de los Guardianes, a Nuun había tenido que sacrificarlo por su lealtad a Luzbel, y Yud… Yud era un problema del que aún tenía que ocuparme. El muy idiota soñaba con arrancar la oscuridad de nuestras almas, pero no se había dado cuenta de que esa era una fantasía que solo él deseaba cumplir.

Mis planes eran mucho más ambiciosos, más elevados. Yo no quería que dejáramos de ser demonios, y tampoco recuperar el Cielo. Lo que yo quería era extender el Infierno, darles un hogar más amplio a las sombras, que el universo entero fuera el hogar de mis demonios. Por eso había permitido que Yud se llevara la kinjara; porque, para cumplir mi cometido, necesitaba que los inútiles humanos liberaran a los arcángeles.

Después, yo mismo acabaría con ellos.

—Ya está aquí —susurró Balthasar cuando los humanos del exterior comenzaron a jalear—. Prepárese, majestad.

—¿Prepararme? —me burlé—. Yo ya nací preparado.

Moví una mano ligeramente y, respondiendo a la llamada de mi poder, las notas graves e imponentes del órgano tronaron con fuerza en la catedral. Del techo comenzaron a llover pétalos negros de iünas, llenando la nave principal del templo con una hermosa lluvia que olía a Infierno y a oscuridad. Todo era una ilusión creada por y para Triana, la reina del Infierno. Mi reina.

Los soldados más cercanos al pasillo desenvainaron sus estoques y los alzaron, creando un techo de plata afilada sobre el camino hasta el altar. Por él, segundos después, comenzaron a desfilar siete niños vestidos de blanco.

Seis de ellos llevaban soles flotando entre las manos; el séptimo, el que iba en cabeza, portaba la corona de cuernos de Luzbel. Sus pies descalzos avanzaban al ritmo de la música del órgano, pisando con delicadeza los

pétalos negros que habían aterrizado sobre el mármol del suelo. La pureza de sus almas los identificaba como primogénitos, y yo me relamí al pensar que, en solo unos años, serían sacrificados en mi nombre.

Por mí.

Para mí.

El niño que llevaba la corona subió las escaleras de la capilla en la que Balthasar y yo nos encontrábamos y la depositó sobre el altar con una reverencia. Después, volvió junto a sus compañeros para aguardar de cara a la nave.

Todos los presentes guardaron entonces un silencio ceremonial. No estaba acostumbrado a los nervios, así que arrugué ligeramente la nariz cuando noté el nudo del estómago, el ligero temblor en las manos, el picor en la piel del rostro. Odiaba aquellas vulgares sensaciones humanas.

Cuando Triana hizo su aparición, sin embargo, me olvidé por completo de ellas.

Al igual que los primogénitos, iba descalza y vestida de blanco, el pelo negro decorado con iünas. Los tatuajes de su piel brillaban en el oro más puro, el oro de los ángeles. ¿Cómo podía ser tan hermosa una criatura mortal? ¿Cómo era posible que, a su lado, hasta la belleza eterna de la catedral pareciera insignificante?

La pintura dorada le decoraba los párpados, enmarcando sus enormes ojos marrones, sus pómulos y sus labios. Alrededor del cuello brillaba, reflejando la luz de los soles que flotaban sobre nosotros, el collar en forma de serpiente que le había regalado el día en que le propuse ser mi reina.

«Toda una declaración de intenciones», pensé complacido.

Triana avanzó a través del pasillo con la mirada puesta en mí, y no la apartó en ningún momento. Podía sentir la conexión que había entre nosotros: fuerte, arrasadora, ardiente. Habría matado a todos los presentes solo para poder poseerla en ese mismo momento sobre el jodido altar.

—Mi reina —susurré cuando la tuve al lado, haciendo que la música del órgano se detuviera. Quería tocarla, pero su gracia estaba encendida y podía hacerme daño con ella—. ¿Estás nerviosa?

—¿Por qué iba a estarlo? ¿Acaso lo estás tú?

—No —dije, bajando la vista hasta su rostro, hasta las curvas de su cuerpo—. Lo que estoy es ansioso. *Muy* ansioso.

Ella sonrió con picardía y, antes de girarse hacia Balthasar, me guiñó un ojo. No estaba ansioso por aquel trámite, claro, sino por lo que iba a pasar tras él. Había acabado con Luzbel por Triana, y, por tanto, ella iba a ser mi reina. Después, solo después, consumaríamos por fin lo que nuestros cuerpos llevaban meses suplicando.

—¡Taifa de Sevilla! —exclamó Balthasar, corrompiendo el silencio de la catedral con su voz—. Esta noche tenemos el honor de ser testigos de un hecho que cambiará el rumbo de la Historia, el mayor acontecimiento que, desde la Caída, han vivido tanto el Cielo como la Tierra. Esta noche el Infierno tendrá por fin el rey que se merece, el rey que nos traerá la Gloria que merecemos. *Rex maxime, gloroficamus et in modos copulum adoramus te.*

«Rex maximus, glorificamus te et multimodis adoramus te», repitieron mis demonios a coro.

El religioso continuó alabando mis hazañas, llenando mi nombre de títulos y opulencia, pero yo solo podía pensar en Triana. Estaba tan cerca de mí que me llegaba su olor a ángel, un olor que en cualquiera me habría repugnado, pero que en ella me excitaba.

«Tú eres más listo que el resto de los señores del Infierno, y también más poderoso —me había dicho, siendo la primera en una larga existencia que había reconocido mi valía—. Eres tú quien debería ser el rey, y lo sabes. Juntos podemos conseguirlo. Juntos seremos invencibles».

—Majestad —dijo Balthasar, dirigiéndose a Triana, mientras cogía la corona de cuernos—. Póngase de rodillas, por favor.

Triana lo miró fijamente, desafiándolo, y tras pintar en su rostro una sonrisa insolente, respondió:

—No.

El eco de su negativa retumbó por toda la catedral. El Apóstata se quedó callado, sorprendido, y los dragones comenzaron a murmurar. Un latigazo de dolor me cruzó el pecho, acompañado de cientos de dudas, pero estas solo duraron un fugaz instante.

Triana era la única que creía en mí de verdad.

Triana había traicionado a su familia por estar allí conmigo.

Triana jamás haría nada que me perjudicara.

—¿Hay algún problema? —le pregunté.

—El problema, excelencia, es que Balthasar es un hombre —respondió ella—. Y yo no me arrodillo ante los hombres.

Los murmullos de los demonios se hicieron más intensos, pero yo no pude evitar sonreír. Si no hubiera estado maldito, incluso me habría reído. El orgullo y la altivez de Triana me volvían loco. Esa era la actitud que debía tener la reina del Infierno; la compañera junto a quien dominaría el mundo.

—Tú no eres Luzbel, Tzadi, tú tienes que estar por encima de cualquier autoridad —continuó—. No necesitamos a la Iglesia para obtener el poder: solo nos necesitamos el uno al otro. No pienso ponerme de rodillas ante nadie que no seas tú.

Tenía razón, claro que la tenía. ¿Quién era Balthasar para coronarme a mí? ¿Y para coronarla a ella? Había estado asustado de saltarme los protocolos sin darme cuenta de que, ahora que era el rey, no tenía por qué ajustarme a ellos. Eran ellos los que tenían que ajustarse a mí.

Extendí la mano derecha para que el Apóstata me diera la corona, y él obedeció. Solo cuando la tuve entre las manos, cuando fui yo quien tuvo el control de la situación, Triana se arrodilló ante el altar. El silencio volvió a conquistar la catedral y la admiración por ella estalló en mi interior. Aquella humana era bella, poderosa y arrogante; era mi otra mitad.

¿Qué importaba lo que pensara la Iglesia de nosotros?

—Solo te arrodillarás ante mí, reina del Infierno —le dije, deleitándome con su sumisión—. Y yo solo me arrodillaré ante ti.

—*Rex maximus, glorificamus te et multimodis adoramus te* —musitó, mirándome desde abajo con sus ojos de gata, llenándome la cabeza de lujuria y deseo.

Cuando le coloqué la corona sobre la cabeza, pude sentir cómo temblaba el mundo. Luzbel había creado esa corona cuando decidió gobernar el Infierno al que el Creador y sus ángeles nos habían condenado, y ahora esta cambiaba de dueño. El Universo entero sabía lo que estaba ocurriendo.

—*Regina maxima, glorificamus te et multimodis adoramus te* —dije, clavando una rodilla en el suelo, cuando ella se puso en pie.

—Solo te arrodillarás ante mí, rey del Infierno —repitió ella, solemne—. Y yo solo me arrodillaré ante ti.

Con los ojos de cientos de demonios encima, Triana se quitó la corona y, sin que le temblara la mano, me la colocó a mí. Los dragones que llenaban la catedral estallaron en gritos de júbilo.

—¡Gloria al nuevo rey!

—¡Gloria a la reina!

Y entonces lo comprendí: a los demonios no les daba miedo que yo fuera diferente a Luzbel, sino exactamente igual. Querían una nueva rebelión. Y yo se la estaba dando.

La corona de cuernos no pesaba, pero sí lo hacía la responsabilidad que sentía sobre los hombros. De repente, con un solo gesto, me había convertido en el nuevo rey del Infierno. Sentía mi poder, oscuro y sombrío, amplificado como nunca. Ya no había nada que no pudiera hacer, nada que no pudiera conseguir. El Cielo, la Tierra y el Infierno me pertenecían. Las almas de los condenados también. Los mortales me temían y los demonios acataban mis órdenes. Luzbel, cegado por su amor a Yud, nunca había sido consciente de lo que podía conseguir siendo rey. Yo, destinado a la grandeza, sí.

—Esto es solo el principio —me susurró Triana, apagando su poder para cogerme las manos—. Ha llegado tu momento.

Me ayudó a ponerme en pie y yo, desesperado por emborracharme de ella, la besé. Sus labios sabían a triunfo, a eternidad, a incendio; por eso, quizá, al primer roce, mi poder explotó. La catedral estalló en llamas y los dragones nos vitorearon con más fuerza. Al principio fue solo una ilusión, pero después, haciendo uso de la energía oscura que me transmitía la corona, lo convertí en realidad.

«Quémala —pensé—. Quémala hasta los cimientos».

El calor abrasador y violento me recordó al que ardía en el horizonte del Infierno, el que torturaba a las almas de los condenados. Balthasar, Antonio y los demás mortales huyeron ante la ardiente amenaza de muerte; los humanos del exterior comenzaron a gritar. Sus lamentos eran música para

mis oídos. No necesitábamos ninguna Iglesia, Triana tenía razón. Solo nos necesitábamos el uno al otro.

—Vamos a quemar el mundo, Triana —le dije, perdido en las llamas que reflejaban sus ojos—. Juntos. Tú y yo.

La catedral de Sevilla estaba ardiendo, muriendo ante los ojos de una taifa que llevaba siglos adorándola, porque una nueva era comenzaba.

La del triunfo de la Oscuridad.

La de la derrota definitiva de los ángeles.

La de nuestro reinado.

Desde mi habitación del Alcázar se veía la columna de humo que todavía salía de la catedral, subiendo hasta el cielo como si estuviera mandándole un mensaje a la tumba de los ángeles. En unas horas, del templo que había sido símbolo de la antigua y la nueva fe, no quedarían más que cenizas.

Estaba exultante, orgulloso de mí mismo. Luzbel había creado un culto que lo alababa, y yo estaba a punto de hacerlo añicos, dispuesto destruir las asquerosas huellas que ese inútil había dejado en el mundo.

—Majestad —musitó Triana, anunciando su llegada.

La sonrisa apareció en mi rostro antes de darme la vuelta. Triana solo llevaba puesto un camisón de seda y encaje, y la piel desnuda de su cuerpo me hizo salivar. Llevaba el pelo suelto, y sus labios brillaban impregnados con la luz de la desaparecida luna.

—Mi reina —respondí, inclinándome ligeramente.

Triana sonrió con satisfacción y, sin añadir más, comenzó a caminar hacia mí. Sus movimientos eran elegantes, ligeros y seductores, y yo me sentía incapaz de apartar la vista de ellos.

—Me frustra no poder usar mi gracia contigo —confesó, sus ojos clavados en los míos, mientras atravesaba la habitación—. Sin hacerte daño, quiero decir. Me encantaría escuchar tu risa. La de verdad.

Aún recordaba lo que sentí cuando Triana usó su gracia contra mí en la fiesta de máscaras del Alcázar. Durante unos segundos había vuelto a notar la risa en el pecho, en la garganta, pero esta se había transformado rápidamente en dolor. Eso me había hecho odiar a Triana, odiarla como solo

podía odiar a los ángeles; pero también admirarla hasta el punto de volverme loco.

—La última vez que me reí, si no contamos tu inesperado ataque en la fiesta, fue hace miles de años. Quizá el problema es del mundo, que no es lo suficientemente gracioso.

—¿Y qué era lo que te hacía reír hace miles de años?

Durante unos segundos medité la respuesta a una pregunta a la que nunca había tenido que enfrentarme. ¿Qué era lo que me había hecho reír antes de convertirme en demonio? No me acordaba; o no quería acordarme. Tzadiel, como me habían llamado cuando era un ángel, era mucho más débil de lo que era el Tzadi infernal. Aquel mal'akh era idiota, y se había preocupado en exceso por los demás cuando nunca, jamás, lo habían valorado. Ni a él, ni a su poder, ni al corazón que había latido en su pecho.

—Me divertía con las mismas cosas que ahora —mentí—. Con el sufrimiento de los demás.

Triana se detuvo a pocos centímetros de mí, como si quisiera torturarme con su cercanía, y sonrió.

—No te divierte solo eso —me dijo—. Te conozco, Tzadi. Hay muchas otras cosas que te gustan.

—Quemar catedrales —respondí—. Creo que se me da bastante bien.

—Eso es cierto —susurró ella—. Aunque, a decir verdad, la catedral no es lo único que has hecho arder esta noche.

Observé con atención cómo se llevaba una mano al vientre y lentamente, muy lentamente, la subía hasta sus pechos. Notaba el calor intenso que desprendía su cuerpo, el deseo que le arañaba las entrañas. Mis ganas de poseerla aumentaron.

—¿Qué más he hecho arder? —le pregunté, incapaz de apartar la vista de sus caricias—. Dímelo.

—A mí.

El aire parecía hecho de fuego y cada vez se me hacía más difícil respirar con normalidad. Estaba extasiado. Cuando Triana comenzó a juguetear con sus pezones, mi cuerpo entró en combustión.

—¿Vas a darme lo que me prometiste? —quiso saber—. Ya soy tu reina, Tzadi, ahora debes pagarme lo que me debes.

Sin dejar de tocarse los pechos con una mano, Triana llevó la otra hasta el lugar en el que se unían sus muslos, buscando con los dedos el centro de su placer. No estaba acostumbrado a esperar, a limitarme a observar, y eso me hizo enloquecer.

—Joder, Triana —suspiré—. Voy a hacer que grites mi nombre tan fuerte que van a escucharte hasta los condenados en el Infierno.

Triana jadeó, perdida en su humedad, y yo di un paso hacia delante. Ella, sin embargo, me indicó que me quedara donde estaba. No sabía a qué estaba jugando, pero me gustaba.

—Quítate la ropa —me ordenó sin dejar de tocarse.

Sin apartar la vista de ella, del movimiento de sus manos, obedecí.

—Muy bien —susurré, mostrándole lo mucho que su presencia me excitaba—. Aquí me tienes.

Llevé la mano hasta la parte de mi cuerpo que más la ansiaba y, siguiendo su ritmo, comencé a acariciarla. La descarga de placer me recorrió como un relámpago, haciéndose más intensa porque la escuchaba a ella disfrutar. Necesitaba sentir la suavidad de sus manos a mi alrededor, el calor de su boca, pero estaba completamente perdido en la imagen que tenía delante, en su respiración acelerada, en la dureza de sus pezones contra la fina tela del camisón.

—Voy a hacer eterna esta noche —le dije, acelerando mis movimientos —. Voy a alargarla para siempre para poder follarte una y otra vez.

Triana cerró los ojos y gimió, dejándose llevar. Yo no aguanté más. Estaba a punto de estallar y quería hacerlo en su interior. Quería empaparla de mí, que probara mi sabor, demostrarle hasta qué punto me pertenecía.

Di un paso al frente y, cogiendo su rostro en mis manos, la llevé hasta la cama.

—Dime que eres mía —le ordené, obligándola a tumbarse—. Dímelo, Triana.

—Soy tuya —jadeó—. Toda tuya.

Le besé los pechos, disfrutando por fin de ellos, y comencé a devorarla. Le clavé los dientes en el cuello, en el abdomen, en las piernas. Cuando le lamí los pezones con hambre, con rabia, ella se estremeció. Su piel sabía a sal y a lujuria y a canela. Mi interior palpitaba al ritmo de sus latidos.

—No me hagas esperar más —suspiró ella, apretándose contra mí.

Le sujeté las manos, poniéndolas por encima de su cabeza, y me coloqué sobre ella. Tenerla totalmente sometida me produjo un cálido escalofrío. Quería verla de rodillas, suplicante, pero aquella noche estaba tan necesitado que no podía alargar la espera. Necesitaba follármela cuanto antes.

—Voy a darte lo que deseas —susurré, acercando mi rostro al suyo—. Voy a marcarte para siempre como mía.

Nos miramos a los ojos, nuestros labios rozándose, y mi Infierno se difuminó en su mortalidad. Podíamos sentir el aliento del otro sobre la piel. No tenía claro si los latidos que sentía golpeándome el pecho era los míos o los suyos, pero tampoco importaba. Estábamos a punto de ser un solo cuerpo, una sola alma, un solo corazón.

—Por favor —me rogó—. Tzadi. Mi rey. Necesito tenerte dentro de mí.

Mis labios buscaron los suyos, cegados por la lujuria, pero, cuando por fin se encontraron, ocurrió. Un latigazo de luz me cruzó el rostro, con una intensa descarga, y tuve que apartarme de ella.

—¡Joder! —grité.

—¿Qué ocurre? —me preguntó, preocupada—. ¿Estás bien?

No, no lo estaba. Me levanté de la cama y apreté los dientes, tragándome el dolor. La piel de la cara me ardía como no lo había hecho desde que me salieron los tatuajes, y lo único que quería era gritar. Solo había sentido algo parecido cuando…

Cuando un maldito ángel me había tocado.

—Tzadi —insistió Triana—. Mírame.

Se acercó hasta mí y, al verme el rostro, abrió mucho los ojos. En su mirada había sorpresa, incredulidad, miles de preguntas que no se atrevió a formular. ¿Qué narices me estaba pasando?

—No… no está —musitó.

—¿El qué no está?

—El décimo mandamiento.

Fruncí el ceño y, sin decir nada, me acerqué hasta el espejo que había junto a la ventana. Hacía miles de años que los diez mandamientos de la antigua fe rodeaban mis ojos como una máscara, recordándome con trazas

de oscuridad aquellas normas que, según los ángeles, había incumplido. Sabía a la perfección que el décimo mandamiento quedaba justo debajo del ojo derecho, sobre el hueso del pómulo, pero ese «No codiciarás los bienes ajenos» había desaparecido.

Ahora solo había nueve mandamientos en mi piel. Nueve.

Me toqué la cara y me pregunté por qué razón habría desaparecido de repente una parte tan importante de mí, de mi esencia. Los tatuajes nos habían salido en el Infierno por culpa del odio, de la rabia y la sed de venganza, y solo conocía a un demonio al que le hubieran desaparecido. Yud. Yo era el único que conocía su secreto, el único que sabía por qué sus marcas de oscuridad abandonaban la palidez de su piel.

«El amor es la luz más poderosa de todas», solía decirme.

Solo de pensarlo, me entraban ganas de vomitar.

Pero ¿y si tenía razón? ¿Y si…? No, no podía ser. Mi alma no se estaba purificando, no había nada hermoso en mi interior que pudiera borrar la oscuridad, y mucho menos ahora que era el rey del Infierno.

¿O acaso sí lo había?

Me giré para mirar a Triana, y ella frunció ligeramente el ceño. Qué hermosa estaba allí de pie, una diosa con el poder de los ángeles en sus manos y el reino de los demonios a sus pies. Era, y ahora lo sabía más que nunca, mi única debilidad.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarme.

—Sí —la engañé—. A veces pasa esto. Pueden salir tatuajes nuevos, borrarse los antiguos. Tienen vida propia, los muy cabrones.

Triana sonrió, aliviada, y yo me esforcé por fingir que, en realidad, lo que había pasado no me preocupaba. Tenía todo lo que siempre había soñado, y no pensaba permitir que una estupidez como esa me lo estropeara.

—Por un momento he pensado que era yo la que te había hecho daño —me dijo.

—Por supuesto que no —me apresuré a responder, quitándole importancia—. Esto es una especie de castigo por haberme portado mal. Mi alma está corrompida y la oscuridad me corre por las venas y todo ese rollo. En fin, ¿dónde nos habíamos quedado?

Me acerqué de nuevo a ella y, cogiéndole las manos, volví a besarla. Nuestros cuerpos no tardaron en reaccionar, reviviendo tras una incómoda interrupción, y se convirtieron en llamas. Esta vez todo fue más violento, más animal. Nos lamimos, nos tocamos y nos mordimos, haciéndonos con el control del cuerpo del otro. No había un solo centímetro de su cuerpo que no quisiera que fuera mío; no había un solo centímetro del mío que no quisiera que fuera suyo.

—Mi reina —le susurré, mirándola a los ojos, cuando volví a colocarme sobre ella en la cama—. No tienes que preocuparte por nada.

—Lo sé.

Mi mano derecha envolvió su cuello y, cuando ella jadeó, indicándome sin necesidad de palabras que podía entrar, que me estaba esperando, lo hice. Ni siquiera tuve que hacer fuerza, como si aquel fuera el lugar al que pertenecía.

—Triana —gruñí, moviéndome despacio en su interior.

Su humedad me indicaba lo mucho que me deseaba, y notarlo me hacía perder aún más la cabeza. El mundo entero desapareció para mí en ese momento, limitándose a ella y solo a ella; a mis sensaciones y a sus sonidos. Era la primera vez en toda una existencia que disfrutaba más del placer ajeno que del mío propio.

—Sigue —me pidió—. Más fuerte.

Y yo, cegado por la lujuria, aceleré el ritmo. Ella gimió al sentirme, una mezcla de éxtasis y dolor. Mis dedos se cerraron con más fuerza en torno a su cuello y ella me apretó desde el interior. Estábamos a punto de arder como la catedral, pero no podía parar. Cuanto más rápido nos movíamos, más alto teníamos que gritar para liberarnos.

—Tzadi —suspiró ella con las mejillas encendidas—. ¡Tzadi, mi rey!

Gruñí con fuerza, el fuego devorándome por dentro, y justo cuando noté sus músculos temblando, su mente perdida en la intensidad del momento, la miré. Tenía los ojos cerrados, la boca entreabierta, y estaba más bella que nunca.

—Joder —gemí—. Quiero fundirme contigo, Triana. Quiero estar dentro de ti para siempre.

Triana gritó y yo, incapaz de contenerme, estallé. Su cuerpo se contrajo en torno a mí, como si no quisiera que la abandonara nunca, y yo jadeé con fuerza, dejando dentro de ella todo mi placer.

Fue en ese momento, en el preciso instante en el que de verdad fuimos uno solo, cuando lo supe: el amor, esa estúpida enfermedad de los ángeles que llevaba años detestando con todo mi ser, me había infectado.

Y, por desgracia, el veneno y el antídoto tenían el mismo nombre.

Triana.

14

Carmen

Espoleé al caballo para que atravesara el bosque con rapidez, ambos convertidos en sombras de la madrugada. Llevaba envainada la espada de Miguel y la kinjara de Rafael atravesada en el fajín. Ellas eran las únicas que sabían a dónde me dirigía, las únicas a las que le había confiado lo que estaba a punto de hacer, y eso me tenía en tensión.

No había informado a los Guardianes de mi marcha porque sabía que la misión que tenía por delante era peligrosa y no me dejarían ir sola. En la oscuridad podían esconderse demonios, animales salvajes y bandoleros, pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr. Además, sospechaba que Yud solo quería verme a mí y que, si alguien me acompañaba, jamás me entregaría la kinjara.

Por eso, en mitad de la noche, me marché del monasterio.

Solo me detuve al amanecer, cuando el bosque se volvió menos espeso y ante mí se abrió un inmenso valle. En él descansaban unas ruinas antiguas que protegían la taifa de Córdoba. Sus piedras aún olían a esplendor, pero el tiempo las había castigado tanto que había destruido el más mínimo atisbo de orgullo y galantería. Aunque aún quedaban arcos en pie, algún que otro muro de carga, todo en ellas era oro desgastado, tristeza y dolor.

«Medina Azahara —solía decir mi padre, como si el nombre de aquella ciudad abandonada fuera una promesa, un juramento inquebrantable—. La ciudad brillante».

Solitaria y alejada de los Guardianes, era el lugar perfecto para reunirme con Yud.

—Espérame aquí —le susurré al caballo tras desmontar y acariciarle el lomo con delicadeza—. No tardaré.

Saqué la kinjara del fajín y me adentré en la ciudad con lentitud. Mis pies casi no hacían ruido contra la tierra, pero el corazón me golpeaba el pecho con tanta fuerza que sentía que toda Córdoba, a lo lejos, lo estaría escuchando.

—Yud —musité sin dejar de avanzar—. Yud.

Las armas de los arcángeles vibraron ligeramente y yo tragué saliva. Decir su nombre en voz alta hacía renacer en mi interior cientos de recuerdos y preguntas. Aquel demonio había matado a mis padres, pero también había susurrado mi nombre mientras hacíamos el amor.

No quería mirarle a los ojos de nuevo.

Necesitaba mirarle a los ojos de nuevo.

—Yud —repetí.

Contuve el aliento durante unos segundos y, después, nada. No ocurrió nada.

La rabia ardió con fuerza en mis entrañas y, sin pensarlo siquiera, grité. El sonido rebotó entre las ruinas y asustó a los pájaros que descansaban en las copas de los árboles. No me importó. Quería que las taifas enteras me escucharan. Quería que el estúpido Yud, que había vuelto a reírse de mí, supiera lo enfadada que estaba.

—¿Cuándo vas a dejar de jugar conmigo? —exclamé—. ¡¿Cuándo, maldita sea?!

Le di una patada a una piedra y, entonces, una voz a mi espalda me sobresaltó:

—Qué espada tan bonita.

Sabía que no era Yud incluso antes de darme la vuelta.

Un hombre desconocido me apuntaba con un trabuco, un arma de fuego contra la que no podía competir. ¡Mierda! Era un bandolero. Debía de haberme escuchado gritar.

—Aléjate de mí —le ordené, tratando de mantener la calma.

El hombre sonrió y se acercó un paso más. Llevaba un machete colgado del cinturón, pero no era el filo de metal lo que me preocupaba. Sabía que el

trabuco solo disponía de un disparo, ya que volver a cargarlo era un proceso tedioso y complicado. Pero sospechaba que sabía muy bien cómo utilizarlo.

—¿Qué haces aquí tan sola? —me preguntó, mirándome de arriba abajo.

—Te he dicho que te alejes.

El bandolero esbozó una sonrisa burlona y, sin apartar el arma, dio otro paso hacia mí. Se me revolvió el estómago cuando se pasó la lengua por los labios y le vi las intenciones. Ninguna de ellas era buena.

—Vamos a hacer esto lo más fácil posible —dijo—. Deja las armas en el suelo y levanta las manos.

Mi primer impulso fue el de negarme, el de enfrentarme a él, pero en los últimos días había aprendido a ser más comedida, más inteligente. Solté la kinjara sin decir nada y me quité el cinto con la vaina de Apocalipsis.

—Buena chica —musitó el bandolero, complacido, cuando la espada golpeó el suelo—. Ahora, levanta las manos.

Observé el cañón del trabuco, tan cerca de mi pecho, y levanté las manos. El hombre, al ver que obedecía, se relajó, aflojando levemente el dedo con el que apretaba el gatillo.

Entonces ataqué.

Volví a encararme con él y desvié la trayectoria del trabuco de un manotazo. Él disparó. El estruendo nos sobresaltó a ambos, deteniendo mis latidos un instante. Sin embargo, no me alcanzó.

—Hija de puta —gruñó.

Me empujó y, cuando caí al suelo, se abalanzó sobre mí. Pataleé e intenté quitármelo de encima, pero él me sujetó las manos y me inmovilizó las piernas. Cuando acercó su rostro al mío, envolviéndome con su olor nauseabundo, le escupí en la cara.

—Te voy a matar, zorra.

Grité, desesperada, y él me aplastó con más fuerza contra el suelo. Me revolví bajo su peso, incapaz de rendirme, pero, justo en ese momento, el bandolero emitió un gemido de dolor y se desplomó sobre mí.

Contuve el aliento. No entendía lo que había pasado hasta que la sangre caliente de su pecho me mojó la ropa.

Estaba muerto. Mi atacante estaba muerto.

Alguien lo había matado.

Me quité el cuerpo de encima y me levanté a toda prisa, asqueada y nerviosa. Tenía el estómago revuelto, las piernas temblando, un cadáver a mis pies.

—Carmen—. Mi corazón se detuvo de golpe al escuchar mi nombre, al darme cuenta de que reconocía a la perfección la voz de quien lo había pronunciado—. ¿Estás bien?

Yud. Era Yud.

Guardé silencio durante unos segundos, incapaz de respirar. Yud estaba allí, tal y como quería, pero no sentí la satisfacción esperada. Al contrario, el odio y el dolor escocían en mi pecho como si acabaran de echarme sal en una herida aún abierta.

—Sí —respondí, obligándome a controlar las náuseas—. Estoy bien.

—¿Por qué no has usado tu poder para defenderte?

—Porque, por tu culpa, lo he perdido para siempre.

El demonio se quedó callado. Entonces, cuando alcé la cabeza para mirarlo, me di cuenta de que algo en él era distinto. A pesar de las cicatrices que las torturas de Luzbel le habían provocado, su rostro seguía tan perfecto como lo recordaba: los mismos ángulos, los mismos labios carnosos, la misma nariz recta. Por primera vez lo veía con los tatuajes en forma de enredaderas en el cuello, pero eso no era eso lo que me resultaba diferente.

Al contrario que cuando lo había visto en el Alcázar, iba bien vestido. Llevaba una camisa blanca que dejaba ver la piel pálida del pecho, un calzón marrón oscuro a juego con las botas y un fajín negro. Ropa robada, probablemente. Los tres aros de plata seguían brillando en la oreja derecha, la flecha atravesando el cartílago de la izquierda. Sus ojos, sin embargo… no eran rojos. No los dos, al menos. El izquierdo seguía teniendo el color de la sangre, pero el derecho era marrón; un marrón imperfecto y cálido que, de alguna forma, lo hacía más humano.

—Cuando te he escuchado gritar…

—Tu ojo —le interrumpí—. ¿Qué le pasa?

Yud apretó los labios y yo me perdí en la imperfección de su mirada bicolor. Por primera vez había algo mortal en él, un color vulgar que rompía el equilibrio infernal de sus rasgos. Era extraño. Y sorprendente. Y lo más hermoso que había visto en toda mi vida.

—Te lo explicaré —me aseguró—. Si me lo permites, te lo explicaré todo.

—¿Y cómo sé que me puedo fiar de ti? ¿Cómo sé que no vas a volver a engañarme?

El demonio extendió una mano, ofreciéndome la kinjara que me faltaba. Su filo dorado estaba manchado con la sangre del bandolero, gritando mi nombre en un idioma que solo yo podía entender. Sentía vibrar su energía, sus ganas de volver con su hermana gemela después de tanto tiempo separadas, y me moría por recuperarla.

—Entenderé que no quieras escucharme —me dijo—. Si tanto me odias, Carmen, coge la kinjara y vete. Para eso me has llamado, ¿no? Te la entregaré sin decir una palabra y aceptaré mi destino. —Tanto el marrón como el rojo de su mirada brillaron con tristeza, y yo sentí una molesta punzada en el pecho—. La decisión es tuya.

Durante unos segundos, dudé. Una voz me decía que cogiera la kinjara y me olvidara de él para siempre, que no se merecía mi tiempo, pero la otra me suplicaba que me quedara. Si hacía caso a la primera, Yud no tendría la oportunidad de engañarme de nuevo; si se lo hacía la segunda, podría cerrar por fin todo aquello que había quedado abierto entre nosotros.

«Creo que deberías hablar con él —me había dicho Frasquita—. Estoy segura de que, si no lo haces, terminarás arrepintiéndote».

Estaba a punto de decirle que no, de huir para siempre de él y mis sentimientos, cuando los tatuajes de su cuello comenzaron a desaparecer. Lo hicieron poco a poco, como si su cuerpo los estuviera absorbiendo. Yud ni siquiera se inmutó. Al contrario, y a pesar de que su parte de demonio se estaba difuminando, se quedó muy quieto, observándome, esperando mi reacción.

«Esto también te lo contaré», parecía estar diciéndome.

Y yo necesitaba averiguar la verdad.

—Está bien —acepté—. Te escucharé, pero no prometo nada.

Cogí la kinjara que me ofrecía y nuestros dedos se rozaron. Su piel estaba caliente, como siempre, y algo estalló en mi interior con la fuerza de mil soles. Recuerdos de una noche de pasión con la Alhambra como testigo.

Nuestras manos entrelazadas. Mi poder, dorado e intenso, crepitando en mi interior.

«En todas las vidas y en todos los mundos».

Retiré la mano de golpe, arrebatándole la kinjara, y él mantuvo el brazo extendido, como si no quisiera aceptar que me había apartado con violencia, con asco, con la desconfianza que se le muestra a un enemigo.

—Te juro que esta vez solo diré la verdad —me dijo, mirándome a los ojos—. Espero que estés preparada para escucharla.

Nos refugiamos en uno de los pocos edificios de Medina Azahara que aún quedaban en pie; un espacio abandonado que, en su día, debió de ser una de las construcciones más lujosas de la ciudad. Un palacio, quizá.

Aunque ya no quedaba nada de su antigua magnificencia, en el pasillo que se abría ante nosotros se alternaban elegantes columnas en mármol azul y rosa, todas ellas sosteniendo arcos de herradura con dovelas rojiblancas. Aún podía respirarse esa magia ancestral que parecía recubrir las construcciones del pasado.

—Me recuerdan a los de la catedral de Córdoba —musitó Yud, pensativo. Su voz parecía acariciar los restos de la cuidada decoración vegetal de las paredes—. Los arcos.

—A mí también.

Se giró para buscarme y yo, apoyada en una de las columnas, le sostuve la mirada. Sus dos ojos eran rojos de nuevo, como si el marrón no hubiese sido más que un espejismo. Los tatuajes, sin embargo, no habían vuelto a aparecer. Por alguna razón que no llegaba a comprender, Yud volvía a ser el de siempre, infernal y hermoso; el demonio sin un ápice de humanidad que me había destrozado el corazón.

—¿Recuerdas lo que pasó allí? —me preguntó en voz baja—. En la catedral.

¿De verdad me estaba preguntando si recordaba lo que había pasado cuando robamos la espada de Miguel? Ese día, al herirlo con mi poder, me había dado cuenta de lo mucho que me importaba; de que Aleph, no Yud, se

había convertido en mucho más que mi compañero de viaje. Ese día había abandonado a los Guardianes, a mi propia familia, por escapar junto a él.

Qué tonta había sido.

—Ibas a hablarme de tu ojo —le recordé. No estaba dispuesta a dejar que desviara el rumbo de la conversación. Tenía la kinjara escondida en el fajín, junto a su gemela, pero aún necesitaba respuestas—. Por eso llevabas un parche cuando eras Yud, ¿verdad? Porque a veces se vuelve marrón y querías ocultarlo.

Habíamos compartido muchos días juntos en nuestro viaje a Granada, y ni una sola vez había visto que sus ojos cambiaran de color. Conmigo nunca había necesitado llevar un parche. De hecho, esa había ido una de las razones por las que jamás se me habría pasado por la cabeza que Aleph fuera Yud.

—Sí —confesó él—. Cuando mato a alguien, mi ojo derecho recupera su color original, el que tenía cuando era un ángel, aunque solo por unos instantes. Durante unos días, también desaparecen mis tatuajes.

—¿Por qué? —pregunté, obligándome a no pensar en él siendo un ángel —. ¿Qué cambia en ti cuando matas a alguien?

El demonio bajó la vista, como si le costara un mundo responder, y después volvió a mirarme. La luz gris del amanecer entraba por las grietas de las paredes y le iluminaba el rostro. En medio del aquel esplendor abandonado no me costaba imaginármelo como a un príncipe, el heredero de un imperio consumido hasta los cimientos.

—Mi poder —suspiró Yud—. Mi poder lo explica todo.

Fruncí el ceño y él dio un paso hacia mí. Yo me crucé de brazos, protegiéndome de una amenaza que solo existía en el interior de mi pecho.

—En el Cielo, cuando era un ángel, el Creador me nombró portador de almas —me dijo, con tristeza—. Fue todo un honor, ¿sabes? Por primera vez en toda mi existencia sentí que de verdad servía para algo, que era alguien importante.

—¿Portador de almas?

—Cuando un ser vivo muere —me explicó—, su cuerpo ya no sirve, pero su alma se reúne con el Creador. Es… es algo mágico, Carmen, es como si vuestra energía, vuestro yo más profundo, volviera al lugar al que

pertenece. En la Tierra se sufre, pero en el Cielo se encuentra el descanso eterno, la paz. —Por un instante se le rompió la voz, como si los recuerdos le hicieran daño, aunque enseguida se repuso—. Cuando el Creador les dio vida a los humanos, yo estaba allí. Superé unas pruebas para poder acompañarlo. Él me pidió que me encargara de recoger las almas de los difuntos para guiarlas hasta el Cielo.

De repente recordé conversaciones, palabras que vinieron acompañadas de olor a jazmín, de cosquillas en el estómago. Aleph acariciando al cervatillo mientras me aseguraba que las almas de los animales eran más puras que las de los humanos; Aleph, tumbado junto a mí en una cueva que encontramos de camino a Granada, dándome calor.

«¿Y cómo es mi alma?», le había preguntado yo, una Carmen más inocente que aún no conocía el sabor de las mentiras.

«Parece que está hecha de estrellas».

—¿Solo tú puedes ver las almas? —le pregunté, obligándome a luchar contra los recuerdos—. Pensé que era algo que hacíais todos los demonios.

—Es complicado —me respondió él. No me había dado cuenta, pero se había acercado un poco más. Ahora podía apreciar lo largas que eran sus pestañas, lo intenso que era el rojo de su mirada—. Todos los demonios las vemos, pero solo yo puedo guiarlas. Ese fue el poder que me dio el Creador.

El concepto de las almas era tan complejo para mí, tan abstracto, que estaba empezando a marearme. Escuchaba sus palabras como si me estuviera contando un cuento; algo cuya veracidad, por más que quisiera, no tenía forma de comprobar.

—El problema vino cuando nos expulsaron del Cielo —continuó Yud, ajeno totalmente al debate que tenía lugar en mi interior—. En el Infierno nos corrompimos, y todo lo que habíamos sido como ángeles, cambió. Nuestro poder se volvió oscuro y aterrador.

—De ahí vuestros tatuajes —apunté, recordando lo que me había contado sobre ellos en nuestro camino a Granada, lo mucho que se había abierto conmigo—. Pasaron de ser dorados a ser negros.

—Así es —confirmó él—. Mi poder también cambió o, más bien, se limitó. Tras el Infierno, solo podía llevar al Cielo las almas de aquellos a los que mataba con mis propias manos.

Me revolví, incómoda, y los ojos de Yud me lanzaron una disculpa silenciosa. Matar con sus propias manos. Como a mis padres. Como al bandolero cuyo cadáver habíamos abandonado entre las ruinas. Por más que quisiera, no podía olvidarme de quién era en realidad. Un señor del Infierno; un matador.

—Cuando llegué al Infierno, me resistí a dejarme consumir por las sombras. Con el tiempo me rendí, pero la oscuridad nunca llegó a hacerse con el control de mi alma por completo. Una parte de mí consiguió mantenerse intacta, como una luz encendida entre las tinieblas, y yo… yo luché por ella. —Sus ojos brillaron, llenos de esperanza, y mi corazón se saltó un latido—. Salí del Infierno con mucho odio, con ansias de vengarme de los ángeles y los humanos, pero también sintiéndome desgraciado. Al contrario que a mis hermanos, los remordimientos me acechaban. Sabía que podía salvar las almas de los inocentes, y no hacerlo me pesaba por las noches. Por eso, me esforcé por mantener con vida esa luz que había sobrevivido en mi interior y empecé a usar de nuevo mi poder.

—¿Y qué dijo Luzbel de eso?

—Luzbel nunca se enteró —me explicó, pasándose una mano por el pelo. Un par de mechones oscuros se escaparon con rebeldía y le cayeron sobre la frente, haciéndome perder la concentración—. Él quería que las almas se quedaran en el Infierno para arrebatárselas al Creador, y yo las estaba enviando al Cielo, con nuestros enemigos. Aunque fuera un demonio, aunque las sombras me hubieran convencido de que los humanos merecían ser castigados, no soportaba ver cómo sufrían. —Esbozó una sonrisa triste, y yo me reprendí a mí misma por permitir que ese gesto me ablandara—. Eran pocas almas, solo las de aquellos a los que mataba yo mismo, pero cuando se las quitaba a Luzbel, me sentía un traidor. Por eso, para que no me descubrieran, empecé a fingir ser alguien que no era.

—Yud no tiene poder, dicen que se lo quitó Luzbel —entoné, repitiendo la estrofa que mejor me sabía de la estúpida canción infantil—. Hiciste creer al resto de demonios que habías perdido tu poder en el Infierno, pero seguías utilizándolo a sus espaldas.

—Así es.

—¿Y Luzbel no se dio cuenta? ¿Nunca sospechó que le estabas robando las almas?

—No —respondió él, encogiéndose de hombros—. En el Infierno nuestra relación no fue tan sólida como en el Cielo.

—¿Y qué hacías cuando el ojo te cambiaba de color y tus tatuajes desaparecían? ¿Cómo se lo ocultaste?

Yud sonrió con una pizca de diversión, y su mirada pareció decirme «sigues siendo una adicta a las preguntas». Estuve a punto de devolverle el gesto, de dejar que la complicidad que habíamos tenido antaño volviera a convertirnos en un equipo, pero reaccioné con rapidez y me mantuve seria, alejada de cualquier muestra de afecto hacia él.

—En el Infierno, de una forma u otra, todos sufrimos heridas —me explicó, borrando la sonrisa de su rostro—. Por eso, cuando me cubrí el ojo derecho con un parche, Luzbel no me cuestionó. Tampoco lo hacía cuando desaparecía durante días y solo volvía al recuperar mis tatuajes. Cada uno de nosotros gestionó nuestra estancia en el Averno de una forma distinta. La mía fue escudarme en una obsesiva necesidad de aislamiento y volverme un experto mentiroso.

—Eso desde luego —solté, incapaz de ocultar el dolor que aún me producían sus mentiras—. Ni siquiera yo descubrí quién eras en realidad. Pasamos mucho tiempo juntos, sin separarnos un solo segundo, y aun así me engañaste.

—No fue fácil. Durante el tiempo en el que estuvimos juntos tuve que matar, Carmen. Lo hacía por la noche, cuando dormías, porque si no lo hubiera hecho, me habrían vuelto a salir los tatuajes del cuello y me habrías reconocido.

Tardé un par de segundos en asimilar lo que me estaba diciendo. «Tuve que matar». En el tiempo que habíamos compartido, sin que yo me diera cuenta, Yud había matado gente. Había *asesinado*. El asco y la vergüenza por haberme dejado engañar tan fácilmente me golpearon con fuerza, incendiándome por dentro.

—Eres un…

—Carmen —me interrumpió, adelantándose a mi enfado—. Fueron muy pocas personas, y siempre que intenté que…

Bufé y me di la vuelta porque me sentía incapaz de mirarlo. Tenía el estómago revuelto, los dedos ardiendo de pura rabia. La noche en la que habíamos salvado al cervatillo, cuando yo enfermé porque me había quedado sin energía tras usar mi poder, tuve alucinaciones. En uno de esos delirios, había visto a Yud volviendo a la iglesia abandonada con las manos manchadas de sangre, pero en ningún momento se me había pasado por la cabeza que aquello fuera más que una imagen creada por mi propia mente. Me había sentido tan segura a su lado que nunca lo habría imaginado como a un asesino.

Pero lo era. Claro que lo era.

—Carmen…

—Cállate.

Me costaba mucho respirar y lo único que quería era gritarle, atacarle con la espada de Miguel y acabar así con su vida y con mi sufrimiento. Sin embargo, no podía hacerlo. Aún tenía muchas preguntas sin respuesta y no pensaba marcharme de allí sin tenerlas todas. No iba a dejar que sus mentiras, una vez más, me apartaran de mi objetivo de acabar con Tzadi y ganar la guerra.

Cogí aire para tranquilizarme, para no abalanzarme sobre él, y le dije:

—Cuando matas, ¿qué pasa exactamente? ¿Por qué cambia el color de tu ojo y te desaparecen los tatuajes? Explícame eso.

—Las almas pasan por mi cuerpo —me respondió, algo avergonzado—. De alguna forma, al sentirlas, la parte de mí que debería haber muerto en el Infierno pero conseguí salvar, mi parte de ángel, revive. El ojo solo cambia durante unos instantes, ya lo has visto, pero los tatuajes tardan unos días en volver. Es como cuando me curaste tras clavarme la kinjara en la fiesta; el poder de los ángeles se quedó en mi interior como un veneno, y la oscuridad necesitó un tiempo para regenerarse.

—¿Solo te ocurre con las almas de los humanos? ¿O también con las de los demonios?

—Las almas de los humanos son las únicas que se pueden salvar. Las nuestras… están condenadas al Infierno. Para poder enviar el alma de un demonio al Cielo, a esta tendrían que haberle arrebatado la oscuridad, y eso no es nada fácil.

—¿Y hay alguna forma de arrebatársela? ¿Alguna forma de limpiar el alma de un demonio?

—Sí —me respondió él—. Consiguiendo que vuelva a amar.

Puse los ojos en blanco, ya que estaba segura de que ningún demonio era capaz de amar de verdad. Él guardó silencio. Muy a mi pesar, no pude evitar la oleada de lástima que sentí por él, por lo que tendría que soportar cada vez que un alma humana atravesaba su cuerpo. Cuando le había curado, mi gracia le había hecho sufrir durante días. ¿Qué se sentiría teniendo que lidiar con el peso de miles de muertes? ¿Explicaría eso el profundo dolor que veía en su mirada?

—Hay una cosa que no entiendo —le dije, dándome la vuelta de nuevo. Su rostro, apenado y arrepentido, no apaciguó mi enfado—. Has dicho que, cuando tu poder cambió en el Infierno, solo podías enviar al Cielo las almas de aquellos a los que matabas tú mismo. Pero ¿qué pasó cuando acabasteis con los ángeles? Según tengo entendido, las puertas del Cielo están cerradas y, al igual que vosotros, las almas no pueden entrar.

—No las envío a ningún sitio, Carmen —suspiró él—. Desde que no puedo enviarlas al Cielo… me las quedo yo.

—¿Qué quieres decir?

—Que desde que acabó la guerra, me he guardado las almas de todas y cada una de las personas a las que he matado, porque sabía que yo era el único que podría salvarlas algún día.

«El amor no te los va a devolver —me había dicho en el Alcázar cuando nos reencontramos hacía apenas unas semanas—. Pero existe una manera… existe una manera de que puedas volver a verlos».

—Sí —añadió—. Las de tus padres también.

Contuve el aliento durante unos segundos y, olvidándome de que se trataba de un señor del Infierno, de que era un asesino, avancé hacia él. Notaba los labios impregnados de un sabor dulce que hacía mucho tiempo que no degustaba: el de la esperanza.

—Yud —susurré, mirándolo a los ojos—. ¿Me estás diciendo…?

—No puedo resucitarlos —me interrumpió—, ni siquiera yo tengo ese poder. Lo que sí puedo hacer es salvar sus almas de las torturas del Infierno.

Si recuperáis el Cielo y abrís las puertas, podré liberarlos y asegurarme de que, el día en que mueras, te reúnas con ellos. Para toda la eternidad.

Todo a mi alrededor se detuvo, como si hasta el mismísimo tiempo hubiera desaparecido, y estuve a punto de perder el equilibrio. Ni siquiera me acordaba de cómo respirar. Las certezas que había tenido hasta ese momento se estaban haciendo pedazos por culpa de Yud. Todo mi mundo se estaba haciendo pedazos por culpa de Yud.

—No es verdad —musité, incapaz de creer sus palabras—. Estás… estás mintiéndome otra vez. No puedes guiar las almas a ningún sitio. No puedes controlarlas.

—Carmen —me dijo él con calma, sosteniendo mi nombre con un cariño que desataba cruentos conflictos en mi pecho—. Ya lo he hecho antes. Con Dancaire.

Me quedé muy quieta, observándolo, intentando entender. ¿Dancaire? Al recordar a mi mentor, la forma en la que me lo habían arrebatado, un relámpago de nostalgia prendió en mis entrañas. Me habría gustado decirle tantas cosas que, cuando pensaba en él, mi cuerpo entero gritaba de dolor.

«Te quiero, mi niña de fuego. Mi pequeña guerrera. Tu padre… tu padre estaría orgulloso de ti».

—A Dancaire no lo maté yo —me aclaró Yud—, por eso no pude quedarme con su alma. Lo que sí pude hacer fue bajar al Infierno a por ella, y mantenerla en la Tierra durante unos minutos. Él nunca supo que fui yo quien le dijo dónde estaba el tesoro de los ángeles, ni tampoco quien lo envió a la Alhambra, pero no podía no hacerlo. Quería que lo vieras por última vez.

Mi mente me decía que tuviera cuidado, que me estaba engañando de nuevo, pero mi corazón sabía de sobra que lo que Yud me estaba diciendo era verdad. Por eso latía extasiado. El Dancaire que había visto en la Alhambra no había sido una ilusión, sino una realidad. Gracias a Yud, mi mentor me había podido guiar hasta el Patio de los Leones, donde se encontraban los arcángeles. Gracias a él, al mismísimo Escamillo, había podido darle un último adiós a Dancaire.

—También me comuniqué con el alma de Pan —me dijo—. Fue así cómo nos encontró a las afueras de Sevilla, antes de empezar nuestro viaje.

Quería que tuvieras a alguien conocido cerca, que te sintieras más segura, y le indiqué nuestra ubicación. Siempre he tenido una conexión especial con el alma de los animales.

Las lágrimas me quemaban en la garganta por culpa del dolor, de la alegría y la confusión. Los ojos de Yud, clavados en los míos, avivaban el incendio que ardía en mi pecho. ¿Era odio lo que sentía o este se había mitigado y lo que sentía era un profundo agradecimiento hacia el demonio al que tantas veces había jurado matar?

—Yud…

—Soy un asesino, Carmen, y no busco tu perdón —me interrumpió—. Lo que sí quiero que sepas es que, cuando mato, lo hago por que las vidas arrebatadas por mis manos son almas salvadas. Por eso siempre prefiero hacerlo yo antes de que lo hagan mis hermanos. Es mejor cargar con el dolor que con los remordimientos.

«Me suplicó que te dijera que todo había sido verdad, y que tenía que salvarlos por ti —me dijo Frasquita—. No sé a quién se refería, pero tenía que hacerlo». Y ahora, por fin, lo entendía.

Hablaba de las almas.

De nuevo, los recuerdos me abordaron, haciendo que me mareara. La forma en la que Yud me había mirado cuando detuvo los latigazos en la taberna de Lillas Pastia; la tristeza de sus ojos al ver el asesinato de la primogénita en la fiesta del Alcázar; el Tuerto contándome que lo había visto abrazando a un animal herido.

El Escamillo había creado una leyenda a su alrededor para que Luzbel no sospechara lo que estaba haciendo, pero todo era una mentira, una máscara. Las sombras del Infierno, al contrario que con el resto de los demonios, no habían podido acabar con él. No del todo, al menos. Aunque había matado, lo había hecho por bondad y compasión, no por crueldad.

—¿Dónde están? —le pregunté. Sabía que mis padres, de alguna forma, estaban en su interior; y eso me hacía sentirlos más cerca que nunca—. ¿Dónde… dónde las guardas? Las almas.

El demonio dio un paso hacia mí, acortando la distancia que nos separaba, y después me agarró una mano. Quise apartarme, pero no lo hice. Me temblaban las piernas y él era lo único que me mantenía en pie.

—Aquí —me dijo, llevando mi mano hasta su pecho—. Las guardo todas aquí.

Contuve el aliento al sentir sus latidos, al darme cuenta de que eran tan reales como los míos. Siempre había pensado que Yud no tenía corazón; ahora lo estaba notando con mis propias manos. En el pecho del Escamillo había vida, muchas vidas, y él llevaba toda una existencia sufriendo para que miles de inocentes no tuvieran que hacerlo.

—Carmen —susurró, mirándome a los ojos—. No mentía cuando te dije que volviste a darle sentido a mi existencia. Al principio, cuando me di cuenta de lo mucho que dolía esta carga, quise rendirme. No tenía ganas de seguir viviendo, y tampoco de ayudar a los desagradecidos humanos, así que pasé años enteros lamentando mi inmortalidad. —Su mirada recorrió mi rostro, como si hubiera pasado mucho tiempo deseando hacerlo, y yo me quedé sin aire—. Solo cuando te conocí me di cuenta de que estaba equivocado, de que si todos se parecían en algo a ti…

—… merecían ser salvados —completé yo casi sin voz, terminando la frase que ya me había dicho una vez, en Granada, justo antes de besarme por primera vez.

Sus ojos se detuvieron en mis labios, y yo sentí una incontrolable atracción hacia él. Cada vez que su corazón bombeaba sangre, escuchaba las voces de mis padres. También escuchaba la mía, suspirando aliviada porque teníamos razón. Joaquín se equivocaba cuando me había dicho que necesitaba más tiempo para enamorarme de Yud, que no le conocía. En el tiempo que habíamos pasado juntos, había conocido lo suficiente de él como para que mis barreras de hielo se derritieran.

—Ahora podemos hacerlo juntos, Carmen, como un equipo —me aseguró—. Saca a los arcángeles de la Alhambra y abre las puertas del Cielo. Hazlo para que pueda liberar todas estas almas, para que por fin puedan descansar en paz. Hazlo por ellos si no quieres hacerlo por mí.

Por primera vez en mucho tiempo volvía a ver a Aleph, no a Yud; y quería abrazar la bondad que ocultaba bajo todas sus capas de rojo. Aún tenía reciente el dolor de las mentiras, la cruda certeza de que era un asesino, y no podía perdonarlo. Sin embargo, notaba como todas las

barreras que me había impuesto, todas las que le había impuesto a él, comenzaban a debilitarse.

—Lo haré —musité—. Venceremos a Tzadi y abriremos las puertas del Cielo.

La mirada del demonio se volvió más roja, como si estuviera hecha de rubíes, y de nuevo buscó mis labios. Algo me decía que no me lo había contado todo, que todavía guardaba dentro cientos de secretos, pero que aún no estaba preparado para revelarlos. Yo, quizá, tampoco lo estaba para escucharlos.

—No puedo acompañarte a liberar a los arcángeles —me dijo sin apartar los ojos de mi boca—. No puedo estar cerca de Miguel. Sin embargo, nos veremos en la batalla y lucharemos juntos. Te estaré esperando.

—¿Es una amenaza? —le pregunté, incapaz de contenerme.

—Una advertencia, más bien.

El aire entre nosotros se volvió más espeso, más caliente. Aún notaba su pulso frenético en la palma de la mano, aún recordaba lo mucho que sus besos sabían a dátiles. Estaba traicionando a la Carmen que le había odiado, la Carmen que tantas veces había jurado matarlo; pero tenía un huracán de sentimientos en el pecho que no podía controlar: admiración, rabia, alivio, dolor, atracción.

Esperanza.

Fe.

Por eso, cuando Yud me besó, no me aparté. Mi cuerpo estaba ansioso por sentirlo cerca, por volver a probar su néctar. Había jurado matarlo, pero, ahora que sabía la verdad, solo quería revivir todo aquello que habíamos compartido en Granada. La intimidad. La felicidad. El amor.

Con el roce de sus labios, mi gracia crepitó en mi interior, dorada e intensa, deseando convertirme la piel en oro. Había pasado tanto tiempo encerrada dentro del odio que notaba cómo golpeaba con fuerza los barrotes de la jaula, preparada para estallar. La chispa de sus besos me incendió y yo me preparé para dejarme arder.

Sin embargo, cuando Yud se apartó de golpe, la magia se hizo añicos.

—No —susurró, dándose la vuelta—. No puedo.

Me aparté el pelo de la cara y, al darme cuenta de lo que acababa de ocurrir, mis mejillas enrojecieron. ¿Cómo había podido dejarme llevar así? ¿Cómo había podido lanzarme de nuevo al precipicio que sabía que eran mis sentimientos por él? Tenerlo cerca y volver el sentir la calidez de mi gracia me habían hecho perder el control.

—No sé qué es lo que me ha pasado —me dijo. Se dio la vuelta y clavó sus ojos en los míos—. Lo siento, de verdad.

—No te preocupes —le dije—. Yo tampoco sé qué es lo que me ha pasado.

Nos miramos durante unos segundos, en silencio, sabiendo que, aunque ambos queríamos caer en la tentación, era una locura hacerlo. No podía ilusionarme de nuevo. Ya había comprobado que el amor me hacía más débil, y la batalla contra Tzadi estaba demasiado cerca.

—Siento haberte engañado —confesó. Quiso dar un paso hacia mí, pero terminó quedándose donde estaba—. Siento mucho haberte hecho daño.

—¿Me quieres? —le respondí, incapaz de retener la pregunta entre los labios. Me sentía humillada, ridícula, pero no podía quedarme con la duda. No podía marcharme de allí sin saber qué era lo que Yud había sentido por mí—. Dime la verdad.

—Carmen, creo que no es el momento de…

—Sí o no, Yud. No es tan complicado.

El demonio se quedó callado, sus pupilas perdidas en las mías, y, antes de que dijera nada, supe la respuesta. Siempre había estado delante de mí, tan clara y cristalina como el agua de un arroyo, pero yo me había negado a verla. Había estado tan desesperada por su atención, por creerme merecedora de un amor como el suyo, que había sido incapaz de ver la realidad.

—Carmen, tienes que entender que estoy maldito, que tengo que volver al Infierno. Nosotros no… no podríamos tener un futuro. Todo lo que he hecho hasta ahora, todo lo que he dicho, ha sido por ellas. Lo entiendes, ¿verdad?

Se llevó las manos al pecho, como si así pudiera abrazar a las almas que guardaba, y yo lo observé en silencio. Aunque intenté fingir indiferencia,

sus palabras habían sido como una puñalada. Por ellas. Todo lo que había hecho, todo lo que había dicho, había sido por ellas.

—¿Y qué significó entonces lo que pasó entre nosotros? ¿Todo lo que me dijiste?

—Tenía que llevarte a Granada —confesó—. Tu familia y tú… Tenía que conseguir que sacarais a los arcángeles de la Alhambra. Sois los únicos que podéis abrir las puertas del Cielo, los únicos que podéis ayudarme.

No me lo podía creer. Yud, al igual que Tzadi, había marcado un camino que yo, como una estúpida, había seguido. Me había utilizado, al igual que yo lo había utilizado a él, porque necesitaba a alguien para liberar a los arcángeles, alguien que le ayudara a librarse del peso de las almas. La orden de Joaquín le había obligado a acompañarme hasta Granada, y eso le había resultado muy conveniente. Lo que había pasado entre nosotros no había sido más que una estrategia.

«Probablemente te ha engañado, porque eso es lo que ellos hacen: mienten para conseguir lo que quieren —me habían dicho los arcángeles—. Puede que te ayudara a llegar hasta aquí, pero debía de tener alguna intención oculta que no fuiste capaz de descubrir».

Y, por desgracia, tenían razón.

Yud no iba a luchar por mí, ni en todas las vidas, ni en todos los mundos. Solo quería que le ayudara a liberarse de una carga que ya se le hacía insoportable.

—Lo entiendo —me forcé a decir. Tenía que volver a levantar un muro de hielo entre nosotros, poner la misión por encima de los sentimientos—. Lo único que importa de verdad son ellas. Las almas de los inocentes.

Yud apretó los labios, como si quisiera decir algo más y no se atreviera. Eso confirmó todas mis sospechas. Podía sentir la atracción entre nosotros, el hambre y las ansias con las que nos llamábamos a gritos, pero también el frío que nos separaba.

—Carmen…

—Nos veremos en la batalla —le interrumpí. Si le daba la oportunidad de seguir hablando, sus palabras me atarían a él para siempre—. Adiós, Yud.

Al ver que se quedaba callado, me di la vuelta. Cuando comencé a caminar, las lágrimas me anegaron los ojos. No quería marcharme, pero tampoco podía quedarme. ¿De qué habría servido? Yud y yo no estábamos destinados a estar juntos. Todo lo que habíamos vivido había sido una mentira, un delirio. Él nunca me había amado de verdad.

Por esa razón, aceptar que yo sí lo había hecho no era una tarea fácil.

¿Por qué había tenido que descubrir la verdad sobre él? Quería seguir odiándolo para que todo fuera más fácil. Quería seguir pensando que era un asesino sin sentimientos.

—Carmen.

Me giré hacia él tan rápido que me avergoncé a mí misma.

—Ten cuidado con los arcángeles —me advirtió Yud—. Por favor.

La decepción me aplastó como una losa, destruyendo todas mis esperanzas. Claro que Yud iba a decirme que tuviera cuidado con los ángeles que le habían expulsado del Cielo, aquellos que le habían arrancado las alas. Por desgracia, eran ellos los que me habían dicho la verdad, mientras que de su boca solo había escuchado mentiras.

—Está bien —respondí—. Lo tendré.

Volvimos a quedarnos callados; él queriendo decir algo más, yo esperando que lo hiciera. El silencio nos cortaba la piel con sus puntas afiladas, y ninguno de los dos se sentía capaz de hacerle frente. ¿Qué podíamos decir? Pertenecíamos a mundos opuestos, no tenía sentido pensar que entre nosotros podía haber algo más. Lo único que importaba de verdad eran los inocentes a los que teníamos que salvar.

Volví a darme la vuelta y, esta vez, me obligué a seguir hacia delante, a no pensar en todo aquello que dejaba atrás. Esta vez fui capaz de centrarme en la carga que llevaba sobre los hombros, de anteponer la responsabilidad a los sentimientos.

Aunque no fuera eso lo que quisiera.

Aunque doliera.

Aunque tuviera más claro que nunca que, a pesar de sus pecados, siempre estaría enamorada de Yud.

15

Tzadi

En los dos días que siguieron a la coronación, tres tatuajes más desaparecieron de mi rostro. «No consentirás pensamientos ni deseos impuros». «No darás falso testimonio ni mentirás». «No robarás». Los mandamientos que rodeaban mis ojos habían aparecido mucho después de la creación de los humanos, cuando mis hermanos y yo empezábamos a acostumbrarnos a las miserias del Infierno. La oscuridad ya había consumido mi alma y llenado mi cuerpo de vetas negras, pero aquellas palabras fueron el golpe de gracia. Con los mandamientos, el Creador les puso límites a los Hijos de Adán, y las sombras quisieron recordarme para toda la eternidad que yo, como demonio, no los tenía; que el odio y las sombras me habían hecho libre.

Sin embargo, su sutil recordatorio estaba desapareciendo.

Y yo me sentía débil.

Cada vez que una palabra desaparecía de mi piel, un latigazo de dolor me hacía retorcerme. No sabía si eran las sombras las que querían aferrarse a mí con desesperación o era yo el que estaba luchando por conservarlas, pero no me gustaba. De alguna forma, cada vez que uno de mis tatuajes se desvanecía, me sentía más humano. Y eso me asqueaba.

—Protegeré la ciudad con mi poder —estaba diciendo Resh. Iba vestido con el traje de matador, y los dos aros de plata que le atravesaban el labio inferior brillaban bajo la luz de los soles que iluminaban la estancia—. Mi fuego impedirá que los arcángeles entren en Sevilla.

Aunque la sala estaba llena de dragones, en ella reinaba el silencio. El espacio era amplio, con un alto techo de madera y oro sobre nosotros, pero yo sentía que me asfixiaba. El mármol blanco del suelo, las yeserías de las paredes, los arcos en forma de herradura que daban acceso al jardín; todo parecía ir haciéndose más pequeño con el paso de los segundos. Hasta el trono de ébano y plata en el que estaba sentado empezaba a resultarme incómodo.

—¿Crees que el fuego va a detener a los arcángeles? —le preguntó Antonio. Estaba junto a Balthasar en el escalón más bajo de la tarima que alzaba el trono. Al contrario que a los demonios, a los humanos no les tenía permitido subir más porque, como mortales, debían estar siempre por debajo de nosotros—. Por mucho que lleven años encerrados, siguen siendo poderosos.

—Mi fuego no es un fuego normal, estúpido —replicó Resh—. Se trata de un fuego infernal, alimentado por la oscuridad, y es mortal para los ángeles.

Los ojos de Resh ardieron, y supe que quería hacer estallar en llamas al cacique de Sevilla. Por desgracia, Triana intervino justo en ese momento, y el Magma se olvidó del insignificante Antonio.

—¿Existe alguna forma de apagar ese fuego infernal? —quiso saber. Estaba sentada a mi derecha, en un trono que había creado para ella con mi poder.

—No —respondió Resh—. Solo yo puedo controlarlo así que, para apagarlo, tendrían que matarme.

Triana asintió, pensativa, y yo miré los tatuajes que, en forma de llamas, cruzaban la cara de Resh. A él no le estaban desapareciendo, y no tenía que luchar cada día contra la debilidad. Eso me enfureció. La corona de Luzbel pesaba más de lo normal sobre mi cabeza y tenía que concentrarme para que la vista no se me nublara.

—¿Y para qué queremos impedir que los arcángeles entren en Sevilla? —intervino Balthasar—. Según tenía entendido, majestad, queremos que lleguen hasta aquí.

Cerré los ojos y, sin decir nada, me froté el tabique de la nariz. De repente tenía calor, mucho calor, y hasta había empezado a… ¿sudar? No,

no podía ser. Llevaba miles de años sin que esas nimiedades mortales me preocuparan. Quizá me estaba volviendo loco.

—Entrarán —le aseguró Triana—. Entrarán y llegarán hasta nosotros.

—Pero lo harán débiles y mermados —añadió Shin, en pie junto a Resh. Al igual que él, llevaba puesto su traje de matador—. Esa es la clave.

La sala se llenó de voces y yo bajé la vista hasta los tres cerberos que estaban tumbados a mis pies. Sujetos por el cuello con cadenas de plata que salían directamente de mi trono, tenían el cuerpo cubierto de pelo negro, el pecho desgarrado y carecían de corazón. Los tres híbridos estaban masticando algo con interés, moviendo sus colas en forma de serpiente. El sonido que hacían con los dientes me hizo arrugar la nariz. Al darse cuenta de que los observaba, uno de ellos levantó la cabeza y me miró con sus ojos lechosos. Solo entonces descubrí que lo que estaba mordiendo eran miembros humanos. Brazos y piernas. Se estaban comiendo lo que quedaba de los devotos condenados en la Plaza.

—Va a ser como un juego —dijo Resh, transformando su crueldad en sonrisa—. Un juego cuyo tablero será Sevilla.

—Exacto —confirmó Triana—. Vuestro papel será minar al adversario, y el nuestro, como reyes, darles jaque mate.

Tanto demonios como humanos volvieron al silencio y sus miradas me buscaron. Sin embargo, hacía rato que la conversación había dejado de importarme; no sabía qué decir. La sala entera me daba vueltas y hasta la camisa blanca con la que me había vestido esa mañana parecía estar haciéndose más pequeña.

—Tzadi —me susurró Triana—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —le respondí—. Perfectamente.

Triana se apoyó en uno de los brazos de su trono para acercarse más, y yo me obligué a serenarme. Desde donde estaba me llegaba su olor, un aroma dulce que hacía que las ganas de besarla me consumieran. El vestido negro que había elegido ese día dejaba ver la piel de su cuello, de su escote, y yo me moría por acariciarla, por recorrerla con mis labios y demostrarle una vez más que era mía y solo mía.

—Si necesitas que nos vayamos, dímelo —me propuso en voz baja—. Aquí mandamos nosotros y no le debemos nada a nadie. Podemos terminar

esto en cualquier otro momento.

Estuve tentado de decirle que sí, que lo único que necesitaba era follar con ella hasta que llegara la noche, y después hasta que llegara el día, pero me limité a guardar silencio. Desde que nos habíamos acostado todo había ido mal porque ella era parte del problema. Ella era el problema. Triana me había cegado, me había infectado con unos estúpidos sentimientos que estaban consumiendo mis sombras. Triana me había hecho recordar que podía existir algo, o alguien, que me importara más que yo mismo.

—Te he dicho que estoy bien.

Ella frunció el ceño y, cuando bajó la vista hasta mis manos, aferradas con fuerza a los brazos del trono, supo que la estaba engañando.

—Dejadnos solos —dijo, alzando la voz para que todos la escucharan—. ¡Ya!

La orden pilló desprevenidos a los presentes, que comenzaron a murmurar.

—¿Acaso no habéis oído la orden de vuestra reina? —insistió, esta vez poniéndose en pie—. ¡Marchaos todos ahora mismo!

Resh y Shin, algo confusos, hicieron una rápida reverencia y desaparecieron. Los dragones fueron tras ellos, seguidos de cerca por Antonio y Balthasar. Como estos no podían transportarse con la oscuridad, tardaron más abandonar la estancia. El eco de sus lentas pisadas hizo que me hirviera sangre.

—¿Y bien? —me preguntó Triana. Caminó hasta el borde de la tarima, dándome la espalda, y ni siquiera se dignó a mirarme cuando Balthasar cerró las puertas de la sala y nos quedamos a solas—. ¿Me vas a explicar qué es lo que te ocurre?

—Ya te he dicho que nada —le respondí. Las manos comenzaron a temblarme y tuve que apretar con más fuerza los brazos del trono—. Ni siquiera entiendo por qué has interrumpido la reunión. Me estaba resultando especialmente interesante.

—Desde que nos acostamos has estado distante conmigo —me dijo. No era un reproche, solo una clara y fría certeza—. Puedes fingir que no ocurre nada, pero me he dado cuenta de que te están desapareciendo los tatuajes de

la cara. Todos nos hemos dado cuenta, Tzadi, y llegará un momento en el que no puedas disimular lo mucho que eso te está afectando.

—No soy el único demonio al que le desaparecen los tatuajes —me defendí—. A Yud también le pasa.

—¿Y eso qué significa? ¿Que te estás convirtiendo en Yud?

Apreté la mandíbula y, sin decir nada, observé la silueta de Triana. Su pelo, su espalda, sus curvas. Su mera presencia me excitaba, me hacía perder la cabeza, y eso era peligroso. Demasiado peligroso.

Yud se había dejado llevar por el amor, y este lo estaba purificando. Cada vez que Yud salvaba un alma, cada vez que se sacrificaba y sufría por los asquerosos humanos, sus sombras se debilitaban. Ese acto de amor, aunque fuera solo durante unos días, paliaba su oscuridad.

—No —musité, asqueado—. No me estoy convirtiendo en Yud.

Sin embargo, no estaba seguro de eso. «El amor es la luz más poderosa de todas», me había advertido siempre. Y nunca le había hecho caso, nunca había pensado que un sentimiento tan mortal pudiera infectarme a mí; pero me había equivocado. Después de miles de años, después de todos los esfuerzos que había hecho por convertirme en el más poderoso de los señores del Infierno, mi corazón me había traicionado.

¿Qué podía hacer?

Los tatuajes de Yud, aunque desaparecían cada vez que salvaba un alma mortal, terminaban volviendo a su piel. Lo que hacía con su poder era un acto de amor, sí, pero este también implicaba cometer el peor de los pecados: un asesinato. Así, el muy estúpido llevaba miles de años meciéndose entre la crueldad y el amor, sufriendo por las consecuencias de ambos. Había amado a Luzbel, a Carmen, a la humanidad entera; y, sin embargo, nunca había dejado de ser un asesino.

Quizá la solución era esa, mitigar los efectos del amor con crueldad. Quizá, al igual que Yud, lo único que podía salvarme era clavarle un estoque en el pecho a la persona que estaba consiguiendo que amase.

—Triana —dije sin pensarlo.

Su nombre rebotó contra las paredes de la sala y el eco se me metió dentro como una maldición. Mi reina, mi compañera, la única que había creído en mí desde el principio. Matarla no era una opción, desde luego, y

ni siquiera me sentía capaz de usar mi poder para herirla, así que la única salida que me quedaba era destruir su corazón. Si mis sombras estaban desapareciendo porque mi alma, de alguna forma, se estaba purificando, tenía que volver a corromperla.

—¿Qué? —me respondió ella.

—Te mentí —solté, lanzándole las palabras como si fueran puñales—. Cuando te conté que Carmen os abandonó en el Alcázar, no era cierto. El flautista le ordenó a Yud llevar a tu prima hasta la Alhambra, y él no tuvo más remedio que obedecer. Todo este tiempo te he estado engañando. Carmen y Joaquín nunca se fueron juntos, y si os abandonaron aquí no fue por decisión propia.

Las palabras salieron solas de mi boca, como si las sombras las hubieran empujado, y yo empecé a sentirme mejor. Al descubrir la verdad, Triana me odiaría. No tenía las fuerzas suficientes para abandonarla, pero si era ella la que se marchaba, no la retendría. Con la verdad, sus sentimientos se partirían en pedazos, y yo, culpable, recuperaría mis tatuajes.

«¿Cómo has podido engañarme? —me diría—. ¡Yo confié en ti!».

Sin embargo, Triana era una experta en hacer que todos mis planes se desbarataran.

—Me estaba preguntando cuánto tardarías en contármelo —me respondió. Se dio la vuelta y, cuando clavó los ojos en los míos, sonrió—. Lo sé, Tzadi. Lo sé todo.

Sus tatuajes comenzaron a brillar, tiñéndole la piel de oro, y mis músculos se tensaron. Aunque Triana parecía tranquila, mi cuerpo percibía la amenaza. No solo sabía que esa mortal podía hacerme daño con su gracia de ángel, sino también que, si me atacaba, yo no le devolvería el golpe.

—¿De verdad pensabas que iba a confiar a ciegas en ti? —me preguntó, dando un paso hacia mí—. ¿Que me creería tan fácilmente las palabras de un señor del Infierno?

Entorné los ojos cuando Triana continuó caminando, acercándose con paso lento pero decidido. Los cerberos, que la sabían su reina, ni siquiera se inmutaron. El corazón me latía a toda velocidad y sabía que tenía que defenderme, pero no podía apartar la vista del espectáculo que tenía ante mis ojos.

—Me mentiste para mantenerme a tu lado —continuó Triana sin detenerse—. Quisiste alejarme de mi familia, ponerme en contra de mis primas y que te apoyara en tu rebelión contra Luzbel. Me convertiste en tu reina a base de mentiras.

—Y tú aceptaste —le respondí con una mezcla de sorpresa y admiración —. Fingiste que me creías porque querías utilizarme. Me engañaste.

—Y tú me engañaste a mí. Somos iguales, Tzadi, siempre lo hemos sido.

Cuando llegó frente a mí se detuvo y, sin decir nada más, llevó la vista hasta los tatuajes de mi rostro. Los suyos aún estaban encendidos y yo, contra todo pronóstico, me quedé quieto y a su merced. Me excitaba ver lo que era capaz de hacer, hasta dónde podía llegar. Se había quedado conmigo aun sabiendo que la estaba engañando, y eso volvía loca a mi curiosidad.

«¿No es más excitante lo que es peligroso?», le había preguntado una vez.

«Sí —me había respondido ella—. Lo es».

—Una vez me dijeron que si quería tener a un demonio en la palma de mi mano—me explicó—, tenía que seducirlo y dejar que me sedujera; que no me mataría si conseguía que me deseara. Cuando te conocí, decidí comprobar si era cierto.

—Así que solo jugaste conmigo. Me hiciste creer que era yo el que estaba jugando contigo, cuando era al revés.

—Al principio sí —me respondió—. Siempre he creído que merezco mucho más, y tú me diste la oportunidad de conseguirlo. Cuando me propusiste reinar a tu lado, mis objetivos cambiaron. Sabía que Carmen nunca nos habría abandonado en el Alcázar por decisión propia, pero ¿qué importaba eso? Esto no tiene nada que ver con mis primas, ni con los señores del Infierno, ni siquiera con Luzbel. Esto solo tiene que ver con nosotros.

—¿Qué quieres decir? —susurré.

—Que, aunque sabía quién eras desde el principio, terminé enamorándome de ti. Que siempre vas a ser mi rey y que yo nunca dejaré de ser tu reina.

Triana colocó las manos en los brazos del trono, a ambos lados de mi cuerpo, y acercó el rostro al mío. Nuestras bocas quedaron muy próximas la

una de la otra, separadas por apenas unos centímetros, y yo me deleité con su cercanía. El oro de su poder me amenazaba, y aun así habría matado a cualquiera con mis propias manos con tal de poder besarla.

—Joder, Triana —musité—. Tenías que odiarme por ser un cabrón, no enamorarte de mí. Esto no está bien. Yo no soy Yud. No quiero ser Yud.

—¿Por eso me has contado la verdad? ¿Porque te asusta estar debilitándote y querías alejarme de ti? Os tenía en más alta estima, excelencia.

Guardé silencio, incapaz de responder a sus preguntas, y ella, sin apagar su poder, se levantó la falda y se sentó sobre mí. Podía notar el peligroso calor de su piel, pero también sus ganas de mí. Sabía qué era lo que ansiaba, pero no podía dárselo. Por mucho que lo deseara, no podía permitir que ocurriera lo mismo que la última vez.

—No quiero acostarme contigo —mentí.

—Tu cuerpo me dice otra cosa.

Triana comenzó a moverse, acariciando mi excitación, y yo cerré los ojos. Joder, cómo la necesitaba. El placer que me provocaba me impedía recordar por qué me estaba intentando mantener alejado de ella.

—Tzadi, creo que lo que te pasa es que te estás resistiendo —me susurró. Podía notar su cuerpo palpitando, el mío gritando su nombre—. ¿A Yud le debilita perder sus tatuajes? ¿También le duele cuando desaparecen?

—No. —Estaba ardiendo por dentro, y lo último que quería era pensar en Yud—. Creo que no.

—¿Y sabes por qué? Porque él no lucha contra sus propios sentimientos, sino que los acepta. Tienes que hacer lo mismo, Tzadi, tienes que dejar de enfrentarte a lo que te está pasando. ¡Eres el rey del Infierno, maldita sea, demuéstrale al mundo que puedes hacer lo que quieras!

Apreté los dientes, perdiéndome en los ojos de Triana, y sujeté con fuerza los brazos del trono. ¿Y si, de alguna forma, tenía razón? ¿Y si mi obsesión por conservar mi oscuridad, y no el amor, era lo que me estaba debilitando? ¿Y si era yo el que tenía que controlar a las sombras y no al revés?

—¿Quieres que acepte mis sentimientos? —le pregunté, incapaz de ocultar la rabia y el deseo que me consumían—. ¿Quieres que acepte que

estoy obsesionado contigo, que soy incapaz de follar con nadie que no seas tú, que hasta la estúpida corona de Luzbel me ha dejado de importar porque solo puedo pensar en ti? ¿Quieres que acepte que después de toda una vida odiando a los humanos, ha aparecido una por la que dejaría pudrirse al mismísimo Cielo?

Los ojos de Triana brillaron y yo, incapaz de resistirme un segundo más, comencé a acariciarla por encima del vestido. Desde el principio había pensado que lo que mantenía a Triana a mi lado eran las mentiras que le había contado, pero estas no habían sido determinantes. Lo que de verdad nos había unido, lo que había forjado nuestra alianza, había sido lo demás. Por primera vez, ambos nos habíamos quitado la máscara y, arriesgándonos, nos estábamos mostrando frente al otro tal y como éramos. El fuego que había entre nosotros no solo estaba avivado por la pasión y el deseo, por la ambición y el poder, sino que esta vez también lo estaba por la verdad.

—Pues lo acepto —continué—. Nunca he dicho estas palabras, Triana, y quizá por eso me resisto a ellas, pero supongo que lo único que me pasa es que te quiero, y no soy capaz de asimilar que un sentimiento tan grande me esté consumiendo.

La respiración de Triana se aceleró y ella, ansiosa, apagó sus tatuajes. Después, incapaz de resistirse un segundo más, me besó. Nuestros labios se encontraron con ganas, y yo disfruté de la victoria de volver a tenerla, acallando a la oscuridad que gritaba dentro de mi alma.

—No necesitas a las sombras mientras yo esté contigo —me susurró Triana, deteniéndose a besarme en el rostro y en el cuello—. Si ellas te debilitan, yo te haré fuerte. Juntos lo seremos, y nadie podrá detenernos. Ni siquiera la oscuridad.

Metí las manos por debajo de su vestido y, mientras ella me besaba con adoración, con pleitesía, comencé a acariciar su piel. Hipnotizado por el olor de su pelo, mis dedos recorrieron sus piernas y, ansiosos, llegaron hasta su lugar favorito, el punto en el que Triana se deshacía por mí.

—Triana —musité, buscando su punto de placer—. Antes quería matar a los arcángeles para recuperar el Cielo. Quería recuperar mi hogar, hacerme con el control de lo que Luzbel nos decía que era nuestra tierra prometida. Ahora, en cambio, mis intereses son otros. Tú los has hecho cambiar.

—¿En qué sentido? —dijo ella suspirando, meciéndose entre mis palabras y el placer que le provocaban mis dedos.

—Si recupero el Cielo y los demonios volvemos allí, tendría que separarme de ti. Lo único que puedo hacer es dejar que la oscuridad lo consuma todo, dejar que las sombras que se extienden en el Infierno se hagan con el control de la Tierra. Estoy maldito, ya lo sabes, y los estúpidos ángeles me obligan a cumplir mi condena. Sin embargo, si acabamos con ellos, no para volver al Cielo, sino para dejar que la oscuridad reine…

—No tendrías por qué volver al Infierno —me interrumpió ella—. También podrías estar aquí, en la Tierra. No tendríamos que separarnos.

—Eso es —le dije—. Quiero que el Infierno lo consuma todo, porque así el Universo entero será el hogar en el que nos obligan a permanecer. Por eso tenemos que matar a los arcángeles, Triana, a ellos y a todos los que se pongan en nuestro camino. Tu familia…

—De mi familia me encargo yo —me cortó.

Asentí, acelerando el movimiento circular de mis dedos, y ella jadeó. Estaba empapada, ardiendo en la pira de la lujuria, y yo quería calcinarme junto a ella. Quería que fuera mi principio, mi final, mi vida y mi muerte. La quería, sin más, y todo lo demás me resultaba insignificante.

—Eres humana —le expliqué, hipnotizado por su placer—. Si los arcángeles sobreviven, el día en que mueras se llevarán tu alma al Cielo. Tienes una gracia y te reclamarán. Tenemos que deshacernos de ellos o no volveremos a estar juntos jamás.

—Tzadi —suspiró ella, cerrando los ojos para entregarse al placer—. Haz lo que tengas que hacer, pero no permitas que el Cielo nos separe. Diles a las sombras… diles que no tienen por qué temerme, que mi amor no busca debilitarlas, sino hacerlas más fuertes. Diles que la oscuridad también es mi bando.

Escucharla decir esas palabras me hizo perder la cabeza. Volvió a besarme, y yo no pude resistirme. Sin dejar de saborear sus labios, me bajé los pantalones y, notando sus ganas, me deslicé en su interior. Estaba tan húmeda, tan caliente, que ni siquiera tuve que esforzarme para entrar. Ella gimió, contrayéndose en torno a mí, y yo me volví loco al sentirla.

Follármela encima del trono de Luzbel era aún mejor que hacerlo en la capilla del Alcázar.

—Mi rey —susurró, abrazándose a mi cuello—. Llévame al Infierno contigo.

—Lo haré.

Le rodee la cintura y ella comenzó a moverse sobre mí, subiendo y bajando primero con lentitud, después con un ansia animal. Estaba seguro de que desde el exterior podían escucharnos, pero eso no era más que un aliciente para mí. Quería que todo el mundo supiera que sí, que amaba a Triana y que ella me amaba a mí, que no pensaba resistirme más.

—Dímelo —le pedí cuando la sentí a punto de llegar al éxtasis y, entre gemidos, me clavó las uñas en la espalda—. Dímelo, Triana, por favor.

—Te quiero —me respondió ella, moviéndose más rápido, más fuerte—. Te quiero, Tzadi.

Grité, abrazándola, y ella estalló sobre mí. Al hacerlo me mordió, tembló y me empapó las piernas. Y yo, sin resistir un segundo más, me dejé llevar.

Había encontrado a mi reina, diosa y soberana, la única que podía fortalecer mis sombras, y me sentía más demonio que nunca. A su lado, no tenía nada que temer. Porque sus sueños eran los míos, porque quería acabar con los arcángeles y convertir la Tierra en el Infierno; porque no quería separarse de mí.

Y, ahora lo sabía, estaríamos juntos para toda la eternidad.

16

Carmen

En cuanto les enseñé la kinjara recuperada a los Guardianes, el Tuerto decidió que partiríamos de inmediato hacia la Alhambra.

—Ya tenemos todas las armas de caelestum —nos dijo. Si estaba sorprendido por mi inesperado encuentro con Yud, se lo guardó para sí mismo—. ¿Qué sentido tiene esperar más?

Como queríamos llegar rápido, iríamos a caballo. El grupo, además, sería pequeño: el Tuerto, Adela, Averroes, Joaquín y yo. Abandonamos el monasterio a la mañana siguiente, con una carga sobre nuestros hombros que se nos hacía demasiado pesada: la de la inminente guerra. El miedo a la derrota se mezclaba con las ansias de victoria, con los suaves susurros de la muerte, y por su culpa íbamos taciturnos, tensos, alerta.

—No nos van a atacar —nos aseguró Averroes la primera noche, cuando detuvimos la marcha para descansar—. Estamos haciendo lo que Tzadi quiere, siguiendo los pasos que ha marcado para nosotros. Su intención es que lleguemos hasta la Alhambra sanos y salvos y que liberemos a los arcángeles. Podemos estar tranquilos.

Llevábamos poco en el camino, pero, aun así, echaba de menos a mis primas. Solo habíamos podido tener una rápida conversación antes de mi repentina marcha, abrazarnos brevemente. No había un solo minuto del día en el que no pensara en ellas.

—¿Cómo se va a llamar? —le había preguntado a Candela cuando nos estábamos despidiendo, observando su vientre abultado—. ¿Lo has pensado ya?

Mi prima había sonreído y, mirando de reojo a Julia, que se encontraba a unos pasos de nosotras, susurró:

—Diego. Luzbel me dijo que era un niño y… a Julia le gusta ese nombre.

—¿A Julia? —le pregunté. Sabía que mi prima y la esposa del cacique se habían hecho amigas, pero una decisión así suponía que entre ellas había una relación mucho más especial de lo que imaginaba.

—Sin ella, ni mi hijo ni yo estaríamos hoy aquí. Es lo mínimo que puedo hacer. Le debo muchas cosas, Carmen, más de las que me atrevo a reconocer.

Pensaba constantemente en Julia y en Candela, en el cariño silencioso que se profesaban. También en Diego, en la tía que quería ser para él, en lo mucho que estaba dispuesta a esforzarme para que creciera en un mundo sin demonios. Pensaba mucho en mi familia, pero, antes de dormir, mi mente siempre viajaba al único lugar al que le había prohibido ir: junto a Yud.

—Puede que haya un traidor entre nosotros —nos dijo el Tuerto durante una de las paradas que hicimos para comer—. Si lo que dijo Tzadi es cierto, el Apóstata Balthasar tuvo un hijo, y este se encuentra en nuestro bando.

Sus palabras vinieron acompañadas de un silencio incómodo, de miradas de soslayo cargadas de preguntas. No queríamos desconfiar de nuestros compañeros y, a la vez, nos resultaba imposible no hacerlo.

—No me preocupa ahora —continuó el líder de los Guardianes—, pero sí a la hora de la batalla. Si mi teoría resulta ser cierta, puede que Tzadi sepa cuáles son nuestros puntos débiles, y que con ello le estemos facilitando la victoria. Sé que estamos en clara desventaja, pero me inquieta que nuestra situación sea aún peor de lo que pensamos.

Quería morderme la lengua, pero desde que Tzadi había insinuado en el Alcázar que Balthasar tenía un hijo entre nosotros, mis sospechas habían tenido un nombre.

—¿Qué hay de Micaela? —pregunté sin atreverme a mirar a Joaquín—. Parecía muy afectada por la inesperada confesión de Tzadi.

El Tuerto arrugó la nariz como si ni siquiera hubiera considerado esa opción. Joaquín, a mi lado, se revolvió con incomodidad. No quería que

pensara que lo estaba haciendo por celos, pero tampoco quería guardarme para mí misma una desconfianza que me escocía desde hacía semanas.

—Imposible —me respondió Adela—. Conozco a esa niña desde que era pequeña y pondría la mano en el fuego por ella. Si es cierto que hay un traidor entre nosotros, desde luego no es Micaela.

—Opino lo mismo —dijo Averroes—. ¿Qué hay de ese muchacho que llegó al monasterio hace apenas dos meses? Lo he visto pasear solo de madrugada en más de una ocasión. ¿Cómo se llama? ¿Francisco?

—Isidro —le corrigió Adela.

Los Guardianes comenzaron a debatir y yo, aunque quería replicar, no lo hice. Era mi palabra contra la suya y, si continuaba insistiendo contra Micaela, empezarían a sospechar que era yo la que ocultaba algo. Sin embargo, que Joaquín no dijera nada, que ni siquiera hubiera intervenido para defender a su novia, me hizo pensar que sabía algo que los demás desconocíamos. No estaba cómodo con aquella conversación, y eso confirmó todas mis sospechas.

—Sea quien sea —apuntó el Tuerto—, terminaremos averiguándolo.

Al anochecer del tercer día de viaje, cuando ya empezaba a pesarnos el camino, nos detuvimos a las afueras de Granada. Al igual que en las demás taifas, la vida de sus habitantes no parecía haberse truncado por la guerra que nos acechaba: había campesinos en los campos, arrieros en los caminos, mujeres lavando la ropa en los arroyos. Era por ellos por quienes teníamos que dejarnos la piel en la batalla, por los inocentes. Era por ellos por quienes teníamos que vencer.

—Ahí está —anunció Averroes con solemnidad, mirando hacia la ciudad —. El palacio maldito.

La Alhambra se alzaba majestuosa a lo lejos, un bastión cubierto de sombras en medio de un bosque de iünas y árboles negros; una perla teñida de tristeza que lloraba sobre Granada.

Era imposible no mirarla sin contener el aliento, pero no fue su belleza lo que hizo que los latidos me desgarraran la garganta, sino los recuerdos. En su interior no solo había visto a los arcángeles, también me había despedido de Dancaire. Ahora que sabía que nunca volvería a hablar con él,

que ni siquiera nos reencontraríamos en el Cielo, las dagas de la añoranza se me clavaban como cristales.

—¿Estás bien? —me preguntó Joaquín en voz baja. Poco a poco, durante el viaje, nos habíamos ido acercando: cabalgábamos el uno junto al otro, hablando sin cesar y, de alguna forma, sentía que volvíamos a ser amigos—. Te has quedado muy callada.

Asentí sin atreverme a decir nada, mientras los recuerdos me golpeaban con fuerza. El palacio maldito también había sido testigo de mi noche de pasión con Yud, de las promesas que nos habíamos susurrado. Ahora sabía que todo había sido una mentira, pero una parte de mí se negaba a dejar de creer. Una parte de mí, la que Yud había despertado bajo el nombre de Aleph, seguía teniendo fe, esperanza y amor.

Y dolía. Dolía mucho.

—Vamos a descansar —nos dijo el Tuerto—. Mañana cuando salga el sol cruzaremos la ciudad y entraremos en la Alhambra.

Esa noche, sin embargo, no pude conciliar el sueño.

Mientras los Guardianes dormían y el fuego crepitaba, yo permanecí con la vista fija en las llamas. Tenía demasiados pensamientos gritándome en la cabeza, demasiadas preocupaciones en el pecho. Una vez liberáramos a los arcángeles, tendríamos que enfrentarnos a Tzadi y a Triana. ¿Estaba preparada para luchar contra mi prima? ¿Y para ver morir a aquellos que más me importaban?

—Carmen —me susurró Joaquín, incorporándose—. ¿Por qué no te duermes?

—No lo sé.

Joaquín frunció el ceño y, sin dudarlo un solo segundo, se levantó y se sentó a mi lado. El fuego le iluminó el rostro, encendiendo el verde de sus ojos. Tenía el pelo más largo, y hacía semanas que no se afeitaba. Sospechaba que no lo había hecho porque pensaba que tapar sus cicatrices le favorecía, pero yo echaba de menos verlas en su rostro.

—¿Hay algo de lo que necesites hablar? —me preguntó en voz baja para que los Guardianes no se despertaran.

Guardé silencio durante unos segundos, pensativa. Había muchas cosas que necesitaba sacar, miles de dagas que quería arrancarme del pecho, pero

no quería hacerlo allí, no en ese momento. La Alhambra nos miraba a lo lejos, sus muros iluminados con la luz de los soles que flotaban a su alrededor, y yo me sentía observada. El palacio maldito ya había sido testigo de mi debilidad una vez, junto a Yud. No quería que pensara que no era lo suficientemente fuerte para enfrentarme de nuevo a su eternidad.

—¿Por qué no ha venido Micaela con nosotros? —quise saber, desviando el tema de conversación.

Joaquín entornó los ojos y yo supe que algo no iba bien. Sus gestos, imperceptibles para los demás, no pasaban desapercibidos para mí.

—Porque hace unos días rompí con ella —me confesó, aún sin mirarme —. No ha querido acompañarnos por eso, porque necesitaba estar lejos de mí.

No me gustaba ver a Joaquín así, tan taciturno, tan dolido, y me avergonzaba reconocer que había una parte de mí que se alegraba de su ruptura. Era una parte egoísta, una parte inmadura, pero también difícil de controlar.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Algo no iba bien. Micaela me gusta, me gusta mucho, pero tengo el corazón en otro lugar y no es justo para ninguno de los dos. Quiero que sea feliz y… y yo no puedo darle lo que necesita.

«Tengo el corazón en otro lugar».

Al escucharlo, estuve a punto de alargar la mano para entrelazar mis dedos con los suyos, a punto de decirle que en las últimas semanas me había dado cuenta de lo mucho que me importaba. Sin embargo, no me atreví a hacer ninguna de las dos cosas. Por mucho que notara mi gracia crepitando cada vez que Joaquín estaba cerca, sabía que él estaba mejor sin mí. ¿Cómo podía asegurarle que, esta vez sí, iba a darle todo lo que se merecía? ¿Cómo, si estaba rota por dentro?

—No estabais hechos el uno para el otro —comenté—. Es mejor así.

Joaquín se encogió de hombros, restándole importancia a su sufrimiento, y después aprovechó el rumbo que había tomado la conversación para hacerme las preguntas que sabía que le quemaban por dentro.

—¿Por qué no puedes dormir? ¿Es por culpa de Yud?

Al escuchar el nombre del demonio en sus labios, me puse muy tensa. No quería hablar de Yud, no con Joaquín, pero él me había abierto su corazón y me parecía injusto no hacer lo mismo. Nunca habíamos tenido secretos el uno con el otro, y ahora que estábamos recuperando la amistad, lo mejor era que estos no volvieran a separarnos.

—Con Yud no hay nada —le dije, metiendo los dedos en una herida que aún sangraba—. Me duele reconocerlo, pero en el fondo solo nos estábamos utilizando el uno al otro.

—No te ha hecho daño, ¿verdad?

—No —respondí con sinceridad—. No un daño físico, al menos. Él no es quien siempre hemos creído que es.

—Supongo que no —dijo Joaquín, aún sin atreverse a mirarme a los ojos —. Si ha conseguido que te enamores de él, debe de tener algo especial.

Las palabras que le había dicho a Joaquín en Granada, cuando nos reencontramos, rebotaron en mi pecho como golpes metálicos. «Siento que te duela que me haya enamorado de él y no de ti». Me arrepentía de haberle hecho daño, de no haberle creído, pero sobre todo me arrepentía de no haberle dado nunca el lugar que merecía. Lo que sentía por Yud había sido explosivo y arrollador; lo que sentía por Joaquín, cálido y apacible. Sin embargo, y aunque me había dado cuenta demasiado tarde, el sentimiento era exactamente el mismo.

—¿Por qué crees que Yud te estaba utilizando a ti? —me preguntó, sacándome de mis pensamientos.

—Porque él también necesitaba hacer algo en la Alhambra, y yo solo fui su vía para conseguirlo. Nunca supe que era Yud. —Esbocé una sonrisa triste al darme cuenta de que era la primera vez que reconocía en voz alta lo estúpida que había sido—. Es difícil de explicar, pero supongo que tengo que darte las gracias. La orden que diste nos obligó a ir juntos hasta Granada y ambos conseguimos nuestros objetivos. Eso es lo único que importa.

Joaquín se puso muy serio y, por primera vez en toda la noche, me miró a los ojos. Yo le sostuve la mirada, sabiendo que había algo que no me estaba diciendo, algo que deseaba soltar pero que, en el fondo, le aterraba compartir.

Y no me gustó.

—Carmen, yo… —musitó, algo nervioso—. Él… Siento contártelo ahora, pero, tras la fiesta del Alcázar, tuve que romper la orden para escapar y salvar mi vida. Quería aparecer en Granada, pero todo se complicó. No fui capaz de encontrarte, pero la orden ya estaba dada, así que Yud… él…

—¿Qué? —le pregunté, impaciente—. ¿Yud, qué?

—Que no había ninguna orden que lo obligara a llevarte hasta la Alhambra—. Se pasó la mano por el pelo, nervioso, y yo contuve el aliento —. Yud te protegió porque quiso.

Durante unos segundos me quedé muy quieta, hipnotizada por la mirada de Joaquín. Había una parte de mí que quería enfadarse con él, y otra que quería cantar victoria porque, una vez más, no me había equivocado con Yud.

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirí—. Te lo pregunté y no quisiste responderme.

—Porque me daba miedo que me odiaras, que pensaras que te había abandonado con él solo para salvarme.

Apreté los labios y observé la hoguera que ardía frente a nosotros. A la Carmen del pasado quizá le habría molestado que Joaquín no le hubiera dicho la verdad sobre Yud. A la Carmen del presente, en cambio, ya le habían roto el corazón, y eso la hacía inmune al dolor. ¿Qué importaba que Yud no hubiera estado obligado a acompañarme hasta la Alhambra? Él mismo me había dicho que todo lo que había hecho, todo lo que había dicho, había sido para salvar a las almas que guardaba.

—Joaquín —dije, buscando de nuevo sus ojos—. Tenías que salvar tu vida, nunca te habría odiado por eso. Aunque me hubieras abandonado, lo habría entendido.

—No, Carmen —me respondió él—. Tú siempre vas a estar por delante, ¿no lo entiendes? Aunque nos enfademos, aunque estés enamorada de Yud. Yo siempre te elegiré a ti.

Nos miramos fijamente durante unos segundos, verde sobre negro, y una cálida sensación me hizo cosquillas en el estómago. Mi gracia estaba ahí, arrinconada, y aunque aún me sentía incapaz de usarla, la notaba. Joaquín la despertaba. Él era el único que siempre me había dicho la verdad, él único

que me había puesto por delante de todo y de todos, el único que siempre había amado incluso las partes de mí misma que yo más detestaba. ¿Cómo había podido enfadarme con él? ¿Cómo había podido llegar a pensar que mi vida sería la misma si él me faltaba? Siempre lo había visto guapo, pero esa noche, con el fuego bailando sobre sus cicatrices, me pareció arrebatador.

—Carmen —dijo, pronunciando mi nombre como quien pronuncia un juramento—. Yo ya no aguanto más. No sin ti.

Bajó la vista hasta mis labios y mis latidos se dispararon. Al recordar los besos de Joaquín, lo que sentía cuando nos acostábamos, mis piernas comenzaron a temblar. Había pasado años tan centrada en el odio, tan cegada por la venganza, que no me había dado cuenta de que, con él a mi lado, lo había tenido todo.

Pero era demasiado tarde.

«No te mereces a ese chico». «Lo sabes, ¿verdad? Nunca vas a merecértelo».

Por mucho que quisiéramos volver a encontrarnos, no era el momento ni el lugar. Él aún tenía muy reciente lo de Micaela, yo lo de Yud, y teníamos que asegurarnos de que buscarnos no era solo una forma de llenar el vacío que nos había quedado, el consuelo de lo conocido. Si volvíamos besarnos, todas las heridas debían estar cerradas.

—Gracias por decirme la verdad —le dije, apartando la mirada. Él, avergonzado, hizo lo propio—. Sobre Yud. Significa mucho para mí, aunque saberlo ya no cambie nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya da igual —confesé—. Lo que pasó entre Yud y yo no fue más que un delirio. Él… él ni siquiera se enamoró de mí de verdad.

—Me extraña mucho que Yud no se haya enamorado de ti. Tendría que ser un idiota para no caer rendido a tus pies.

Puse los ojos en blanco y, guiada por un cansancio que empezaba a acariciarme con sus garras, apoyé la cabeza en su hombro. Él no se movió. Casi parecía que estábamos hechos para descansar así, que encajábamos a la perfección.

—Quizá sea un idiota —le dije, en voz baja.

—Uno muy grande.

Cerré los ojos, disfrutando de aquel instante de paz, y, antes de que el sueño me venciera, decidí que había llegado el momento. Joaquín se había abierto por completo conmigo, y yo tenía que hacer lo mismo. Estábamos a punto de luchar en una guerra, y no quería morir sin haberme sincerado con Joaquín.

No quería que él muriera sin haberme perdonado.

—Siento no haberte creído cuando me dijiste que Aleph era Yud —susurré. No estaba acostumbrada a pedir perdón y, aunque notaba la sangre calentándome el rostro, me sentí extrañamente bien—. Siento haberte tratado tan mal. No te lo merecías.

Joaquín guardó silencio, y el estómago me dio un vuelco. Sabía que no me odiaba, que nunca me odiaría, pero eso no significaba que tuviera que perdonarme. Yo había roto lo que había entre nosotros, y quizá unas simples palabras no podían arreglarlo. Quizá su distancia era lo que me merecía.

—No pasa nada —me dijo, apoyando la cabeza sobre la mía—. No te preocupes por eso. Te entiendo y te perdono.

Sonreí y, sintiéndome más ligera, más libre, dejé que el sueño me meciera. El olor de Joaquín, tan suave, tan cálido, me hizo sentir protegida, inmune al sufrimiento.

—Tú nunca me has fallado —le dije—. Eres mi lugar seguro.

—Y tú eres el mío, Carmen. Mi único hogar.

—Joaquín —susurré, perdida en un limbo que ya sonaba lejano a la realidad—. No quiero… no quiero acostumbrarme a esto. No quiero acostumbrarme a tu cariño.

—Pues deberías hacerlo —me respondió él—. Porque lo vas a tener siempre.

Y así, con el pecho lleno de amor, me quedé dormida.

Granada seguía siendo un hervidero de vida, un laberinto para los sentidos en el que las voces de sus habitantes se mezclaban con el olor de las especias. Los comerciantes anunciaban sus productos desde los puestos que abarrotaban las calles, y sus gritos me hacían volver a los días que pasé allí

con Yud, recorriendo de su mano las calles de la Alcaicería como si todo lo que ocurría en el mundo nos fuera totalmente ajeno.

—¡Tengo tomates, niña, tomates! ¡Hoy las berenjenas están a buen precio!

Fue allí, en las calles de Granada, donde Yud me había comprado por sorpresa el anillo de plata, un anillo que había simbolizado tantas cosas pero que, como todo lo demás, había quedado relegado al olvido.

—Es por aquí —indiqué a los demás, obligándome a no perderme en los sentimientos que aquella ciudad me despertaba—. Seguidme.

Aunque sí vimos soldados humanos, en el camino a la Alhambra no nos encontramos con ningún demonio. Eso no hizo más que confirmar nuestras sospechas. Todos los dragones estaban en Sevilla, con Tzadi, dejándonos el camino libre. Preparándose para la batalla.

—Atravesaremos este túnel —les dije una vez llegamos a la trampilla escondida por la que había entrado a la Alhambra la primera vez—. Es una entrada directa al Jardín del Partal.

Yud me había enseñado que aquel túnel era la forma más rápida que teníamos de entrar en el palacio maldito, la más segura, y lo más inteligente era utilizarla. Solo tardamos unos minutos en llegar al otro lado, en cruzar la oscuridad en la que aún descansaban las iünas asesinadas por el brillo de mi gracia. Las flores blancas que había creado cuando mi poder estaba en su máximo apogeo aún estaban ahí, perennes e inmortales, y su presencia casi me resultó un insulto.

—Tened cuidado —susurré cuando, tras entrar al palacio, pasamos junto a la pileta llena de sangre que tantos malos recuerdos me traía. Cuando desenvainé la espada de Miguel, los Guardianes levantaron sus arcos—. Están llenas de monstruos.

—¿Monstruos? —me preguntó Averroes—. ¿Qué clase de monstruos?

Apreté con fuerza la empuñadura de Apocalipsis, recordando a las extrañas criaturas a las que había tenido que enfrentarme en mi primera incursión a la Alhambra, y después contesté:

—Unos con los que no quieres encontrarte.

Caminamos juntos durante varios minutos, atentos a todo, desconfiando del silencio. Las armas de caelestum vibraban con nosotros y casi parecían

gritar los nombres de los arcángeles como si los sintieran cerca. Podía notar como la energía que desprendían me calentaba las venas.

—Por aquí —dije—. Es fácil perderse si no sabes adónde dirigirte.

—Puedo oír su tristeza —musitó Joaquín, perdiendo la vista en las formas de los azulejos que decoraban las paredes—. Noto… noto su dolor.

Nadie le respondió, pero todos sabíamos de qué hablaba. La Alhambra parecía cubierta con un velo de melancolía, una reina antaño poderosa a la que se lo habían arrebatado todo. En sus estancias abandonadas hacía un frío que congelaba el alma. ¿Era parte de la historia del palacio o aquel dolor silencioso no era más que el llanto de la cárcel que contenía a los últimos ángeles?

—No os detengáis —advertí.

Al llegar al Patio de los Leones, los cinco nos colocamos en guardia, controlando todos los accesos. La sangre que manaba de la fuente de los leones caía con gracia sobre los canales que cruzaban el suelo, como una herida abierta. Teníamos la sensación de que había ojos vigilándonos, enemigos acechándonos tras las columnas de la galería porticada que rodeaba el patio.

—Es por allí —les indiqué, señalando con la cabeza la entrada en forma de arco—. Están en esa estancia.

Entramos en silencio, con las armas en alto, como si estuviéramos profanando una tumba. Casi podía escuchar los corazones de mis compañeros golpeándoles el pecho con emoción. Llevaban mucho tiempo esperando que llegara ese momento, muchos años luchando por conseguir el tesoro de los ángeles, y por fin lo tenían al alcance de la mano. Por fin lo habían encontrado.

—Carmen —susurró una voz que conocía muy bien, una voz antigua y poderosa que a la vez parecía estar hecha de miel: la del arcángel Miguel—. Has venido.

—Y no lo has hecho sola —añadió Gabriel—. Bienvenido, Joaquín.

Los tatuajes de Joaquín estallaron en su piel, iluminando la estancia con oro. Los Guardianes contuvieron el aliento. Durante unos segundos, lo único que vimos fueron sus formas doradas reflejadas en las paredes, creando bellas sombras que danzaban sobre las yeserías.

Aunque mi poder, aún bloqueado, no respondió a la presencia de los arcángeles, sabía perfectamente lo que Joaquín estaba sintiendo: la llamada de la familiaridad, como si después de muchos años perdido encontraras el hogar al que perteneces. La respuesta a muchas preguntas en forma de cálido reconocimiento.

—He venido —confirmé, clavando una rodilla en el suelo—. He cumplido mi palabra y os he traído las armas de caelestum. Aquí tenéis la espada de Miguel, las dos dagas kinjaras de Rafael y las flechas de Gabriel. Es el momento de que cumpláis vuestra parte del trato.

Dos soles estallaron en el techo de la estancia, cegándonos momentáneamente. Todo lo que había estado cubierto por las sombras se llenó de luz. Los arcángeles, hasta ese momento ocultos en la oscuridad, aparecieron ante nosotros como recién salidos de un sueño. Las alas blancas a la espalda, las túnicas doradas raídas por el paso del tiempo, los ojos blanquecinos clavados en nosotros.

Al ver a los señores del Cielo, los Guardianes se quedaron muy quietos, dudando de si estaban dentro de un sueño o si los había llevado directos a una ilusión. Después, golpeados con fuerza por la realidad, cayeron de rodillas al suelo.

—Son… son de verdad —musitó el Tuerto con lágrimas en los ojos—. Están vivos.

Joaquín, abrumado por todo lo que estaba sintiendo, también se arrodilló. Solo entonces, cuando todos estuvimos postrados ante ellos, los arcángeles sonrieron.

—Notamos la energía del caelestum —dijo Miguel, alzando los brazos como si quisiera abrazarnos con su poder—. Notamos su fuerza retornando a nuestras venas después de años de forzada separación.

Los tres cerraron los ojos, sumiéndose en un trance, y el círculo dorado que los rodeaba emitió un destello cegador. En su piel, al igual que en la de Joaquín, comenzaron a aparecer tatuajes de oro que cubrieron sus brazos, sus manos y su rostro, reptando por su cuerpo con rapidez como hermosas enredaderas. Las cadenas doradas que decoraban sus tobillos se rompieron en mil pedazos, y yo sentí que, de alguna forma, nosotros también nos liberábamos.

«Son un símbolo —me había dicho Gabriel el día que los conocí—. En el Cielo, solo los ángeles más débiles, los de categoría más baja, llevaban estas cadenas. Los llamábamos mal'akh. Al parecer, nuestras acciones nos convirtieron en ellos».

Miguel fue el primero en abrir los ojos de nuevo, muy serio, como si estuviera haciendo un esfuerzo por controlar el poder que, después de tantos años, volvía a arremolinarse en su interior. Los tenía verdes, muy verdes; un tono que casi parecía irreal.

Los de Gabriel, por el contrario, eran negros. Como su piel, como su pelo. Al abrirlos, movió ligeramente los dedos, quizá sintiendo alguna especie de cosquilleo, y después sonrió.

Rafael fue el último en hacerlo. Todo en él parecía hecho de cobre y, aunque sin la tela lechosa que le cubría los ojos parecía más humano, nada indicaba que lo fuera. Sus rasgos eran afilados como los de un demonio, pero su encanto y sangre celestial nada tenían que ver con el Averno.

—Nosotros somos la resurrección y la vida —dijo Miguel, recitando un versículo de la antigua fe—. El que crea en nosotros, aunque muera, vivirá; y todo el que viva y crea en nosotros, no morirá jamás.

Los arcángeles dieron un paso hacia delante, decididos, y después de veinte años abandonaron el círculo dorado en el que ellos mismos se habían recluido. Sus alas blancas se abrieron tras ellos, como si quisieran disfrutar de su recién adquirida libertad, y yo sentí un relámpago de satisfacción recorriéndome el pecho. Por fin veía en ellos la gloria prometida, la grandeza y hermosura de la que tanto presumía el Cielo. Por fin sabía lo que era la verdadera esperanza, la verdadera fe.

—Nuestra es la venganza y la retribución —añadió Rafael—. A su tiempo, el pie de ellos resbalará, porque el día de su calamidad está cerca, y ya se apresura lo que está preparado.

Lo habíamos conseguido.

Después de todo, lo habíamos conseguido.

Y ya no había nada que nos impidiera ganar la guerra.

17

Julia

La respiración de Candela, tendida a mi lado, me tranquilizaba. No podía explicarlo, pero, en aquellos tiempos de guerra, estar cerca de ella era lo único que me daba paz.

Desde que habíamos abandonado Sevilla pasábamos los días juntas, cuidándonos mutuamente, y ni siquiera al llegar la noche queríamos separarnos. Por eso, nos tumbábamos en la cama de la habitación que los Guardianes nos habían cedido en el monasterio y hablábamos hasta que el cansancio nos vencía. Como ella siempre se dormía antes, yo aprovechaba para aprenderme sus rasgos. La vela que teníamos en la mesilla de noche teñía su piel de un cálido color naranja y me hacía sentir envidia de las sombras que le acariciaban el cuerpo.

—Julia —me susurró sin abrir los ojos—. Duérmete.

—Ya voy.

Sin embargo, no lo hice. Ni las joyas ni los atardeceres me parecían tan hermosos como ella. No podía dejar de mirarla. Quería besarla, confesarle todos los sentimientos que tenía dentro desde que la había conocido, pero estaba muerta de miedo. Era la primera vez que sentía algo así, tan puro e intenso, y tenía miedo de estropear la amistad que habíamos forjado.

—Julia, por favor —insistió—. Es muy tarde.

Había una leve esperanza brillando en mi interior, una esperanza alimentada por sus miradas, por sus caricias y sus sonrisas. Sin embargo, con el paso de los años, había aprendido a ser precavida. Aún me dolía recordar lo que había pasado con Cecilia, mi mejor amiga de la infancia, y

más tarde con Victoria. Ambas me habían dado señales confusas y, cuando más segura estaba de que los sentimientos eran mutuos, había terminado estropeándolo todo.

—Puedo escuchar los pensamientos de tu cabeza —me dijo Candela, abriendo los ojos—. ¿Qué te pasa?

—Nada —le respondí, perdiéndome en el azul de su mirada—. Es solo que me gusta verte dormir. Es el único momento en el que pareces tranquila.

—Estoy tranquila. Contigo siempre lo estoy.

—Yo también —dije, sorprendiéndome al darme cuenta de que era verdad—. Es extraño, pero, por primera vez en la vida, siento que puedo ser yo misma.

Las dos nos quedamos calladas, escuchando el silencio del monasterio. Llevaba toda la vida escondiendo mi verdadera identidad, fingiendo ser alguien que no era para complacer a los demás, y de pronto sentía que volvía a tener las riendas de mi vida. Gracias a Candela, a su apoyo y su cariño, estaba recuperando todo lo que me habían arrebatado.

—¿A qué te refieres? —me preguntó.

—A esto —le respondí, señalando la ropa de hombre que llevaba puesta —. De pequeña no quería ponerme vestidos, sino pantalones, y trepar por las ramas de los árboles como hacían mis hermanos. —El peso que llevaba sobre los hombros se estaba haciendo más ligero y, después de muchos años oprimida, empezaba a respirar—. Yo no quería bordar, Candela, ni vestir joyas ni hacerme peinados bonitos; lo que quería era coger una espada y ser un soldado. Eso me trajo muchos problemas.

Candela esbozó una sonrisa triste. Sabía que se alegraba por mí, porque por fin me estaba deshaciendo de mis cadenas, pero a la vez la apenaba pensar en mis años de sufrimiento, en las noches de lágrimas y en el odio que me habían hecho sentir hacia mi propio reflejo.

—Mi infancia consistió en seguir unas normas estrictas —continué, deseosa de soltarlo todo—, en esforzarme por convertirme en la mujer de clase alta que mi padre quería que fuera; mi matrimonio con Antonio, en complacerlo como esposa. Solo soy una mujer, ¿no? Los deseos de los hombres siempre han estado por encima de los míos.

«Una señorita como tú no puede coger una espada», me habían repetido una y otra vez, desde niña, grabándomelo a fuego en la piel. «¿De verdad vas a vestirte así, como si fueras un muchacho?». «Cállate, Julia». «Tu obligación como esposa es darme un primogénito, así que deja de resistirte».

—Ahora eres libre —me dijo Candela con el azul de sus iris brillando como si el color que el cielo había perdido lo hubieran robado sus ojos—. Ahora puedes ponerte la ropa que quieras. Y luchar, si es lo que deseas.

—¿Y a ti no te importará? —le pregunté, siendo consciente de lo mucho que me asustaba su respuesta—. ¿Que deje de ser la Julia que conociste en el Alcázar?

—A mí lo único que me importa es que seas feliz.

El pecho se me llenó de amor al escucharla, y no pude contener mis impulsos de cogerle la mano. Ella se sobresaltó, y yo, avergonzada, estuve a punto de salir corriendo.

Mis mejillas enrojecieron y, cuando estaba a punto de pedirle perdón por mi atrevimiento, Candela entrelazó sus dedos con los míos. Su piel no era suave, sino áspera y trabajada por culpa de los años que había pasado como cigarrera, pero yo amaba cada una de las imperfecciones que la hacían ser ella.

—Tengo que hacerte una pregunta —le dije con un hilo de voz. Mis latidos, por el contrario, se descontrolaron—. ¿Tú te alejarías… te alejarías de mí si descubrieras que no me gustan los hombres?

Candela se quedó callada, mirándome fijamente, y yo sentí que me quedaba sin aire. Hasta ese momento no me había atrevido a contárselo por temor a que me rechazara, a estropear nuestra amistad, pero no podía ocultárselo durante más tiempo. No a ella. Necesitaba que supiera quién era, que me conociera por completo. Necesitaba saber si de verdad quería quedarse a mi lado.

—Julia —me respondió—. Ya sé que te gustan las mujeres. Y no me importa.

En sus ojos no había asombro, ni rechazo, sino un cariño tan puro que me ablandó el corazón. Aunque tenía cientos de dudas, no quería que me dijera si lo había averiguado gracias a su poder o si, de alguna forma, lo

había supuesto. En aquel momento solo me importaba una cosa: que, aun sabiendo la verdad sobre mí, había permanecido a mi lado.

—Es la primera vez que me dicen eso —confesé sorprendida—. Es la primera vez que alguien me acepta.

—Nosotros te aceptamos, Julia. —Me apretó la mano con más fuerza—. Siempre vamos a hacerlo.

Bajé la vista hasta su vientre, y ella esbozó una sonrisa que confirmó todas las razones por las que me había enamorado. Hacía ya cuatro años que había perdido a mi hijo y, aunque nunca había deseado ser madre, no había un solo día en el que no pensara en él. La vida me lo había arrebatado, pero, de alguna forma, sentía que me había puesto delante a Candela y a su bebé para que les diera todo el amor que se me había quedado dentro. Para que por fin pudiera ser feliz.

—Cuando nos conocimos —susurró Candela— me dijiste que aunque me sintiera sola en el fondo no lo estaba. A veces… a veces me preocupo al pensar que mi hijo va a crecer sin un padre, pero me obligo a recordar que no lo necesita. Tengo a mis primas, te tengo a ti, y no estoy sola. Él tampoco lo va a estar. Ahora somos una familia.

—Lo somos —confirmé—. Hasta que la muerte nos separe.

Candela sonrió y yo me sentí incapaz de apartar la mirada de su rostro. No me hacía falta verla brillar para saber que los ángeles la habían tocado con una gracia, que había algo en ella que no era mortal, ni humano, ni comprensible.

—Antes de decir eso, creo que hay que celebrar un matrimonio —se burló ella—. ¿Acaso estás pidiendo mi mano, Julia?

Le devolví la sonrisa y, si hubiera podido reírme, lo habría hecho. Porque la situación era absurda, porque me sentía irracionalmente feliz. Porque, aunque no me atrevía a confesárselo, me habría casado con ella una y mil veces.

—Por desgracia ya estoy casada —le respondí, manteniendo la broma—. No ha sido una experiencia agradable, desde luego. Pero volvería a pasar por el altar si esta vez fuera por amor.

Candela contuvo el aliento y yo, de forma inconsciente, le miré los labios. Los pocos centímetros que nos separaban se me hicieron inmensos.

Cualquier distancia que hubiera entre nosotras sería siempre demasiado grande, aunque no lo suficiente como para que no estuviera dispuesta a recorrerla.

—¿Y cómo vas a saberlo? —me preguntó en voz baja—. ¿Cómo reconoces el amor de verdad?

—Porque de repente empiezas a hacerte preguntas, y a la vez encuentras todas las respuestas.

El tiempo se detuvo en el preciso instante en el que Candela, con una mezcla de miedo y curiosidad, bajó la vista hasta mi boca. El mundo entero desapareció a nuestro alrededor, y yo, con el corazón nervioso, sentí que volaba.

—Julia —susurró—. Yo… yo tengo muchas preguntas.

—¿Y has encontrado las respuestas?

No sabía qué estaba ocurriendo, cómo habíamos llegado hasta allí, pero sí que lo deseaba. Todo mi cuerpo lo ansiaba, y era imposible que Candela, cuyas mejillas habían adoptado el color de la grana, no lo supiera. Si no quería besarme, si solo me veía como a una amiga, ¿por qué no se apartaba? ¿Por qué no me soltaba la mano?

—Yo… —dudó—. Yo nunca he… No sé si me… La única persona con la que he estado es con Antonio.

—¿Y qué? —le pregunté—. No tienes que pensar en lo que has hecho en el pasado, sino en lo que quieres hacer en el futuro.

La mirada de Candela volvió hasta mis ojos, y el aire a nuestro alrededor se convirtió en fuego. Su respiración estaba acelerada, y yo podía notar sus nervios, sus ganas de desprenderse del miedo y las dudas. Mis manos estaban luchando contra las ganas de colocarle el pelo detrás de la oreja, de recorrer sus rasgos con la punta de los dedos. Mi corazón se estaba esforzando por no dejarse llevar.

—Julia —musitó ella—. Sé lo que quiero hacer en el futuro.

Y, antes de que pudiera responder, me besó.

Al principio me quedé quieta, tensa, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo. Después, cuando me di cuenta de que sí, de que era real, cerré los ojos y me dejé llevar.

Los labios de Candela eran suaves y, de alguna forma, sabían a todo lo que ella significaba. Eran dulces, cálidos, irresistibles. Había besado otras bocas antes, pero por primera vez sentía un nudo de nervios estrujándome el estómago. Cuando alcé la mano para acariciar su rostro, el temblor de los dedos me delató.

—Julia —me dijo, separándose de mí—. Yo no sé cómo… Es la primera vez que…

—No te preocupes —la interrumpí—. No tenemos por qué hacer nada que no quieras.

—Es que sí quiero hacerlo. Estamos a punto de luchar en una guerra y no quiero quedarme con nada dentro. En estas últimas semanas me he dado cuenta de muchas cosas y sé que puede parecer raro porque fui la amante de tu marido, y también porque voy a tener un hijo suyo, pero estoy segura de que… de que nunca antes me había enamorado. Me he hecho muchas preguntas, Julia, pero contigo he encontrado todas las respuestas.

Nos miramos durante unos segundos sin decir nada, y yo no pude contener mis ganas de volver a acariciarla. El pelo, los labios, el cuello. Candela era tan hermosa que no parecía humana. ¿Qué había hecho yo para mecerla?

—Yo también las he encontrado —le susurré—. Desde que llegaste a mi vida, nada ha vuelto a ser igual.

—Ni siquiera sabía que también me gustaban las mujeres —me dijo, esbozando una tímida sonrisa—. Me da un poco de vergüenza no saber…

—Yo te enseñaré —me apresuré a responder—. Cuando tú estés preparada, yo te enseñaré lo que necesites saber.

Candela sonrió y, con la tranquilidad de quien se sabe en casa, se apoyó contra mi pecho y cerró los ojos. Yo la acuné con cariño, dispuesta a protegerla como el más valioso de los tesoros. Llevaba soñando con ese momento desde el primer día en que la vi y, sin embargo, no sabía qué decir. Estaba enamorada de Candela, y Candela estaba enamorada de mí. Quería que aprendiéramos juntas lo que era el amor.

—Es normal, ¿verdad? —me preguntó algo avergonzada—. Que me gusten los hombres y las mujeres. Ahora mismo estoy hecha un lío.

—Romper las normas da mucho miedo —le dije, acariciándole el brazo con cariño—. Sé lo que se siente. Es lógico que estés confundida, pero, Candela, no hay nada malo en ti. Podrían gustarte los hombres, las mujeres, los dos o ninguno, que seguirías siendo una persona extraordinaria. Poco a poco, las dudas irán desapareciendo.

—Lo único que necesito es que te quedes a mi lado —me susurró—. Con eso me basta.

—Nunca voy a abandonarte.

Continué acariciándola y Candela, segura entre mis brazos, se dejó llevar por el sueño. Su respiración se fue ralentizando, acompasándose a sus latidos, y cuando quise darme cuenta, ya me había abandonado.

—Te quiero —le dije, en voz baja—. Y voy a esperarte el tiempo que haga falta.

Cerré los ojos y, con el amor impregnándome los labios, me quedé dormida junto a ella.

Pasamos la noche con los cuerpos entrelazados, brazos y piernas unidos, envueltas en el olor de la otra. Mi pecho hacía de almohada para Candela y, cuando mi respiración la mecía, sentía que no había nada, ni sagrado ni terrenal, que pudiera apartarla de mi lado. No había nada que me hiciera más feliz que ella.

—Cuando acabe la guerra viviremos los tres juntos —le prometí cuando nos despertamos, poco antes de que llegara el alba—. Seremos una familia. Tú, el bebé y yo.

—Diego —me susurró ella—. Quiero que se llame Diego. Sé que es un nombre que te gusta.

Me quedé callada y, con la emoción en la garganta, comencé a acariciarle el pelo. Diego. Lo habíamos hablado hacía unos días, y ella lo había recordado. De alguna forma, Candela quería que yo también sintiera que su bebé era mío, que formara parte de su vida. Era el regalo más grande que me habían hecho jamás.

—Diego —repetí—. Nuestro Diego.

Candela me miró, sonriendo con los labios y con los ojos, pero, justo en ese instante, la habitación se iluminó con una intensa luz dorada que hizo que ambas nos sobresaltáramos. Los brazos de Candela se llenaron de tatuajes cuyos destellos áureos nos cegaron, tiñendo su piel del más puro y perfecto oro.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, separándome de ella—. ¿Estás bien?

—Sí. Mi gracia… se ha encendido sola.

—¿Notas algo extraño? ¿Te duele?

Candela abrió la boca para responder, pero el pasillo se llenó de voces y pasos apresurados, y ya no pudo hacerlo.

—¡Están aquí! —gritaban.

—¡Han vuelto!

—¡Rápido, salid todos!

Candela y yo nos miramos, y al instante nos pusimos en pie. Nos vestimos a toda prisa y ambas nos colocamos un mantón de lana sobre los hombros —ella para tapar el brillo de sus tatuajes, yo para evitar el frío previo al amanecer—, y salimos de la habitación. Teníamos los nervios en la garganta, y estos no hicieron más que multiplicarse cuando vimos que todos los Guardianes se dirigían apresurados hacia el exterior.

—¡Vamos fuera!

—¡Corred! ¡Están llegando!

Salimos del monasterio a toda prisa y, al igual que los demás, nos detuvimos en la entrada del edificio, frente a la linde del bosque. Allí se habían arremolinado los Guardianes. La calidez sus voces rompía la fría tranquilidad de la noche.

—¡Candela! —gritó Frasquita, corriendo hacia nosotras entre la multitud —. ¡Julia!

Candela la abrazó, pero enseguida volvió a soltarla. Aunque no dijo nada, supe enseguida a qué se debía: su poder estaba encendido y no quería usarlo contra su prima. No quería averiguar, con un solo roce, cuáles eran sus sentimientos y deseos más ocultos.

—No sé qué está pasando —nos dijo Frasquita, visiblemente nerviosa—. Estaba durmiendo y de repente…

Se levantó el mantón de lana que cubría sus hombros, dejándonos ver el oro de los tatuajes que cubría la piel de sus brazos. Después volvió a taparse. La única gracia que había visto en acción era la de Candela, y me sorprendió descubrir que las formas de la piel de Frasquita se parecían tanto a las suyas, como si siguieran el mismo patrón geométrico.

—¡Allí! —exclamó una mujer de repente, levantando el brazo para señalar hacia arriba—. ¡Por ahí vienen!

Tres pares de alas blancas surcaban el cielo nocturno, iluminando la oscuridad como hermosas antorchas de oro, y se dirigían hacia nosotros. Ángeles. ¡Eran ángeles! Si no hubiera sabido que era imposible, habría jurado que aquello no era más que un sueño, un engaño de mi propia mente.

—Lo han conseguido —musitó Candela, llevándose una mano al vientre con esperanza y orgullo—. Los han liberado.

Los murmullos de los Guardianes se multiplicaron cuando distinguimos a los caballos. Eran cinco en total, pero la marcha la encabezaban Carmen y Joaquín. Los tatuajes dorados de él asomaban por la parte abierta de su camisa blanca, y se reflejaban en el filo de la espada que ella llevaba en la mano.

Fuimos a acercarnos, pero, cuando dimos un paso, los arcángeles aterrizaron frente a nosotras con las alas blancas extendidas, y las tres nos quedamos quietas.

Al verlos, al tenerlos tan cerca, las piernas me temblaron de pura emoción. Caí de rodillas frente a ellos. Candela me siguió, muda por la bella imagen que se nos había aparecido en mitad de la noche. Después lo hizo Frasquita. Los cientos de Guardianes que se habían agolpado a las puertas del monasterio también se inclinaron ante los señores del Cielo, ante Carmen y Joaquín, y agacharon la cabeza en señal de sumisión.

—¡Guardianes! —exclamó uno de los arcángeles, uno cuyo pelo dorado le caía a ambos lados del rostro con una gracia que estaba muy lejos de ser humana—. ¡Hemos venido a libraros de la oscuridad, a borrar por fin de la faz de la tierra a esos demonios que tanto os han arrebatado!

—¡Esta vez ganaremos la guerra! —exclamó el ángel de piel cobriza que quedaba a la izquierda del rubio—. ¡Esta vez acabaremos con ellos y os devolveremos la luz!

El silencio que provocaron sus palabras nos envolvió como un manto, uno tan puro y limpio que nadie se atrevió a ensuciarlo con su mortalidad. Los ángeles estaban hablando, y nosotros no éramos más que siervos arrodillados ante su grandiosidad.

—Lucharemos a vuestro lado en la batalla —dijo el ángel que aún no había hablado, el que parecía hecho del más hermoso y brillante ébano—. Nuestro inmenso poder se complementa con las armas de caelestum; por eso, para igualar nuestras fuerzas, hemos decidido cedéroslas. Haced buen uso de ellas, porque os llevarán a la victoria.

Los señores del Cielo se giraron hacia Carmen, y ella se irguió. Aunque no tenía tatuajes dorados, había algo celestial en ella, algo que solo podían tener quienes habían sido tocados por los ángeles.

—¡Guardianes! —gritó, haciendo que todos nos encogiéramos ante su fuerza—. ¡Vamos a vencer a los demonios en esta guerra! ¡Nos dejaremos a ninguno con vida! *¡Angeli vivunt!*

Al contrario que Candela, Carmen no poseía una belleza delicada, sino una salvaje y arrolladora; el espíritu de alguien que, aunque no lo supiera, había nacido para liderar.

—*¡Angeli vivunt!* —corearon los Guardianes.

Carmen alzó la espada y nosotros, después de años de desolación, volvimos a tener esperanza. *Los ángeles viven,* gritábamos todos una y otra vez, haciendo que nuestras voces retumbaran en el mismísimo Infierno.

—*¡Angeli vivunt!* —repitió Carmen. Y todos la apoyamos.

—*Angeli vivunt* —susurraron Candela y Frasquita, casi a la vez, con los ojos llenos de lágrimas.

Y entonces recordé que esas habían sido las últimas palabras de Dancaire, su mentor, y que para ellas tenían un significado especial. Para Candela, Carmen, Frasquita y Joaquín, aquellas palabras estaban recubiertas de amor.

«Angeli vivunt», pensé, orgullosa.

Y supe enseguida lo que significaba para mí: libertad.

Los ángeles estaban vivos y yo era libre. Ningún hombre tenía ya poder sobre mí. Por fin, después de tantos años de dudas y sufrimiento, podía ser

la Julia que siempre había querido, la Julia que con tanto ahínco habían intentado eliminar.

No sabía si ganaríamos aquella guerra, pero yo lucharía hasta mi último aliento sabiendo que ni mi padre ni Antonio podían detenerme. Si los demonios vencían, si moría en la batalla, lo haría siendo yo misma, amando sin cadenas ni imposiciones. Pasara lo que pasara, sería feliz.

Porque, de alguna forma, ya había vencido.

Interludio II

Cielo

La tarea favorita de los mal'akh era pintar estrellas en el cielo. Cuando caía la noche, los ángeles de rango más bajo eran enviados a los bosques de la Ciudad Celestial, donde las flores brillaban en mil colores, y con las alas recogidas se sentaban sobre la hierba. Después, sonriendo, jugaban a colocar pecas de luz en el rostro del universo.

—Es vuestra labor cumplir con mis designios —les había dicho el Creador—. No sois los ángeles más poderosos, mis mal'akhs, pero sois igual de importantes para mí. Esforzaos por hacer de este lugar un paraíso.

Y ellos, vestidos con túnicas del blanco más puro, obedecían.

Siempre comenzaban poco a poco, esmerándose en darle sentido al mapa celeste, pero terminaban sumidos en la locura de su imaginación. Los tatuajes de su piel brillaban en oro, a juego con las cadenas que decoraban sus tobillos, y entre risas y luz de estrellas, olvidaban, aunque fuera por una noche, que solo habían sido creados para servir.

—¿Qué estás haciendo, Vav? —quiso saber Tzadi—. ¿Es alguna especie de monstruo?

Su voz era casi un susurro porque Jofiel, el Vigilante, los observaba de cerca. De complexión ancha y grandes alas blancas, la túnica de color verde que vestía no era lo único que identificaba su rango, también lo hacía el látigo que blandía sin piedad.

—Cállate —replicó Vav mientras movía las manos para crear siluetas en el cielo nocturno—. Es una lira.

Hubo unos instantes en los que los seis mal’akh sentados en el claro guardaron silencio. Yud, situado a la derecha de Vav, observó con interés la constelación en la que su hermano llevaba horas trabajando. A pesar de que se esforzó, no encontró ninguna similitud entre aquellos puntos de luz aleatorios y el instrumento musical al que debía parecerse.

—¿Estás seguro? —le preguntó.

Tzadi soltó una carcajada que rompió el silencio del bosque, a la que enseguida se unieron las risas de Nuun, Shin y Resh. Al escucharlos, Yud no pudo contenerse, y hasta el propio Vav, siempre serio, dejó escapar una sonrisa divertida.

—¡Silencio! —les gritó Jofiel, haciendo restallar el látigo contra el suelo. Los mal’akh dieron un respingo y las heridas que los Vigilantes les habían hecho a lo largo de los años volvieron a escocer—. Estáis aquí para trabajar, no para pasarlo bien.

Los seis se tragaron la risa, pero esta ya les había dejado en la boca un sabor a miel y a azúcar y a todas las cosas buenas que les habían negado. Los ángeles superiores podían obligarlos a trabajar, a poner su poder al servicio del Creador, pero existía una parte de ellos, una pequeña y subversiva, que siempre sería suya y solo suya.

—Desde luego es una lira muy fea —susurró Resh al cabo de un rato.

—La más fea que he visto nunca —añadió Shin.

—Es tan fea que se parece a Jofiel —confirmó Tzadi.

—Eh, parad ya —los reprendió Nuun—. No pasa nada, Vav, a todos nos ha salido una constelación extraña alguna vez.

—No te van a castigar por eso —le apoyó Yud.

Vav agachó la cabeza, mirando con tristeza las cadenas doradas que decoraban sus tobillos, y Yud lo observó en silencio. Su hermano parecía preocupado, y eso le dolía en lo más profundo del pecho. Aunque a veces pusieran a prueba su paciencia, amaba a aquellos cinco mal’akhs más de lo que se amaba a sí mismo. Gracias a ellos sentía que tenía una razón de ser, algo que le daba sentido a su existencia. Una familia.

—Sé que puedo hacerlo mejor, pero no me siento capaz —confesó Vav, aún con la cabeza agachada—. Hace días que me noto débil y me

preocupa… no poder participar en la Ascensión. Quiero hacer esas pruebas e ir a la misión de la Tierra. Quiero dejar de ser un mal'akh.

Los seis se quedaron callados, pensativos, la vista fija en la inmensidad del cielo. Ninguno de ellos sabía en qué consistían las pruebas a las que los iban a someter los arcángeles, pero sí sabían una cosa: que si las superaban, dejarían de ser esclavos. Si demostraban que eran lo bastante fuertes, las cadenas de sus tobillos desaparecerían y dejarían de servir a sus superiores. También obtendrían más poder, más responsabilidad, más valor.

—Vas a participar en la Ascensión —le aseguró Yud, intentando eliminar el velo de inseguridad que cubría los ojos de su hermano—. Tienes muchas virtudes, Vav, y los arcángeles lo saben. ¿Por qué iban a dejarte fuera?

—Porque he incumplido las leyes de los ángeles, Yud.

—¡Os he dicho que guardéis silencio! —les gritó Jofiel.

El látigo del Vigilante golpeó la espalda de Vav, desgarrando la piel que quedaba desprotegida entre sus alas, y el mal'akh gritó de dolor. Al ver que los demás se encogían ante la crueldad del cuero, Jofiel sonrió con satisfacción.

—Esto lo hago por vuestro bien —les dijo—. Cada herida os hace mejores y os acerca a la perfección de vuestros superiores. Solo el dolor puede purificar vuestra rebeldía.

—Yo sí que te purificaba el…

—Tzadi —le cortó Nuun, vigilando de reojo a Jofiel, que se alejaba—. Cállate.

Yud apretó los dientes al ver que los tatuajes de Vav se apagaban por culpa del dolor. El blanco de la túnica de su hermano se tiñó enseguida de rojo y él deseó poder realizar las pruebas de la Ascensión esa misma noche, que pudieran alcanzar por fin una categoría superior en la jerarquía celestial, un rango en el que no tuvieran que sufrir.

—¿Qué ley has incumplido? —le preguntó a Vav en un susurro. Fuera cual fuera el error de su hermano, estaba seguro de que podrían enmendarlo —. ¿Qué ha pasado?

Vav suspiró, como si no encontrara las fuerzas para decirlo. En el azul de sus iris brillaban cientos de dudas, algunas antiguas y otras recién llegadas,

preguntas y más preguntas que alimentaron el miedo de Yud.

—Mi fe —le respondió Vav en un tono tan bajo que casi parecía un susurro—. Ellos no lo saben, Yud, pero el otro día los escuché. Al Creador y a los arcángeles. Estaban hablando de la misión a la Tierra. El Creador quiere volver a jugar con la vida. Está pensando en crear unas nuevas criaturas.

Jofiel les lanzó una mirada asesina y Yud clavó la vista en el firmamento. Enseguida alzó las manos, como si estuviera calculando dónde colocar la siguiente estrella, pero no dejó de pensar en las palabras de su hermano. Unas nuevas criaturas. Por eso había notado algo extraño en el caelestum de la Ciudad Celestial, en sus arroyos y sus flores. El Creador estaba emocionado, y todo lo que había sido creado por la grandiosidad de su poder brillaba para acompañarlo.

—¿Qué más escuchaste? Cuéntamelo todo, por favor.

—Di-dijeron —titubeó Vav—. No, no puedo repetirlo, Yud, porque saberlo también dañaría tu fe, y los arcángeles huelen nuestras dudas.

—Vav, quiero ayudarte.

—Ellos… nosotros… Ya no sé en qué creo. El Creador y los arcángeles no nos consideran parte de la Ciudad Celestial, Yud, para ellos… somos… prescindibles.

—¡Ya está, se acabó! —exclamó el Vigilante—. ¡Vosotros dos! ¡Habéis agotado mi paciencia!

Jofiel se acercó hasta ellos con el látigo levantado, y Yud, asustado, cerró los ojos. El golpe del cuero, sin embargo, nunca llegó. Un ángel aterrizó en ese momento en el claro, levantando una leve brisa con el movimiento de sus alas, y hasta Jofiel se quedó quieto, expectante.

Cuando Yud abrió los ojos de nuevo, no tardó en reconocer el pelo oscuro que caía sobre los hombros del recién llegado, los fieros ojos castaños que lo miraban con asco e indiferencia, la túnica púrpura de los Ayudantes, emisarios de los señores del Cielo.

Era Zadkiel, la mano derecha del arcángel Miguel.

—Mi señor —lo saludó Jofiel, haciendo una reverencia.

Los seis mal’akh se inclinaron frente al Ayudante, apoyando la frente en la hierba, y hasta sus alas parecieron hacerse más pequeñas ante la grandeza

de un superior. Los tatuajes de su piel, encendidos mientras cumplían la tarea encomendada por el Creador, apagaron su oro y desaparecieron sin dejar rastro.

—Estoy buscando a un mal'akh —informó Zadkiel. Aunque lo único que Yud veía desde su altura eran los pies sin cadenas del Ayudante, pudo percibir el desprecio que destilaba su voz—. El arcángel Miguel quiere verlo.

—Vas a tener que ser un poco más específico —replicó Tzadi, desafiando al recién llegado—. Los seis somos mal'akh.

—¡Silencio! —le ordenó Jofiel.

—Vavdiel —respondió el Ayudante, deleitándose con el nombre—. Ese es el mal'akh que quiere mi señor. ¿Te ayuda eso un poco más?

El corazón de Yud se detuvo de golpe, ya que no podía tratarse de una casualidad.

—¿Ha ocurrido algo, mi señor? —le preguntó Jofiel.

—Según tengo entendido —le respondió Zadkiel—, Miguel quiere realizar con él una prueba de fe antes de la Ascensión. Algo fácil, claro. No creo que ningún ángel, y mucho menos un mal'akh, tenga la osadía suficiente como para dudar de su Creador.

Yud se quedó sin respiración cuando comprendió qué quería Miguel de su hermano. «Los arcángeles huelen nuestras dudas». Lo sabían, claro que lo sabían.

—¿Y bien? —insistió Zadkiel al ver que todos se habían quedado callados—. ¿Quién de vosotros es Vav?

—¡Vavdiel, levántate ahora mismo! —le ordenó Jofiel, chasqueando el látigo. Los Vigilantes ni siquiera se esforzaban en aprenderse sus nombres, pero él quería aparentar frente al Ayudante que los tenía controlados—. ¡No hagas esperar al arcángel, estúpido!

Con el estómago encogido, Yud miró de reojo a Vav, inclinado a su lado. Su hermano estaba temblando, los dedos clavados en la tierra, y eso le provocó un profundo dolor en el pecho. «No quiero ir —decía su mirada—. No puedo hacerlo».

Si Miguel realizaba con Vav una prueba de fe, su hermano jamás la superaría. El arcángel descubriría lo que había escuchado, hasta dónde

llegaban sus dudas, e impediría que llegara a la Ascensión. Vav ni siquiera tendría la posibilidad de luchar por un puesto en la misión a la Tierra y, cuando todos ascendieran, él seguiría siendo un esclavo, un siervo de por vida. Y Yud no podía permitirlo.

Por eso, antes de darse a sí mismo la oportunidad del arrepentimiento, se puso en pie y dijo:

—Soy yo.

Los mal'akhs lo miraron, incrédulos. Yud pudo sentir en la piel sus preguntas silenciosas. Sin embargo, aunque tuvo que disimular el repentino temblor de las manos, sus fuerzas no flaquearon. Su fe estaba intacta y, aprovechando que ni los Vigilantes ni los Ayudantes conocían sus nombres, podía hacerse pasar por Vav. Si conseguía mantener el engaño, podría hacer que su hermano llegara a la Ascensión.

—Bien —musitó Zadkiel, mirándolo de arriba abajo—. Acompáñame.

El Ayudante desplegó las alas y emprendió el vuelo.

Yud lo observó surcar el cielo y, solo cuando estuvo lo suficientemente lejos como para no escuchar sus voces, lo bastante como para que no fuera más que un punto lejano en la oscuridad, miró a los mal'akh.

«¿Qué haces?», le preguntaban los ojos de Vav, humedecidos por las lágrimas.

«¿Te has vuelto loco?», decían los de Tzadi.

Abrió las alas con un elegante movimiento y echó a volar hacia las estrellas.

Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, *cualquiera,* con tal de que todos sus hermanos participaran en la maldita Ascensión.

El palacio del arcángel Miguel era uno de los edificios más hermosos de la Ciudad Celestial. Construido por completo con caelestum, entre sus paredes se escondía un laberinto de habitaciones decoradas con las más brillantes piedras preciosas, columnas retorcidas moldeadas con luz de luna y escaleras que ardían con los rayos del sol; un bastión que advertía a los visitantes que nada que no fuera bello tenía cabida en su interior.

—Espera aquí —le había indicado Zadkiel a Yud antes de abandonarlo frente a unas enormes puertas doradas—. El arcángel te llamará.

Y él, con los latidos desbocados, esperó.

Nunca había tenido el privilegio de entrar en aquel palacio y, quizá por eso, porque jamás había visto techos tan altos ni suelos tan brillantes, se sintió minúsculo, más siervo que nunca.

«No tengo por qué preocuparme —se dijo para calmarse—. Mi fe sigue intacta. Amo al Creador sobre todas las cosas. Probablemente Vav no escuchó bien la conversación o quizá solo tenía miedo. Los arcángeles nos aman y los castigos que usan contra nosotros son solo para purificarnos y hacernos mejores».

Tras varios minutos de pie, acompañado únicamente del silencio, las grandes puertas de oro se abrieron ante él. Las alas le temblaron y tuvo que controlar el impulso de batirlas para salir volando y marcharse lo más lejos posible. Pero ¿a dónde iba a ir? Un mal'akh no tenía más hogar que la Ciudad Celestial; un mal'akh no tenía más patria que aquella que le condenaba a nacer y morir como esclavo.

La sala que lo recibió al otro lado de las puertas estaba iluminada con soles flotantes y, aunque no era excesivamente grande, estaba decorada con la misma opulencia del resto del edificio. Los techos estaban pintados con frescos que representaban la grandeza de los ángeles, y las paredes parecían hechas de nácar y gloria. Los ojos de Yud, sin embargo, se fueron directos al inmenso lecho que quedaba a su izquierda, el más cómodo y suave que hubiera visto nunca. Eso solo podía significar que se encontraba en la estancia más privada del palacio, aquella que solo los más honrados tenían la dicha de conocer.

«La alcoba de Miguel. La mismísima alcoba del arcángel».

Tumbado sobre el lecho se encontraba Miguel, que comía uvas de un cuenco. Yud nunca lo había tenido tan cerca, y su belleza lo dejó sin respiración. Su pelo era del color del oro, a juego con la túnica que vestía, y le caía como una cascada de ondas sobre los hombros, enmarcando un rostro anguloso y perfectamente cincelado. Su piel tenía el color de las perlas más bellas, un blanco pulido y etéreo que, sin embargo, no llegaba al níveo perfecto de sus alas.

—Mi señor —dijo Yud, arrodillándose—. Estoy aquí.

Las puertas doradas crujieron a su espalda, y solo cuando estas se cerraron y los dos se quedaron a solas, ocultos entre cuatro paredes, Miguel dejó el cuenco de uvas sobre el colchón y se fijó en él.

—Vavdiel —musitó el arcángel. Algo en la forma en la que dijo el nombre de su hermano hizo que Yud se encogiera sobre sí mismo—. Bienvenido.

—He acudido tan pronto como me habéis llamado —respondió Yud—. ¿Cómo os puedo servir?

Miguel se puso en pie y se acercó a él. Yud bajó la cabeza en señal de sumisión, pero también para calmar los nervios. Estaba ante uno de los cuatro arcángeles más poderosos del Creador, una de las leyendas de la Ciudad Celestial, y quería demostrar que era digno de estar en su presencia.

Quería que se creyera sus mentiras.

—Vavdiel —repitió el arcángel ya junto a él.

Con mucha delicadeza, Miguel le sujetó la barbilla y le obligó a mirarlo, deteniéndose a estudiar sus rasgos. El verde de sus ojos, que debería haber sido suave como la hierba de una pradera, se sentía en la piel del mal’akh como el ardiente fuego de una estrella.

—¿Sabes por qué te he hecho llamar? ¿Sabes por qué estás aquí?

Los párpados del arcángel estaban decorados con oro, al igual que sus pómulos, y la intensidad del brillo que emitían le hizo pensar a Yud en la magnitud del poder que corría por sus venas. De rodillas frente a él, se sentía insignificante.

—Sí, mi señor —respondió con un hilo de voz—. Para demostraos lo fuerte que es mi fe.

—Así es. En los últimos días hemos notado tus recelos, y estamos algo preocupados. No podemos dejar que un mal’akh con tantas dudas participe en las pruebas de la Ascensión. Lo entiendes, ¿verdad? Dudar de la propia fe es un pecado muy grave en la Ciudad Celestial, más incluso que escuchar a escondidas las conversaciones privadas de tus superiores.

Yud tragó saliva y, por un momento, se olvidó de respirar.

—Mi señor —musitó—. Yo…

—Cállate —le interrumpió Miguel, usando un tono de voz que solo poseían aquellos que están acostumbrados a ser obedecidos—. Solo hablarás cuando te dé permiso, ¿entendido?

Yud asintió. Como si así premiara su sumisión, el arcángel comenzó a acariciarle la mandíbula. Aquel gesto, aunque inocente, hizo que Yud se pusiera muy tenso.

—Por supuesto, existe una manera de comprobar lo fuerte que es tu fe y que nos olvidemos de todo esto —le informó Miguel—. Esta noche, si así lo deseas, podemos hacer que tus vacilaciones pasen desapercibidas. Así, cuando se realicen las pruebas de la Ascensión, podrás competir junto a los demás.

«Por fin», pensó Yud, aliviado.

—Haré lo que sea —susurró—. Mi señor.

La mirada del arcángel se ensombreció y, aunque fue un cambio casi imperceptible, Yud sintió un escalofrío. Siempre había pensado que experimentaría una dicha inmensa al estar en presencia de cualquiera de los arcángeles; una tranquilidad absoluta al observar la más pura perfección. No obstante, lo único que notaba en aquel momento era la tensión propia del peligro.

—Tienes un rostro hermoso —susurró Miguel, observándolo con interés —. Para ser un mal’akh, quiero decir.

El arcángel llevó sus dedos hasta los labios de Yud y las entrañas de este se sacudieron. De repente, como si acabara de descubrir que todo a su alrededor estaba en llamas, Yud se dio cuenta de que Miguel no le estaba acariciando porque quisiera agasajarlo con cariño, sino para demostrarle que era suyo, que era él quien tenía el poder.

—Abre la boca —le ordenó el arcángel.

Pero Yud, cuyos músculos se habían quedado paralizados, no lo hizo. Estaba acostumbrado a acatar órdenes, pero no a que estas supusieran un contacto tan indeseado e invasivo. ¿Cómo podía un arcángel estar pidiéndole algo así?

—Creo que no entiendes del todo la situación en la que estás —le dijo Miguel, oscureciendo el tono de su voz. Cuando apretó los dedos con más fuerza, Yud los sintió clavándose en su rostro como pequeñas dagas—. Si

no acatas mis órdenes, no solo dejaré de fingir que no sé quién eres en realidad, sino que me aseguraré de que el auténtico Vavdiel no vuelva a ver la luz del día. ¿He sido lo bastante claro ahora?

El corazón de Yud se detuvo en un latido. Miguel lo sabía, lo había sabido desde el principio. Se había dado cuenta de que él no era Vav, pero, en vez de castigar su intento de engaño, había decidido usarlo en su beneficio. Si Yud quería ayudar a su hermano y salvarlo de la ira del arcángel, no le quedaba más remedio que obedecer.

—Mi señor —masculló—. Yo… puedo intentar…

—Has dicho que harías lo que sea, ¿no? —le interrumpió Miguel—. Bien, pues eso es lo que quiero que hagas. Sigue fingiendo que eres Vavdiel y abre la boca.

«Estoy aquí por mi familia —se recordó Yud, obligándose a contener las lágrimas—. Todo lo que me haga a mí, no se lo hará a Vav».

Yud dejó de resistirse y los dedos índice y corazón de Miguel se deslizaron entre sus labios. Sabían a uvas, a vergüenza, a un cuerpo extraño corrompiendo el suyo. Cuanto más los introducía el arcángel en su boca, más se le revolvía a él el estómago.

—Mírame —le ordenó el arcángel—. No te atrevas a apartar la vista.

Yud quería cerrar los ojos con todas sus fuerzas, fingir que aquello no estaba ocurriendo, pero no podía. El arcángel lo obligaba a ver cómo el deseo conquistaba su rostro y, poco a poco, se volvía más salvaje, más peligroso. Lo estaba obligando a ver lo mucho que disfrutaba humillándolo.

—No eres nada —susurró Miguel, sacando los dedos de su boca solo para volver a introducírselos con fuerza—. No eres nada, Yud. Y yo lo soy todo.

El arcángel gimió e, incapaz de contener su deleite, abrió las alas. Con cada uno de los jadeos de Miguel, Yud sentía que algo en su interior se iba apagando, como si su propio cuerpo se estuviera desconectando para protegerse y, así, sobrevivir.

—En el fondo sabes que mereces ser castigado —le dijo Miguel con la respiración entrecortada. Sacó los dedos de su boca para sujetarle el rostro con fuerza—. Eres un mentiroso, Yud.

Los ojos del arcángel ardían en un verde extasiado y, por primera vez, Yud no sintió admiración, sino miedo. Por primera vez, debajo de la gloria y la belleza, vio a un auténtico monstruo.

—Por favor —susurró Yud con un nudo apretándole la garganta—. Yo…

—No te he dado permiso para hablar.

Miguel se separó de él y, sin decir nada, le mostró la palma de la mano derecha. Cuando esta comenzó a brillar, Yud observó el intenso brillo que emitía. Un segundo después, unas cuerdas doradas aparecieron de la nada y le ataron las manos la espalda.

—Muy bien —musitó Miguel, recreándose con la imagen de su sometimiento. Los tatuajes de oro fueron conquistando la piel del arcángel, empezando por los brazos y terminando en su cuello, en su rostro—. Y ahora vas a saber cuál es el castigo por incumplir mis mandatos.

El arcángel cerró la mano, y una fuerza invisible empujó la cabeza de Yud hasta golpear su rostro contra el suelo. El dolor le embotó la cabeza y, durante unos segundos, su visión se volvió borrosa. No podía moverse, no podía sentir, no podía pensar. Solo cuando fue capaz de entender lo que acababa de ocurrir, cuando notó la sangre caliente mojándole los labios, intentó arrastrarse para escapar.

—Has desafiado al Creador y me has desafiado a mí —le dijo el arcángel, usando su poder para atraerlo de nuevo hacia él—. ¿No te das asco a ti mismo?

Miguel se sentó sobre él, inmovilizándolo, y deslizó las manos por debajo de la túnica. Yud ni siquiera tuvo fuerzas para reaccionar cuando las notó explorando su piel. Tenía el escozor de la humillación en la boca, la culpa arañándole por dentro. ¿Por qué había sido tan estúpido? ¿Por qué había intentado engañar al más poderoso de los arcángeles?

«En el fondo sabes que mereces ser castigado».

—A mí sí que me das asco —le susurró Miguel, inclinándose sobre él para colocarse entre sus alas y acercarle la boca al oído—. Tú y todos los que son como tú. Por eso el Creador quiere deshacerse de los mal’akhs. Por eso quiere enmendar con los humanos todos los errores que cometió creándoos a vosotros.

Yud tenía el estómago revuelto porque notaba el peso del arcángel aplastándolo contra el suelo, un dolor intenso y ardiente en el labio. Sabía que lo que el arcángel le estaba diciendo tenía importancia, que esas mismas palabras habían destruido la fe de Vav, pero no se sentía capaz de entenderlas.

—¿Por qué estás tan callado? —le preguntó el arcángel mientras llevaba una mano hasta su cuello—. Te estoy haciendo un favor y deberías estar dándome las gracias. Sin mi ayuda, tu querido Vavdiel no podrá participar en la Ascensión. ¿No era eso lo que querías? ¿No es por eso por lo que has intentado engañarme?

Sin soltarle el cuello, el arcángel lamió la sangre que manchaba el rostro de Yud, y el cuerpo de este se contrajo por el asco y la rabia. La lengua de Miguel estaba húmeda y áspera, tan blanda y ajena a sí mismo que todos sus instintos le exigían apartarse. Pero no lo hizo. Estaba allí para ayudar a Vav, y aguantaría lo que hiciera falta por él. Por su familia.

—Yud —jadeó Miguel mientras se levantaba la túnica. Cuando comenzó a hacer fuerza para entrar en él y doblegar su voluntad, Yud cerró los ojos —. Quiero verte sometido a mis deseos. Quiero escucharte gritar.

Esta vez Yud intentó resistirse, mantener intacto un pedazo de su dignidad, pero cuando sintió el dolor que el cuerpo del arcángel le produjo en el suyo, tan intenso y desgarrador, le fue imposible hacerlo. Gritó, gritó con todas sus fuerzas, y cuando las lágrimas le empaparon el rostro, Miguel gimió de placer.

Esa noche, Yud sintió que se rompía en mil pedazos, como si estuviera hecho de cristal, y supo que jamás podría recomponerse. Todo lo que amaba, desde volar a pensar, desde amar a reír, quedaría mancillado por lo que el arcángel le había hecho.

«Quiero escucharte gritar» le repetirían desde entonces sus pesadillas.

Esa noche Yud perdió su inocencia, su fe y su poder, que quedaría bloqueado en su interior durante años, dejándolo vacío e inerte.

Esa noche, a Yud lo hirieron para siempre; y sería el dolor de su herida lo que encendería en Luzbel la chispa de la rebelión contra el Cielo.

18

Carmen

Sevilla estaba rodeada de fuego. Vista desde lejos, la ciudad en la que había crecido no era más que un lienzo de ardientes rojos y peligrosos naranjas, una peligrosa e inaccesible jaula de llamas.

—Es solo una barrera —dijo Joaquín, con el ardor de Sevilla reflejado en la mirada. Candela, Frasquita y yo, a su lado, nos pusimos tensas—. Tzadi y Triana saben que hemos sacado a los arcángeles de la Alhambra y han protegido la ciudad.

Aunque estábamos lejos, podía percibir el olor a madera quemada que desprendía el incendio, el calor intenso que transportaba la brisa que predecía a la noche. Frente a mí solo había fuego y más fuego, una inmensa y ardiente cúpula que me impedía ver el Alcázar, la Giralda o la Fábrica; y eso me llenaba de rabia. Llevaba mucho tiempo soñando con volver a casa, pero era incapaz de reconocer mi hogar entre las llamas.

—¿Y por qué querrían Tzadi y Triana dificultarnos la entrada a la ciudad? —preguntó Candela—. Llevan semanas esperando nuestra llegada.

—No quieren dificultarnos la entrada —respondí yo, cerrando los puños —. Lo que quieren es asustarnos.

—¿Y la gente? —preguntó Frasquita, encogiéndose sobre sí misma—. Nuestros vecinos y amigos, ¿estarán bien?

Los cuatro nos quedamos callados, pensativos, observando el horizonte con preocupación. ¿Qué más le habría hecho Tzadi a Sevilla en nuestra ausencia? ¿Y si habíamos llegado demasiado tarde?

Más de cien Guardianes habíamos salido de Córdoba hacía ya seis días, aunque no habíamos alcanzado nuestro destino hasta esa misma mañana. Al ser un grupo tan numeroso, el viaje había sido lento y tedioso, tanto que había minado nuestras energías. Íbamos armados y no todos éramos soldados, ya que también había hombres y mujeres que habían querido acompañarnos para ayudar y encargarse de los heridos en la batalla. Eso nos había ralentizado.

—¡Carmen! —me llamaron de repente.

Me di la vuelta con la tensión de quien espera malas noticias, y mis ojos se encontraron con los del Tuerto, que cruzaba el campamento.

—¿Qué ocurre?

—Los arcángeles —me respondió—. Os reclaman.

—¿Por qué?

El hermano de Dancaire se encogió de hombros, y yo puse los ojos en blanco. Los arcángeles, sorprendentemente, habían sido una de las razones por las que nuestra llegada a Sevilla se había retrasado tanto. Aunque volaban rápido y parecían haber recuperado sus fuerzas tras largos años de encierro, cada vez que pasábamos junto a una iglesia de la antigua fe nos habían exigido detenernos para que rezáramos con ellos.

«Vuestra fe nos da fuerzas —nos decían—. Inclinaos ante nosotros y orad, Hijos de Adán».

Y, aunque a los Guardianes les parecía un honor recitar sus oraciones a los pies de los arcángeles, yo había empezado a cansarme. ¿Los habíamos liberado para luchar contra los demonios o para cantar en grupo? ¿Qué diferencia había entre sus rezos y las misas de la Iglesia de los Renegados? No éramos un grupo de devotos que lloraban por su Creador desaparecido; éramos soldados.

—¿Y contigo no quieren hablar? —le pregunté al Tuerto—. Eres el líder de los Guardianes.

—Solo quieren ver a, usando sus palabras, *los niños con gracias*.

Algo en la forma que lo dijo me provocó una extraña incomodidad. Aunque no lo habían mencionado, sabía que los arcángeles se habían dado cuenta de que mi poder no se encendía ante su presencia. Temía que llegara el momento de que me exigieran una explicación. ¿Qué iba a decirles?

¿Que un demonio me había roto el corazón y, desde entonces, mi gracia estaba bloqueada?

—Bien, pues vamos.

Los cuatro nos despedimos del Tuerto y nos dirigimos con decisión hacia la tienda de los arcángeles. A nuestro alrededor, la oscuridad de la noche apremiaba y los sonidos del campamento nos arropaban. Había Guardianes terminando de montar las tiendas de campaña, hombres y mujeres organizando la comida, grupos de todas las edades entrenando.

Aunque fingía no mirar a nadie, vigilaba en todo momento a cada uno de los Guardianes, buscando en silencio al traidor del que nos había hablado el Tuerto. Micaela se movía entre la gente como una sombra, intentando ocultar la tristeza que le producía el desamor; Manele realizaba las tareas con eficiencia, aunque por las noches era el último en dormirse por culpa del miedo que tanto se esforzaba en disimular. Adela ayudaba a mis primas a entrenar y, cuando estaba con Candela, sus ojos brillaban con la nostalgia que le producía pensar en Inés, su hija, y en la nieta enferma que había dejado a salvo en Córdoba. Averroes, siempre de buen humor, disfrutaba cuidando a los caballos. Sin embargo, no había vuelto a escucharle cantar.

¿Y si Tzadi nos había engañado y, en realidad, Balthasar no había tenido ningún hijo? ¿Y si lo que quería, precisamente, era crear escisiones entre nosotros? Las dudas asolaban mis noches y precipitaban mis madrugadas, manteniéndome en tensión constante.

—Deja de preocuparte por eso —me había dicho Joaquín—. Si hubiera un traidor entre nosotros, lo sabríamos ya.

Cuando llegamos a la tienda de los arcángeles, los tatuajes de Joaquín y mis primas comenzaron a brillar, llenándoles la piel de intrincadas formas doradas. Yo, sin embargo, solo sentí la vibración de las armas de caelestum y un ligero mareo en el estómago.

—Bienvenidos —nos saludó Miguel, abriendo los brazos para recibirnos —. Bienvenidos, niños con gracias.

Como siempre, los tres arcángeles estaban en pie, con Miguel en el centro, las alas recogidas a la espalda. Un par de velas iluminaban la austeridad del lugar y la perfección de sus rostros. Ni siquiera las

desgastadas túnicas doradas que aún vestían, evidenciando su largo encierro, conseguían afear su imagen.

«Es una cuestión de estatus —nos había dicho Rafael, rechazando la ropa limpia que les habíamos ofrecido—. No vamos a vestirnos con telas mortales».

—Siempre es un honor —respondí yo, inclinándome ante ellos—. ¿En qué podemos ayudaros?

Los arcángeles guardaron silencio, y yo pude sentir los ojos de Miguel clavados en mi piel sin tatuajes. Había algo en su mirada que me hacía sentir expuesta, minúscula, como si pudiera saber todo lo que mi interior escondía.

—Hemos llegado a Sevilla —nos informó Miguel—. Es el momento de atacar.

—Lo haremos mañana —soltó Rafael, mucho más directo—. Al anochecer.

Candela me miró, preocupada, y yo fruncí el ceño. ¿Atacar a Tzadi al día siguiente? ¿Sin tiempo para prepararnos y descansar? Era una locura. Una completa y absoluta locura.

—Mi señor —dijo Joaquín, dando un paso al frente—. Creo que podemos esperar unos días más. Todos estamos cansados y necesitamos organizarnos.

—No —se negó Rafael. Sus ojos de cobre ardían bajo la luz de las velas más rojizos que castaños—. Llevamos demasiado tiempo esperando este momento, no podemos desperdiciar ni un solo minuto más. ¿Acaso no queréis ganar esta guerra?

—Por supuesto que queremos ganar la guerra —repliqué—, pero no sacrificando inocentes para ello. Decidnos qué habéis pensado, y nosotros decidiremos cuándo y cómo hacerlo.

Miguel entornó los ojos, aún observándome, pero fue Gabriel el que respondió. El arcángel de piel negra, el único que no había hablado hasta el momento, usó un tono calmado para explicarnos la situación:

—Tzadiel quiere enfrentarse a nosotros, pero antes quiere agotarnos. El círculo de fuego que rodea la ciudad está hecho por Reshiel y no podemos atravesarlo. Si lo intentamos…

—Moriremos —completó Rafael.

—No es un fuego normal —añadió Miguel—, sino uno creado específicamente para acabar con nosotros. Un fuego infernal.

—Estamos seguros de que no es el único obstáculo que vamos a tener que sortear para llegar hasta Tzadiel —continuó Gabriel—, y que son los dos señores del Infierno que quedan vivos los que se han encargado de ellos. Por eso, lo ideal sería hacer un ataque por partes.

—Un pequeño grupo entrará primero en la ciudad para acabar con Reshiel y Shinael —nos explicó Miguel—. Cuando estos mueran, desaparecerán las barreras que nos impiden entrar en la ciudad y tendremos vía libre para atacar a Tzadiel.

Antes de decir nada, me giré para mirar a Joaquín y a mis primas. Los tres estaban muy serios, pero parecían pensar lo mismo que yo: que, aunque no era un mal plan, tenía inconvenientes. El primero de ellos era tener que separarnos. El segundo, que unos pocos se meterían en la boca del lobo cuando más peligro había.

—¿Y cómo vamos a entrar en la ciudad? —preguntó Frasquita, esforzándose por controlar el miedo.

—Yo sé cómo —se apresuró a responder Candela—. Usando los túneles de Dancaire.

Mi prima buscó mis ojos, mi aprobación, y yo asentí con asombro. Aunque no solíamos usarlos, todos conocíamos la existencia de los túneles que, construidos hacía siglos, atravesaban el subsuelo de Sevilla. Dancaire y su banda los usaban para el contrabando, y habíamos visto a nuestro mentor aparecer y desaparecer cientos de veces por sus entradas secretas, convirtiéndose en un fantasma.

Uno de esos túneles iba desde la Fábrica hasta el Alcázar. Candela lo conocía bien porque Antonio lo había usado en más de una ocasión para llevarla hasta su cama, manteniéndola escondida con ello no como un tesoro, sino como una deshonra.

—Hay un túnel que tiene la entrada a las afueras de la ciudad —añadió Joaquín—, en los campos de algodón en los que solía trabajar. Podemos aprovecharlo para llegar hasta la Fábrica y, desde allí, utilizar el que va

hasta el Alcázar. Imagino que en el hogar del cacique encontraremos a los señores del Infierno.

Candela y yo compartimos una mirada y, aunque no dijimos nada, ambas supimos lo que la otra pensaba: Triana. Nuestra prima también conocía la existencia de esos túneles y, si había ayudado a Tzadi a proteger la ciudad, no los habría dejado sin vigilancia.

—No va a ser fácil —dije—. Habrá dragones y soldados en cada calle y en cada entrada. Además, no podemos matar a dos señores del Infierno así como así.

—Ya lo habéis hecho antes, ¿no? —quiso saber Gabriel, mirándonos a todos con sus enormes ojos negros—. Acabasteis con Vavdiel y con Nuuniel, y eso demuestra que sois lo bastante fuertes como para cumplir también esta misión.

Todos guardamos silencio, dudando de las palabras del arcángel. A Vav lo había matado Micaela con sus flechas; a Nuun, yo con la espada. Sin embargo, a ambos los habíamos pillado por sorpresa. Resh y Shin no solo estarían preparados para nuestra llegada, sino que la estarían esperando con ansia.

Nada nos aseguraba que, esta vez, pudiéramos vencer.

—¿Y qué hay de Tzadi? —pregunté. Los arcángeles arrugaron la nariz al escucharme utilizar ese nombre—. Supongamos que conseguimos acabar con Resh y con Shin, que el fuego desaparece y que vosotros entráis en la ciudad. ¿Cómo vamos a acabar con él?

Miguel se separó de sus compañeros y comenzó a deambular por la tienda, arrastrando la punta de sus alas. Era imposible no desviar la mirada hacia sus movimientos elegantes, lentos y sinuosos, hacia la luz que emitía su mera presencia.

—Matar a Tzadi es la parte fundamental del plan —dijo sin levantar la vista del suelo—. Cuando su corazón deje de latir, tendremos que destruir la corona de cuernos de Luzbel para que ningún otro demonio se autoproclame rey. Solo entonces, cuando no exista ningún símbolo de autoridad que las sombras puedan reclamar, las puertas del Infierno se abrirán y podremos encerrar de nuevo a los demonios.

—Luzbel usó todo su poder para crear esa corona —nos explicó Gabriel —. No solo lo identificaba como rey ante la oscuridad, sino que también le servía como una llave que le aseguraba que nunca volveríamos a encerrarlos.

—Cuando la destruyamos y los demonios se hayan ido —añadió Rafael —, nosotros nos encargaremos de abrir las puertas del Cielo y retornaremos a nuestro hogar.

—¿Y qué vamos a hacer con Triana? —preguntó Candela—. Tzadi dijo que la había nombrado reina del Infierno. ¿Ella no cuenta como autoridad?

Los arcángeles nos miraron, en silencio, y antes de que dijeran nada, todos lo supimos. Claro que Tzadi escondía una intención secreta al nombrar a Triana reina: con ello se había asegurado de que, para que los señores del Cielo pudieran abrir las puertas del Infierno, no solo tuviéramos que matarlo a él. Quería que acabáramos con nuestra prima para poder ganar la guerra. Quería que no fuéramos capaces de hacerlo y, así, vencernos.

—No —dijo Frasquita, tapándose la boca con una mano—. No vamos a matar a Triana.

—Vuestra prima tomó una decisión —sentenció Rafael—. Vivir como reina supone el riesgo de tener que morir como tal.

Apreté los puños con fuerza y, cuando vi las lágrimas en el rostro de Frasquita, un fuego tan intenso como el que rodeaba Sevilla comenzó a quemarme las entrañas. Tzadi había convertido a Triana en su seguro de vida y lo odié aún más por ello. Lo odié por utilizarla, por ponernos en una situación tan difícil; lo odié tanto que, de repente, me vi incapaz de controlar la rabia.

—Tiene que haber otra forma —dije, clavándome las uñas en la palma de la mano—. Tiene que existir una manera de abrir esas puertas sin tener que matar a Triana.

—Carmen —me llamó Joaquín en voz baja.

Pero yo no le escuchaba. Había aceptado que Triana nos hubiera traicionado, que luchara junto a los demonios y no junto a los ángeles, pero no el tener que acabar con su vida. En el fondo, aunque ninguno de nosotros

quisiera reconocerlo, siempre habíamos tenido la esperanza de que, cuando acabara la guerra, la salvaríamos.

—No existe otra manera —respondió Miguel—. Tzadi ha jugado sus cartas mucho mejor que Luzbel y, si queremos volver a encerrar a los demonios en el Infierno, si queremos asegurarnos de volver al Cielo, tenemos que acabar también con Triana.

—No —insistí con la rabia llenándome la boca—. Me niego a aceptar que esa sea la única manera de hacer las cosas.

—Creo que ha llegado el momento de que os vayáis a dormir —propuso Gabriel en un tono conciliador—. El viaje os ha dejado agotados y no estáis pensando con claridad.

—No es cierto —le dije, plantándole cara. Me sentía incapaz de controlar las palabras—. Tenéis un poder inmenso, un poder sagrado. ¡Seguro que conocéis alguna otra forma de librarnos de los demonios!

—Los demonios están condenados —gruñó Rafael—. Su lugar es el Infierno y solo hay una forma de enviarlos allí de nuevo.

Los pensamientos cruzaban mi cabeza a toda velocidad. Mi mente, azuzada por la rabia, se estaba esforzando al máximo por encontrar una solución. Al escuchar la palabra «condenados», sin embargo, se detuvo. Yud me había hablado de la condena de los demonios, de lo que los ángeles les habían hecho, y en ese momento recordé.

«¿Y por qué no estáis allí? —le había preguntado una noche en nuestro viaje a Granada, cuando se había tumbado a mi lado para darme calor y salvarme la vida—. ¿Por qué no estáis en el Cielo si ahora es vuestro?».

«Porque no podemos entrar —me había respondido él con la voz teñida de tristeza—. Una de las condiciones de nuestra expulsión fue que mientras un solo ángel viva, ninguno de nosotros podrá volver al Cielo».

Teníamos una alternativa a la guerra al alcance de nuestra mano, pero los arcángeles ni siquiera la habían considerado.

Ni siquiera nos habían hablado de su existencia.

—¿Y por qué no dejáis que los demonios se vayan al Cielo? —les pregunté—. Su condena dice que no podrán pisarlo mientras quede un solo ángel con vida, ¿no? Bien, pues sacrificaos. ¿Por qué no morís vosotros y le

damos a Tzadi lo que quiere? ¡Así nos libraremos de ellos y ningún inocente tendrá que morir en una guerra que no es suya!

—Carmen —dijo Miguel, mirándome con unos ojos que gritaban peligro —. Cálmate ahora y no tendremos en cuenta tus blasfemias. No es con nosotros con quien estás enfadada.

—¡Sí que es con vosotros! —exclamé, encarándome con él—. ¡Nunca os pedimos tener este poder! ¡No es justo que tengan que morir tantos inocentes!

—¡Cállate ya, niña estúpida! —me gritó Rafael.

El arcángel dio un paso hacia mí y abrió las alas para intimidarme. Eran enormes, tanto que casi ocupaban todo el espacio libre de la tienda, y yo quise desenvainar las kinjaras y atacarle. Sin embargo, Joaquín me sujetó el brazo derecho e impidió que me moviera.

—¿No te das cuenta del honor que supone tener una gracia otorgada por los mismísimos señores del Cielo? —continuó Rafael—. ¿No te das cuenta de que, si no os hubiéramos elegido, no seríais nada?

—¿Los humanos que van a luchar por vosotros no son nada? —contraataqué, zafándome de Joaquín—. ¿Las criaturas favoritas del Creador no son *nada*?

Di un paso al frente, pero, en ese momento, Miguel levantó la mano derecha, mostrándome la palma. Cuando esta comenzó a brillar y su piel se llenó de tatuajes, yo me quedé quieta, observando el resplandor de su oro.

La ira que se me había acumulado en la punta de la lengua se diluyó en el silencio de la tienda y, poco a poco, me fui relajando. Primero fueron mis pensamientos, que dejaron de arder con rabia; después mi cuerpo. A los pocos segundos, ni siquiera recordaba la razón por la que estaba tan enfadada.

—¿Mejor? —me preguntó el arcángel.

Asentí y él bajó la mano. No entendía lo que había pasado, lo que Miguel me había hecho, pero me sentía mucho más ligera, como hecha de aire y felicidad. El brillo dorado del arcángel se había metido en mis venas, en mis huesos, y estos ya no pesaban. Tampoco lo hacían las dudas.

—Si nosotros nos sacrificamos —nos explicó Gabriel—, las puertas del Cielo no se abrirán jamás. Entendemos tus recelos, Carmen, pero si

nosotros morimos y dejamos a los demonios entrar en la Ciudad Celestial, la oscuridad lo consumirá todo y vuestras almas estarán condenadas al Infierno para toda la eternidad. Ahí reside nuestro valor.

Solo entonces, gracias a la miel que recubría la voz del arcángel, me di cuenta de que la situación se me había escapado de las manos. El dolor me había hecho comportarme como la Carmen de antes, la Carmen impulsiva que no sabía controlarse, y los Guardianes no se lo merecían. Yud, tampoco. El demonio llevaba muchos años esperando a que los ángeles volvieran al Cielo, cargando con el peso de las almas y la esperanza de poder liberarlas algún día. Si los arcángeles morían, su sacrificio habría sido en vano.

—Lo siento —dije, tragándome el orgullo—. Yo… no sé qué me ha pasado.

—El dolor —me respondió Gabriel, el único en aquella tienda que, más que tenso, parecía triste—. El dolor es cruel, Carmen, y puede enloquecer a los mortales.

—El poder que se os otorgó de niños viene acompañado de un pesado deber —añadió Miguel—. La vida y la muerte no significan nada si las comparamos con la grandeza a la que estáis destinados.

—Marchaos —nos ordenó Rafael, cerrando las alas de nuevo—. Mañana no atacaremos, os vamos a conceder un día de descanso. Al siguiente anochecer, sin embargo, preparaos para entrar en Sevilla.

Joaquín asintió y, tras hacer una rápida reverencia, se marchó de la tienda. Mis primas fueron tras él y yo, tras unos segundos de duda, también me di la vuelta.

—Carmen —me llamó Miguel, haciendo que lo mirara de nuevo—. ¿Cómo sabías que los demonios no pueden volver al Cielo mientras nosotros sigamos con vida? ¿Quién te ha dado tantos detalles sobre su condena?

Me quedé muy quieta, como si fuera una niña a la que hubieran descubierto haciendo una fechoría. Los ojos de los tres arcángeles estaban clavados en los míos, pero los verdes de Miguel eran los más peligrosos. La tranquilidad que había invadido mi cuerpo con el brillo de su mano comenzó a desaparecer, haciendo que volvieran tanto la sospecha como la incertidumbre.

—Nadie —mentí—. Lo he supuesto.

En mi cabeza se repetía una y otra vez el nombre de Yud, las noches que habíamos pasado juntos y que, en aquel momento, sentía como el peor de los sacrilegios. Tenía la sensación de que Miguel lo sabía todo sobre mí, de que solo me estaba probando, y que, por más que lo intentara, no tenía forma de escapar de él.

«Sabes que estás mintiendo —parecía susurrarme su mirada—. Y mereces ser castigada».

—Lo has supuesto —repitió Miguel—. Ya.

—¿Y qué hay de tu gracia? —me preguntó Rafael—. ¿Por qué no se enciende ante nuestra presencia como todas las demás?

Un escalofrío me recorrió la espalda y, aunque todo mi cuerpo quiso encogerse, hice un esfuerzo por mantenerme erguida, desafiante, tranquila. Los arcángeles sabían más sobre nosotros de lo que nos estaban haciendo creer, mucho más, y la única forma que teníamos de mantener nuestra independencia era no dejándonos asustar.

—No lo sé —les dije, con calma—. Un día dejó de responder y no sé cómo revivirla. Supongo que hasta mi poder se ha resentido por culpa del sufrimiento que hemos tenido que soportar.

Los señores del Cielo guardaron silencio. No sabía si me creían, pero tampoco me iba a quedar allí para averiguarlo. Antes de darles la oportunidad de seguir interrogándome, volví a darme la vuelta.

Miguel, sin embargo, no estaba dispuesto a dejarme marchar tan fácilmente.

—En la Alhambra nos hablaste de un demonio que se llamaba Aleph, un demonio que te ayudó a llegar hasta nosotros y al que, según tus palabras, no querías que le pasara nada. —Su voz no estaba afilada, pero aun así se me clavó dentro—. Espero que sepas que, en esta guerra, todos los demonios morirán o volverán al Infierno. No vamos a salvar a ninguno.

«Eso ya lo veremos», pensé.

Y salí de la tienda.

El sonido de las espadas chocando retumbaba contra el amanecer. Los gruñidos de los Guardianes silenciaban el canto de los pájaros, rompiendo la calma que debía reinar en el campamento a la hora de la aurora.

—¡Otra vez! —le gritó el Tuerto a Joaquín.

El Guardián le estaba enseñando a usar el arco y, para sorpresa de todos, tenía un talento innato. Sus flechas doradas se clavaban con precisión en las marcas que el hermano de Dancaire había pintado en el árbol de entrenamiento. Ni siquiera el dolor que le provocaban los latigazos de la cuerda le hacía fallar.

—Esto se te da muy bien, chico. Muy muy bien.

A pesar de lo cansados que habíamos llegado a Sevilla el día anterior, todos nos habíamos despertado llenos de energía. Por la noche, Frasquita había usado su gracia para dormirnos, llenándonos la cabeza de sueños y alejando el insomnio que atraía el miedo a la guerra. Lo último que recordaba antes de cerrar los ojos era a mi prima agachada junto a mí, acariciándome la frente con cariño.

—Duerme —me había susurrado—. Voy a abrir la puerta de los sueños para ti.

Y así, gracias a su poder, había visto a Yud.

Los sueños de Frasquita siempre parecían reales. A veces, al despertar, dudabas de si lo que habías vivido durante la noche había sido solo una mera creación de tu mente. Por eso, cuando Yud apareció en mi tienda y me besó con amor, yo sentí un calor intenso acariciándome por dentro.

—Carmen —había repetido el demonio una y otra vez, recorriendo mi cuerpo con sus labios mientras me quitaba la ropa—. Lo que te dije en Medina Azahara no era verdad. Te quiero, claro que te quiero. No pude evitar enamorarme de tu alma.

—Lo sé —le había respondido yo, perdida en su mirada bicolor.

—No quiero que me odies.

—Ya no te odio, Yud. Desde que descubrí la verdad sobre ti no puedo odiarte.

—Entonces espérame. En todas las vidas y en todos los mundos.

El problema era que, mientras Yud y yo ardíamos en pasión, había aparecido Joaquín. Sin embargo, y pese a lo que habría esperado, no se

había enfadado al verme con el demonio, sino que se había quitado la ropa y, con los ojos llenos de fuego, se había inclinado para besarme también.

—Carmen —me había dicho—. No tienes por qué elegir.

Y yo, que no sabía cómo funcionaban los sueños, me había dejado llevar. Por primera vez en la vida tenía para mí a los dos hombres a los que amaba, y no pensaba desaprovechar la oportunidad. Quería besarlos a ambos, tocarlos a ambos. Quería que los dos, aunque fuera por una noche, me hicieran suya.

—No quiero elegir —les había susurrado mientras Yud me besaba los pechos y Joaquín la piel del cuello—. Os amo a los dos.

Así, durante unas horas, me había emborrachado con el romero de la piel de Joaquín y los dátiles de la boca de Yud. Me había entregado a ellos con todas las ganas que escondía en la jaula de mi corazón, y ellos se habían abierto conmigo sin reparos ni condiciones. Yud, Joaquín y yo nos habíamos reencontrado en el placer, entre caricias y gemidos, y habíamos entrelazado nuestros cuerpos para detener el tiempo.

Después, sin embargo, me había despertado.

—¿En qué piensas? —me preguntó Frasquita, de pie frente a mí—. Te has quedado muy callada.

Tardé unos segundos en alejar de mi mente la noche de pasión que había vivido y recordar dónde estaba. Los Guardianes seguían entrenando a nuestro alrededor, ajenos a los sentimientos salvajes que bullían en mi interior. Al darme cuenta de que ya era de día, me obligué a volver a la realidad. La batalla contra Tzadi se acercaba a pasos agigantados, y no podía perder el tiempo. Cualquier distracción suponía un peligro.

—En nada —respondí, volviendo a colocarme en posición de ataque—. Vamos a seguir. Estás segura de que quieres hacer esto, ¿verdad?

—Estoy segura —me dijo, sujetando con más fuerza la espada que tenía entre las manos—. Llevo toda la vida creyendo que, si me mantengo al margen, controlaré mi enfermedad. Nunca pude jugar con los demás niños porque de verdad pensaba que no podía hacerlo, que tenía que protegerme. En las últimas semanas, sin embargo, me he dado cuenta de que estaba equivocada. Puedo hacer lo mismo que los demás, Carmen, porque soy mucho más fuerte y valiente de lo que siempre habéis creído.

—Nunca hemos pensado que no lo fueras.

—Aunque fuera con buena intención, sí lo habéis hecho —replicó ella —. No estoy rota y no puedo dejar que nadie me trate como si lo estuviera. Desde que he atravesado mis propios límites tengo incluso menos ataques de tos.

La observé en silencio, con una mezcla de orgullo y preocupación, y ella me sostuvo la mirada. Aunque seguía siendo la misma Frasquita de siempre, tan dulce y amable como la recordaba, algo había cambiado en ella. Tal y como había demostrado en las últimas semanas, la nueva Frasquita no pensaba quedarse callada, y tampoco acobardarse. Seguía gustándole leer, y estaba segura de que habría dado cualquier cosa por pasar los días con la nariz metida en un libro, pero también quería luchar. Nos habíamos empeñado en encerrarla para protegerla cuando ella estaba destinada a volar.

—Bien —le dije—. Pues ¡en guardia! Vamos allá.

La espada de Miguel vibraba entre mis manos. Aunque mi gracia seguía dormida, el caelestum me atraía con mucha fuerza, como si estuviera ansioso por hacerlo despertar. La presencia de los arcángeles era la leña que avivaba su fuego, pero lo único que podía hacer era prometerle en silencio que, con su filo, mataríamos demonios. Que acabaríamos con Tzadi.

—Vale —aceptó Frasquita, algo desconfiada—. Así, ¿no?

Puso una pierna por delante, apuntándome con la espada, y yo asentí. Con un arma común no mataría a ningún demonio, pero saber usarla le permitiría defenderse. Además, en las calles de Sevilla no solo habría dragones, también estarían los soldados del cacique. Cuantas más armas supiéramos utilizar, más tiempo permaneceríamos con vida.

—Tienes que fijarte siempre en los hombros de tu oponente —le dije—. No busques nunca la punta de su espada, porque no podrás anticiparte a sus movimientos.

Frasquita asintió, y yo, al recordar que había sido Yud quien me había dado ese consejo, sentí un pinchazo en el pecho. Ahora sabía por qué me había entregado la espada de Miguel, por qué me había enseñado a utilizarla. Quería que le ayudara a liberarse del peso de las almas con las

que cargaba desde hacía miles de años. A pesar de que eso fuera en contra de su propia existencia, quería que ganáramos la guerra.

Me preparé para atacar a Frasquita pero, justo en ese momento, lo noté. Alguien me estaba observando. Los Guardianes que entrenaban a nuestro alrededor estaban concentrados en el ejercicio, y ninguno de ellos parecía estar pendiente de mí. Fruncí el ceño y, al mirar más allá del improvisado campo de batalla, mis ojos se encontraron con los del arcángel Gabriel.

El señor del Cielo estaba a pocos metros de nosotras, mirándome fijamente con las alas recogidas a la espalda. Aunque no había sol, su piel negra destellaba como bañada por él.

—Espérame aquí —le indiqué a Frasquita—. Si ves que tardo mucho, ve a entrenar con Joaquín.

Envainé la espada de Miguel e, intentando no interrumpir el entrenamiento de mis compañeros, me acerqué hasta Gabriel. Después de la conversación que habíamos tenido el día anterior, no había vuelto a hablar con ninguno de los arcángeles. Ellos se habían recluido en su tienda; nosotros habíamos preferido mantenernos ocupados. Sin embargo, Gabriel me parecía el arcángel más accesible, y aquella era una oportunidad perfecta para compartir con él todas las dudas que me impedían dormir.

—Tengo una pregunta —le dije cuando llegué hasta él.

—Hola a ti también, Carmen.

—Las almas —solté sin rodeos—. Cuando abramos el Cielo, ¿qué pasará con ellas? ¿Hay alguna forma de llevar hasta allí las que están condenadas al Infierno?

Estaba pensando en Dancaire, claro, en todos los inocentes que no habían muerto a manos de Yud en los últimos veinte años. El Escamillo guardaba en su interior a todos aquellos a los que él mismo había asesinado, pero ¿qué pasaba con los demás?

—No, Carmen —me respondió Gabriel—. Las almas que pisan el Infierno deben permanecer en él para toda la eternidad. Cuando matemos a Tzadi y abramos las puertas del Cielo, aquellos que lo merezcan podrán descansar en él. Por desgracia, no podemos salvar a las almas que ya han sido condenadas.

Maldije por lo bajo pensando en mi mentor, en que no teníamos forma de salvarlo del fuego del Averno. El arcángel permaneció serio, imperturbable, y me pregunté si de alguna forma le afectaría el sufrimiento de los mortales; si con toda su gloria y magnificencia no podía hacer nada por salvar a aquellos que habían sido condenados de forma injusta por los demonios.

—Es el orden del universo, Carmen —me dijo, como si me hubiera leído el pensamiento—.Quien pisa una vez el Infierno, debe permanecer en él. Incluso los demonios, que consiguieron escapar, están condenados a volver.

«Carmen, tienes que entender que estoy maldito, que tengo que volver al Infierno —me había dicho Yud—. Nosotros no… no podríamos tener un futuro».

Ahora lo entendía.

Por mucho que Yud quisiera quedarse conmigo, estaba condenado al Infierno. Todos los demonios lo estaban. Dancaire, también. Yud había podido sacar el alma de mi mentor durante unos minutos para que pudiera despedirme de él, pero había tenido que devolverla al lugar al que la habían condenado. Del Infierno no se podía escapar.

—Esa es la razón por la que Tzadi quiere mataros, ¿no es así? —le pregunté a Gabriel—. No quiere recuperar el Cielo, quiere que la oscuridad lo conquiste todo para así extender el Infierno.

—Eso es —me confirmó él—. Si las sombras se hacen con el control de la Tierra y el Cielo, los demonios no tendrán que volver al Averno. Tzadiel quiere que toda la Creación sea el hogar al que los demonios están condenados, porque solo así serán libres.

Me crucé de brazos y guardé silencio. Tenía más preguntas, tantas que se me agolpaban en el pecho, y ni siquiera sabía por cuál empezar. Gabriel no parecía molesto, pero nada me aseguraba que, de un momento a otro, quisiera dejar de responder. Tenía que elegir bien en qué dudas quería invertir el tiempo que se me había concedido.

—¿Hay alguna forma de que las almas se queden en la Tierra? Que no vayan ni al Cielo ni al Infierno.

Una vez formulada en voz alta, la pregunta me pareció absurda. Quería saber la respuesta porque, desde que Yud me había contado que guardaba

las almas de mis padres, no había dejado de pensar en la posibilidad de que se quedaran en la Tierra conmigo. ¿Y si no los enviaba al Cielo? ¿Y si, aunque fuera como espíritus, podía conservarlos a mi lado?

—La hay —me respondió Gabriel—, pero solo para aquellas almas destinadas al Cielo. Las que no están condenadas pueden elegir quedarse aquí si así lo desean. Hay muchas que no están preparadas para la vida eterna, y el Cielo, al contrario que el Infierno, es una posibilidad, no una obligación.

—¿Y qué pasa con ellas? —Tenía el corazón acelerado y me sentí incapaz de contener la emoción de mi voz—. Con las almas que se quedan.

—Que vuelven a nacer aquí, en la Tierra, y se les da una nueva oportunidad. Lo que hagan con ella ya no depende de nosotros.

¿Volver a nacer? ¿Y eso de qué me servía? Fruncí el ceño y me crucé de brazos, insatisfecha con la respuesta. Si mis padres se quedaban en la Tierra y volvían a nacer, ni siquiera me reencontraría con ellos. No sabría quiénes eran.

—La muerte es parte de vuestra esencia, y como tal, tenéis que aceptarla. El Creador os dio la mortalidad para haceros perfectos, y solo es cuestión de tiempo que lo entendáis.

Bufé, incapaz de contenerme, y Gabriel frunció ligeramente el ceño. Si los ángeles, al igual que los demonios, podían ver nuestras almas, estaba segura de que no le gustaba nada lo que había en la mía.

—El Creador —solté—. Si tan poderoso era, ¿por qué se dejó vencer por los demonios? Nos abandonó cuando más le necesitábamos.

—¿Quién te ha dicho que os abandonó? —inquirió Gabriel—. A pesar de que perdimos la guerra, el Creador está muy vivo, Carmen, tan vivo que llevas dentro una parte de él.

El arcángel sonrió, pero yo arrugué la nariz. No entendía si estaba hablando de mi gracia o si, por el contrario, se estaba refiriendo a algo mucho más abstracto y filosófico; un acertijo que yo no tenía ningún interés en descifrar.

—Vuestras gracias no son más que fragmentos del poder del Creador —continuó el arcángel—. Para poder salvarlo, decidimos que vosotros, los niños con gracias, lo llevarías en vuestro interior. Vuestra existencia era de

por sí una victoria contra los demonios porque nos permitió mantener viva la luz de la esperanza.

Me miré las manos, recordando el cálido cosquilleo que me producían los tatuajes dorados cuando usaba mi poder, y después volví a alzar la vista hacia Gabriel. Sabía que lo que me estaba diciendo era importante, que tenía que exprimir todas y cada una de sus palabras. No obstante, por más que me esforzaba, no conseguía entender el mensaje.

—¿Por qué crees que puedes crear vida con tu poder? —me preguntó—. ¿Por qué crees que te curas tan rápido? Porque es él quien actúa a través de ti.

—¿Qué estás intentando decirme?

—Que cuando abramos las puertas del Cielo, Carmen, no necesitaremos que vuelva el Creador, porque el Creador siempre estará vivo. Tú lo resucitarás.

Parpadeé un par de veces y me pregunté si, al igual que había hecho Dancaire, el arcángel solo estaba soltando frases de la antigua fe que parecían decir una cosa pero que, en realidad, significaban todo lo contrario. Sin embargo, algo en su expresión me decía que no, que lo que Gabriel estaba diciendo era exactamente lo que quería decir.

—¿Resucitarlo? —le pregunté—. ¿A qué te refieres?

—No te preocupes —me respondió él. El tono de su voz era tan tranquilo y calmado que casi parecía un arrullo—. Cuando llegue el momento, sabrás lo que tienes que hacer.

El arcángel me dedicó una cálida sonrisa y, después, se dio la vuelta y se marchó. Yo me quedé quieta, observando la blancura de sus alas. Tenía mil preguntas en la cabeza, muchas más dudas que antes. ¿Qué había querido decir con eso de que era yo quien iba a resucitar al Creador? ¿Era una especie de prueba que tenía que superar? ¿Un castigo por los pecados que había cometido con Yud?

No lo sabía, pero el peso de las palabras del arcángel se convirtió en un bulto más con el que cargar en la batalla.

19

Carmen

La luz de la antorcha que llevaba en la mano izquierda iluminaba la oscuridad del túnel. En la derecha llevaba la espada de Miguel, y con cada paso notaba el corazón golpeándome el pecho con fuerza. Joaquín caminaba a mi lado, sosteniendo su flauta, mientras que Micaela, Julia, Averroes, el Tuerto y Adela lo hacían a nuestra espalda.

—Estad atentos —susurré.

Podía escuchar las respiraciones de mis compañeros, el ligero sonido que hacían nuestros pies contra la tierra del suelo. Los Guardianes iban armados con las flechas doradas de Gabriel; Julia, en cambio, llevaba mis kinjaras. Estábamos preparados para enfrentarnos a cualquier peligro, a cualquier trampa que Triana y Tzadi hubieran podido esconder entre las sombras. Pero, de momento, nuestro único acompañante parecía ser el silencio.

—¿Escucháis algo? —preguntó el Tuerto con el arco en alto.

—Nada —respondió Joaquín—. No se escucha nada.

Todos entornamos los ojos y, en una tensa sospecha, escudriñamos la oscuridad. Era la primera vez que me adentraba en aquellas galerías subterráneas, y la sensación húmeda y opresiva era muy parecida a la del túnel que había utilizado para llegar a la Alhambra. Sabía que habíamos entrado en ellas al caer la noche, pero no cuánto tiempo había transcurrido desde entonces. ¿Minutos? ¿Horas?

Estaba ansiosa por volver a la superficie y enfrentarme a Tzadi y sus dragones, pero, a la vez, me acordaba de todo lo que había dejado atrás.

Candela se había quedado en el campamento, a salvo, mientras que Frasquita se uniría a nosotros cuando desapareciera el fuego infernal que rodeaba la ciudad. Nuestra despedida había tenido sabor a esperanza, pero ¿y si no volvíamos a vernos?

—Sigamos avanzando —dije.

No había sido difícil decidir quiénes entrarían primero en Sevilla para acabar con Resh. El Tuerto había elegido a Adela, Micaela y Averroes, sus mejores soldados, y tanto Joaquín como yo, que conocíamos la ciudad a la perfección, tuvimos claro enseguida que debíamos acompañarlos. Julia, sin embargo, había sido un añadido inesperado.

«Iré con vosotros —nos había propuesto el día anterior—. Quizá sepáis moveros en las calles, pero el Alcázar es mi casa. Nadie conoce ese palacio mejor que yo».

Aunque todos habíamos tenido dudas, ya que Julia era una dama y no un soldado, sabíamos que las ventajas de tenerla a nuestro lado eran mayores que los inconvenientes. Por eso, y a pesar de las negativas de Candela, decidimos incluirla en el grupo.

—No puede faltar mucho —musitó Micaela, más suplicante que informativa.

Avanzamos sin decir nada durante unos minutos más, siguiendo el camino sinuoso que nos marcaba la estructura de los túneles. La espada de Miguel parecía vibrar en cada giro, pero ningún peligro surgió de entre las sombras. Si Triana recordaba la existencia de aquellos túneles, si por algún casual había pensado que los utilizaríamos para entrar en la ciudad, no parecía habérselo contado a Tzadi.

—Mirad —nos indicó Adela, señalando hacia delante con un leve gesto de la cabeza.

El túnel que se abría ante nosotros era distinto a todos los que habíamos dejado atrás. Había una sucesión de arcos invertidos en el suelo, como si fueran raíces de ladrillo que sujetaban las paredes. Nunca había visto nada igual, pero su estructura me resultaba familiar. Las curvas de los arcos estaban dadas la vuelta, como reflejadas en un espejo, y no tardé en darme cuenta de que, de alguna forma, así era.

—Estamos justo debajo de la Fábrica —les dije, iluminando las paredes —. Los arcos de este túnel son iguales a los de las naves que hay arriba.

—Arquerías invertidas, claro —añadió el Tuerto, admirado y sorprendido—. Están sosteniendo la cimentación del edificio.

—Entonces hemos llegado —concluyó Joaquín.

—Hay una trampilla —apuntó Micaela—. Justo allí, al final del túnel.

Avanzamos hasta ella en silencio, decididos pero expectantes. Los túneles nos habían proporcionado un sorprendente escondite, pero, una vez que los abandonáramos, estaríamos expuestos. Íbamos a entrar en Sevilla, el territorio de Tzadi y Triana, y ya no habría marcha atrás.

—Iré yo primero —me ofrecí, entregándole la antorcha a Julia—. Soy la que mejor conoce la Fábrica.

Joaquín y el Tuerto me ayudaron a subir hasta la trampilla, y yo, sin soltar la espada, la abrí. Cuando Julia me devolvió la antorcha, eché un vistazo.

Ante mí se abría una amplia estancia en la que había grandes tinajas junto a un buen número de sacos apilados. Los techos eran altos, abovedados, y el aire olía a tabaco. Aquel aroma tan particular hizo que, de alguna forma, sintiera que había vuelto a casa.

—Los sótanos —anuncié, con un hilo de voz—. Estamos en los sótanos.

Habíamos decidido entrar por la noche porque era cuando la Fábrica solía estar vacía, y no parecía haber nadie vigilando. Hice fuerza con los brazos para subir del todo y, desde arriba, ayudé a los demás a salir.

—Sabes hacia dónde tenemos que ir, ¿verdad? —me preguntó Averroes, el último en abandonar el túnel.

—Estamos en la planta más baja de la Fábrica —les expliqué mientras cerraba la trampilla—. Aquí es donde se guarda y se trata el tabaco en rama. Tenemos que subir al piso de arriba, donde está la nave principal con los talleres de liado y empaquetado. También está allí la trampilla que lleva al túnel del Alcázar. Nunca lo he utilizado, pero sé dónde está.

Todos asintieron y, cuando comencé a caminar, me siguieron. Aunque el edificio estaba tranquilo, no podíamos deshacernos de la sensación de peligro. La oscuridad parecía susurrar nuestros nombres, observarnos con miles de ojos, y eso me mantenía alerta.

Atravesamos un largo pasillo sin hacer ruido y, al llegar a unas grandes escaleras de piedra, las subimos a toda prisa. Cuanto más nos acercábamos a los talleres, con más fuerza me golpeaban los recuerdos. Entre aquellas paredes no solo había trabajado a destajo, sino que también había hecho amigas. Con ellas había compartido trucos para no quedarnos embarazadas, confesiones, palabras de aliento cuando nos asolaba la tristeza; entre todas habíamos convertido aquel lugar en un espacio de hermandad entre mujeres, un hogar que nunca imaginé que echaría tanto de menos.

—Por aquí —les indiqué a los demás.

En la nave principal de la Fábrica nos recibió la oscuridad. La luz del fuego que traíamos iluminó los talleres en los que había trabajado durante ocho años de mi vida. La nostalgia se me atascó en la garganta. Las gruesas columnas sostenían los arcos que formaban las galerías abovedadas de la nave, el reflejo perfecto de las arquerías invertidas de los túneles, y entre ellas se encontraban las mesas en las que se sentaban a trabajar las cigarreras.

Dejé la antorcha en uno de los candelabros de la pared y me acerqué hasta una de las mesas para observar las herramientas de trabajo de las operarias. Tijeras para cortar, un tarugo de madera para redondear, la cesta de esparto. De repente sentí que volvía a una vida anterior, una vida de la que ya no formaba parte pero que, a su vez, estaba tan arraigada en mi interior que no sabía quién sería sin ella.

«Esta zagala es un pájaro rebelde imposible de domar» me decía siempre Dolores, la mujer que había sido nuestra encargada de mesa y que, con el paso de los años, se había convertido en amiga. ¿Qué habría sido de ella? ¿Estaría sana y salva? ¿Y todas las demás?

Apreté los labios y, con algo de tristeza, decidí seguir hacia delante.

Pero entonces, la nave entera se iluminó.

Una docena de soles comenzaron a arder en el techo, y la estancia se llenó de soldados. Vestidos con el uniforme del cacique, azul marino y blanco, unos treinta hombres salieron de detrás de las columnas y nos apuntaron con sus fusiles.

—¡Quietos! —nos ordenaron.

Aunque todos levantamos las armas, nuestros enemigos tardaron pocos segundos en rodearnos por completo.

—No os mováis —les indiqué a mis compañeros, intentando pensar en una forma de escapar—. No hagáis nada.

Los soldados nos superaban en número y todos ellos tenían fusiles. Eran armas peligrosas, desde luego, y su única desventaja era que necesitaban ser recargadas. Nuestras flechas eran más rápidas, pero eran ellos los que nos estaban rodeando. Si dábamos un solo paso, dispararían.

—Morales, avisa a Balthasar —ordenó el soldado que parecía estar al mando—. Dile que los tenemos.

Uno de los subordinados abandonó la nave a toda prisa mientras los demás cerraron filas en torno a nosotros.

Con la rabia de la derrota ardiéndome en el estómago, observé al hombre que tenía frente a mí, el que acababa de dar la orden. Al ver su bigote bien peinado, los recuerdos me abrumaron. De golpe, las noches en la taberna de Lillas Pastia dejaron de pertenecer al pasado, y de alguna forma sentí que los últimos meses no habían transcurrido, que todo lo que habíamos vivido había sido una especie de delirio y yo volvía a ser una ladrona disfrazada de tabernera.

Porque el teniente Zúñiga estaba allí.

—Hola, Carmencita —me saludó, devorándome con los ojos como había hecho en tantas otras ocasiones—. Te he echado de menos.

Pablo de Zúñiga sonrió, sabiendo que tenía el control de la situación, y yo apreté los dientes. Siempre le había odiado por ser un perro fiel de la élite que nos oprimía, por bajar la mano con demasiado atrevimiento por mi espalda, pero ahora también lo hacía porque era el responsable de la sensación de derrota que me aplastaba los hombros.

—Es curioso porque yo no he pensado en ti ni un solo segundo —le respondí.

—Bueno —replicó él—. Te aseguro que a partir de ahora eso va a cambiar.

El teniente dio un paso al frente y yo apreté la espada con más fuerza. No me importaba que los soldados me estuvieran apuntando con los fusiles; si se acercaba más, lo mataría.

—Soltad las armas —ordenó entonces una voz conocida, una voz que me traía recuerdos oscuros: la del Apóstata Balthasar—. No tenéis escapatoria posible.

Joaquín se puso muy tenso cuando el religioso entró en la nave. Iba vestido con la túnica roja de los Apóstatas, y bajo sus fríos e inhumanos ojos azules había una sonrisa cruel que encendió de golpe todos mis instintos asesinos. Quizá fuera Vav quien había matado a Dancaire, pero no había olvidado que tanto él como Antonio lo habían torturado.

Y quería que lo pagaran caro.

—Os creéis muy listos, ¿verdad? —continuó el religioso—. Pensabais que podríais entrar en Sevilla sin que nadie lo supiera. Pero mientras os recreabais en vuestras fantasías os habéis olvidado de algo: que la Oscuridad está en todas partes y conoce vuestros secretos.

Balthasar nos miró, como una araña hambrienta que por fin ve su tela plagada de insectos, y después juntó las manos. El corazón me latía furioso dentro del pecho porque me negaba a aceptar que aquel fuera el final.

Tenía que buscar una salida.

Tenía que encontrar la forma de sacarlos a todos de allí.

—Soldados —dijo el Apóstata sin dejar de sonreír—. Si los prisioneros no sueltan las armas en los próximos diez segundos, id matándolos uno a uno. No acabéis con todos a la vez, quiero ir viendo cómo caen. Empezad por el anciano.

—¡No! —grité, dando un paso para proteger a Averroes.

Los soldados levantaron sus armas hacia mí, y yo, con la ira palpitando en el estómago, solté la espada de Miguel. El caelestum de su filo cayó con pesadez contra el suelo, y fue seguido muy de cerca por las kinjaras de Rafael y las flechas de Gabriel. Hasta la flauta de Joaquín cayó derrotada frente a nuestros enemigos.

—Ya está —le indiqué a Balthasar mientras levantaba las manos—. Torturaste a Dancaire y ahora vas a matarnos a nosotros. Era esto lo que querías, ¿no? Destruir a mi familia.

El Apóstata me buscó con sus ojos de hielo, y, al ver que no dejaba de sonreír, quise abalanzarme sobre él para borrarle la felicidad a base de golpes. Tuve que controlarme, sin embargo, porque habría sido un

movimiento estúpido. Lo que tenía que hacer era distraerlos para que Joaquín pudiera recuperar la flauta. Usar su gracia, como había hecho en otras ocasiones, era nuestra única salida posible.

—Es curioso, ¿verdad? —me dijo el religioso, sacándome de mis pensamientos—. El tema de la familia. No solemos darle importancia, pero no hay nada tan poderoso como un lazo de sangre. Por nuestra familia podemos matar, por nuestra familia podemos morir. Por nuestra familia podemos traicionar.

«Él también perdió un hijo, o una hija… al menos hasta esta noche».

«Puede que haya un traidor entre nosotros».

Me giré hacia Micaela de forma inconsciente, y ella me devolvió una mirada de confusión. Eso pareció divertir a Balthasar.

—Carmen, mi querida Carmen —se burló—. ¡Qué equivocada estás! Las puñaladas que más duelen siempre vienen de aquellos a quienes amamos.

Volví a mirar al Apóstata y él, como golpe final, giró la cabeza hacia la única persona en toda la Fábrica, la única en todo el mundo, a la que le habría confiado hasta mi vida.

Joaquín.

—Carmen, no te creas nada de lo que diga —se defendió él. De repente se había puesto muy nervioso—. Sabes que yo nunca os traicionaría, que nunca te traicionaría. Está intentando manipularte.

Balthasar soltó un bufido y yo sentí que todo a mi alrededor se derrumbaba. No, era imposible que Joaquín nos hubiera traicionado. Por mucho que tuviera mil preguntas sin respuesta, lo conocía mejor que a mí misma.

—No digas estupideces —le solté al Apóstata.

—¿Cómo crees que he averiguado que ibais a entrar por los túneles de la Fábrica? —insistió él—. ¿De verdad piensas que nadie me lo dijo?

—¡No es cierto! —le gritó Joaquín—. ¡Carmen, sabes que es mentira!

—¿Y también es mentira, entonces, que eres mi hijo? —replicó el religioso—. Cuéntales la verdad, *Joaquín*. Diles cuántos secretos les has estado ocultando.

Joaquín se quedó callado, el verde de los ojos teñido de rabia y dolor, y su silencio fue como una daga. ¿Por qué, en todos los años que llevábamos de amistad, no me había contado que era el hijo de Balthasar?

«Las puñaladas que más duelen siempre vienen de aquellos a quienes amamos».

—Joaquín —musité algo mareada.

—Carmen, no es lo que piensas —me respondió él—. Yo…

—¿Eres el primogénito de Balthasar? —le interrumpí, con la garganta ardiendo por culpa de la traición—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque es un mentiroso —dijo el Apóstata, divirtiéndose con la situación.

—¡Para protegerte! —estalló Joaquín. Dio un paso hacia mí, pero los soldados alzaron los fusiles y le recordaron que le convenía quedarse quieto —. Balthasar… Yo… soy su primogénito, y él estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por entregarme a Luzbel. Mató a mi madre, Carmen, pero ella… ella le engañó. Antes de que la encontrara, quemó la casa en la que vivíamos y fingió mi muerte para que dejara de buscarme. Fue ese incendio el que me dejó las cicatrices. —Le tembló la voz y yo, a pesar de la situación, sentí su dolor como si fuera mío—. Tuve que vivir solo durante años, ocultándome entre las sombras, hasta que Dancaire me adoptó. Él no solo me dio un nuevo nombre, también me dio una nueva vida.

Estaba paralizada y me costaba mucho respirar. Adela se había llevado una mano a la boca, sorprendida, y ni siquiera me atreví a mirar a Micaela.

Frente a mí tenía a Joaquín, el Joaquín de siempre, pero, a la vez, a una persona desconocida, alguien que me había ocultado una parte fundamental de su vida y de quien ni siquiera conocía el nombre. Joaquín nunca hablaba de su pasado, nunca nos había dicho quiénes eran sus padres, y ahora entendía por qué. Ahora sabía por qué le tenía tanto respeto al fuego, por qué nunca asistía a las misas de la Iglesia de los Renegados o qué había detrás de su dolor.

Las piezas encajaban y una parte de mí se sentía dolida y traicionada.

—¿Cómo conseguiste que Balthasar no te reconociera? —quise saber—. Aunque fingieras tu propia muerte, estabas en la misma ciudad que él.

—Porque aprendí a pasar desapercibido y me aproveché de mis propias heridas. Balthasar no sabía lo de las cicatrices, y mi madre…

—Tu madre era una prostituta de la Alameda que no tenía dónde caerse muerta —le interrumpió Balthasar—. Era una ladrona traicionera, mentirosa y de moral cuestionable.

—¡No te atrevas a insultar a mi madre! —le gritó Joaquín, apretando los puños—. ¡No te atrevas a hablar de ella siquiera!

Los ojos del Apóstata brillaron con diversión y, entonces, solo entonces, me di cuenta de lo que estaba haciendo. Balthasar quería sembrar dudas entre nosotros, debilitarnos desde dentro usando medias verdades. No podía permitir que nos manipulara. No podía dejar que sus mentiras crearan escisiones entre nosotros.

—Joaquín…

—Carmen, no soy ningún traidor —se defendió él—. Lo sabes, sé que lo sabes. Balthasar ni siquiera supo que su hijo seguía vivo hasta que Tzadi se lo dijo en el Alcázar. Contarte la verdad, contárosla a todos, solo os habría puesto en peligro.

A pesar de que había una voz en mi cabeza que exigía respuestas, en el fondo de mi corazón sabía la verdad. Joaquín era una parte de mí, el lugar en el que curaba mis heridas y, por muchas dudas que tuviera, siempre confiaría en él.

Nadé en su mirada durante unos segundos, reconociendo su cálida familiaridad, y después, con disimulo, bajé la vista hasta la flauta tirada a sus pies. Quería decirle muchas cosas, pero, por suerte, con él no necesitaba usar las palabras. Un solo gesto era suficiente para que entendiera qué era lo que quería decir.

«Hazlo, Joaquín. Te creo».

Sin embargo, ni siquiera tuvimos la oportunidad de intentarlo.

—Ese truco ya lo habéis hecho antes —dijo el Apóstata, como si me hubiera leído la mente—. Zúñiga, ya sabes lo que tienes que hacer.

El teniente Zúñiga se acercó hasta Joaquín, respaldado por los fusiles de sus hombres, y recogió la flauta del suelo. Di un paso hacia delante, pero los soldados que me apuntaban a mí me recordaron lo peligroso que era moverme.

—Rómpela —ordenó Balthasar.

Joaquín gritó, desgarrándonos a todos el pecho, cuando Zúñiga se agachó y comenzó a golpear la flauta contra el suelo. Los trozos de madera volaron, y el dolor de Joaquín se me clavó en las entrañas. Dancaire le había regalado esa flauta al llegar a la familia, demostrándole así que ya nunca más estaría solo, y él siempre la había guardado como un tesoro. Arrebatársela era tan cruel como arrancarle un brazo, y yo quise hacérselo pagar a todos allí mismo, sin perdón y sin piedad.

—Eres un hijo de puta —le escupí a Balthasar—. Un maldito y asqueroso hijo de puta.

El Apóstata ensanchó su sonrisa y, sin decir nada, comenzó a caminar hacia mí. En la nave de la Fábrica reinaba el silencio, pero en mi interior bullía con fuerza el enfado, la ira y el rencor.

—Lo soy, Carmen —me respondió el religioso—. Soy un asqueroso hijo de puta. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que todo lo que he hecho no es nada si lo comparamos con lo que estoy a punto de hacer.

Balthasar se metió la mano en la túnica y, muy lentamente, sacó un cuchillo. En el azul de sus ojos brillaba una oscuridad retorcida y mortal que habría hecho sentir orgulloso al más cruel de los demonios; el deleite del hombre que había matado a la madre de Joaquín, el hombre que había torturado a Dancaire.

—Matadlos a todos menos al chico de la flauta. A esta tampoco le hagáis nada, ya me encargo yo.

El filo de metal destelló bajo la luz de los soles. Me encaré con el religioso. Si tenía que morir, lo haría con la cabeza bien alta.

Sin embargo, todo se precipitó.

—¡A por ellos! —gritó, a lo lejos, una voz femenina.

—¡Matad a esos cabrones! —respondió otra.

Un grupo de más de veinte mujeres armadas irrumpió a la nave, y la estancia se llenó de disparos. Los soldados, sorprendidos, perdieron su posición al tratar de responder. Los Guardianes aprovecharon para comenzar a disparar sus flechas.

La Fábrica se convirtió en un campo de batalla repentino en el que los gritos se mezclaban con el sonido de las armas; el olor a tabaco con el de la

sangre.

—¡Cogedla! —ordenó Zúñiga.

—¡Carmen, cuidado! —me advirtió el Tuerto.

Un balazo impactó en la mesa que había a mi lado, y yo me tiré al suelo. Balthasar también lo hizo. Los trozos de madera cayeron sobre mí cuando estiré el brazo para coger la espada de Miguel. Los dedos temblando por la excitación de la lucha. En cuanto rocé la empuñadura, el Apóstata me sujetó el pie y tiró de mí, impidiéndome alcanzarla.

—Ni se te ocurra —me dijo con la boca llena de rabia.

Un soldado cayó a mi lado, abatido, y su sangre me manchó la ropa. Entre gritos y disparos, intenté zafarme de Balthasar, usando todas mis fuerzas para darle una patada, pero el religioso me esquivó. Cuando levantó el cuchillo, me revolví como un animal intentando escapar de su depredador.

—¡No! —grité, levantando la voz por encima de los ruidos de la batalla —. ¡Suéltame!

El corazón me latía en la garganta y el tiempo pareció detenerse.

El filo del arma destelló con la luz de los soles.

Pero la puñalada nunca llegó.

El religioso se quedó muy quieto cuando la espada de Miguel le atravesó el estómago. Su rostro perdió el color y el azul de sus ojos se volvió más frío que nunca.

—Esto es por mi madre —le dijo Joaquín, sacando la espada de su cuerpo—. Y también por Dancaire.

Las flechas volaban a nuestro alrededor. El Apóstata se llevó las manos a la herida, que vomitaba sangre a borbotones, y giró la cabeza para mirar a su hijo. Joaquín, de pie a su espalda, le sostuvo la mirada. Había sido concebido sin amor, solo para servir un propósito, y aquella era su venganza. Aquel era el final del hombre que había marcado su vida con el sufrimiento; el comienzo de su libertad.

Por eso, cuando Balthasar se desplomó en el suelo, inerte, los hombros de Joaquín parecieron deshacerse de una carga muy pesada.

—Carmen —me dijo, olvidándose por completo del Apóstata—. ¿Estás bien?

Asentí y él me ayudó a levantarme. Busqué a nuestros compañeros con la mirada y, aunque todos estaban manchados de sangre y parecían agotados, estaban bien, sanos y salvos. Los soldados del cacique, por el contrario, yacían muertos a sus pies. La batalla había acabado y todos ellos habían sido derrotados, incluyendo al teniente Zúñiga.

Volví a mirar a Joaquín, aliviada y orgullosa al darme cuenta de que todos habíamos salido ilesos. Sin poder contenerme, me lancé a sus brazos.

—Lo siento —le dije, apretándole con fuerza—. Siento haber dudado de ti, Joaquín. Yo… siempre voy a creerte.

—No pasa nada —me respondió él en voz baja—. Lo entiendo.

Nos quedamos así durante unos segundos, disfrutando del calor del otro, olvidándonos de la guerra. ¿Cómo había podido dudar de la única persona que siempre había estado ahí para mí? ¿Cómo había podido dudar, aunque fuera por un instante, de mi único lugar seguro?

Me separé de Joaquín con las fuerzas renovadas y, cuando nos miramos a los ojos, lo sentí. Mi gracia crepitó con fuerza, intentando deshacerse de sus cadenas, y yo contuve el aliento. Era dorada, como los ángeles, pero también verde como la mirada de Joaquín, con toques de rojo y marrón como la de Yud. Era una flor rompiendo la tierra para nacer, un arroyo erosionando la piedra.

Me miré las manos, esperando verlas teñirse de oro, pero una voz me hizo salir del trance.

—¿Carmen? —me llamó una mujer.

Me giré, con el ceño fruncido, y a mi espalda encontré a Dolores, la cigarrera, mi antigua encargada de mesa. Al principio dudé, preguntándome qué hacía con un fusil colgado del hombro y salpicaduras de sangre en la ropa, pero, al darme cuenta de que sí, de que estaba allí de verdad, sentí un cálido arrullo en el pecho.

—¿Dolores?

Me acerqué hasta ella y me recibió con un cariñoso abrazo. Después, aunque nos separamos, nos quedamos cogidas de la mano. Solo habían pasado unos meses desde la última vez que la vi, pero la mujer parecía haber envejecido años. Las arrugas de su rostro se habían vuelto más pronunciadas, su pelo más blanco. A pesar de ello, la ferocidad de sus ojos

marrones seguía intacta, al igual que la pasión que destilaba por los cuatro costados.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Ayudaros, claro.

Dolores señaló la Fábrica que nos rodeada, y yo, confusa, la observé. Casi todas las cigarreras que habían sido mis compañeras estaban allí, armadas y mirándome con esperanza en los ojos. Incluso Leonor, la madre de mi amigo Óliver, había acudido para ayudarnos.

—Si tocan a una, nos tocan a todas —añadió Dolores—. ¿Recuerdas?

Al reconocerlas, los sentimientos se me agolparon en la garganta. Amor, amistad, gratitud, admiración. Aquellas valientes mujeres no solo me habían dado un lugar al que pertenecer cuando era niña, también lo habían dejado todo cuando más las necesitaba. Al igual que yo pensaba luchar por ellas, ellas pensaban luchar por mí. Y eso valía más que cualquier arma.

—¿Cómo sabíais que vendríamos? —le pregunté.

—No lo sabíamos —me respondió ella—. Los soldados llevan semanas vigilando la Fábrica, y empezamos a sospechar que iba a pasar algo. Hemos estado robando armas del cuartel de la Puerta de la Carne y haciendo turnos de vigilancia por las noches, de una en una, preparadas para atacar a la más mínima señal. Sabemos que Triana está con Tzadi y, si alguien acudía a rescatarla, seríais vosotras. Queríamos estar preparadas para ayudaros.

—¿Dónde están las demás? —quiso saber Leonor—. Candela y Frasquita. ¿Están bien?

—Sí —confirmé, aún sin creer del todo que mis antiguas compañeras estuvieran allí—. Están a salvo.

—¿Qué sabéis de Triana? —preguntó el Tuerto, haciendo que todos los presentes nos giráramos hacia él—. ¿Y de Tzadi?

Dolores suspiró, como si supiera que tarde o temprano iba a tener que responder a esa pregunta, y yo me puse muy tensa. La traición de Triana no solo le dolía a mi familia, también a aquellos que la habían conocido antes de Tzadi. Su traición le dolía a Sevilla entera.

—Están en el Alcázar —respondió la mujer—. Han estado repartiendo comida, y eso ha convencido a mucha gente para quedarse en sus casas y no

enfrentarse a ellos. Cuando se olvida el hambre, a veces también se olvidan las ansias de libertad.

—Vas a matar a Tzadi, ¿verdad? —me preguntó Pilar, una de las cigarreras más jóvenes—. Por eso estás aquí, para acabar con él. Vas a detener el avance de la oscuridad.

El Tuerto me miró, muy serio, y yo guardé silencio. Los ojos de Adela, Averroes y Julia también me buscaron. Hasta Micaela, a quien aún tenía que pedirle perdón por mis sospechas infundadas, parecía confiar en mí.

Para las cigarreras, para todos los habitantes de las taifas, nuestra presencia simbolizaba esperanza. Ni siquiera sabían aún que los arcángeles estaban de nuestro lado, pero para ellos habíamos aparecido en Sevilla para acabar con los demonios y devolver la luz al mundo. Mis ganas de luchar se vieron renovadas y me prometí a mí misma que por ellos, por los inocentes, lucharía hasta el último aliento.

—Sí —les dije, segura de mis palabras—. Voy a matar a Tzadi y voy a detener el avance de la oscuridad.

Las cigarreras comenzaron a murmurar, emocionadas; Dolores sonrió. De esa sonrisa, ese gesto que tantas veces había visto cuando trabajábamos juntas en los talleres, saqué todas las fuerzas que me faltaban.

—Entonces os ayudaremos —me aseguró la mujer—. Os llevaremos hasta el Alcázar sanos y salvos. Ya habéis visto que los túneles están vigilados, así que no nos queda más remedio que utilizar el camino del que menos sospecharán: las calles.

—No deberíais correr ese riesgo —repliqué—. Lo que estamos a punto de hacer es muy peligroso, y no podría perdonarme que…

—Carmen —me interrumpió la mujer—. ¿Crees que eres el único pájaro imposible de domar?

Quise mantenerme firme en mi negativa, pero enseguida me di cuenta de que, al igual que nadie podía detenerme a mí, nadie iba a detenerlas a ellas. Mis antiguas compañeras no querían quedarse escondidas mientras los demás luchaban por su vida. Querían estar en la primera línea de la batalla.

Si tocaban a una, nos tocaban a todas.

—Está bien —acepté, finalmente—. Lo haremos juntas, entonces.

—Toma —me dijo Joaquín, acercándose hasta mí—. Esto es tuyo.

Me entregó la espada de Miguel y yo, al cogerla, sentí un ardiente cosquilleo subiéndome por el brazo, calentando la sangre que corría por mis venas.

—Entonces quédate con esto —intervino Julia—. Ya no tienes la flauta y necesitas un arma.

La mujer de Antonio caminó hasta Joaquín y le cedió una de mis kinjaras. Las dos dagas tenían el filo manchado de sangre, y me enorgulleció pensar que, de nuevo, estaban cumpliendo el cometido para el que habían sido creadas: luchar contra las sombras.

—Está bien —dije—. Es hora de marcharse. Tuerto, tú mandas.

—No, Carmen —me respondió, esbozando una sonrisa paternal—. ¿No te das cuenta? Eres tú la que manda.

Observé a las cigarreras, que esperaban mis órdenes, y descubrí, con cierta sorpresa, que el Tuerto tenía razón. Quizá él fuera el líder de los Guardianes, pero en aquella batalla llena de soldados inesperados, a quien estaban siguiendo era a mí. Yo era la niña a la que habían visto crecer y enfrentarse a los demonios, yo era la mujer dispuesta a hacer cualquier cosa por salvarlos. Yo, con una gracia de los ángeles defectuosa y la cabeza llena de dudas, era la única que podía llevarlos a la victoria.

—Seguidme —les indiqué.

Y así, sujetando con fuerza la espada del arcángel Miguel, los llevé a todos directos al Infierno.

20

Carmen

Corríamos por las calles de Sevilla como si nos persiguiera la mismísima muerte. El sonido de nuestros pasos contra los adoquines rompía el perturbador silencio de la ciudad, llenándolo con el eco de nuestra carrera. A nuestro alrededor, todo era fuego. No hacía calor y nada ardía, pero la cúpula de llamas de Resh era el único cielo que se alzaba sobre nuestras cabezas.

—¡Cuidado! —gritó Averroes.

Adela y el Tuerto lanzaron sus flechas antes incluso de que los demás nos llegáramos a detener. Las saetas impactaron en el pecho de dos soldados que aparecieron tras una esquina, y estos cayeron sin poder dispararnos.

—Sigamos por aquí —nos indicó Dolores—. Ya no queda mucho.

El Alcázar estaba muy cerca de la Fábrica, pero en aquella corta distancia habíamos dejado un reguero de cadáveres. Cada soldado que había intentado detenernos había terminado cayendo, abatido no solo por las flechas de los Guardianes, sino también por unas cigarreras con sed de venganza. Para nuestra sorpresa, además, muchos ciudadanos se habían ido uniendo a nuestra comitiva.

—¿Carmen, eres tú? —me preguntó el Bigotes, sorprendido al verme cruzar las calles de nuestra ciudad con una espada legendaria—. ¡No sabíamos si seguías con vida!

—¡Mirad! ¡Es el Remendao! —gritaron los que habían sido compañeros de Joaquín en los algodonales.

—¡Vamos con Dolores y las cigarreras! —dijeron a coro algunos viejos aliados e informadores de Dancaire.

Al reconocernos, nuestros vecinos y compañeros de miserias salían de sus casas armados con aquello que tenían más a mano: cuchillos, hachas, martillos, navajas. Así, de forma inesperada, nuestro pequeño grupo se había convertido en una guerrilla de más de cincuenta personas que no habían dudado en unirse al ejército de los ángeles para luchar por su libertad.

En el centro de aquel heterogéneo séquito estábamos Joaquín y yo. Corríamos muy cerca el uno del otro, como si fuéramos uno solo. Aunque yo estaba ansiosa por llegar al Alcázar, él parecía muy serio. La preocupación por todo lo que había ocurrido en la Fábrica se reflejaba en su rostro. Además, sabía lo vacío que debía de sentirse sin su flauta. Los dos nos habíamos quedado huérfanos de padres y de poder.

—¡Madre mía! —exclamó Julia, haciendo que todos nos detuviéramos de golpe—. ¿Qué ha pasado?

Habíamos llegado a la puerta del Alcázar, desde donde podíamos ver la catedral. Tanto ella como la Giralda tenían los muros derruidos y calcinados, devorados por un fuego hambriento.

—La han quemado —musité.

—Lo hizo Tzadi —nos explicó el Bigotes—. Con ayuda de Triana.

—El día de su coronación acabó de golpe con la Iglesia de los Renegados —añadió Dolores—. Por eso Balthasar estaba tan enfadado.

—Quería encontrar a su primogénito cuanto antes para entregárselo a Tzadi y que este volviera a darle un puesto de importancia —respondió Joaquín—. Típico de él.

Observé las marcas de fuego que habían quedado sobre la piedra de la catedral, y apreté los puños con fuerza cuando pensé en las palabras del Bigotes. «Con ayuda de Triana». ¿Qué había llevado a mi prima a hacer algo así? ¿De verdad merecía la pena arruinar todo lo que Dancaire había hecho por nosotras por las promesas vacías de Tzadi?

—Tenemos que seguir —dije, ignorando el dolor de la traición de mi prima.

La entrada al Alcázar se encontraba a nuestra derecha. Al reconocer el arco que se abría entre dos gruesos torreones, los recuerdos me asaltaron. Aquel edificio, al igual que la Fábrica, formaba parte de mi historia. Por esa puerta nos habíamos colado en la fiesta de máscaras en la que perdimos a Dancaire para siempre, y por esa puerta habíamos vuelto a entrar el día en que Triana nos cambió por Tzadi. Aquel palacio para mí olía a muerte y al dolor de un corazón roto, pero estaba dispuesta a enfrentarme a él por última vez.

Estaba dispuesta a ganarle la partida.

—¿Dónde crees que podrán estar? —le pregunté a Julia—. Los señores del Infierno.

—¿En los jardines, quizá? —propuso Joaquín.

—No —respondió ella, pensativa—. Demasiados puntos muertos. Saben que tenemos las flechas de Gabriel, y no nos van a dar la oportunidad de escondernos entre los árboles. Querrán llevarnos hasta el lugar en el que saben que serán más fuertes, quizás encerrarnos en alguna sala o, como mucho, en algún patio.

—Bien —dije, ansiosa por arrebatar vidas demoniacas—. Pues vamos a buscarlos.

Atravesamos la entrada corriendo. Conocía aquel lugar, pero todos los músculos de mi cuerpo se tensaron cuando llegamos al patio cuadrangular que precedía a la puerta principal. Al contrario de lo que esperaba, estaba tranquilo. La luz de las llamas que ardían en el cielo teñían la fachada del palacio.

—No hagáis ruido —susurré. La última vez que habíamos estado allí, Nuun había poseído a Pan. No sabía qué malignas sorpresas nos estarían esperando esta vez—. Seguid hacia delante, hacia el edificio.

Justo en ese momento, escuché el ruido. Era una especie de siseo, como el de una serpiente, y parecía estar cerca. La espada de Miguel vibró con fuerza, advirtiéndonos del peligro.

Y yo no tuve tiempo de reaccionar.

Los monstruos comenzaron a salir del suelo, como insectos gigantes que apartaban el empedrado con sus garras. Cuando se abalanzaron sobre nosotros, nos obligaron a atacar. Docenas de bocas abiertas nos rodearon,

con dientes afilados que intentaban desgarrarnos la carne. En pocos segundos nos vimos acorralados.

—¡Es una trampa! —grité—. ¡Atacad, joder, atacad!

Las cigarreras disparaban en la oscuridad, y yo blandí la espada contra nuestros numerosos enemigos. La cara se me llenó de sangre, pero no sabía de dónde provenía. Cuando pude mirar a las criaturas que intentaban matarnos, reconocí enseguida cuerpos que parecían humanos pero que no lo eran, los ojos negros como pozos sin fondo, las garras afiladas.

Eran las mismas criaturas que me habían atacado en la Alhambra.

—¡Son demasiados! —dijo Adela sin dejar de disparar flechas.

—¡Guardianes, formad un círculo! —ordené—. ¡Proteged a las cigarreras mientras recargan los fusiles!

Una de ellas gritó, y su dolor se nos clavó a todos en el pecho. Sin embargo, no podíamos dejar de luchar. No podíamos atender a nuestros heridos porque cientos de bestias querían matarnos.

—¡Carmen, tenéis que entrar al Alcázar! —me gritó Dolores, disparando de nuevo tras detenerse a llenar el fusil de pólvora—. ¡Nosotros nos quedaremos aquí, pero vosotros tenéis que llegar hasta Tzadi!

Una de las criaturas me arañó la pierna derecha con sus zarpas, y yo gemí de dolor. Le clavé la espada en el pecho, pero cuando esta cayó, cuatro criaturas más la sustituyeron.

Adela tenía razón: eran demasiadas. ¿Qué podíamos hacer? Había cuerpos a mi alrededor y no podía detenerme a apreciar si eran humanos o bestias infernales. Las cigarreras se quedaban sin munición y los vecinos de Sevilla, que no estaban acostumbrados a enfrentarse a enemigos tan salvajes, caían uno detrás de otro.

Tenía que tomar una decisión cuanto antes.

—¡Joaquín! —grité, lanzando una estocada contra las criaturas—. Tenemos que separarnos.

—¿Qué? —me respondió él. Estaba justo a mi lado, apuñalando a las criaturas con mi kinjara—. No, no voy a dejarte sola.

—Dividirlas es la única forma de vencerlas —insistí—. Las cigarreras se quedarán aquí mientras el Tuerto, Averroes y tú corréis hacia una de las entradas del Alcázar. Adela, Julia, Micaela y yo aprovecharemos ese

momento para correr hacia el otro lado. Con suerte, las bestias nos seguirán. Quizá no podamos vencerlas a todas juntas, pero sí en grupos más pequeños.

Me dolían los brazos de lanzar estocadas y, aunque sentía la energía del caelestum corriéndome por las venas, sabía que no podíamos luchar contra aquellas criaturas eternamente. No quería separarme de Joaquín, pero, si queríamos matar a Resh y que los arcángeles entraran en Sevilla, era nuestra única opción.

Una de las criaturas se abalanzó sobre mí y yo me defendí con un espadazo. Gruñí, sintiendo el escozor de la herida de la pierna.

—Está bien —aceptó Joaquín.

—¡Julia! —grité, aunque mi voz quedó silenciada por el chillido de una de las bestias—. ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —me respondió a pocos pasos de mí—. ¡Estoy preparada!

—¡Cuando diga *ya*, tenéis que disparar todas a la vez! —les ordené a las cigarreras—. ¡Los demás, tenemos que correr!

Quería despedirme de Dolores y las demás, decirles a los sevillanos que no se preocuparan, que venceríamos y todo volvería a la normalidad, pero no podía hacerlo. Cada segundo era una batalla que librábamos contra la muerte, y no podíamos desperdiciar ni uno.

—¿Preparados? —grité, apretando la empuñadura de la espada—. ¡YA!

Los disparos me ensordecieron, pero eso no me detuvo. Ataqué con todas mis fuerzas, empapándome de sangre infernal, y en cuanto vi un hueco libre entre los monstruos, comencé a correr. Julia, Adela y Micaela me siguieron; las criaturas también.

Tal y como esperaba, muchas fueron tras Joaquín y su grupo, y otras tantas tras nosotras. Una gran parte se abalanzó sobre las cigarreras y los sevillanos, que no daban abasto para responder. Tuve que hacer un esfuerzo por ignorar sus gritos, por no darme la vuelta para ayudarlos, por centrarme en la importante tarea que teníamos por delante.

Corrimos sin mirar atrás con Micaela y Adela lanzando flechas a las criaturas que nos perseguían con las fauces abiertas. Cuando entramos por la puerta principal del Alcázar, nos dimos la vuelta.

Los pocos monstruos que permanecían con vida se quedaron en el patio, como si hubiera un muro invisible que les impidiera avanzar, y nos sisearon desde la distancia. El corazón me latía muy rápido y el cuerpo entero me temblaba por culpa del esfuerzo, pero sabía que lo peor estaba aún por llegar. Podía imaginarme a Tzadi sentado en el trono del Infierno, sonriendo con satisfacción al ver cómo caíamos en todas y cada una de sus trampas. Mis ganas de acabar con él de la forma más lenta y cruel posible se intensificaron.

—¿Estáis bien? —quise saber, girándome hacia mis compañeras.

Nos encontrábamos en una sala amplia, oscura, la cual recordaba vagamente de mis anteriores incursiones en el Alcázar. A nuestro alrededor había un silencio sospechoso que me impedía bajar la guardia.

Adela y Julia se habían apoyado en una de las paredes para coger aire. Ambas tenían manchas de sangre por todo el cuerpo, pero no parecían heridas. La luz de dos soles iluminaba los azulejos que decoraban la estancia.

—Yo estoy bien —musitó Micaela—, aunque no entera.

La Guardiana de pelo rojo me mostró el brazo izquierdo, y yo maldije por lo bajo al ver el mordisco que una de las criaturas le había propinado.

—¿Puedes usar el arco? —le pregunté sin apartar la vista del desgarro de su piel.

—¿Y tú, puedes correr? —replicó ella, señalando con la cabeza el arañazo de mi pierna.

Nos quedamos calladas, mirándonos en silencio, evaluándonos. Por muchas heridas que tuviéramos, ninguna de las dos estaba dispuesta a rendirse.

—Julia —dije, dándome la vuelta—. ¿Hacia dónde?

La esposa del cacique cogió aire y se obligó a alejar el miedo que intentaba paralizarla. Sabía que era fuerte, que tenía ganas de luchar, pero también que estaba asustada.

—Conozco un par de atajos que podemos utilizar —respondió en voz baja. Tenía mi kinjara en la mano y la estaba sosteniendo con fuerza, tanta que sus nudillos se habían puesto blancos—. Los pasillos secundarios que utilizan los sirvientes. No sé si estarán vigilados, pero es el lugar que

elegiría para explorar el palacio sin ser descubierta. Solía utilizarlos cuando organizaba reuniones clandestinas con tus primas.

—Perfecto —contesté—. Podemos movernos por el Alcázar como sombras y, cuando encontremos a los señores del Infierno, sorprenderlos.

Julia asintió, separándose de la pared. Al mirarme, se quedó muy quieta. Nuestros ojos solo se cruzaron durante un segundo, un fugaz y efímero instante, pero pude ver a la perfección lo que había reflejado en ellos. Peligro.

Giré sobre mis talones con la espada en alto, pero Julia lanzó mi kinjara contra la oscuridad y luego se abalanzó sobre mí, tirándome al suelo.

—¡Carmen! —gritó.

Micaela y Adela dispararon sus flechas, y dos soldados humanos que se habían ocultado entre las sombras cayeron abatidos. La daga de Julia, por el contrario, había alcanzado a una tercera figura: Antonio.

—Julia —dijo este, llevándose una mano al estómago. La sangre que manaba de la herida tiñó de rojo piel, ropa y arma.

Me incorporé, confusa y dolorida por el golpe que me había dado contra el suelo. Me puse en guardia, aunque ya no había enemigos a los que abatir. Los soldados estaban muertos; Antonio, malherido.

—Sabía que volverías a casa —musitó el cacique.

—Tú no eres mi casa —le respondió Julia con rabia.

Antonio sonrió con la palidez propia de quien ya degusta el sabor de la muerte. Cada vez brotaba más sangre de la herida, y las piernas comenzaban a fallarle. De un momento a otro caería, y yo no podía apartar la mirada de aquella hermosa y sorprendente derrota.

—Siempre has sido una zorra inservible —dijo Antonio.

Julia abrió la boca para responder, pero, antes de poder hacerlo, el cacique metió una mano en el interior de su levita y sacó un pequeño revólver. El estruendo del disparo nos hizo estremecer.

—¡No! —grité.

Pero ya era demasiado tarde. La bala de plomo alcanzó a Julia en el abdomen, tirándola al suelo. No podía ser. No, no, no. ¡No podía haberla matado! ¡No cuando ya nos habíamos librado de él!

Me giré para mirar a Antonio, y él sonrió. Después se desplomó frente a nosotras.

—Tenemos que detener la hemorragia —susurró Adela, agachándose junto a Julia—. Tenemos que…

—No —la interrumpió Julia. Cuando buscó mis ojos, sentí un dolor agudo y punzante en lo más profundo del pecho—. Tenéis que matar a Tzadi. Carmen, hazlo por Candela y por Diego. Por favor.

Micaela me miró con gravedad, y yo sentí que mi estómago se retorcía hasta formar un doloroso nudo. ¿En eso consistía ser una líder? ¿En tomar decisiones difíciles? La herida de Julia no dejaba de sangrar, y yo me sentía impotente, enfadada, más débil que nunca. Por más que intentaba llamar a mi gracia, esta no reaccionaba. ¡¿Por qué no acudía cuando más la necesitaba?! ¡¿Por qué no podía curarla?!

—Dile… dile a Candela… que… —dijo Julia, sin dejar de mirarme—. Dile que…

—Ella también te quiere —le respondí, intentando darle fuerzas para que se agarrara a la vida—. Nunca la he visto tan feliz como cuando está a tu lado, ¿sabes?

Julia hizo un esfuerzo por sonreír, pero su herida no paraba de sangrar. No quería abandonarla, al igual que no había querido separarme de Joaquín, pero sabía que tampoco podíamos detenernos. No solo la vida de Candela y Diego dependía de nosotras, también la de todos los demás. Éramos la última esperanza que la quedaba a la humanidad.

—Adela —le dije a la Guardiana, muy seria—. Quédate cuidando de Julia. Tú también tienes una familia que te está esperando y no quiero que arriesgues la vida. Micaela y yo buscaremos a Resh. Tenemos que acabar con él para que los arcángeles y el resto de los Guardianes puedan entrar a la ciudad.

—¿Estás segura? —me preguntó la mujer.

—Tenemos las armas de caelestum con nosotras —le indiqué, como si eso fuera suficiente para derrotar a un señor del Infierno.

—No nos detendremos hasta que esté muerto —añadió Micaela.

Adela asintió, sin decir nada, y yo me puse en pie. Julia, con las manos sobre el abdomen, me miró.

—Resiste, Julia —le pedí.

Ella, aunque estaba muy débil, asintió. Me aferré a su silenciosa promesa y me acerqué hasta el cuerpo de Antonio para recuperar mi kinjara. Limpié la sangre contra la tela desgarrada de su pantalón y, sin añadir nada, la escondí en mi fajín.

Después indiqué a Micaela que me siguiera y eché a correr.

Juntas, con las armas de los arcángeles preparadas, atravesamos las estancias del Alcázar. ¿Dónde se habían metido los dragones? ¿Por qué, hasta ese momento, no nos habíamos encontrado con ningún demonio? Estaba ansiosa por empezar a matarlos.

—Vamos por aquí —le indiqué a Micaela.

Sin Julia, no sabíamos cuáles eran los pasillos secundarios que utilizaban los sirvientes, así que el factor sorpresa quedaba anulado. Nuestra única opción era atravesar la oscuridad del Alcázar y estar atentas a cualquier señal que pudiera llevarnos hasta los señores del Infierno. Ya sabían que estábamos allí, así que solo era cuestión de tiempo que dieran la cara.

Cuando llegamos a una amplia estancia cuadrada, el caelestum de Apocalipsis comenzó a vibrar y ambas nos detuvimos de golpe. En el techo había una altísima bóveda de madera en la que brillaban cientos de estrellas de oro. A nuestra derecha, tres arcos sostenidos por columnas daban acceso a un jardín, oculto tras una celosía de madera.

—Recuerdo este lugar —dije.

Fue allí, en aquella sala, donde había visto morir a una primogénita la noche de la fiesta. Fue allí donde Triana me había defendido de Tzadi, usando su gracia contra él para que yo pudiera escapar. Fue allí donde apuñalé a Yud.

Volví a mirar la espada y, durante unos instantes, me quedé prendada del oro de su filo. Estaba vibrando en mi mano, transmitiéndome toda su energía, y algo me decía que estaba intentando advertirme. Después de tantos meses juntas, casi sentía que podía entenderla.

—Micaela —le dije a la Guardiana—. Escóndete.

—¿Estás loca? No te voy a dejar sola.

—Resh controla el maldito fuego —insistí—. Si aparece, puede quemarte viva con solo mirarte.

—¿Y qué hay de ti?

—A mí no va a matarme —le aseguré. Ni siquiera yo me creía lo que estaba diciendo, pero tenía que conseguir que se marchara—. No sin llevarme ante Tzadi.

—Carmen…

—Vete antes de que sea demasiado tarde.

Micaela apretó la mandíbula, dudando entre hacerme caso y desafiarme, pero finalmente pareció entrar en razón. Sin decir nada más, salió corriendo.

Cuando me quedé sola en la estancia, contemplé el silencio que me rodeaba. Tenía la sospecha en los labios y el pulso desbocado. ¿Dónde narices se había metido Yud? ¿No iba a ayudarnos en la batalla? ¡En aquel momento lo necesitaba más que nunca!

—Yud —musité, intentando invocarle—. Yud.

Observé el filo de la espada justo a tiempo de ver el reflejo de una bola de fuego cerniéndose sobre mí. Me di la vuelta, levantando el arma, y el sol rebotó contra el caelestum dorado, apagándose antes de llegar al techo.

Resh, el Magma, era quien lo había lanzado. Y se encontraba frente a mí.

—Hola, Carmen —me dijo con las manos ardiendo en llamas—. No era yo quien querías que apareciera, ¿verdad?

Con el pelo negro y la piel muy blanca, el tatuaje en forma de llamas que le cruzaba la cara identificaba su cruel y peligroso poder ígneo. Sus ojos rasgados eran rojos, como sangre hirviendo, y tenía dos aros de plata decorando su labio inferior. Los alamares del traje de matador con el que iba vestido destellaban con el brillo de sus manos.

«Resh está hecho de fuego, no hay más que llamas en su cuerpo».

—No deberías molestarte en llamar a Yud —me dijo—. Nos hemos asegurado de que él tampoco pueda entrar en la ciudad.

Volvió a lanzarme una bola ardiente y yo, esta vez consciente de lo que hacía, la golpeé con la espada. Eso le hizo enfadar. El caelestum hacía de escudo para su fuego. Si no me había hecho estallar en llamas aún era porque el arma no se lo permitía.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, sujetando la empuñadura con más fuerza. No podía contar con la ayuda de Yud, así que Apocalipsis era mi única esperanza—. ¿Te da miedo mi espada? ¿Quizá es porque te acuerdas de que su filo te cortó las alas?

Los ojos de Resh se volvieron más rojos y, cuando apretó los dientes, sonreí. El fuego de sus manos comenzó a arder con más intensidad, como si fuera su rabia la que lo alimentaba.

—A ver si tu espada puede contra esto.

Resh hizo un gesto con la mano y la estancia entera estalló en llamas. El fuego explotó y comenzó a escalar por las paredes, llegando hasta la bóveda celeste que había sobre nuestras cabezas.

Grité, asfixiada por el ardor del incendio, y en cuanto el humo llegó a mi garganta, me agaché. A mi alrededor todo era fuego y no podía ver nada. No podía pensar, ni moverme, ni respirar. Comencé a toser, y tanto la falta del aire como el calor hicieron que me mareara.

Resh apareció justo a mi lado y, cuando intenté incorporarme, me lanzó una ráfaga de fuego que no me dio tiempo a esquivar. Las llamas me mordieron el brazo izquierdo, destrozando la tela de mi camisa, y abrasaron sin piedad la piel de mi mano.

Grité y, sin darme cuenta, solté a Apocalipsis. Cuando intenté volver a cogerla, Resh le dio una patada y esta se perdió entre las llamas.

—Esa espada nunca debió existir —gruñó el demonio. Me cogió por la muñeca calcinada, haciéndome gemir, y me obligó a levantarme—. Vosotros, los niños con gracias, tampoco.

Los dedos de Resh me apretaron con fuerza las quemaduras, y yo, incapaz de soportarlo, volví a gritar. El dolor me mareaba y el incendio me impedía respirar. Resh parecía dispuesto a torturarme hasta el final.

—Vais a morir aquí —me dijo, fulminándome con el rojo de su mirada —. Destrozaremos a los arcángeles y nuestra oscuridad conquistará el mundo para siempre.

Cerré los ojos un segundo, tragándome el dolor, y cuando volví a abrirlos, una flecha dorada cruzó el fuego y se clavó en el hombro de Resh.

El demonio aulló, haciendo que el fuego que ardía a nuestro alrededor se debilitara. Y yo aproveché para atacar.

Saqué la kinjara de mi fajín y se la clavé a Resh en el cuello. El demonio me soltó, sorprendido, y se llevó una mano a la herida. La sangre comenzó a manar a borbotones. Yo, desesperada, gateé hasta la celosía que daba acceso al jardín.

—Aire —musité—. Necesito aire.

Mientras el Magma boqueaba, luchando contra su propia sangre, el fuego de la sala desapareció. Micaela llegó corriendo hasta mí justo a tiempo para ver como el señor del Infierno caía al suelo, muerto y derrotado como un simple mortal.

—¿Estás bien? —me preguntó la Guardiana. Me tendió una mano y yo me ayudé de ella para ponerme en pie—. Quería clavársela en el pecho, pero con el fuego no veía nada.

Asentí y, aún con la garganta seca por culpa del humo, miré a Resh. El alivio que invadió mi cuerpo al verlo muerto compensó el dolor de las quemaduras que me deformaban la piel, de los arañazos que aún sangraban. Las heridas, en realidad, ya daban igual: el fuego había desaparecido, y tanto Micaela como yo estábamos vivas.

—Llevas dos —me dijo tras unos minutos de silencio.

—Dos, ¿qué?

—Dos señores del Infierno —me respondió—. Mataste a Nuun, y ahora has matado a Resh. Yo solo he matado a Vav.

—Aún nos queda Shin —apunté, esbozando una sonrisa divertida—. Más te vale esforzarte por el empate, porque sería una vergüenza para ti quedar tres a uno.

—Lo mataré —aseguró, lo que me devolvió la sonrisa—. La que acabe con Tzadi romperá el empate y será la ganadora.

—Hecho.

Ambas asentimos a la vez y, al instante, supe que cualquier tipo de enemistad entre nosotras había quedado en el olvido.

—Gracias —dijo ella al cabo de unos segundos, apartando la mirada como si la palabra le avergonzara—. Por decirme que me escondiera.

—No tienes que dármelas —respondí—. Me dejaste escaparme con Yud para robar la espada de Miguel, y cuando te dije que te debía una, me aseguraste que te la cobrarías. Ahora estamos en paz.

—Supongo entonces que tengo que pedirte perdón —me dijo—. Para terminar de limar asperezas.

—¿Pedirme perdón? ¿Por qué?

—Por haberme comportado como una idiota cuando llegaste al monasterio. Creo que lo único que me pasaba era que… estaba celosa.

Las dos nos quedamos calladas, mirándonos, entendiéndonos. Ambas habíamos sospechado de la otra, pero de golpe nos habíamos dado cuenta de que la hostilidad era absurda, de que habían sido nuestros prejuicios los que, desde el principio, nos habían separado. No podíamos dejar que nuestras inseguridades levantaran un muro entre nosotras. Como enemigas éramos fuertes; como amigas, sin embargo, éramos letales.

—En ese caso, yo también tengo que pedirte perdón a ti. —Me sorprendí a mí misma al darme cuenta de lo poco que me había costado decirlo. Por primera vez, la disculpa salió sola de mi boca, natural, como si no hubiera cadenas que se lo impidieran—. Estaba segura de que eras la hija de Balthasar y de que nos estabas traicionando. Supongo que, de alguna forma, también estaba celosa.

—No nos soportábamos, ¿eh?

—¿Eso significa que ahora sí me soportas?

—Ahora te tolero.

Micaela sonrió y supe que, si hubiéramos podido reírnos, lo habríamos hecho. Sin embargo, el mundo seguía maldito por culpa de los demonios, y éramos nosotras las que teníamos que liberarlo.

—Cuando Tzadi nos dijo en el Alcázar que Balthasar tenía un hijo, sospeché que se trataba de Joaquín —confesó—. Por eso me puse nerviosa.

—Micaela… Siento lo que pasó entre vosotros. Joaquín me lo contó y…

—No lo sientes, y tampoco importa —me interrumpió ella—. Joaquín es una persona maravillosa, pero no quiero estar con un hombre que está enamorado de otra. Sé lo que merezco, así que agradezco que fuera honesto conmigo.

Aparté la vista de Micaela y miré la espada de Miguel, aún tirada en el suelo. Resh no había pensado ni por un segundo que yo podría tener una de las kinjaras de Rafael escondida. El Magma me había subestimado, y ahora tanto él como su fuego habían desaparecido para siempre.

Tanto él como su fuego.

Abrí mucho los ojos y me levanté de un salto, olvidándome de Joaquín y de Micaela. Recogí la espada de Miguel y, nerviosa, pasé por detrás de la celosía que separaba la estancia y el jardín. Después, cuando estuve en el exterior, miré hacia arriba.

La cúpula de fuego que rodeaba Sevilla había desaparecido. El cielo había quedado descubierto, y la luz grisácea del amanecer nos arropaba, avisándonos de que la noche le había dado paso al día; de que volvía a haber esperanza.

—Micaela —dije, incapaz de ocultar la alegría en mi voz—. Lo hemos conseguido. ¡Lo hemos conseguido!

La Guardiana se acercó a mí con una sonrisa en los labios y alzó la cabeza para observar el cielo. Habíamos estado a punto de morir, pero todo había merecido la pena. Los arcángeles entrarían en la ciudad, se unirían a nosotros en la batalla, y Tzadi no tendría nada que hacer contra nosotros.

Íbamos a vencer.

Por fin tenía claro que íbamos a vencer.

—Mira —susurró Micaela—. Están ahí.

Dos arcángeles sobrevolaban el cielo de Sevilla, y yo, al admirar su belleza celestial, contuve el aliento. Ambos emitían un brillo dorado que, de alguna forma, me hacía sentir en casa; un brillo poderoso que la oscuridad no podía opacar.

—Ya está, Micaela —le dije con la emoción agarrada en la garganta—. La guerra se acaba. Ellos nos salvarán.

La Guardiana asintió, con un silencioso orgullo, pero cuando la felicidad comenzó a adueñarse de nosotras, el cielo explotó.

Micaela se cubrió la cabeza con las manos ante el estruendo, y yo, tapándome la boca con una mano, ahogué un grito. La bóveda celeste se tiñó de un dorado intenso, cegador, y la explosión ensordeció al mundo.

Un instante después, cuando el resplandor remitió y todo volvió a la normalidad, un terror inexplicable y doloroso me estrujó las entrañas.

Los dos arcángeles habían estallado en llamas. Incapaces de controlar sus propias alas envueltas en fuego, se precipitaron contra el suelo.

Todas mis esperanzas e ilusiones murieron en ese instante.

Porque, enseguida lo supe, habíamos caído en una trampa.

21

Carmen

Salimos del Alcázar con el corazón en un puño, incapaces de creer lo que acababa de ocurrir. La alegría que habíamos sentido al matar a Resh se había convertido en una honda preocupación; en la sensación de que todo aquello por lo que habíamos luchado había sido en vano.

Frente al palacio se habían agrupado cientos de personas que hablaban inquietas y se movían de un lado para otro. La mayoría de las cigarreras se encontraban allí, al igual que los ciudadanos de Sevilla que nos habían ayudado. Los Guardianes que habían entrado a la ciudad cuando el fuego había desaparecido, entre los que vimos a Manuela y a Bellota, también estaban entre ellos.

Sonreí al localizar a Frasquita y a Pan, pero dejé de hacerlo cuando, a su lado, vi a Candela. ¿Qué narices estaba haciendo allí? ¿Por qué no se había quedado en el campamento? ¡Estaba embarazada de cinco meses!

—¡Mira! —exclamó Micaela, señalando hacia arriba.

Unas nubes negras estaban cubriendo el cielo, trayendo consigo una tormenta. La luz del amanecer estaba desapareciendo y la oscuridad volvía a acecharnos. El aire corría gélido, enfriándonos hasta los huesos.

Un poderoso trueno rugió en el cielo, haciendo temblar la tierra, lo que nos sobresaltó a todos.

—Vamos con ellos —le indiqué a Micaela. Estaba preocupada por Joaquín y los demás. Necesitaba saber si se encontraban entre la multitud o si, por el contrario, aún seguían dentro del Alcázar.

Di un paso hacia delante, pero un rayo explotó frente a mí y me obligó a retroceder. El corazón me dio un vuelco y la luz intensa me cegó durante unos segundos. Casi parecía que había querido alcanzarme a propósito, como si alguien lo estuviera controlando.

Miré el suelo calcinado que había dejado el inesperado estallido de luz, y solo tardé un segundo en darme cuenta de que no estaba equivocada.

«Shin es el rey de las tormentas, que tenga cuidado quien mienta».

—¡Corred! —exclamé.

Los rayos comenzaron a caer del cielo a docenas, estrellándose contra el suelo. El caos y los gritos se extendieron entre nosotros. Los árboles y las casas comenzaron a arder, incapaces de soportar las intensas descargas que les enviaba la tormenta. En pocos segundos, Sevilla se convirtió en un peligroso infierno de luz.

—¡No os quedéis quietos! —aulló una voz.

—¡A cubierto! ¡Rápido!

Cuando llegó la lluvia, el pánico ya había cundido en la ciudad.

—¡Frasquita! —grité, corriendo hasta mis primas—. ¡Candela!

Al llegar hasta ellas tuve que empujarlas para que un rayo no las hiciera saltar en pedazos. Estuvimos a punto de caernos al suelo. Sentía la rabia ardiéndome en el estómago, la ira haciéndome temblar. Aquella tormenta demoníaca no era un enemigo al que poder abatir, no era una batalla justa.

—¿Qué está pasando? —me preguntó Frasquita.

—¿Dónde está Julia? —quiso saber Candela.

Uno de los rayos alcanzó a un hombre justo a nuestro lado, y este cayó al suelo calcinado. Pan comenzó a ladrar, asustado. La lluvia me empapaba el pelo, la ropa, y no podía ver con claridad. Tenía que sacar a mis primas de allí. Tenía que asegurarme de que estaban bien.

—Buscad un lugar en el que cobijaros —les dije—. ¡Ahora!

—¡Carmen! —Joaquín llegó hasta nosotras entre la lluvia. Llevaba una de mis kinjaras—. ¿Qué te ha pasado?

Me tomó de la mano quemada, observando las heridas con preocupación, y yo me apresuré a apartarla. No quería contarle lo que había ocurrido en el Alcázar. No quería decirle allí, delante de Candela, que habían herido a Julia.

—Ha sido Resh —le dije—. ¿Vosotros estáis bien?

—Averroes cayó en el Alcázar. Las criaturas nos rodearon en una sala y…

No hizo falta que terminara la frase. No hizo falta que dijera nada más para que el dolor me atravesara el pecho como una flecha. Habían matado a Averroes.

—Nos han tendido una trampa —solté, sabiendo que no podíamos detenernos a llorar al Guardián—. Los arcángeles…

—Están muertos —me interrumpió Joaquín. Los rayos que caían a nuestro alrededor se reflejaban en sus ojos, volviéndolos más verdes que nunca—. He visto sus cuerpos calcinados. Eran Rafael y Gabriel.

Frasquita y Candela contuvieron el aliento, y yo maldije por lo bajo. ¿Cómo habíamos podido ser tan estúpidos? Tal y como había hecho con Nuun, Tzadi nos había puesto a Resh en bandeja para que nos confiáramos, para que lo derrotáramos pensando que con eso bastaría para entrar en Sevilla.

—No sabemos dónde está Miguel —me explicó Joaquín—. No hay ni rastro de él.

Fruncí el ceño, y Joaquín me devolvió una mirada de entendimiento. ¿Dónde se había metido Miguel? ¿Y Yud, habría podido entrar ya en la ciudad?

Tenía un millón de preguntas en la cabeza, cientos de dudas y sospechas, pero no pude exteriorizar ninguna.

Los dragones de Tzadi aparecieron de repente, surgiendo de la mismísima oscuridad. Con sus látigos y estoques de plata, las manos plagadas de tatuajes, empezaron a atacar. Todo a nuestro alrededor se convirtió en golpes, en gritos, en miedo.

Pan se abalanzó sobre uno de los demonios y Joaquín corrió a ayudarle.

—Toma —le dije a Frasquita, alzando la voz por encima de la lluvia, mientras le entregaba mi kinjara—. Lleva a Candela al Alcázar. Julia y Adela están allí.

Frasquita asintió, cogiendo la daga con algo de miedo. Estaba aterrada, pero sabía que no iba a dudar un solo segundo en luchar junto a los demás para defender a su familia.

—Volveré —aseguró, haciendo que mi pecho se hinchara de orgullo—. La pondré a salvo y volveré.

Cuando comenzaron a correr en dirección al Alcázar, un pinchazo en el corazón me obligó a darme la vuelta.

Los relámpagos no dejaban de caer sobre nosotros, y no podíamos quedarnos quietos. Mientras esquivaba un fogonazo de luz, me pregunté si Shin los estaría creando para guiarnos a través la ciudad, llevándonos hasta el lugar en el que Tzadi nos estaba esperando.

«Cabrones —pensé, rabiosa—. Lo tenían todo planeado».

Los charcos de lluvia a mis pies se confundían con los de sangre porque nuestros amigos y aliados, sin armas de caelestum con las que defenderse, caían uno tras otro. ¿Cuántos quedábamos con vida? Pocos, muy pocos. Demasiado pocos.

Un dragón apareció a mi lado y, con una cruel sonrisa pintada en el rostro, levantó su estoque de plata contra mí. Apreté los dientes con fuerza y, sin pensarlo, me abalancé sobre él. Estaba tan enfadada que casi no sentía el dolor de las heridas.

Luchamos durante un par de minutos, sin descanso, oro y plata enfrentados. Cuando acabé con él, desgarrándole el cuello con el filo hambriento de Apocalipsis, fui a por el siguiente.

Los rayos iluminaban la ciudad de forma intermitente, llenando de luz sus ojos rojos. Nosotros, sin darnos cuenta, avanzábamos a través de la ciudad. Los dragones eran fuertes, demonios entrenados durante miles de años en el Infierno, pero yo tenía algo que a ellos les faltaba: la necesidad de proteger a mi familia.

—No tenéis escapatoria —me dijo uno de ellos con su voz de ultratumba cuando nuestras armas se encontraron—. Los arcángeles están muertos. Gloria al rey del Infierno y gloria a su reina.

La mención a Triana hizo que mis pies trastabillaran. Estuve a punto de caer, de perder mi la guardia y quedar expuesta ante mi enemigo, pero una flecha de oro atravesó el aire y se clavó en el cuello del demonio, venciéndolo de un solo golpe.

—¡Carmen! —me gritó Micaela, corriendo hasta mí cuando el dragón se derrumbó a mis pies.

—Los rayos y los demonios nos están guiando a algún sitio —le dije. No podíamos perder el tiempo—. Nos están obligando a seguir un camino.

La Guardiana asintió y recogió su flecha dorada. Tenía el pelo empapado, pero en sus ojos de cobre brillaba la misma determinación asesina que debía de verse en los míos.

—Pues vamos a averiguar a dónde quieren que vayamos.

Sin embargo, antes de poder hacer nada, un demonio apareció tras Micaela y le clavó un estoque en el estómago. La chica ahogó un grito, sorprendida, y yo sentí que, durante unos segundos, el mundo entero se detenía.

—No. No, no, no.

El demonio sonrió al sacar la espada y dejar que la Guardiana cayera de rodillas. Y yo enloquecí.

—¡Hijo de puta!

Me abalancé sobre él con la espada en alto y, sin darle la oportunidad de defenderse, le corté la cabeza.

Su sangre me manchó el rostro, pero las gotas de lluvia se apresuraron a limpiármelo. El cuerpo entero me temblaba y no podía respirar. Me estaba ahogando y necesitaba seguir matando para liberarme.

—Carmen —me susurró Micaela—. Vete. Sigue adelante.

La miré desde mi altura y, cuando un rayó iluminó la herida de su estómago, caí de rodillas a su lado. El dolor que había sentido con la muerte de mis padres, con la de Dancaire, volvió a golpearme con fuerza.

—Aguanta, ¿vale? —le dije, poniéndole las manos sobre la herida como si así pudiera detener la hemorragia—. Voy a recuperar mi poder y voy a curarte.

Intenté llamar a mi gracia, usar la energía de la espada para despertarla, pero esta no respondió. Estaba muerta y encadenada; apagada para siempre.

Grité y me maldije a mí misma por ser tan débil, tan inútil; por estar vacía. ¿Por qué mi poder se negaba a aparecer? ¡Ya había perdonado a Yud, joder! ¡No podía ser el odio lo que me seguía bloqueando!

—Carmen —me llamó Micaela con un hilo de voz. Al darme cuenta de que el cobre de sus ojos se estaba debilitando, el dolor me desolló la

garganta—. Cuida de Joaquín. Sé… sé que lo amas. Él… él es con quien… debes…

—No te despidas de mí —la interrumpí—. No te atrevas a despedirte de mí, Micaela. Tienes que matar a Tzadi. ¡Tienes que ganarme!

Micaela sonrió, y entonces supe que nuestra competición se había acabado. No le quedaban fuerzas y yo no tenía forma de ayudarla. Ya no me llegaba el olor a fuego y a sangre de la calle, sino el aroma a jazmines que desde pequeña había empezado a reconocer como el de la muerte.

—Gáname tú —susurró ella, usando las últimas fuerzas que le quedaban para poner sus manos sobre las mías.

Quería gritar, dejar que las lágrimas salieran de su jaula y se me mezclaran con la lluvia en el rostro, pero me obligué a no hacerlo. No delante de Micaela. Ella no merecía morir entre tristeza, sino entre soldados fuertes y orgullosos que estuvieran dispuestos a luchar hasta el final. Al lado de una amiga.

Apreté sus manos por última vez y ella cerró los ojos. Aún respiraba, pero lo hacía con lentitud, como si le doliera. Debían de quedarle muy pocos minutos de vida, y yo quería quedarme con ella hasta el final, acompañarla hasta que su alma se marchara.

Sin embargo, cuando recordé dónde nos encontrábamos, me obligué a levantar la vista.

Aunque estábamos quietas, convertidas en un blanco muy fácil para los demonios, ninguno de ellos nos atacaba. ¿Qué estaba ocurriendo? Los dragones luchaban a nuestro alrededor, pero no podían llegar hasta nosotras.

Porque alguien se lo estaba impidiendo.

Había estado tan absorta en Micaela, en intentar salvarla, que no me había dado cuenta de que había aparecido un soldado que nos estaba defendiendo. La oscuridad me impedía verle el rostro, pero luchaba con fiereza, armado con dos estoques, y mataba a los demonios uno tras otro, gruñendo como un animal salvaje bajo la lluvia. Cuando un rayo explotó a su lado y le iluminó los rasgos, me quedé sin respiración.

Era Yud.

Tanto su piel como su ropa estaban empapadas de lluvia y sangre. Nunca antes lo había visto actuar con tanta crueldad. Los tatuajes le acariciaban el

cuello y mataba dragones a pares, sin que le temblara el pulso, apareciendo y desapareciendo a la velocidad de la luz para defendernos. Por primera vez reconocí en él al demonio que sabía que era, al ángel que una vez se había rebelado contra el mismísimo cielo.

Sujeté la espada de Miguel y, sin dudarlo un segundo, me puse en pie. Sin embargo, todos los dragones a los que Yud aún no había masacrado desaparecieron de repente, dejándonos solos.

El demonio se giró para mirarme, con la respiración entrecortada. La violencia de sus ojos me provocó un escalofrío.

—Yud —musité.

—Carmen —respondió él, reconociéndome por fin. Sus rasgos se suavizaron y su voz, grave y cálida, fue como una caricia en lo más profundo del pecho—. Date la vuelta. No quiero que veas lo que voy a hacer.

Fruncí el ceño y él se acercó hasta Micaela. Cuando la observó con esa mezcla de tristeza y compasión que tan bien conocía, lo entendí de golpe.

«Lo que sí quiero que sepas es que, cuando mataba, lo hacía porque las vidas arrebatadas con mis manos eran almas salvadas».

Quise detenerlo, impedir que se la llevara para siempre, pero lo único que hice cuando se agachó junto a ella y le puso las manos en el cuello fue apartar la mirada.

Yo no había podido salvar su cuerpo, pero él podía salvar su alma.

Y eso, aunque no borraba el dolor de su muerte, servía de consuelo.

—Ya la tengo conmigo —me dijo, poniéndose en pie de nuevo—. Está a salvo.

Volví a mirarlo justo cuando un relámpago estallaba a nuestro lado. Mi corazón se detuvo al ver su rostro tan cerca, y empezó a latir con energía al encontrarme con sus ojos. Como acababa de matar, el derecho era marrón; el izquierdo, tan rojo como lo recordaba. Los tatuajes de su cuello estaban desapareciendo, dando paso a la piel pálida y limpia que una vez había recorrido con mis besos.

—Siento haber tardado tanto en llegar —se disculpó—. Escuché tu llamada, pero no podía aparecer en la ciudad hasta que el fuego de Resh se

apagara. No solo era una barrera para los arcángeles, también lo era para los demonios.

—Los arcángeles han caído —dije, obligándome a centrarme en la misión que teníamos por delante, a no dejarme distraer por los sentimientos que me ardían dentro por culpa de su cercanía—. Solo está vivo Miguel, pero ha desaparecido.

—No me sorprende.

—¿Sabes dónde está?

—Por desgracia, no —me respondió él—. Pero… Carmen, Miguel no es de fiar. Lo único que quiere es volver al Cielo, todo lo demás le da igual.

A pesar de que quería creer a Yud, no fui capaz de hacerlo. Él era un demonio, no podía desprenderse del odio que sentía hacia los ángeles, pero yo no tenía por qué sospechar de Miguel. Tras la explosión que había provocado la Caída del Cielo, los arcángeles habían usado sus últimas fuerzas para recluirse en la Alhambra, para poder salvar a la Humanidad y, en un futuro, asegurarse de que recuperábamos el descanso eterno. ¿Por qué iba a abandonarnos cuando más lo necesitábamos? Estaba segura de que le había pasado algo, de que debía de existir alguna razón de peso por la que Miguel no había aparecido aún.

—¿Crees que podremos enfrentarnos a Tzadi sin Miguel? —le pregunté —. ¿Crees que tenemos alguna oportunidad de vencerlo nosotros solos? No tengo mi poder, Yud. Lo perdí.

El demonio me miró con algo de culpa, y yo sentí que las piernas me fallaban. Las gotas de lluvia que caían de su pelo le acariciaban el rostro, limpiándole las manchas de sangre, y tuve que contenerme para no enjugárselas una a una. Su ojo marrón comenzó a volverse rojo, como si su parte de demonio conquistara poco a poco a su parte de ángel, reclamándola para sí. Y yo disfruté del mágico espectáculo de su mirada.

—Carmen, podemos conseguirlo —me aseguró. Cuando extendió la mano para coger la mía, las barreras que me separaban de él se derrumbaron de golpe—. Tzadi es poderoso, mucho, pero no es invencible. Él, al igual que yo, tiene sus puntos débiles. Es ahí donde tenemos que atacar.

Nos quedamos con las manos unidas durante unos segundos, disfrutando del calor del otro. Por un momento me olvidé de dónde estábamos, de lo que me había dicho en Medina Azahara, y volví a la pequeña casa del Albaicín en la que tanto habíamos compartido; a la pasión incontrolable, a las caricias en las cicatrices de sus alas y los besos con sabor a dátil. Mis entrañas ardieron y quise preguntarle cuáles eran sus puntos débiles. También quise decirle que sí, que él siempre sería uno de los míos; y que necesitaba que se quedara a mi lado para volver a sentirme poderosa.

Sin embargo, no lo hice.

Sabía que la tristeza y el cansancio me estaban debilitando. Ambos teníamos que cumplir una misión, y nada era más importante que eso. Él mismo lo había dicho. Mi prioridad tenía que ser encontrar a Joaquín, a mis primas, a Pan. ¿Y si les había pasado algo? ¿Y si, al igual que Micaela, no habían sobrevivido a la masacre de los dragones?

—Tenemos que seguir adelante —le indiqué a Yud, soltando su mano—. Tzadi está tramando algo, nos está obligando a ir a algún…

Me quedé callada de repente y Yud frunció el ceño. Solo había un lugar en Sevilla al que Tzadi querría obligarnos a ir, un lugar en el que enfrentarse a nosotros. Y estaba dolorosamente cerca. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—La Plaza —solté—. Nos está obligando a ir a la Plaza.

Yud apretó los labios, y en el rojo de su mirada vi reflejado el entendimiento. Había algo que le preocupaba, algo que no se atrevía a decir en voz alta, pero no podía culparle por ello. Estábamos en clara desventaja con respecto a Tzadi; unos soldados aterrados y unos niños con gracias que no podían usar su poder. Dos de los arcángeles estaban muertos, el otro desaparecido. Lo único que teníamos eran ganas de luchar, un arrojo incontrolable corriéndonos por las venas. Y eso no era suficiente para vencer al rey del Infierno.

—Voy a luchar a tu lado —me dijo Yud—. Pase lo que pase, te digan lo que te digan, tú eres mi equipo. Lo recuerdas, ¿verdad?

Asentí, incapaz de apartarle la mirada. Él me retiró el pelo empapado de la cara. Recordaba el día en que me había dicho esa frase por primera vez; y también todos los demás. Los recordaba con tanta intensidad, con tanto

anhelo, que mi gracia reaccionó a su contacto, haciéndome cosquillas en el estómago.

—Rompí tu suerte —le dije, sintiéndome culpable por haber destruido el clavel que, al despedirnos en la Alhambra, me había entregado—. No puedo devolvértela.

—Carmen, eso ya da igual. Mi suerte nunca fue ese clavel. Mi suerte siempre has sido tú.

Las palabras que me había dicho en Medina Azahara, la forma en la que se había apartado de mí cuando nos besamos, dolían como heridas abiertas. Sin embargo, todo aquello parecía estar ahora muy lejos. Mi cabeza se empeñaba en recordar que Yud, aunque me miraba con los ojos inundados de amor, solo me había utilizado para llegar hasta la Alhambra; mi corazón, sin embargo, quería creer.

«Todo lo que he hecho, todo lo que he dicho… ha sido por ellos».

Un relámpago explotó a nuestro lado, llenando de luz aquel estrecho callejón, y ambos supimos que Tzadi nos estaba metiendo prisa. Por mucho que quisiéramos quedarnos allí, olvidándonos del horror que nos rodeaba, no podíamos entretenernos más.

—Vamos —le indiqué.

El demonio salió del trance y asintió. Tras envolverme con sus brazos, usó su poder para transportarnos.

Un parpadeo después, aparecimos frente a la Plaza.

La fachada del inmenso recinto circular nos miraba cara a cara, iluminado por la luz de cientos de soles. La tormenta estaba amainando y, aunque las nubes negras seguían cubriendo el cielo, la lluvia ya no nos atacaba con sus gotas congeladas. Shin ya había cumplido su misión y, al igual que el resto de los soldados del Infierno, se retiraba.

—Están todos dentro —me dijo Yud, separándose de mí—. Los dragones. Nos están esperando.

Los demonios, como si hubieran escuchado las palabras del Escamillo, estallaron en vítores en el interior de la Plaza. Un escalofrío cargado de malos recuerdos me recorrió la espalda.

—Es lo que Tzadi quería, ¿no? Traernos hasta aquí. Todo lo demás no ha sido más que un juego para él.

Yud no dijo nada y en su silencio vi confirmadas todas mis sospechas. Los dragones nos habían masacrado, y después se habían recluido en la Plaza para vernos morir de la forma en la que más lo disfrutaban: con un espectáculo sanguinario.

Me aparté el pelo empapado de la cara y, justo en ese momento, una sombra llegó corriendo hasta nosotros. Llevé la mano a la empuñadura de la espada, pero enseguida me di cuenta de que se trataba de Pan.

—¡Hola, pequeño! —le dijo el demonio cuando el animal se abalanzó sobre él. Se agachó para acariciarle la cabeza con una amplia sonrisa en el rostro—. Te echaba de menos.

El perro le lamió las manos, como si quisiera decirle que él también lo había echado de menos, y yo sentí que me derretía por dentro. Había olvidado lo mucho que los animales adoraban a Yud. Había olvidado lo mucho que lo adoraba yo.

—¡Quietos! —gritó alguien de repente.

Unos veinte Guardianes aparecieron de entre las sombras, rodeándonos, y nos apuntaron con sus flechas doradas. Joaquín estaba entre ellos, y también el Tuerto, Manuela y Bellota.

—¡No disparéis! —les dije, levantando las manos—. ¡Soy yo!

—¿Carmen?

Joaquín se acercó hasta mí, pero al ver a Yud se detuvo. Ambos intercambiaron una tensa mirada, y yo sentí que me quedaba entre la espada y la pared.

—Joaquín —susurré con tristeza. No quería que los Guardianes me escucharan, así que lo dije muy bajo, haciendo que mi voz le llegara solo a él—. Yo… Micaela…

No terminé la frase, pero el dolor que cubrió su rostro me indicó que lo había entendido. Micaela era importante para él, muy importante, y merecía saber la verdad. Quizá no había podido amarla como se merecía, pero la quería. Y yo no había podido protegerla.

Sin decir nada más, me lancé a sus brazos. Él me recibió con incomodidad, quizá porque sabía que Yud nos estaba mirando, pero enseguida se dejó de llevar y me apretó con fuerza contra su cuerpo.

—Lo siento —le dije con un hilo de voz.

—No pasa nada, Carmen. No tienes la culpa.

Me acarició el pelo con cariño, curando mis heridas una vez más, y, durante un fugaz instante, sentí crepitar mi gracia. Me había pasado al coger la mano de Yud, y yo supe que mi poder estaba intentando decirme algo, mandarme un mensaje que no me sentía capaz de descifrar.

—¿Dónde está Frasquita? —le pregunté a Joaquín, separándome de él para que todos los Guardianes me escucharan.

—No lo sé. Pensé que estaba contigo.

Negué con la cabeza y mi corazón se saltó un latido. ¿Y si le había pasado algo? No, no podía permitirme pensar en eso. Frasquita estaba bien, tenía que estar bien. Quizá había decidido quedarse a proteger a Candela en el Alcázar. Quizá, por muchas ganas que tuviera de luchar, se había dado cuenta de lo peligrosa que era la batalla.

—Somos los únicos que han llegado hasta aquí —me dijo el Tuerto. Cuando dio un paso al frente, bajó el arco. Tenía la ropa manchada de sangre y un feo arañazo que le cruzaba la cara pasando por encima del ojo izquierdo—. Muchos están heridos. Otros huyeron para esconderse. Quizá tu prima se encuentre entre ellos.

En la Plaza estallaron de nuevo las ovaciones, y mi cuerpo entero ardió con una furia asesina. Estábamos agotados, débiles, y la ilusión de la victoria que brillaba en nuestros ojos hacía apenas unas horas había sido sustituida por la sombra de la derrota. Sin embargo, no todo estaba perdido. No sabíamos dónde estaba Miguel, pero sabíamos que estaba vivo. Aún había esperanza de recuperar el Cielo, aún podíamos vencer a Tzadi.

Por Micaela. Por Sevilla. Por todos los caídos.

—Escuchadme —dije, alzando la voz—. Tenemos que entrar en la Plaza. No sabemos dónde está Miguel y hemos perdido a muchos de nuestros seres queridos, pero no podemos rendirnos ahora. No cuando hemos llegado tan lejos. Si nos organizamos bien, puede que tengamos una oportunidad.

Los Guardianes comenzaron a murmurar, mirando a Yud, compartiendo sus recelos. Sabía lo difícil que era que confiaran en un demonio, pero también que estábamos en una situación crítica y no podíamos detenernos a debatir sobre moralidad. Yud nos había ayudado en más de una ocasión y,

aunque los Guardianes no se fiaran de él, no podíamos desaprovechar la ventaja que su presencia nos daba contra Tzadi.

—¿Qué has pensado? —me preguntó el Tuerto, haciendo que todos guardaran un silencio expectante.

—Somos solo veintidós —le respondí—. Veintidós contra un ejército entero de demonios. No podemos enfrentarnos a ellos cara a cara, así que tendremos que escondernos entre las sombras.

—¿Qué quieres decir?

Alcé la cabeza para observar los altos muros de la Plaza, y después entorné los ojos. Hacía tiempo, en lo que parecía otra vida, me había colado en aquel lugar para ver cómo Yud asesinaba a mi amigo Óliver. Había subido hasta el tejado del tendido alto usando las cañerías de la fachada. Desde allí arriba había pensado mil y una formas de asesinar a los demonios. Entonces solo habían sido fantasías; ahora tenía la oportunidad de hacerlas realidad.

—Unos pocos entraremos al ruedo —les indiqué—. Entretendremos a Tzadi dándole el espectáculo que quiere mientras los demás subís hasta los tejadillos con las flechas. Podéis usar las cañerías de la fachada, aguantarán vuestro peso. No os entretengáis con los dragones porque son demasiados. Vuestro objetivo tiene que ser Tzadi. Intentad pasar desapercibidos y, en cuanto veáis una oportunidad, le disparáis.

«Y a Triana también», pensé, aunque no fui capaz de decirlo en voz alta.

—Yo voy contigo —me dijo Joaquín—. Si tengo que morir, que sea a tu lado.

Quise decirle que no, que aparecer en el ruedo era un suicidio y no podía permitirme perderlo, pero terminé guardando silencio. En sus ojos brillaba una sólida determinación contra la que no podía luchar y, por mucho que me resistiera, lo necesitaba junto a mí. Si tenía que morir, yo también quería que fuera a su lado.

—Yud —dije, girándome para mirar al demonio—. ¿Qué vas a hacer tú? Eres la única ventaja que tenemos contra Tzadi.

—Si entro ahora con vosotros, estaríamos mostrando todas nuestras cartas desde el principio —reflexionó—. Si espero entre las sombras y aparezco en el momento justo, cuando Tzadi no se lo espere…

—Le sorprenderemos —terminé yo—. Tenemos que dejar que se confíe.

Lo que íbamos a hacer era difícil, mucho, pero no imposible. Miguel no estaba con nosotros, pero teníamos al Escamillo. ¿Cómo iba a reaccionar Tzadi cuando descubriera que no solo tenía que enfrentarse a unos débiles soldados mortales, sino también a uno de sus hermanos?

—Yo entraré con vosotros —nos indicó el Tuerto—. Cuantos más seamos en el ruedo, menos mirarán los demonios hacia los tejadillos.

—Tienes razón —le apoyó Bellota—. Contad conmigo también.

—Y conmigo —dijo Manuela.

Seis Guardianes más decidieron unirse a nosotros, formando así un grupo de once. Once saltaríamos al ruedo, entregando nuestra vida para entretener a Tzadi. Y otros diez, mientras tanto, intentarían matarlo desde las sombras.

—Bien —acepté—. Pues vamos allá.

Los diez Guardianes que iban a subir a los tejadillos corrieron hasta las cañerías que bajaban por la fachada de la Plaza y, silenciosos como arañas, comenzaron a escalar. Los demás los observamos, guardando un silencio ceremonial. Cuando muchos de ellos estuvieron arriba, decidimos que había llegado el momento.

El corazón me latía en el pecho con fuerza porque aquel era el final, el desenlace de una historia hecha con sangre y dolor. A pesar de todo, me sentía preparada. Llevaba muchos años esperando a que llegara ese momento.

—Nos vemos dentro —me dijo Yud.

Quise darle un abrazo de despedida, un último beso, pero por supuesto no lo hice. Ambos nos limitamos a observarnos, a decirnos adiós sin palabras. Cuanto más afilada parecía estar la distancia que nos separaba, él desapareció.

—¿Estáis listos? —pregunté.

Los Guardianes asintieron y yo desenvainé la espada de Miguel. Hasta Pan soltó un leve gruñido que parecía indicar que estaba preparado.

Las grandes puertas de la Plaza permanecían abiertas para nosotros, invitándonos a entrar. Estaban flanqueadas por dos altas columnas, colocadas entre sendas entradas menores, y su madera estaba pintada de

rojo. Como el odio, como los ojos de los demonios, como los gritos de los asesinados en su interior.

Quizá había llegado mi momento de morir, pero lo haría luchando, defendiendo a mi familia, a mi ciudad y a mi gente. Lo haría por Micaela, por mis padres y por todas aquellas almas que merecían el descanso eterno en el Cielo.

Lo haría y, esta vez, no sería por venganza; sino por fe, por esperanza y, sobre todo, por amor.

22

Carmen

Cuando salimos al ruedo, la Plaza entera rugió pidiendo sangre. Los soles brillaban con intensidad sobre nuestras cabezas, tiñendo aquel majestuoso anfiteatro de naranja y dorado. Los cientos de dragones que nos esperaban en las gradas ensordecieron al mundo con sus gritos.

—¡Sangre, sangre, sangre! —coreaban.

Reconocía el albero del suelo, el olor a muerte, la ferocidad disfrazada de belleza que escondía aquel lugar. Los demonios se relamían porque sabían de la crueldad del espectáculo que estaban a punto de presenciar. Por primera vez era yo quien se encontraba en el centro de la Plaza, quien experimentaba su asfixiante sensación de encierro, y algo parecido al miedo me recorría como un veneno.

—¡Gloria al rey del Infierno! —aullaban los demonios.

—¡Gloria a su reina!

Apocalipsis vibraba en mi mano, y los Guardianes, a mi alrededor, aguardaban con las armas en alto. Yud no estaba allí con nosotros, Miguel tampoco, y lo único que podíamos hacer era esperar a que los arqueros que habían subido a los tejadillos de la Plaza encontraran el momento idóneo para atacar.

Éramos once, solo once.

Y los demonios estaban allí para vernos morir.

—Mira —me indicó Joaquín. Cuando seguí la dirección de su mirada, la ira de mis venas se intensificó—. Ahí está Tzadi.

El rey del Infierno estaba en el Palco Real, frente a nosotros, sentado en el trono de ébano que había sido de Luzbel. Iba vestido de negro, tan elegante como si fuera a asistir a una fiesta, y llevaba la corona de cuernos sobre la cabeza. En sus ojos rodeados de tatuajes brillaba una crueldad inhumana que reconocí a pesar de la distancia; una brutalidad infernal que me obligó a apretar la empuñadura de la espada con más fuerza.

—¡Por fin! —exclamó, poniéndose en pie. De alguna forma había amplificado su voz para que sonara por toda la Plaza. Los dragones guardaron silencio de inmediato—. Habéis tardado mucho en llegar. ¿Os ha sido muy difícil encontrar el camino?

Cuando el demonio sonrió, apoyando las manos en la balaustrada blanca del palco, yo apreté los dientes. Sin embargo, en cuanto mis ojos se posaron en el trono que había junto al suyo, me olvidé por completo de su existencia.

—Triana.

Mi prima llevaba un vestido negro de encaje que le daba un aire regio y potenciaba su arrebatadora belleza. Su pelo estaba recogido en una elaborada trenza, y su brazo derecho quedaba al descubierto desde el hombro, dejando que la luz de los soles bañara su piel morena. En el cuello, una serpiente de diamantes refulgía bajo la luz, convirtiéndola en la protagonista que siempre había soñado ser.

—Hola, Carmen —me dijo, poniéndose en pie junto a Tzadi. Esbozó una sonrisa cruel, y me dolió no ser capaz de reconocerla—. Qué pequeña te veo desde aquí arriba. ¿Estás asustada?

Aunque sabía que la encontraría allí, verla fue como una puñalada. «Vuestra prima tomó una decisión —nos había dicho el arcángel Rafael—. Vivir como reina supone el riesgo de tener que morir como tal».

—No lo estoy —repliqué, obligándome a mostrar indiferencia ante su presencia—. De hecho, Triana, eres tú la que se esconde detrás de un demonio.

Los dragones de las gradas abuchearon, y los Guardianes se pusieron tensos. Estaba provocando a Tzadi, lo sabía, pero hacía tiempo que había aprendido que esa era la única forma de enfrentarse a él. Si conseguía

hacerle bajar al ruedo, si lo sacaba de la pequeña fortaleza que era el palco, lo convertiría en un blanco fácil para los arqueros de los tejadillos.

—¿Por qué la proteges tanto, Tzadi? —insistí—. ¿Crees que las mujeres somos débiles e indefensas? ¿O quizá es porque, al coronarla reina, la convertiste en tu seguro de vida?

—Carmen, Carmen, ¡qué equivocada estás! —me respondió él. Cuando sonrió, Triana lo hizo con él—. La razón por la que coroné a Triana es la misma por la que la protejo. Y no, no lo hago porque sea una mujer, lo hago porque es *mi* mujer. Yud, por el contrario, ni siquiera se ha dignado a acompañarte esta noche.

—Él puede que no —replicó Joaquín, alzando la voz—, pero yo sí.

Giré la cabeza para buscar sus ojos, y él me devolvió la mirada. Tenerlo allí conmigo, en el centro del mismísimo Infierno, me hizo sentir más fuerte que nunca.

—¡Qué bonito! —exclamó Triana con una ironía afilada—. Siempre me has dado mucha pena, Joaquín, porque nunca has dejado de mendigar la atención de Carmen. ¿No te das cuenta de que ella no es capaz de amar? ¡Si hasta prefirió acostarse con Yud antes que estar contigo!

Los demonios en las gradas jalearon las palabras de su reina, y mis mejillas enrojecieron. Joaquín, a mi lado, apretó los dientes.

—La verdad es que es perfecto que estéis los dos aquí —dijo Tzadi sin dejar de sonreír—. Así toda la familia estará junta por fin. ¿No es precioso?

El Arlequín chasqueó los dedos y, al instante, dos figuras aparecieron en el palco. Ambas estaban encadenadas, intentando zafarse de las sombras que sujetaban sus manos y les tapaban la boca. Me quedé sin respiración cuando me di cuenta de que una de ellas era Frasquita; la otra, Candela.

—¡Suéltalas! —grité. Pan comenzó a ladrar, apoyándome, y su rabia acompañó a mi furia—. ¡Triana, haz algo! ¡Son nuestras primas!

Pero lo único que hizo Triana fue colocarse detrás de Candela, usándola como escudo.

—Lo siento, Carmen —me dijo—. Candela y Frasquita son nuestro seguro de vida, la única forma que tenemos de asegurarnos de que no cometes ninguna estupidez.

Tzadi asintió y, con un gesto teatral, hizo aparecer una daga en su mano. Era una daga con el filo dorado, la empuñadura hecha de azulejos con figuras geométricas de colores. Una daga que conocía demasiado bien.

—Me apena que no hayas aprendido nada —se burló Tzadi, acariciando mi kinjara—. Hace tiempo, en la fiesta de máscaras, le diste esta misma daga a la inútil de tu prima y las perdiste a ambas. Hoy has vuelto a hacer lo mismo, como si el resultado fuera a ser distinto. ¿No te parece divertido que la historia se repita?

—No te atrevas a tocarlas —gruñí.

—Hicieron un pacto con Luzbel, ¿sabes? —continuó él, ignorándome—. Desde entonces, tienen una marca de oscuridad en el brazo. No se ve mucho, pero gracias a ese pequeño corte he podido meter sombras en su alma y anular sus gracias. Ahora no tienen forma de defenderse.

El demonio se colocó tras Frasquita y, sin dejar de sonreír, le puso la kinjara al cuello. Ella, asustada, se revolvió. ¡No! ¡No podía dejar que las tocara! Si las usaba como escudo, además, los Guardianes no podrían dispararle. ¿Qué podíamos hacer? ¡¿Por qué Miguel no aparecía, maldita sea?¡

—¡Triana! —volví a gritar. Ella era la única que podía salvarlos de aquella situación, la única que podía ayudarnos—. ¡Por favor! ¡Sé que en el fondo no eres así! ¡Te conozco!

—No, Carmen, no me conoces, ese es el problema. Nunca te has preocupado de conocernos en realidad.

Busqué los ojos de Joaquín, desesperada. Estábamos encerrados en aquella Plaza, impotentes, destinados a morir.

—Supongo que esperabais enfrentaros a mí junto a los arcángeles, ¿no es así? —preguntó Tzadi sin soltar a Frasquita. Cuando los demonios comenzaron a silbar en las gradas, él se creció—. Es una lástima que dos de ellos ya estén muertos. Y mucho más que no supierais que Miguel es un auténtico hijo de puta.

Sus palabras, tan parecidas a las que Yud me había dicho justo antes de entrar en la Plaza, hicieron que los Guardianes se miraran entre ellos, confusos. Y yo lo odié, lo odié aún más de lo que ya lo hacía. Tzadi nos

quería agotados, heridos y sin un ápice de esperanza. Quería derrotarnos poco a poco, destruyendo primero nuestra mente y después nuestro cuerpo.

Pero no iba a permitírselo.

—No necesitamos a Miguel para vencerte —le dije levantando el filo de Apocalipsis. La espada emitió un destello al reflejar la luz de los soles. Yo sentí su energía bajándome por los brazos, renovando mis fuerzas—. Nunca lo hemos necesitado.

—Bueno —replicó Tzadi—. Vamos a comprobarlo.

Los demonios en las gradas jalearon y sus vítores nos ensordecieron. Los latidos de mi corazón se aceleraron cuando los Guardianes se colocaron en círculo, con los arcos preparados, vigilando cada rincón de la Plaza. El cielo, aún negro por culpa de las nubes, parecía a punto de echarse a llorar.

—Carmen —me dijo Joaquín. Estaba justo a mi derecha, y nuestros brazos casi se rozaban—. Estoy aquí contigo. Como siempre.

—Y yo contigo —le respondí.

Nos miramos fijamente y todas mis dudas se disiparon. Joaquín estaba conmigo, Joaquín *siempre* estaría conmigo. Por mucho que Miguel no estuviera allí, por mucho que Yud me faltara, él lucharía a mi lado hasta el último aliento.

—Preparaos —nos advirtió el Tuerto.

Un rayo estalló en el centro de la Plaza y tres criaturas aparecieron en el ruedo, rodeándonos. Pan comenzó a gruñir. Aunque parecían hombres, sus cuerpos estaban recubiertos de un espeso pelo negro y sus bocas eran excesivamente grandes, llenas de dientes. Tenían el pecho desgarrado como si les hubieran arrancado el corazón, y su cola en forma de serpiente se movía lentamente mientras nos miraban amenazantes con los ojos lechosos.

«Cerberos», me había dicho Yud la primera vez que había visto a aquellas criaturas en la fiesta de máscaras del Alcázar, a los pies de Luzbel.

—¡Atentos! —grité.

El rugido de un trueno explotó en el cielo cuando los cerberos se abalanzaron sobre nosotros. Los Guardianes dispararon sus flechas, pero los híbridos las esquivaron, haciendo enloquecer a las gradas. Pan saltó sobre uno de ellos, clavándole los dientes, y ambos rodaron por el suelo lanzándose dentelladas. Los demás comenzamos a correr.

Desde el ruedo todo parecía más grande, más sanguinario, más letal. No había escapatoria posible. La lluvia había convertido el albero en barro, y nos costaba mucho avanzar.

—¡Carmen! —me llamó Joaquín en la distancia.

Me giré para buscarlo, pero uno de los cerberos saltó sobre mí y me derribó.

Sus fauces quedaron a pocos centímetros de mi cara, y su aliento putrefacto me revolvió el estómago. Tenía los dientes afilados como dagas. Por más que intentaba alejarlos con el filo de la espada, estos parecían ansiosos por desgarrarme la carne.

—¡Sangre, sangre, sangre! —coreaba la Plaza.

Forcejeé con el cerbero durante unos segundos, usando todas mis fuerzas, pero él no estaba dispuesto a dejarme escapar. Era una sombra infernal, un híbrido demasiado familiarizado con la muerte; y yo la presa de sus dientes.

Gruñí, tragándome el dolor de los brazos, justo cuando Pan saltó sobre él y le mordió el cuello con rabia. Cuando la bestia se lo quitó de encima y se apartó de mí para convertirlo a él en su nueva víctima, me puse en pie.

—¡A Pan ni se te ocurra tocarlo! —grité, levantando la espada.

Corrí hasta el cerbero y, sin dudarlo un segundo, le rebané el cuello.

La criatura se desplomó sobre el barro amarillento, sin cabeza, formando un charco de sangre a mis pies. Pan se me acercó. Aunque estaba herido y cojeaba, movía el rabo con alegría. Estaba feliz porque los dos estábamos a salvo.

Pero la tranquilidad duró poco tiempo.

Joaquín luchaba contra un demonio. Este iba vestido con el traje de luces de los matadores, y en las manos llevaba dos estoques. La luz de los rayos hacía brillar su piel negra, y tanto las trenzas de su pelo como las letras tatuadas que iban desde su frente hasta su barbilla lo hacían fácilmente reconocible.

Era Shin, el Tifón.

Joaquín se defendía de sus ataques con agilidad, pero solo iba armado con mi kinjara. El señor del Infierno no le daba descanso. Los gritos de las

gradas parecían alimentar la fuerza del demonio, sus ganas de dar el espectáculo cruel y sangriento que el público estaba esperando.

—¡Hazle pedazos!

—¡Sácale el corazón!

Pan corrió a atacar a otro de los cerberos, y yo corrí hasta Joaquín. No podía permitir que Shin le hiciera daño.

El señor del Infierno levantó uno de sus estoques, pero yo empujé a Joaquín para ponerme en su lugar. El filo de Apocalipsis recibió el golpe, y yo la sentí vibrar por la presencia demoniaca que percibía.

—Tú —gruñó el matador.

Los ataques del demonio se intensificaron, y yo tuve que hacer un esfuerzo para controlarlos. Era demasiado fuerte. Cuando creía que tenía alguna oportunidad, él desaparecía y volvía a aparecer a mi espalda, preparado para ensartarme el corazón con sus filos de plata. Luchar contra él era como darle sablazos al mismísimo viento.

—¡Pagarás la sangre de mis hermanos con la tuya! —exclamó tras volver a desaparecer.

Uno de sus golpes fue tan violento que hizo que estuviera a punto de caer al suelo. Las gradas estallaron en aplausos. Los ojos rojos de Shin estaban clavados en los míos, ardientes y peligrosos, sedientos de venganza. Yo quería atacar, pero el Tifón solo me daba espacio para defenderme. ¡Mierda! ¿Cómo íbamos a acabar con él? ¡Teníamos que hacerlo para poder centrarnos en Tzadi!

Levanté la espada para detener una nueva acometida del matador y, al alzar la cabeza, lo vi. En uno de los tejadillos de la Plaza, con las alas recogidas, estaba el arcángel Miguel. La luz de los rayos lo iluminaba de forma intermitente, haciéndolo parecer tan hermoso como aterrador.

—¡Miguel! —lo llamé, haciendo fuerza con los brazos para defenderme —. ¡Ayúdanos!

La repentina aparición de Miguel me distrajo de la batalla y, cuando Shin volvió a levantar los estoques, no fui lo bastante rápida. La luz de un rayo fulguró contra la plata de los estoques y estos bajaron hacia mí, afilados y mortíferos. Por un segundo, sentí el sabor de la muerte en los labios. Pensé en Joaquín, en mis primas, en mis padres y en Dancaire.

Sin embargo, la estocada nunca llegó.

Yud apareció tras Shin y lo sujetó del cuello, apartándolo de mí. Los silbidos decepcionados de los dragones inundaron la Plaza.

Los dos señores del Infierno se enfrentaron entre sí, dos fuerzas de la naturaleza que se conocían demasiado bien. Ambos aparecían y desaparecían en un parpadeo, zafándose el uno del otro. Yud solo llevaba una daga en la mano, así que no podía hacerle demasiado daño a su hermano. Solo lo estaba entreteniendo, dándonos la oportunidad de acabar con él.

Shin empujó a Yud contra el suelo y levantó los estoques. Yo ahogué un grito. Antes de que le atacara, sin embargo, una flecha dorada rasgó el aire y atravesó el pecho de Shin. Los dragones contuvieron el aliento en las gradas, y un poderoso trueno explotó en el cielo.

El Tifón se desplomó sobre el barro. Me di la vuelta para buscar la procedencia de la flecha y me encontré con Joaquín, aún con el arco apuntando a Shin. En el verde de sus ojos había un brillo letal, certero, el orgullo de quien acaba con la vida de un matador. La admiración me recorrió las entrañas convertida en un ardiente cosquilleo, pero no la sentía solo porque hubiera matado a un señor del Infierno, sino porque había salvado a Yud. Lo había hecho por mí, para mí, porque sabía que lo amaba.

«Aunque nos enfademos, aunque mi vida corra peligro, aunque estés enamorada de Yud… yo siempre te elegiré a ti».

—Joaquín.

Mi poder hizo acto de presencia en mi pecho, llenándolo de una cálida luz, y mi corazón comenzó a latir con energía. Di un paso hacia Joaquín, pero entonces me di cuenta de la persona de quien era el arco que tenía entre las manos y volví a quedarme quieta. El cuerpo de Bellota estaba a sus pies, con la carne del cuello desgarrada, empapado en su propia sangre. Todos los demás Guardianes, aunque heridos, estaban vivos. Yud, gracias a Joaquín, también.

Le lancé una rápida mirada a Miguel justo cuando las gradas comenzaron a abuchear, a insultarnos. El arcángel seguía observándolo todo desde arriba, sin moverse. ¿Qué narices estaba haciendo? ¿Por qué no bajaba a ayudarnos?

Yud se arrodilló junto a Shin y, mientras la herida de su pecho vomitaba sangre, le susurró:

—Lo siento.

Le acarició la cabeza con cariño, ignorando el estruendo que había estallado a nuestro alrededor, y yo sentí su pena como propia. No me importaba Shin, no me importaba lo más mínimo, pero sí me importaba Yud. Le había visto llorar por la muerte de Vav y, quizá porque entendía lo que era tener que sacrificar a un ser querido por el bien común, me sorprendió darme cuenta de lo mucho que seguía doliéndome su tristeza.

—¡Un espectáculo muy divertido! —exclamó Tzadi desde el palco, haciendo que los dragones volvieran a guardar silencio. Aún amenazaba el cuello de Frasquita, y deseé acabar con él de la forma más dolorosa posible —. Ha habido menos muertes de las que me gustaría, pero tu aparición ha sido toda una sorpresa, Yud. ¿Quién iba a pensar que, después de lo que hicieron los arcángeles, les ayudarías a ganar la guerra?

Yud le cerró los ojos a Shin y, tras ponerse en pie, se encaró con Tzadi. Los demás, a su alrededor, levantamos las armas.

—No saben lo que pasó —añadió Triana, girando la cabeza para mirar a Tzadi—. Siguen creyéndose las mentiras de los ángeles, y no tienen ni idea de la verdad.

—Ay, Yud —suspiró Tzadi—. ¿No les has contado a tus amigos que fueron los mismísimos arcángeles los que destruyeron a la Humanidad? ¿Que fueron ellos los que provocaron la famosa explosión que acompañó a la Caída?

—La Iglesia los Renegados siempre nos ha dicho que los malos de la historia fueron los ángeles —añadió Triana—, que los demonios solo eran las víctimas, pero nunca les creímos. ¡Preferimos tener fe en un Creador que nos abandonó!

—¡Cuéntaselo, Yud! —insistió Tzadi—. ¡Explícales que el poder que sus queridos arcángeles usaron para recluirse en la Alhambra provocó una descarga que acabó con su mundo! ¡Cuéntales que los tres lo sabían y les dio igual; porque lo único que querían esas ratas con alas era salvarse! ¡Diles que nos echaron la culpa de algo que nunca hicimos!

«Carmen, Miguel no es de fiar —me había dicho Yud—. Lo único que quiere es volver al Cielo, todo lo demás le da igual».

Y, de repente, lo entendí.

Claro que Miguel no era de fiar; era un cobarde y siempre lo había sido. Ni a él ni a ninguno de los arcángeles les habíamos importado nunca lo más mínimo. Para ellos solo éramos carne de cañón.

—¿Qué están diciendo? —preguntó el Tuerto.

—Mienten —dijo uno de los Guardianes—. No os creáis ni una palabra.

Miré a Joaquín, cuyo rostro compartía la dolorosa certeza con el mío, y después volví a mirar a Yud. Aunque me costaba creerlo, aunque no quería reconocerlo, su silencio no dejaba lugar a dudas: Tzadi estaba diciendo la verdad.

Miguel, el más poderoso de los arcángeles, era un auténtico cabrón.

Y nosotros, piezas reemplazables en su juego.

Al darme cuenta de lo equivocados que habíamos estado, de lo estúpidos que habíamos sido, empecé a marearme.

Siempre habíamos creído que los demonios, egoístas y crueles, habían usado todo su poder para matar al Creador sin importarles las consecuencias. Sin embargo, había sido al revés: los arcángeles, para salvarse y poder recluirse en la Alhambra, nos habían llevado a nosotros por delante.

Alcé la cabeza para mirar a Miguel, que seguía encaramado al tejadillo, lejos del peligro. Si había sido capaz de sacrificar a la Humanidad para salvarse del ataque de los demonios, ¿cómo no iba a sacrificar también a Gabriel y Rafael para poder volver al Cielo? ¿Cómo no iba a esconderse mientras nosotros nos manchábamos las manos de sangre?

El odio comenzó a quemarme por dentro, a hacer que lo viera todo rojo. Odiaba a los demonios, pero más le odiaba a él. Cuando nos entregó las gracias, cuando nos hizo ir hasta la Alhambra para salvarlo, cuando nos obligó a enfrentarnos solos a los señores del Infierno; siempre nos había estado mintiendo, utilizándonos en su propio beneficio.

—¡Ah, y lo más importante! —exclamó Tzadi, que parecía estar disfrutando de romper el tapiz de mentiras que habían tejido los arcángeles durante años—. ¿Por qué no les cuentas cuál fue la razón por la que nos

rebelamos contra el Cielo? ¿Lo que desató la furia de Luzbel? ¡Cuéntaselo, Yud! ¡Es la parte más graciosa de la historia!

Yud buscó mis ojos y enseguida me di cuenta del dolor tan profundo que escondía en ellos. Estaba rabiosa; pero, al ver las grietas que había en el interior de Yud, la daga clavada en su pecho desde hacía miles de años, entendí que aún no sabía lo peor.

Miguel le había hecho algo.

Miguel le había hecho algo y, aunque aún no sabía el qué, quería matarlo.

—¿Qué te hizo? —le pregunté.

—Carmen —susurró él—. Yo… no puedo…

—Vamos, Yud, no seas vergonzoso —se burló Tzadi—. No pasa nada por decir la verdad de vez en cuando. ¿Qué más te da que estos estúpidos mortales sepan que Miguel, su amado arcángel Miguel, abusó de ti cuando solo eras un mal'akh indefenso? ¿Acaso tienes miedo de que le declaren la guerra, como hizo Luzbel?

Los dragones jaleaban, llenando la Plaza con sus gritos, pero de repente yo solo escuchaba silencio. Solo podía ver los ojos de Yud clavados en los míos como si, de alguna forma, quisieran pedirme perdón. Eso era lo que Miguel le había hecho, lo que le había destrozado para siempre, lo que había iniciado la rebelión de Luzbel.

Había abusado de él.

Joaquín se acercó hasta mí y me sujetó el brazo con delicadeza, intentando calmarme, pero yo conseguí zafarme. No quería que me tocara. No quería que nadie me tocara. Estaba llena de odio, un odio tan intenso que lo destrozaba todo a su paso. Quería vengarme de Miguel como, en su día, quise vengarme de Yud. Quería hacerle sufrir, devolverle todo el dolor que había causado.

—¿Es cierto? —le pregunté a Yud con un nudo en la garganta—. ¿Miguel abusó de ti?

—Carmen —me respondió él. La tristeza de su voz me destrozó por dentro—. Fue hace mucho tiempo. Casi no recuerdo…

—¡Mentira! —le gritó Tzadi—. Claro que lo recuerdas, Yud, lo recuerdas cada día de tu vida. ¡Lo que te hizo Miguel te dejó sin poder

durante años!

Los ojos de Yud se oscurecieron, y yo reconocí en ellos una carga de la que él no tenía ninguna culpa; una pena tan profunda que podía sentirla arañándome por dentro.

Quise dar un paso hacia él, abrazarlo y eliminar el sufrimiento que había tenido que soportar durante milenios, pero, justo en ese momento, Miguel abrió sus imponentes alas blancas, revelando su posición. La Plaza entera contuvo el aliento.

Un trueno explotó en el cielo y, cuando los demonios lo reconocieron, comenzaron a gritar, a insultarle, a desenvainar sus armas. El odio se extendió por el mar de dragones como una plaga, y la sensación de peligro en la Plaza se hizo más intensa. ¿Podrían los demonios soportar la cercanía del arcángel? ¿Podría soportarla yo?

El arcángel bajó volando hasta el ruedo, y yo apreté con más fuerza la empuñadura de la espada. El cuerpo entero me temblaba, pero no era por culpa del miedo, sino de la rabia.

—Carmen —me dijo el arcángel tras aterrizar sobre el barro con un elegante movimiento—. Dame la espada.

Extendió la mano hacia mí y sus ojos buscaron los míos. Los Guardianes se habían quedado muy callados, expectantes. Yud estaba muy tenso. ¿Cómo había podido Miguel hacerle algo así? ¿Cómo había podido hacérnoslo a los humanos?

—Nunca te hemos importado, ¿verdad? —le pregunté al arcángel.

—¡Dámela ya, maldita sea! —insistió él.

Por primera vez entendí por qué Luzbel se había rebelado contra el Cielo; por primera vez entendí el odio, el asco y el rencor de los demonios. El cuerpo entero me pedía sangre, y casi podía sentir el sabor de la venganza en los labios. Si lo mataba, le haría pagar por el todo el daño que había causado. Sin embargo, ¿en qué me convertiría eso?

«¡Lo único que te ha importado siempre ha sido tu estúpida venganza!», me había dicho Triana.

Y, por mucho que me doliera reconocerlo, tenía razón.

Lo odiaba, sí, pero el arcángel era la única vía que teníamos para volver a abrir el Cielo y asegurarnos el descanso eterno. Una vez más tenía que

pensar en el bien común, en lo que era mejor para todos, y no dejarme llevar por el odio.

Miguel tenía que seguir con vida porque era nuestra última esperanza.

—Carmen, no le des la espada —me dijo Yud, acercándose hasta mí. Parecía saber lo que estaba pensando, reconocer todas mis dudas—. No te fíes de él.

—Cierra la boca, mal'akh —escupió Miguel—. No tienes ni idea de nada.

El arcángel entornó los ojos y su mano emitió un leve destello dorado. ¿Iba a atacarle? ¿En una Plaza llena de demonios, iba a usar su poder contra el único que era nuestro aliado?

No, no podía permitirlo.

Sujeté con fuerza la empuñadura de la espada. Y todo se precipitó.

Miguel nos lanzó una bola de luz, pero Yud me empujó y la esquivamos. Caímos sobre el barro y, del golpe, solté a Apocalipsis. Las gradas entraron en erupción.

El arcángel se abalanzó sobre la espada, pero Yud desapareció, la cogió y, en un parpadeo, volvió a aparecer.

Después, cegado por el odio, se la clavó a Miguel entre las alas.

—¡No! —grité.

Pero era demasiado tarde.

Los ojos del arcángel reflejaron la sorpresa y el dolor. Por un segundo, el mundo entero enmudeció. Había mucho ruido a mi alrededor, pero era incapaz de escucharlo. Aunque veía sombras moviéndose, no podía distinguirlas. El corazón me palpitaba con fuerza en el pecho, en los oídos.

—¿Qué… has… hecho? —le preguntó Miguel.

—Darte lo que te mereces —replicó Yud con rabia, sacando la espada del cuerpo del arcángel.

Solo cuando Miguel se desplomó con la túnica manchada de sangre, cuando los demonios jalearon victoriosos ante su enemigo caído, me di cuenta de lo que Yud acababa de hacer.

Había matado a Miguel.

Había matado al último ángel que quedaba con vida.

Y ya no teníamos forma de abrir las puertas del Cielo.

23

Carmen

Las alas de Miguel quedaron extendidas sobre el barro. Sus plumas, poco a poco, fueron tiñéndose de sangre; el blanco más puro adoptando el color de la muerte. El último de los ángeles había caído, y el mundo entero debería estar entonando un doloroso réquiem. Sin embargo, los dragones de las gradas, borrachos por el éxtasis que les producía la derrota de su enemigo, silbaban y jaleaban con las armas en alto.

—¡Sangre, sangre, sangre!

«No puedo acompañarte a liberar a los arcángeles —me había dicho Yud una vez—. No puedo… no puedo estar cerca de Miguel». Y en ese momento entendí la razón. Si lo hacía, no podría controlar sus ansias de matarlo.

Quería enfadarme con él, gritarle que había acabado con nuestra única esperanza de recuperar el Cielo, pero no podía hacerlo. Por mucho que me costara respirar, por mucho que la rabia y la frustración me paralizaran, no me sentía capaz. Yo, entre todas las personas del mundo, entendía lo cegadora que podía ser la venganza.

Me puse en pie a toda prisa y me acerqué hasta Yud, que soltó la espada de Miguel como si le quemara los dedos. Casi podía escuchar las crudas certezas abriéndose paso en su mente.

—¿Qué has hecho? —le preguntó el Tuerto con la vista clavada en el cuerpo inerte del arcángel—. Lo has… lo has…

—Tuerto —le interrumpí. Sabía que Yud había cometido un error, pero no era el momento de volcar nuestra frustración en él. Corríamos mucho peligro, y teníamos que permanecer unidos—. Da igual. Podemos seguir luchando sin Miguel como hemos hecho hasta ahora.

—¿Y qué hay del Cielo? —me preguntó el Guardián. En sus palabras no había resentimiento, solo la desesperanza de la derrota—. Al perder a los ángeles, hemos perdido el descanso eterno para siempre. ¡Nuestras almas y las de nuestros descendientes se pudrirán en el Infierno!

—Aún nos queda la Tierra —repliqué yo—. Tenemos que luchar por los vivos y olvidarnos de los muertos de una vez.

Un doloroso pinchazo me atravesó el pecho al pensar en mis padres. Yud me había dicho que, cuando liberara las almas que guardaba, tendría la oportunidad de verlos por última vez. Sin embargo, sin Cielo, ya no podría hacerlo. Olvidar a los muertos también suponía despedirme de ellos para siempre.

—Tenemos que salvar a los que están aquí —insistí, tragándome el dolor —. Tenemos que salvar nuestro hogar.

Los dragones, como si supieran que habían vencido y ya no había nada que temer, golpeaban los pies contra la grada. La Plaza entera temblaba al ritmo que ellos marcaban, y nosotros estábamos cada vez más nerviosos. Nuestros enemigos llevaban miles de años esperando que llegara el momento de la victoria, y ardían en ganas de celebrarlo.

—¡Levantad los arcos! —exclamó Joaquín, alzando la voz por encima del ruido que hacían los demonios.

Los Guardianes reaccionaron, colocándose en posición de ataque, y yo, con el corazón desbocado, recogí la espada de Miguel del suelo.

—El Cielo no se ha abierto —me dijo Yud. Su ojo derecho se había vuelto marrón—. Sigue cerrado.

—¿Qué?

—Se suponía que, si todos los ángeles morían, el Cielo se abriría para los demonios; por eso Luzbel estaba tan desesperado por acabar con ellos. Sin embargo…

—… no ha ocurrido nada —terminé yo.

Nos miramos durante unos segundos, algo tensos, y un escalofrío me recorrió la espalda. Solo podía haber una razón por la que el Cielo no se hubiese abierto, una razón por la que los demonios no podían retornar a su hogar: que nosotros, los niños con gracias, seguíamos con vida.

«Vuestra existencia era de por sí una victoria contra los demonios, porque nos permitió mantener viva la luz de la esperanza», me había dicho Gabriel.

—Carmen —me dijo Joaquín. Tenía mi kinjara envainada en el fajín y el arco de Bellota en la mano. En el verde de sus ojos vi reflejadas todas mis preocupaciones, el más doloroso de mis miedos: que Tzadi tenía a mis primas—. Tienes que ir a por Frasquita y Candela antes de que Tzadi les haga daño.

Los dragones comenzaron a aparecer en el ruedo y los Guardianes a dispararles. Hasta los que estaban ocultos en los tejadillos lo hicieron, lanzando sus saetas doradas desde la oscuridad. La muerte se cernía sobre nosotros como un mar embravecido, y ya no nos preocupaba sorprender a Tzadi. Estábamos rodeados, sin escapatoria posible, y lo único que importaba era sobrevivir.

—No puedo dejarte solo —le dije a Joaquín. Quería ayudar a Frasquita y a Candela, quería ayudarlas más que nada en el mundo, pero no podía abandonarlo—. Son demasiados.

—Tienes que hacerlo —insistió él. Cada vez había más demonios en la arena y su presencia comenzaba a asfixiarnos—. Mata a Tzadi y sálvalas.

Los demonios se abalanzaron sobre nosotros y Joaquín comenzó a lanzar flechas. Apreté los dientes y levanté la espada, dispuesta a ayudarle, pero Yud me rodeó con los brazos y, antes de que pudiera hacer nada, me hizo desaparecer con él.

—¡No! —grité.

Quise ordenarle que me liberara, llamar a Joaquín, pero la oscuridad nos engulló por completo, hambrienta, y la ingravidez de las sombras me dejó sin aire.

Cuando nuestros pies volvieron a tocar el suelo, estábamos en el palco.

—¡Mirad quién está aquí! —exclamó Tzadi—. ¡Es Yud, el asesino de arcángeles!

No pasé por alto que el Arlequín tenía muchos menos tatuajes en el rostro. La máscara que creaban los mandamientos alrededor de sus ojos casi había desaparecido y, de alguna forma, parecía más humano.

—¡Frasquita! —llamé a mi prima, que seguía entre los brazos del demonio.

Ella me miró asustada, pero no pudo moverse. No solo la retenían unas oscuras cadenas de sombras, sino que Tzadi, además, amenazaba su cuello con mi kinjara. Junto a él, Triana sostenía un cuchillo contra la piel de una inmóvil Candela, convirtiendo su cuerpo en un escudo que la protegía.

Apreté la empuñadura de la espada con fuerza y, con la preocupación ardiendo en mi interior, miré hacia al ruedo. Joaquín y los Guardianes se habían refugiado en el callejón de la Plaza, un pequeño corredor que quedaba entre la barrera y los tendidos de las gradas. Así habían creado un muro entre los dragones y ellos, pudiendo luchar poco a poco contra los que iban apareciendo y no contra todos a la vez.

Solo teníamos unos minutos antes de que derribaran su defensa.

—Triana —dije, buscando la mirada de mi prima. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, tuve que ignorar el pinchazo de nostalgia que me atravesó el pecho—. No dejes que Tzadi haga daño a nuestras primas, por favor. ¡Ellas son tu verdadera familia!

—¿Y qué sabrás tú de la familia? —me respondió. Sus palabras estaban recubiertas con un punzante rencor—. Siempre has sido una egoísta incapaz de pensar en nadie que no fueras tú misma.

—Triana —insistí—. Sé… sé que he cometido errores, que no he sido la prima perfecta, pero sois lo más importante que tengo. Siempre lo habéis sido. Siento… siento mucho haberte hecho daño.

—Está usando la vieja táctica del perdón falso —musitó Tzadi, poniendo los ojos en blanco.

—Lo sé —respondió ella—. Carmen nunca pide perdón. *Jamás*.

—Carmen ha cambiado —intervino Yud. Cuando dio un paso hacia mí y entrelazó sus dedos con los míos, el estómago me dio un vuelco—. Y lo ha hecho por vosotros, por su familia.

—¡Qué bonito! —se burló Tzadi—. ¿Tu amor le ha ablandado el corazón?

No podía apartar la vista de mis primas, y, a la vez, no dejaba de prestar atención a lo que ocurría en el ruedo. Era incapaz de localizar a Joaquín, y el miedo me amenazaba con sus dientes afilados.

Yud me apretó los dedos con fuerza, como si pudiera sentir todo aquello que me preocupaba, y yo le devolví el gesto. Después, antes de que me diera cuenta de que había sido una señal, desapareció.

Cuando volvió a aparecer tras Triana, contuve el aliento. Mi prima soltó a Candela y se dio la vuelta, pero Tzadi fue más rápido. Dejó caer a Frasquita y se enfrentó a él para defender a Triana. La daga de metal de Yud chocó con el caelestum de mi kinjara, empuñada por Tzadi, y yo levanté a Apocalipsis.

—¡Tzadi, no quiero enfrentarme a ti! —exclamó Yud, separándose de él —. ¡Siempre has sido mi mejor amigo, mi hermano!

—Vas a hacerme vomitar —replicó Tzadi.

Volvió a lanzarle a Yud una dentellada con la kinjara; él la esquivó. Su daga no era rival para un arma de caelestum y, por muy rápido que fuera, Tzadi no tardaría en alcanzarlo.

Cuando Triana levantó el cuchillo contra Yud, supe que tenía que intervenir.

Di un paso hacia ella con la espada en alto, pero no tuve tiempo de atacar.

Una flecha dorada cortó el aire e irrumpió en el palco a la velocidad de un rayo. Todos contuvimos el aliento y, por un instante, el tiempo pareció ralentizarse. El fuego de los soles que iluminaba la Plaza, la batalla en el ruedo, los latidos de mi corazón; todo se volvió más suave, más pausado, más silencioso.

Mis labios degustaron el dulce sabor de la victoria cuando me di cuenta de que la flecha iba directa al pecho de Tzadi, de que los Guardianes habían aprovechado la falta de protección para atacar.

Pero Triana se puso delante y todo se volvió amargo.

—¡Triana! —grité.

La saeta impactó con fuerza en la espalda de mi prima, que se había abalanzado sobre Tzadi para protegerlo. La sangre no tardó en manar de la herida, manchándole el vestido y la piel, dificultándole la respiración. Yo,

incapaz de creer lo que acababa de ocurrir, sentí que algo en mi interior se rompía en mil pedazos.

—No —dijo Tzadi. Soltó la kinjara, olvidándose de dónde estaba, y sostuvo a mi prima entre sus brazos. Miré hacia los Guardianes de los tejadillos, esperando que lanzaran otra flecha y acabaran con él, pero los dragones se habían dado cuenta y les habían rodeado—. ¿Qué has hecho, Triana? ¡¿Qué has hecho?!

—No podía permitir que… te… alcanzara —respondió ella con un hilo de voz.

El rostro de Triana comenzó a perder el color, sus labios a tornarse blancos, y Tzadi cayó de rodillas con ella entre los brazos. Frasquita y Candela se revolvieron con los ojos llenos de lágrimas, pero las cadenas de sombras no las dejaron moverse. Sus llantos quedaron silenciados por la oscuridad.

Quise acercarme a Triana, abrazarla y decirle todo lo que en ese momento me quemaba la garganta, pero Tzadi, sin mirarnos, nos lanzó a Yud y a mí unas cadenas negras que nos sujetaron las muñecas, obligándonos a postrarnos de rodillas en el suelo. Tuve que soltar la espada de Miguel y, por mucho que lo intenté, fui incapaz de liberarme.

—¡No! —exclamé con el pecho ardiendo de pena—. ¡Triana!

Pero Tzadi, absorto en el rostro de mi prima, ni siquiera me escuchó.

—Triana —musitó. Nunca había escuchado su voz tan rota, tan humana —. No me dejes, por favor. Sin ti no soy nada.

—Sí que lo eres —le respondió ella, usando sus últimas fuerzas para acariciarle la cara—. Siempre vas… a ser… mi rey.

Triana sonrió, y Tzadi la estrechó entre sus brazos. Besó su cabello, olió su piel. Las iünas comenzaron a brotar del suelo, creándole una cama de pétalos negros a mi prima, y yo sentí la tristeza estrujándome por dentro, arañándome hasta dejarme en carne viva. Si había creído que Triana estaba interpretando un papel, si había llegado a pensar, aunque fuera por un instante, que no estaba del lado de Tzadi, en aquel momento comprobé que estaba equivocada.

Triana lo amaba, lo amaba tanto como para dar su vida por él.

Y Tzadi la amaba a ella.

Esa era su debilidad.

—Carmen —susurró Yud, intentando a la vez desprenderse de las sombras que retenían sus muñecas—. Estas cadenas anulan mis poderes, pero si conseguimos liberarnos, puedo salvar el alma de Triana. Todavía está viva.

Lo miré a los ojos, que habían recuperado su color infernal, y después asentí. A pesar de que el dolor me consumía, no podía olvidarme de Joaquín, de Frasquita y Candela. No podía olvidarme de todos aquellos que dependían de nosotros.

Observé la espada de Miguel, calculando la distancia a la que se encontraba. En ese momento, sin embargo, Tzadi alzó la vista para mirarme. Sus ojos ardían más rojos que nunca, avivados por la rabia y el dolor. Tenía la mandíbula apretada, los músculos tensos, y parecía a punto de entrar en erupción. Sus manos estaban manchadas con la sangre de Triana, a la que había tumbado con mucha delicadeza sobre las iünas.

—Tú —espetó—. Todo esto es culpa tuya.

—Tzadi, déjame salvar el alma de Triana —le pidió Yud—. Suéltanos y encontraremos una forma de abrir el Cielo sin tener que matar a nadie. Así, ella descansará en…

—¡Cállate! —le ordenó Tzadi. Volvió a mover la mano y un latigazo invisible golpeó el rostro de Yud—. ¡El alma de Triana irá al Infierno y estará conmigo eternamente!

La rabia me quemó el pecho cuando la sangre acarició el pómulo de Yud, un rojo intenso sobre el blanco más puro. No podíamos movernos y nuestros compañeros continuaban en el ruedo librando una batalla que no podían ganar.

—¡Vais a pagar muy caro lo que habéis hecho! —exclamó Tzadi. En su rostro había desaparecido todo rastro de cordura, convirtiéndolo en un terrorífico y sanguinario rey del Infierno.

—¡Triana no querría que nos hicieras esto! —le grité, incapaz de contenerme—. ¡Ella era nuestra familia!

Una nueva cadena de sombras apareció de la nada y me rodeó el cuello como si fuera la mano de la muerte. Cuando apretó, empecé a quedarme sin aire.

—¡Carmen! —gritó Yud, observando con miedo y desesperación cómo la oscuridad me asfixiaba—. Tzadi, por favor, no tienes por qué…

Pero las sombras también alcanzaron su cuello, estrangulando sus palabras.

—Tenía que haber acabado con vosotras hace mucho, mucho tiempo —nos dijo Tzadi. Se giró para mirar a mis primas. Con un solo movimiento de la mano, comenzó a asfixiarlas también—. Si lo hubiera hecho, Triana seguiría con vida.

Frasquita y Candela intentaron zafarse de las sombras, mucho más fuertes y poderosas que ellas. Quise gritar, levantarme a ayudarlas, pero no podía moverme. La espada de Miguel vibraba frente a mí, llamándome, y yo no podía responder. Los ojos se me llenaron de lágrimas por la falta de aire, por la impotencia, por el dolor. Me estaba ahogando y no podía hacer nada por ayudar a mi familia.

—Hasta pronto, Carmen —me dijo Tzadi. Se agachó frente a mí y me sujetó la barbilla con sus dedos manchados de sangre—. Volveremos a vernos en el Infierno, donde tendrás que inclinarte ante mí. Me aseguraré personalmente de que pagues por todos tus pecados.

Quise apartarme, usar mis últimas fuerzas para alejarme de la prisión de sus dedos, pero antes de poder intentarlo siquiera, una sombra apareció tras él. Cuando vi que clavaba una daga dorada en su espalda, ensartándosela en el corazón, el mundo entero se detuvo.

El demonio ahogó un grito y abrió mucho los ojos, incapaz de reconocer el dolor que le atravesaba el pecho. Me soltó la cara y se llevó una mano a la herida. Cuando se dio la vuelta y vio a Triana con mi kinjara en la mano, el velo de la traición le cubrió el rostro.

—¿Qué…? ¿Triana?

Mi prima cayó de rodillas al suelo, sin fuerzas, y ambos quedaron a la misma altura. Las cadenas de sombras que nos retenían desaparecieron. Mis pulmones volvieron a llenarse de aire, y yo lo saboreé como si fuera la primera vez.

—Te quiero, Tzadi —le dijo Triana, soltando la daga manchada de sangre—. Te quiero, pero ellas… ellas son mi familia. No podía permitir que… que les hicieras daño.

Tzadi la miró incrédulo, y un par de lágrimas furtivas le mojaron las mejillas. De repente olvidó quién era y dónde estaba, porque para él solo existía Triana. Su amor, su traición, su punto débil. El demonio sanguinario que había sido hacía apenas unos segundos se convirtió de repente en un niño con el corazón roto, en un rey destronado.

—Triana —susurró, camuflando en el nombre de mi prima todo su dolor, todo su amor—. Mi reina.

Se desplomó sobre las iünas y, con sus últimas fuerzas, Triana me miró. A pesar del dolor y la distancia que nos separaba, en sus ojos vi una cálida determinación en la que, por fin, reconocí a mi prima.

—Gracias —le dije con un hilo de voz—. Te quiero.

Triana sonrió y mi poder hizo acto de presencia, calentándome las venas. Mis tatuajes emitieron un destello, cubriéndome la piel de oro, y yo contuve el aliento. ¿Y si solo necesitaba reconciliarme con ella para despertar a mi gracia? ¿Y si su acto de amor era lo que abría la jaula de mi interior?

Sin embargo, cuando Triana se derrumbó sobre Tzadi y el dolor de su pérdida me atravesó el corazón, los tatuajes volvieron a apagarse de golpe.

—Carmen —susurró Yud, arrastrándose hasta mí. El latigazo de la cara aún le sangraba y en su cuello, al igual que en el mío, estaban las marcas que nos habían dejado las cadenas de Tzadi—. ¿Estás bien?

Asentí, aliviada al comprobar que él también estaba vivo. Cuando llegó a mi lado, nos fundimos en un abrazo.

—Lo siento —me susurró, apretándome con fuerza.

—Yo también —le respondí. Los dos habíamos perdido a alguien importante y, quizá por culpa del dolor compartido, sentía que estábamos más unidos que nunca—. Yo también lo siento, Yud.

Nos separamos, dejándonos el olor del otro impregnado en la piel, y busqué a mis primas con la mirada. Ambas estaban vivas, a salvo, abrazadas. Eso hizo que la presión que sentía en el pecho se desvaneciera de golpe. Quería llorar junto a ellas la muerte de Triana, buscar un lugar en el que ponerlas a salvo y descansar, pero no podíamos detenernos aún.

Miré de nuevo hacia los Guardianes y el miedo me congeló las venas. Aunque resistían tras la barrera, debían de estar exhaustos. Eran cientos de

demonios los que los acechaban y, cuando acababan con los que estaban dentro, aparecían más y más y más.

—Tenemos que destruir la corona de cuernos —dije—. Tenemos que salvar a Joaquín.

Los cuatro nos pusimos en pie y miramos la corona que, hasta hacía unos instantes, había llevado Tzadi. Estaba tirada sobre el suelo, una joya de color negro que escondía un poder oscuro y aterrador. Sin los ángeles no teníamos forma de abrir el Cielo, pero, si la rompíamos, podíamos recluir a los demonios en el Infierno y liberar la Tierra. Podíamos acabar con la guerra.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Frasquita, secándose las lágrimas.

—Dejadme a mí —dijo Yud.

El demonio se agachó junto a Tzadi y Triana y, durante unos segundos, los observó con esa mezcla de tristeza y compasión de la que tan perdidamente me había enamorado. Después, sin decir nada, agarró la corona.

—Hazlo —le animé—. Acabemos con esto.

Yud dudó unos instantes, quizá abrumado por los recuerdos; pero, un instante después, hizo fuerza para separar los cuernos y partió la corona por la mitad.

Mi corazón se detuvo al escuchar el crujido, y tanto Candela como Frasquita, a mi lado, contuvieron el aliento. Sin embargo, nada a nuestro alrededor cambió. En el ruedo continuaba la batalla, sanguinaria y cruel, y ni siquiera se aclararon las nubes negras que cubrían el cielo.

Yud se puso en pie, con el ceño fruncido, y yo, inquieta, lo miré. ¿Y si los arcángeles nos habían mentido también en eso? ¿Y si, para abrir las puertas del Infierno, no bastaba con romper la corona de Luzbel?

—Esto ha sido una estupidez —dije, apartándome el pelo de la cara—. Bajemos al ruedo y luchemos con los demás. Estamos perdiendo el tiempo.

Pero, entonces, el suelo comenzó a temblar. Al principio fue una sacudida leve, una convulsión que nos hizo entornar los ojos. Después, la Tierra misma rugió.

—¡Venid conmigo! —nos ordenó Yud—. ¡Rápido!

Me apresuré a recoger la espada de Miguel y, sin pensarlo, me acerqué hasta él. Mis primas me siguieron. Yud nos rodeó con los brazos y, en un parpadeo, los cuatro desaparecimos del palco. Frasquita gritó y Candela cerró los ojos cuando la fría oscuridad nos devoró; al aparecer en el ruedo, sin embargo, se olvidaron por completo de ella.

Porque la Tierra se estaba abriendo.

Habían comenzado a aparecer unas profundas grietas que buscaban a los demonios como monstruos hambrientos y milenarios. Aunque los dragones intentaban huir, eran absorbidos por el Averno sin posibilidad de retorno, cayendo al abismo entre gritos y desesperación.

Miré a Yud con el estómago encogido, y el miedo que vi en su rostro detuvo mis latidos. El Infierno se había abierto y estaba reclamando a los demonios que se habían escapado. El Infierno no tardaría en reclamarlo a él.

«Espero que sepas que, en esta guerra, todos los demonios morirán o volverán al Infierno —me había dicho Miguel—. No vamos a salvar a ninguno».

Cogí la mano de Yud y él entrelazó sus dedos con los míos. No iba a dejar que se lo llevaran. No, no iba a permitirlo.

—No os separéis —les dije a mis primas, que se habían quedado paralizadas.

Busqué a los Guardianes con la mirada. Estaban en uno de los laterales del ruedo. Solo quedaban cuatro con vida. Pan ladraba, asustado. Las grietas del suelo los rodeaban como si supieran que ellos no eran presos de la condena de los demonios. Los dragones, por su parte, ya solo trataban de huir.

—Joaquín —dije, cuando mis ojos se encontraron con los suyos—. ¡Joaquín!

—Carmen —contestó él en la distancia.

Sonreí sin soltar la mano de Yud y Joaquín comenzó a caminar hacia mí. Mi pecho se llenó de una calidez reconfortante y, aunque estuviéramos rodeados de muerte y dolor, aunque estuviéramos asustados y heridos, supe que la guerra había acabado. Que habíamos vencido, que podíamos volver a casa.

Le observé cruzar el campo de batalla, con el pecho lleno de amor, y entonces me di cuenta de algo: estaba malherido. La mano con la que se cubría el abdomen no ocultaba del todo la mancha de sangre que le empapaba la ropa. Tampoco la debilidad de sus piernas. La piel de su rostro estaba pálida, amarillenta, y parecía que incluso le costaba respirar.

Di un paso hacia delante, pero, cuando Joaquín se desplomó, todo mi mundo lo hizo con él.

—¡Joaquín!

Quise correr a ayudarle, pero una nueva grieta atravesó la Plaza, derrumbando un trozo de la grada con un estruendo de piedra y polvo. Yud cayó en la oscuridad, y mi mano fue lo único que impidió que el Infierno se lo llevara del todo.

—¡No! —exclamé. La espada de Miguel se precipitó al abismo, y el brillo del caelestum se perdió en la oscuridad—. ¡Aguanta, Yud!

Apreté para subirlo, pero las sombras tiraban de él con tanto ímpetu que mis esfuerzos resultaban inútiles.

—¡Carmen, suéltame! —me pidió Yud—. ¡Si no lo haces, caerás al vacío!

Miré a Joaquín, con el pecho desgarrado, mientras seguía luchando contra las sombras. Frasquita y Candela habían corrido junto a él y, agachadas a su lado, observaban su herida con preocupación. Los demonios seguían cayendo en la oscuridad de las grietas, entre gritos, y los restos de la Plaza se derrumbaban a nuestro alrededor.

—¡No puedes luchar contra mi condena! —me gritó Yud.

—¡Me da igual! —le respondí, incapaz de contener la pena que empapaba mis palabras. Las lágrimas me acariciaban el rostro con delicadeza, pero yo sentía que me arañaban la piel—. No puedo hacer esto sin ti, Yud. ¡Si vuelves al Infierno, me voy contigo! ¡Te quiero! ¡Te quiero y te querré siempre!

Mi gracia crepitó con fuerza en mi interior y, al igual que al decírselo a Triana, los tatuajes dorados me tiñeron la piel. Esta vez, sin embargo, no desaparecieron. Aunque brillaban de forma leve, casi imperceptible, Yud apretó los dientes. Mi oro le quemaba las manos.

—Carmen, yo también te quiero —me respondió, tragándose el dolor—. Lo que te dije en Medina Azahara… era mentira. Todo era mentira. Tenía que alejarte de mí para evitar que sufrieras, pero ni siquiera las almas me importan tanto como me importas tú.

—¡No voy a permitir que el Infierno nos separe!

—¡No, Carmen! ¡Necesito que te quedes en la Tierra y seas feliz! ¡Tienes que derribar la última barrera y usar tu poder! ¡Sé que puedes hacerlo!

¿Derribar la última barrera? No sabía de qué estaba hablando, pero tampoco me importaba. Lo único que tenía claro era que, si las sombras se lo llevaban, me iría con él.

—¡Joaquín! —lloró Frasquita, desesperada, justo a mi espalda—. ¡No te vayas, por favor!

—¡Aguanta! —exclamó Candela.

No, Joaquín no podía morir. De repente empecé a quedarme sin aire, y el fin del mundo que había estallado a mi alrededor me pareció insignificante.

—Carmen —insistió Yud. Sus palabras sonaban a despedida y me sabían amargas—. Escucha a tu corazón. Sabes lo que tienes que hacer.

Sus ojos se clavaron en los míos, tan rojos y hermosos como el día en que me enamoré de ellos, y supe que jamás volvería a verlos. El dolor afilado que me cortaba las entrañas me hizo darme cuenta de lo mucho que le amaba, de lo mucho que ese demonio significaba para mí. Y también de que era el final.

Podía dejarme caer al Infierno y pasar la eternidad a su lado, burlarme de su condena, demostrándole que ni siquiera ella podría separarnos. Sin embargo, hacerlo supondría la muerte de Joaquín.

Y eso sí que no podía permitirlo.

—Te quiero —le repetí a Yud. Las palabras se me quedaban cortas para expresar todo lo que sentía por él—. Me enamoré de ti como Aleph, pero a quien siempre amaré es a Yud. No te olvides de eso.

Las lágrimas mojaban el rostro del demonio, y cada una de ellas me abría una herida en el corazón. Él me había ayudado a destruir la primera barrera, me había enseñado a amar y había desbloqueado mi corazón, pero no podía ayudarme con la última.

Ahora lo entendía.

—Te buscaré —me dijo, aferrándose a esa promesa como si, a través de ella, no tuviéramos que separarnos—. En todas las vidas y en todos los mundos.

—Y yo te estaré esperando. Siempre.

Y después, como quien se clava una daga en el corazón, abrí la mano y lo solté.

No quería ver cómo la oscuridad lo engullía, así que me puse en pie a toda prisa y, con el cuerpo entero temblando, corrí hasta Joaquín.

—¡Estoy aquí! —le grité, agachándome junto a él.

Un estoque le había desgarrado el abdomen. Había perdido mucha sangre. Frasquita y Candela lloraban a su lado, impotentes, y, por un segundo, el miedo me bloqueó la garganta. El rostro de Joaquín había adquirido la palidez de la muerte, y ni siquiera tenía fuerzas para respirar.

—¡No! —exclamé—. ¡No voy a permitir que te mueras, Joaquín! ¡No te voy a perder a ti también!

—Carmen… —musitó él. Hizo un esfuerzo por abrir los ojos y yo le puse las manos sobre la herida—. ¿Por qué…?

—¡Porque te quiero, idiota! —le grité con los ojos llenos de lágrimas y el corazón a rebosar de amor—. ¡Porque mi corazón siempre ha sido tuyo y no puedo permitirme perderte!

Así, confesándole mi amor, rompí la última barrera.

Y mi poder estalló.

24

Carmen

Una intensa luz dorada iluminó la Plaza al completo. Lo que hasta hacía unos segundos había sido dolor, muerte y oscuridad, se convirtió de repente en un placentero y cálido resplandor dorado que lo inundó todo. Por primera vez después de mucho tiempo, notaba mi gracia palpitando en mi interior, tiñéndome la piel con sus bellos reflejos áureos, destruyendo las cadenas que me habían retenido.

Por eso grité.

Lo hice con mucha fuerza, sacando todo lo que había guardado dentro. Los tatuajes me cubrieron las manos, el cuello y la cara, y yo me convertí en un arma de caelestum con el don de dar vida. El cuerpo entero me ardía, pero no era una sensación desagradable, todo lo contrario. Mi poder había estallado, pero, en vez de llamas abrasándome la piel, sentía amor. Y fe. Y esperanza. El poder de los ángeles salía de mi cuerpo y entraba en el de Joaquín, cerrando así sus heridas. Arrebatándoselo a la muerte.

«Por fin —pensé, aliviada—. Por fin la he recuperado».

Y brillé, brillé hasta que no me quedaron fuerzas. Y cuando ya no pude aguantar más, dejé caer la cabeza y la luz dorada se desvaneció. La herida de Joaquín estaba completamente curada, como si nunca hubiera existido, y también lo estaban las mías. El arañazo que me habían hecho las criaturas en el Alcázar, las quemaduras de Resh, las marcas de las cadenas de Tzadi; tras el estallido de mi poder, el dolor había desaparecido.

—¿Carmen? —me susurró Joaquín. Ya no se escuchaban los gritos de los demonios y todo a nuestro alrededor parecía tranquilo.

Alcé la cabeza de nuevo, buscando sus ojos, y lo que encontré me dejó sin respiración.

La Plaza entera había sido derruida, convertida en escombros, pero sobre ellos no solo había crecido un manto de hierba, sino también cientos de flores. *Yo* las había hecho crecer. Margaritas, rosas, claveles, amapolas y lavanda; sus colores cubrían el suelo enfermo de Sevilla y llegaban hasta el horizonte, dejando en evidencia al cielo que, sobre nuestras cabezas, seguía cubierto por unas nubes cargadas de pena.

Candela y Frasquita se encontraban a unos pasos de nosotros, abrazadas. Estaban llorando, aún asustadas, pero ambas estaban vivas y a salvo. Los Guardianes que habían sobrevivido lo observaban todo con una mezcla de sorpresa y admiración. El Tuerto estaba entre ellos.

Lo miré desde la distancia y él, aunque exhausto y abatido, asintió. Yo esbocé una sonrisa triste.

«Dancaire estaría orgulloso de nosotros. Lo hemos conseguido».

Los ciudadanos de Sevilla, poco a poco, se fueron acercando hasta lo que había sido la Plaza. La mayoría de ellos estaban heridos, pero, después de tanta muerte, me llenó de orgullo ver que muchos habían resistido. Dolores, Mercedes y muchas otras cigarreras estaban allí, débiles y, a la vez, más fuertes que nunca.

Las grietas del suelo habían desaparecido.

Y el Infierno estaba cerrado de nuevo.

—¿Estoy muerto? —me preguntó Joaquín, incorporándose para buscar la herida de su abdomen.

—No —le respondí yo—. No mientras yo pueda impedirlo.

Joaquín guardó silencio, como si todavía no pudiera creerse lo que acababa de ocurrir. Después, cuando se dio cuenta de que mi piel estaba repleta de tatuajes, abrió mucho los ojos.

—Tu poder —dijo, observando cómo las marcas doradas subían por mi cuello para arremolinarse en mi rostro—. Lo has recuperado.

—Tú me lo has devuelto.

—Pero ¿cómo? ¿Y dónde está Yud?

Escuchar el nombre del demonio escoció como si me hubieran echado sal en una herida abierta. No me sentía capaz de hablar de él. Ni siquiera

sabía si podría hacerlo algún día sin sentir que me arrancaban el corazón del pecho.

—Joaquín —le dije, llevando una mano hasta su rostro para acariciarle las cicatrices—. Yo también te elegiría a ti. Siempre, por encima de todo. Siento haber tardado tanto en darme cuenta.

Nos miramos durante unos segundos, y no hizo falta que dijera nada más. Con Joaquín siempre había sido todo así de fácil, como si nos hubieran hecho con el mismo molde, como si nuestros corazones latieran al mismo son. El aroma de las flores nos envolvía en un dulce y sorprendente abrazo, y yo, a pesar del dolor y la tristeza, estaba feliz de tenerlo a mi lado.

Me incliné sobre él, incapaz de contenerme, y lo besé. Al principio se puso tenso, sorprendido por el inesperado arrebato de amor; después, la magia estalló entre nosotros. Mis tatuajes emitieron un nuevo destello dorado, y los de Joaquín respondieron de la misma forma, convirtiéndonos en dos hermosos soles de oro que por fin reconocían que se amaban. Sus labios sabían a hogar, a la paz después de la guerra, y supe que aquel era el lugar en el que estaba destinada a estar. El refugio en el que curar mis heridas.

Nos dejamos llevar durante unos segundos, reencontrándonos, degustándonos como dos adolescentes en su primer beso. Joaquín hundió sus dedos en mi pelo y me tumbó sobre las flores. Temblaba de arriba abajo y sentía el pecho a punto de estallar, pero quería que ese instante se alargara hasta la eternidad.

Sin embargo, no fue posible.

Pan llegó corriendo hasta nosotros y comenzó a darnos lametones de alegría, obligándonos a separarnos.

—¡Pan! —exclamé, sonriendo—. ¡Para!

Joaquín lo apartó con la mano y, cuando el perro volvió a abalanzarse sobre nosotros, los dos hicimos algo maravilloso, algo a lo que no estábamos acostumbrados: nos reímos.

El sonido salió de mi boca con naturalidad, hecho de terciopelo y azúcar, y voló con el viento convertido en un millón de mariposas. La sensación que la risa provocó en mi cuerpo fue extraordinaria, como el alivio de volver a correr después de haber estado años encadenada. Sin embargo, lo

que sentí con mi risa no fue nada comparado con lo que me provocó la de Joaquín. Su sonido se me clavó dentro y abrazó mi dolor con tanta fuerza que casi lo hizo desaparecer.

¿Era así como se sentía la felicidad? No lo sabía, pero quería escucharlo reír el resto de mi vida.

—Mirad —nos indicó Frasquita, poniéndose en pie—. ¿Qué es eso?

Unas brillantes luces doradas aparecieron de la nada y comenzaron a revolotear a nuestro alrededor, tiñendo los pétalos de las flores con su brillo. Eran docenas, cientos de esferas brillantes bailando en el aire como ingrávidos copos de nieve.

Todos contuvimos el aliento, hipnotizados con su belleza, y durante unos segundos nos limitamos a observarlas. No se asemejaban a nada que hubiéramos visto antes.

Me puse en pie y, con algo de esfuerzo, ayudé a Joaquín a levantarse. Nos quedamos cogidos de la mano, junto a Frasquita y Candela, y tanto los Guardianes como los ciudadanos de Sevilla se fueron acercando poco a poco hasta nosotros. Nadie se atrevió a hablar por miedo a molestar a aquellos hermosos destellos que, por alguna razón que aún no entendíamos, habían decidido honrarnos con su presencia.

—Carmen —me llamó una de las luces. Su voz, femenina, hizo que se me encogiera el estómago.

—Frasquita —susurró otra, más aniñada que la anterior.

Joaquín me miró con algo de desconfianza, y yo fruncí el ceño. Había perdido las armas de caelestum y me encontraba indefensa. ¿Y si se trataba de otra trampa de Tzadi? ¿Y si estábamos equivocados al pensar que la guerra había terminado?

Las luces seguían revoloteando, rodeándonos por completo, y yo empezaba a ponerme muy tensa. Sin embargo, cuando empezaron a tomar forma a nuestro alrededor, me quedé sin respiración.

Aquellas esferas brillantes no eran ninguna amenaza.

Eran almas.

Sin perder su brillo, estas fueron poco a poco tornándose humanas. Hombres, mujeres y niños; los espíritus de nuestros seres queridos nos rodearon, observándonos con sus ojos traslúcidos e inmortales, haciendo

que todos creyéramos que, al igual que las flores, los sueños habían vuelto de golpe para transformar nuestra realidad.

—¿Carmen? —repitió la voz femenina que había hablado al principio, esta vez mucho más cerca, justo a mi lado—. ¿Eres tú?

Cerré los ojos con fuerza, conteniendo las lágrimas, y apreté la mano de Joaquín. No, era imposible. Tenía que ser una trampa. Habíamos matado a los ángeles y, sin posibilidad de abrir las puertas del Cielo, Yud no habría liberado a las almas. Si lo hubiera hecho, estas se habrían perdido para siempre, echando por tierra todos nuestros esfuerzos.

—Carmen —me llamó otra voz, esta vez masculina.

Muchos de los ciudadanos de Sevilla, al reconocer a sus amigos y familiares entre los espíritus, comenzaron a llorar. Hubo gritos de emoción, nombres que dolían pronunciados de nuevo, muros de hielo derribados. Aunque permanecí con los ojos cerrados, pude escuchar el reencuentro de Leonor con Óliver, el hijo que Yud le había arrebatado en aquella misma Plaza.

—¡Óliver, hijo mío!

—¡Mamá! —grito este, convertido de nuevo en un niño indefenso.

Y yo quise abrir los ojos, quise volver a ver a mi amigo, pero no me atrevía a descubrir si aquello no era más que una fantasía que solo me traería dolor.

—Hay alguien que te está esperando —me susurró Joaquín, devolviéndome el apretón de manos con delicadeza.

Cogí aire y, apoyándome en él, me di la vuelta.

Y entonces comencé a llorar.

Mis padres estaban allí, de pie, tal y como los recordaba. Sus cuerpos emitían un leve resplandor dorado, pero eran ellos. Lo sabía, lo sentía. Habría reconocido los rasgos de mi padre, tan parecidos a los míos, en cualquier lugar. Habría reconocido la sonrisa de mi madre en cualquier rostro.

—Mamá —susurré, dirigiéndome a ellos después de diez largos años—. Papá.

Joaquín me soltó la mano y yo extendí los brazos hacia ellos. Tenía la vana esperanza de poder abrazarlos, de poder tocarlos de nuevo; sin

embargo, tal y como me había pasado con Dancaire, sus manos atravesaron las mías como si estuvieran hechas de aire.

—Mi niña —musitó mi madre—. Te hemos echado de menos.

—Yo también —respondí. Las lágrimas me acariciaban las mejillas, pero ya no me importaba mostrarme vulnerable. Era mi amor por ellos, por mi familia, lo que me hacía fuerte—. Os he echado de menos cada segundo.

—Estamos muy orgullosos de ti —me dijo mi madre, haciendo que la garganta se me llenara de espinas—. De todo lo que has conseguido.

—Nos has salvado —añadió mi padre, incapaz de ocultar el orgullo de su voz—. Has salvado el mundo, mi niña.

Quería decirles tantas cosas que las palabras se me quedaban atascadas en la garganta. Había pasado mucho tiempo y, a la vez, sentía que este no había transcurrido en absoluto; que la muerte no significaba nada cuando el amor era tan grande.

—¿Adónde iréis? —les pregunté. Sabía que era estúpido e infantil, imposible, pero esperaba que me dijeran que iban a quedarse allí, conmigo, y que ya nada nos separaría de nuevo—. El Cielo… está cerrado.

Las voces de dos niños llamaron nuestra atención, y las respuestas se quedaron suspendidas en el aire. Un pinchazo de nostalgia me atravesó al reconocerlas, al darme cuenta de que allí también estaban David y Félix, nuestros amigos de la infancia.

—Estoy bien —les estaba diciendo Frasquita, que se había agachado junto a ellos mientras se secaba las lágrimas—. Ahora soy más fuerte, ¿sabéis? ¡Hasta sé luchar con una espada!

—¿Y ya no te vas a morir? —quiso saber David.

Frasquita se rio, y el sonido que emitió me pareció precioso y sorprendente, como una caricia cuando estás dormido.

—No, todavía no —le respondió.

—¡Bien! —exclamó Félix—. Morirse es un rollo.

—Fuimos a la Alhambra por ti, ¿sabes? —dijo David—. Para salvarte.

—Y lo conseguisteis. Por supuesto que lo conseguisteis.

Volví a mirar a mis padres y, cuando clavaron sus ojos en los míos, mi gracia emitió un destello. Fue como un aviso, como una señal que me hizo cosquillas en la piel.

—Podemos volver al Cielo —me explicó madre—, pero para eso tenéis que abrirlo.

—Solo vosotros podéis hacerlo.

¿Nosotros? Observé mis manos, aún repletas de tatuajes, y entonces lo entendí. Flores, risa, música, sueños; teníamos todo lo que la Oscuridad le había arrebatado al mundo, y quizá esa era su verdadera razón de ser. Quizá los ángeles no solo nos habían dado las gracias para que pudiéramos sacarlos de la Alhambra, sino que en ellas había mucho más. Quizá por eso Yud había liberado las almas, porque también había llegado a la conclusión de que, aunque ya no hubiera ángeles, nosotros seguíamos existiendo.

—¿Estáis seguros? ¿Cómo podéis saber que funcionará?

—Porque nos lo dijo él. El demonio.

Yud. Estaban hablando de Yud. Al igual que se había comunicado con el alma de Dancaire para que me llevara hasta los arcángeles en la Alhambra, se había comunicado con las de mis padres.

—Ese demonio fue quien os mató —les dije. No podía permitir que se marcharan sin que supieran la verdad sobre Yud—. Os asesinó en la Plaza, pero en realidad no es…

—Lo sabemos —me interrumpió mi padre sin dejar de sonreír—. Hemos pasado diez años junto a su corazón, Carmen. Conocemos su verdad.

—Se sacrificó por nosotros —añadió mi madre—. Para que pudiéramos ser libres, él tenía que morir.

En cuanto asimilé sus palabras, algo dentro de mi pecho se rompió. Yud no había vuelto al Infierno, sino que había muerto para liberar las almas que guardaba en su interior. Yud siempre había sabido que tendría que dar su vida, y se había sacrificado por ellas. Por eso se había apartado de mí en Medina Azahara, por eso no había querido darme la esperanza de un futuro.

No había sido porque no me quisiera.

Había sido porque sabía que iba a morir.

—La espada de Miguel —me explicó mi madre—. También cayó al Infierno, y Yud la utilizó para acabar con su vida. Antes de liberarnos, también nos pidió que te contáramos eso.

—Lo que ha hecho ha sido un acto de amor —me dijo mi padre—. El más puro y altruista que existe.

Miré a mi alrededor, algo nerviosa, y me pregunté si sería posible que, de alguna forma, el alma de Yud estuviera allí. ¿Y si ese acto de amor lo había salvado del Infierno? ¿Y si entregar su vida para salvar a todos aquellos inocentes era lo que eliminaba las últimas sombras que quedaban en su interior? Había muchos rostros, pero ninguno se parecía al suyo. Ninguna de aquellas almas tenía sus ojos, ni la perfección de sus rasgos, ni esos labios que nunca me habría cansado de besar.

Volví a mirar a mis padres y, cuando me di cuenta de que sus cuerpos estaban perdiendo el brillo y sus formas se estaban difuminando, volví a centrarme en ellos.

Teníamos que abrir el Cielo porque se nos estaba acabando el tiempo.

Busqué a Joaquín y mis primas y, cuando nuestros ojos se encontraron, supe que estaban dispuestos a intentarlo.

—Cogeos de las manos —les indiqué.

Joaquín entrelazó sus dedos con los míos y, con la otra mano, cogió la de Frasquita. Candela no tardó en unirse a ella, y todos encendieron sus gracias a la vez. Así, los cuatro unidos, comenzamos a brillar.

—Siempre habrá dos estrellas cuidándote desde el cielo —me dijo mi padre. Sus contornos habían empezado a desaparecer—. Cuando las escuches cantar, piensa en nosotros.

—Lo haré —le respondí, intentando no derrumbarme—. Te lo prometo.

—Te queremos, hija.

Dejé que mi gracia ardiera con fuerza y esta, uniéndose al poder de Joaquín y al de mis primas, calentó la sangre de mis venas. Nuestros tatuajes brillaban más que nunca, acariciándonos la piel, pero no sabía si sería suficiente. Triana no estaba con nosotros, y David y Félix no podían usar sus poderes. Quizá éramos demasiado débiles para hacer algo así. Quizá, por mucho que lo intentáramos, no podíamos abrir las puertas del Cielo.

—¡Podemos hacer esto! —exclamó Candela. A través de su gracia tenía que estar sintiendo todas nuestras dudas, todos nuestros miedos—. ¡Por ellos, tenemos que hacerlo!

Los demás asentimos y, con las fuerzas que nos insuflaban sus palabras, nos apretamos aún más las manos. Nuestros tatuajes comenzaron a

entrelazarse. Yo sentí como los de Joaquín llegaban hasta mis brazos, como los de Frasquita me hacían cosquillas en las manos. Los espíritus a nuestro alrededor nos miraban con expectación. No podíamos fallarles.

—¡Vamos, Frasquita! —exclamó Félix.

—¡Tú puedes! —la animó David.

—Adiós, Carmen —me dijo una voz femenina que, hasta ese momento, no había escuchado—. Al final ganaste tú.

Alcé la mirada y, cuando mis ojos se encontraron con los de Micaela, las lágrimas me arañaron de nuevo la garganta. Estaba de pie, junto a mis padres, el pelo de fuego alborotado y una sonrisa en el rostro. Joaquín también la miró y, durante unos segundos, se dijeron muchas cosas sin necesidad de palabras. Su historia había acabado, pero se seguían admirando y respetando.

—Algún día volveremos a encontrarnos y te pediré la revancha —me dijo Micaela, llevándose una mano al pecho.

—Estaré preparada —le respondí.

—Eso espero. Ahora, amiga, demuéstrale al mundo lo que eres capaz de hacer.

Volví a mirar a mis primas y, sabiendo que no podía fallar a Micaela, ni a mis padres, ni a mis amigos, dejé que mi gracia me consumiera por completo. Yud se había sacrificado para liberar a aquellas almas, dándome así el regalo más grande que nadie me había hecho jamás, y no pensaba decepcionarle. Él había entregado su vida por liberarlas y, si hacía falta, yo entregaría la mía por llevarlas al Cielo.

—¡Vamos! —exclamé.

Nuestro poder estalló a la vez, cegándonos a todos, y la energía abandonó mi cuerpo. Mis piernas perdieron la fuerza, y hasta los latidos de mi corazón se detuvieron.

El mundo se volvió dorado, y yo me desplomé.

Cuando abrí los ojos de nuevo, estaba tumbada en una cama. Me dolía todo el cuerpo y notaba un incómodo zumbido dentro de los oídos. La cabeza me iba a estallar, pero una sensación cálida y agradable me arropaba, como si el

fuego de una chimenea me estuviera calentando la piel. A mi alrededor se escuchaban voces, y eso me hizo fruncir el ceño.

—Te amo —susurró alguien con suavidad. No tardé en reconocer la voz de Candela, aunque no me estaba hablando a mí—. Eres lo mejor que me ha pasado nunca, Julia.

—Y tú eres lo mejor que me ha pasado a mí.

Al escuchar la voz de Julia, abrí los ojos de golpe. La que había sido mujer del cacique estaba tumbada en una camilla contigua a la mía, feliz. Candela estaba sentada al borde, mirándola con tanto amor que sentí que mi presencia profanaba el momento. Ninguna de las dos parecía haberse dado cuenta de que me había despertado.

—Pensé que iba a perderte —susurró Candela, llevando la mano hasta el rostro de Julia para acariciárselo con suavidad—. No sé qué habría hecho sin ti.

—Si he sobrevivido ha sido por la esperanza de volver a verte, Candela, por la esperanza de una vida entera junto a ti y junto a Diego. Sois lo más valioso que tengo.

Candela sonrió y, tras observar a Julia durante unos segundos, se inclinó sobre ella y la besó. Quise volver a cerrar los ojos, darles la intimidad que aquel instante requería, pero no fui capaz. Habíamos perdido tanto que necesitaba más que nunca empacharme del amor y la felicidad de aquellos que me importaban.

Solo cuando ambas se separaron, sin dejar de mirarse a los ojos, decidí intervenir.

—Bueno, ¿cuándo es la boda?

—¡Carmen! —exclamó Candela, poniéndose en pie. Sus mejillas enrojecieron, y yo esbocé una sonrisa traviesa—. ¿Llevas mucho tiempo despierta?

Me encogí de hombros, dejando que la duda flotara entre nosotras, y después me incorporé. Estábamos en una tienda de campaña y, como la tela estaba entreabierta, una luz dorada que provenía del exterior me calentaba el cuerpo. Tardé varios segundos en darme cuenta de que se trataba del sol, que después de veinte años volvía a brillar en el cielo.

—¿Dónde está Adela? —les pregunté.

—Está bien —me respondió Julia—. Fue ella la que me sacó del Alcázar y me trajo al campamento para que me curaran.

—¿Y los demás? —Comencé a mover la mano, jugueteando con los rayos del sol y su calor—. ¿Cómo están?

—Bien, todos estamos bien —me dijo Candela—. Conseguimos abrir las puertas del Cielo, pero al hacerlo nos quedamos sin fuerzas y nos desmayamos. Las almas se marcharon al lugar al que pertenecen, y ahora vuelve a brillar el sol.

—También hemos visto la luna —añadió Julia, emocionada como una niña—. Y las estrellas.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Casi dos días —me respondió Candela. Volvió a sentarse en la cama y cogió la mano de Julia—. Has sido la última en despertar.

Me levanté, ignorando la mirada de preocupación de Candela, y, tras superar el mareo inicial, salí de la tienda. Necesitaba comer algo, pero antes necesitaba saber qué había pasado durante aquellos dos días. Tenía que hablar con los supervivientes de la batalla, ayudar a los heridos, pensar cómo podíamos volver a levantar todo lo que los demonios habían destruido. Teníamos que reconstruir el mundo desde cero, y no pensaba quedarme descansando cuando había tanto por hacer.

—¡Carmen!

La voz de Frasquita fue lo primero que me recibió en el exterior. Después, sus brazos. Mi prima me apretó con fuerza, como si llevara años sin verme, y yo me dejé hacer. El cielo tenía un intenso color azul y las flores crecían a nuestros pies, regalándonos su aroma. No había ni rastro de las sombras que habían traído los demonios y, por primera vez, el mundo me pareció… hermoso.

—¡Madre mía, es todo increíble! —exclamó Frasquita—. ¿Has visto el sol? ¿Lo mucho que calienta? ¡Y ahí al lado hay un árbol con las manzanas rojas! ¡Rojas!

Observé el campamento que nos albergaba y, aunque éramos muchos menos de los que habíamos llegado a Sevilla, todos parecían estar bien. Aunque la tristeza pesaba sobre sus hombros, estaban a salvo.

—¿Y sabes qué ha pasado antes? —continuó Frasquita—. ¡Que nos hemos reído tanto que al Bigotes se le ha salido el agua por la nariz!

La escuché hablar durante unos minutos, con el amor y el orgullo recorriéndome el pecho, y supe que, por fin, habíamos vencido. Mi familia era libre, el Infierno estaba cerrado y las almas de nuestros seres queridos descansaban en el Cielo. Teníamos flores, risas y sol. Nos teníamos los unos a los otros.

—Los vecinos de Sevilla nos han estado ayudando. Muchos han perdido sus casas y están aquí, con nosotros, pero…

Dejé de escuchar a Frasquita cuando, al girar la cabeza, vi a Joaquín.

Estaba apoyado contra el tronco de un árbol, mirándome, sonriendo. Llevaba ropa limpia y, aunque el pelo y la barba le habían crecido, se le veía descansado. Su mirada rebosaba una placentera paz, y su piel, por primera vez bañada por la luz del sol, parecía hecha del más hermoso bronce.

Mi poder crepitó, pero me sentí capaz de controlarlo. Crearía flores cuando yo quisiera, curaría a todos aquellos que lo necesitaran. Ahora que no tenía barreras, mi gracia y yo, por fin, éramos una sola.

—Luego hablamos —le indiqué a Frasquita, despidiéndome de ella con un gesto.

Comencé a caminar hacia Joaquín y, cuando llegué hasta él, nos fundimos en un abrazo. Su olor a romero me hizo sonreír, y las emociones me golpearon con tanta fuerza que los ojos se me humedecieron. Lo amaba, lo amaba y me arrepentía de haberme pasado años negándomelo a mí misma. Lo amaba, pero también amaba a Yud y lo echaría de menos el resto de mis días. Lo amaba y, aun así, no podía dejar de pensar en todos aquellos a quienes habíamos perdido por el camino.

—¿Cómo puedes estar tan guapa después de pasar casi dos días durmiendo? —me preguntó. Nos separamos, pero sus brazos siguieron rodeando mi cintura, manteniéndome cerca de él—. Eres lo más bonito que he visto en mi vida.

—Tú tampoco estás nada mal, ¿eh?

Nos miramos durante unos segundos, perdiéndonos en los rasgos del otro. Sus cicatrices, que siempre le habían hecho sentir inseguro, eran para

mí una bella obra de arte que contaba su historia, unas marcas en su piel que me hablaban de su vida. Y yo, que no veía más que perfección en ellas, las adoraba.

—¿Quieres que siga llamándote Joaquín? —le pregunté, esbozando una sonrisa divertida—. En la Fábrica, cuando Balthasar nos contó quién eras, dijiste que ese fue el nombre que te puso Dancaire, pero que antes tenías otro. Ahora que el Apóstata ya no está no tienes por qué esconderte.

—Carmen —me respondió él—. Da igual. El día en que tú me llamaste Joaquín por primera vez, mi antiguo nombre dejó de importar. Todo para mí dejó de importar, en realidad.

Sonreí y, cuando él me devolvió el gesto, el corazón me dio un vuelco. De repente no tenía cadenas, no sentía un odio intenso y visceral impidiéndome amar, y eso era increíblemente liberador. Por fin había aceptado que podía llorar por la muerte de Triana, por la de Dancaire y Micaela, por la de mis padres. Podía llorar por Yud, y eso no me hacía débil.

—Te he echado de menos —me dijo Joaquín mientras me apartaba un rizo rebelde de la cara. Siempre era yo la que tenía que alzar la cabeza para buscar sus ojos, pero él me miraba como si fuera inmensa, una diosa que escapaba a su comprensión—. ¿Cómo estás? ¿Te duele algo?

Negué con la cabeza y moví la mano para hacer que, a nuestro alrededor, comenzaran a brotar flores. Eran pequeñas y de un blanco amarillento, hermosas, con un olor dulce e intenso que te invitaba a sonreír. Al principio solo brotaron unas pocas, dejándonos en el centro de un hermoso círculo. Después, comenzaron a extenderse por el campamento. Crearlas era para mí tan sencillo y natural como respirar.

—Son prímulas —expliqué, recordando las lecciones sobre flores que, en lo que parecía otra vida, me había dado Dancaire—. Las primeras flores que brotaban cuando llegaba la primavera. Supongo que es bonito que las tengamos otra vez, porque simbolizan…

—… los nuevos comienzos —terminó él.

Asentí y, de nuevo, volvimos a guardar silencio. Las flores seguían creciendo a nuestros pies, y algunas de ellas, las más rebeldes, comenzaron

a enroscarse en mis piernas. Los ojos verdes de Joaquín, clavados en los míos, estaban llenos de amor y esperanza.

—Carmen, ¿te das cuenta de lo increíble que eres? Siempre lo has sido, pero ahora que has recuperado tu poder…

—¿Qué?

—Que puedes crear flores y curar heridas mortales y a saber cuántas cosas más. Tu gracia… Carmen, ahora mismo eres lo más parecido que tenemos a un Creador.

Me reí, haciendo que el sonido se escapara de entre mis labios, pero la risa de Joaquín no me acompañó. Se había puesto muy serio, y yo no pude evitar pensar en lo que me había dicho el arcángel Gabriel antes de entrar en Sevilla.

«—Que cuando abramos las puertas del Cielo, Carmen, no necesitaremos que vuelva el Creador, porque el Creador siempre estará vivo. Tú lo resucitarás.

—¿Resucitarlo? ¿A qué te refieres?

—No te preocupes. Cuando llegue el momento, sabrás lo que tienes que hacer».

—Carmen, piénsalo —insistió Joaquín—. El mundo entero fue destruido tras la guerra entre los ángeles y los demonios, consumido por la oscuridad durante veinte largos años, y solo tú tienes el poder para volver a traer la luz. Solo tú puedes… curarlo.

Me quedé muy quieta, abrumada al entender qué era lo que estaba intentando decirme. Al no haber Creador, mi gracia y yo éramos las únicas que podíamos restaurar el mundo. La guerra había acabado, sí, pero aún nos quedaba por hacer lo más difícil, una tarea que solo podía llevar a cabo un Creador: devolverle la vida al mundo.

Eso era lo que Gabriel quería que hiciera.

Ese era el verdadero valor de mi gracia.

Miré hacia las tiendas, hacia mis primas, hacia los Guardianes y ciudadanos de Sevilla que por fin empezaban a vivir. Quería quedarme allí, con ellos, pero en ese momento entendí que no podía, que mi destino, al contrario que el suyo, estaba escrito desde hacía mucho tiempo. Había que restaurar el mundo. Y aunque fuera agotador, solo yo podía hacerlo.

—Te acompañaré —me dijo Joaquín, entrelazando sus dedos con los míos—. Te acompañaré adonde haga falta.

—No —le dije, intentando asimilar que, para mí, no todo había terminado—. No puedo arrebatarte la paz que te mereces, Joaquín. Quédate en Sevilla, en casa, y…

—Carmen, yo ya no tengo casa. Tú eres mi hogar. Iré contigo hasta el fin del mundo.

Durante unos segundos, me debatí entre insistirle en que se quedara y dejarle que me acompaña. Después, sin decir nada más, lo besé. Esta vez, mi gracia no estalló en mi piel, pero sí lo hizo un cosquilleo en el estómago, unas extrañas mariposas que nacieron en mi pecho y comenzaron a explorar mi cuerpo mientras me acariciaban por dentro con las alas.

Amor. Lo que sentía era amor.

Nos abrazamos de nuevo, ahora con más fuerza, y ambos guardamos silencio. Las flores seguían creciendo, envolviéndonos con su aroma a nuevos comienzos, y nuestros cuerpos encajaban a la perfección. Aunque tuviéramos que marcharnos lejos de casa, aunque dejáramos atrás a todos aquellos que nos importaban, estaríamos juntos. Eso era lo único que importaba.

—Está bien —le dije—. Pues vámonos al fin del mundo.

Epílogo

Sevilla

Carmen

Nunca iba a cansarme de mirar a las estrellas. En los últimos cuatro años, no había pasado una sola noche sin que las observara antes de dormir. Me gustaba su brillo, que de alguna forma parecía mantener alejadas las pesadillas que aún me acechaban; pero también me intrigaban los secretos que escondían en su interior.

«Siempre habrá dos estrellas cuidándote desde el cielo», me había dicho mi padre. Y yo, cada vez que me perdía en ellas, los veía. A mis padres, a Micaela, a David y a Félix. A Yud y a Triana. Estuvieran donde estuvieran, yo los sentía muy cerca.

—¿Carmen? —me susurró Joaquín. Hasta ese momento había estado dormido en mi regazo, arropado por la oscuridad de la habitación, y yo me apresuré a acariciarle el pelo para que volviera al mundo de los sueños—. ¿Estás despierta?

—No —le respondí.

Durante unos segundos, Joaquín se debatió entre creerme y preguntarme si, una vez más, me estaba costando dormir. Sin embargo, mis caricias fueron como un bálsamo de lavanda, y el sueño terminó venciéndolo.

Observé su rostro en silencio, perdiendo mis manos en su pelo, y después sonreí. La luz de las estrellas entraba por la ventana, iluminando sus rasgos, y casi convertían en plata su piel de bronce. ¿Cómo era posible que cada día lo amara más? Notaba su lenta respiración sobre mí, los latidos

de su corazón, y el amor que sentía me abrumó tanto que los ojos se me humedecieron. Esta vez, sin embargo, las lágrimas no tenían nada que ver con la tristeza. Mi pecho era un torbellino de emociones, pero, por primera vez, todas eran buenas.

«Yo nunca voy a querer a nadie como tú me quieres a mí», le había dicho hacía años, en lo que me parecía otra vida. Qué equivocada había estado. Iba a quererlo a él, a mi otra mitad.

Dejé de acariciarle el pelo y, casi sin darme cuenta, seguí la ruta que marcaban las cicatrices de su piel. Aunque aquellas heridas mal curadas contaban la historia de Joaquín, una historia que ya conocía a la perfección, ahora también contaban la mía.

En aquellos cuatro años habíamos recorrido juntos miles de kilómetros, haciendo crecer las flores en los campos que habían quedado yermos tras la Caída del Cielo, ahuyentando con música las últimas sombras que oscurecían la Tierra. Nos habíamos perdido en inmensos desiertos de arena, y aún teníamos grabado en los labios el sabor de las playas de agua cristalina en las que habíamos hecho el amor. Los árboles habían dejado de ser negros, los animales de estar asustados, y ya casi no habías iünas amenazando lo que los demonios habían llamado el hogar de los hijos de Adán.

Mientras sanábamos el mundo, volviendo a hacerlo habitable, nos habíamos sanado el uno al otro. Ya no quedaba ni rastro del dolor, del odio o de la rabia. Aquel largo viaje nos había cambiado, haciendo que nos diéramos cuenta del verdadero valor de nuestras gracias, y nos había unido de una forma única y especial que solo nosotros entendíamos.

Sin embargo, hacía ya tres días que habíamos vuelto a casa.

Aún quedaba mucho trabajo que hacer, mucho mundo que recorrer, pero desde hacía meses, Sevilla nos llamaba a gritos. Echábamos de menos a nuestra familia, nuestro hogar, a nuestros amigos. Echábamos de menos estar en un lugar conocido, un lugar en el que la inmensidad no nos hiciera sentirnos tan solos. Por eso, lo habíamos dejado todo y, aunque fuera solo durante unos días, nos habíamos cobijado en la casa de Candela y Julia.

—Ahora vuelvo —le dije a Joaquín en voz baja. Le di un suave beso en la mejilla, pero él no pareció darse cuenta.

Me levanté de la cama con cuidado. Sin hacer ruido, me vestí. Joaquín, sumido en un sueño profundo, dejó que las estrellas fueran mis únicas compañeras de insomnio.

Salí de la habitación con sigilo. Joaquín era difícil de despertar, pero Candela no. Si me escuchaba caminar por los pasillos de su casa en mitad de la noche, me haría preguntas que no estaba dispuesta a responder.

Atravesé el pasillo con lentitud, en dirección a la puerta de la calle y, cuando estaba a punto de alcanzarla, una voz hizo que me sobresaltara.

—¿Adónde vas?

El corazón me dio un vuelco y me di la vuelta a toda prisa. Mis ojos se encontraron con una mirada azul profunda que, a pesar de que se parecía a la de Candela, era otra muy distinta.

—Diego —susurré—. ¿Qué haces despierto? Es muy tarde.

—¿Vas a traerme una jícara de chocolate, tía Carmen?

El niño me miraba esperanzado, y yo me agaché frente a él. La luz de las estrellas entraba por la ventana e iluminaba su rostro, haciendo que la inocencia de sus ojos brillara como si dentro se arrebujaran diamantes. Él no lo sabía, pero verlo había sido una de las razones por las que Joaquín y yo habíamos vuelto a Sevilla. Nos habíamos perdido cuatro años de su vida y no queríamos que siguiera creciendo sin nosotros. No queríamos ser solo unos nombres que no significaran nada para él.

—Si no le cuentas a nadie que me has visto, te prometo que te la traigo —le dije.

El pequeño Diego esbozó una sonrisa y yo sentí una oleada de calor en el pecho. Al contrario que nosotros, él estaba creciendo sin miedo, rodeado de risa, de paz y de música. Él no sabía lo que era el hambre, ni el dolor que provocaban los sacrificios en las Plazas. No tenía prohibido decir en voz alta los nombres de las flores.

—Vale —aceptó—. Te lo prometo. No se lo diré a mamá ni a mamá.

Asentí, satisfecha, y después le revolví el pelo con cariño. Era rubio, al igual que Candela, tan dorado como volvía a ser el trigo. Si había algo de Antonio en él, Julia y mi prima se encargarían de borrarlo para siempre.

—Gracias —dije—. Y ahora, vete a la cama o no habrá chocolate.

Diego abrió mucho los ojos y, sin añadir nada más, corrió hacia su habitación. Aunque lo hubiera visto por primera vez hacía tres días, ya lo quería con todo mi corazón. Él era la muestra viviente de que el amor nunca se dividía, sino que se multiplicaba. Era infinito, y poderoso, y eterno. Yo lo sabía mejor que nadie.

Salí de la casa cuando aún quedaban horas para el amanecer. La calle estaba tranquila y el aire olía a limpio, a las flores que decoraban las ventanas.

Observé la casa de enfrente, la de Frasquita y Pan, y me sorprendí al ver una luz encendida en su interior. Según me habían contado, Frasquita recibía visitas constantes del Bigotes, que no se cansaba de intentar cortejarla. Ella, sin embargo, parecía mucho más interesada en sus libros que en cualquier tipo de relación, así que se limitaba a disfrutar de su compañía sin ataduras. Eso me llenaba de orgullo. Ahora que sabía lo maravilloso que era el mundo, quería que Frasquita lo tuviera a sus pies.

—A veces, Adela y el Tuerto vienen a vernos —me había contado esa misma tarde, cuando había ido a visitarla—. Suelen preguntarnos por vosotros. Isabel, la nieta de Adela, ya tiene cuatro años. A Diego le encanta jugar con ella. Es una niña maravillosa.

—¿Está bien? —le había preguntado yo—. Isabel. ¿Está sana y a salvo?

—Lo está, Carmen. Gracias a ti, lo está.

Comencé a avanzar a paso rápido, porque el camino que tenía por delante era largo. Sin embargo, no me privé de admirarlo todo.

Las calles de Sevilla, aunque reconocibles, habían cambiado mucho. La batalla que había destrozado la Plaza también había afectado al resto de la ciudad, y sus habitantes habían pasado los últimos cuatro años esforzándose por reconstruirla. La vida en Sevilla era mucho más alegre y luminosa de lo que lo había sido nunca, pero las cicatrices de los vecinos y sus calles, el dolor escondido entre sus grietas, hablaban de una guerra de la que nunca seríamos capaces de desprendernos.

Caminé sin descanso hasta llegar a las afueras. Los campos de cultivo que me rodeaban estaban aún sumidos en una inquietante oscuridad, aunque el sol no tardaría en convertirlos en oro. El corazón me latía a toda velocidad y mis piernas casi se movían solas, como si supieran que

llevábamos cuatro años esperando ese momento, cuatro largos años soñando con volver.

Continué sin detenerme un rato más, vigilada por las estrellas, y cuando las ruinas de la fortificación abandonada se alzaron sobre mí, contuve aliento.

La recordaba. La recordaba a la perfección.

Era allí donde había curado a Yud por primera vez, donde me había dado cuenta de lo poderosa que era. Era allí donde, aún sin quererlo, el Escamillo y yo habíamos pasado nuestra primera noche juntos.

«Tienes… un lunar» me había susurrado, moribundo, como si ya entonces supiera lo mucho que aquella marca en mi piel iba a significar.

Cerré los ojos un segundo, saboreando la amarga nostalgia, y después, con decisión, me adentré en la fortaleza.

La garganta se me llenó de espinas cuando me di cuenta de que, en cada rincón, los recuerdos me acechaban. El olor de Yud, el tacto de sus manos, el sabor de sus besos. Aún podía sentir el ritmo al que latía su corazón, rememorar el rojo exacto de sus ojos. En alguna ocasión había escuchado su voz, calmando mis pesadillas, pero el dolor de comprobar que en realidad no estaba allí conmigo me había dejado destrozada.

Subí hasta el adarve de la muralla y, desde allí, me detuve a recuperar el aliento. Entre los merlones de piedra podía ver Sevilla, a lo lejos. Todo estaba sumido en la oscuridad de la noche, iluminado solo por la luz de las estrellas y una luna que parecía sonreírme. La brisa previa al amanecer me acarició el pelo, como dándome la bienvenida, y yo, tras cerrar los ojos unos segundos, recordé.

—Dicen que por las noches puede verse la sombra de una mujer paseando por el adarve de la muralla, esperando el retorno de su amor perdido para toda la eternidad —le había contado a Yud, intentando aferrarlo a la vida con mis palabras, aquella lejana noche que habíamos pasado allí—. Dicen que… que eran almas gemelas, y como tales, ni siquiera la muerte podía separarlos.

—Qué tontería —me había respondido él.

—¿Quién querría pasar la eternidad esperando a otra persona? —le había preguntado yo—. Menuda pérdida de tiempo.

Y, sin embargo, allí estaba. Esperándolo. Convertida en la mujer de la leyenda.

—Yud —susurré con la mirada perdida en el horizonte. Casi nunca pronunciaba su nombre en voz alta porque, cuando lo hacía, su ausencia se hacía más latente, más real—. Te echo de menos. Te echo tanto de menos que duele.

Amaba a Joaquín, pero también amaba a Yud. No tenía ninguna duda de eso. Al igual que Candela, que no había dejado de amar a Julia cuando nació Diego, mi amor no había hecho más que multiplicarse. No importaba el tiempo que pasara o los sentimientos que albergara mi corazón, Yud siempre tendría un espacio reservado solo para él, un refugio en el que escondía todo lo que habíamos compartido, todo lo que era nuestro y solo nuestro.

—Lo sé —me había dicho Joaquín, hacía cuatro años, cuando nos perdimos en un bosque de árboles inmensos que nos había hecho sentir minúsculos—. Sé que lo amas, y que nunca vas a dejar de hacerlo.

—¿Y no te importa? —le había preguntado yo.

—Eso no afecta en nada a lo que sientes por mí, Carmen. Sé que me amas y yo sé que te amo a ti. Nunca voy a ponerle límites a tu corazón.

Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón y, tal y como había hecho otras veces, saqué el anillo de plata que me había regalado Yud.

Al descubrir su verdadera identidad, me había engañado a mí misma fingiendo que lo lanzaba lejos y me desprendía de él, pero en realidad no había sido capaz de hacerlo. El anillo que Yud me había comprado en la Alcaicería de Granada, convirtiéndolo en el símbolo de nuestro amor, siempre había estado conmigo. Recordándome que, a pesar del odio y la rabia, no podía desprenderme de la esperanza.

—Te hice caso, Yud —le dije a la pequeña joya de plata. De alguna forma sentía que, al hablarle, también le hablaba a él—. Me quedé aquí, en la Tierra, y fui feliz.

Me puse el anillo en el dedo y, con un nudo apretándome la garganta, me apoyé en la muralla. Al instante, desbordada como estaba de amor y añoranza, mi gracia se encendió en el oro más puro y de mis manos empezaron a brotar claveles rojos. Las flores se fueron engarzando en la

piedra poco a poco, conquistándola, tiñendo su frío abandono del color de los ojos de Yud. Y yo no pude evitar el llanto.

No me arrepentía de haber elegido a Joaquín, pero en aquellos cuatro años no había dejado de preguntarme si habría existido una forma de salvar también a Yud, si quizá debería haber sido más lista, más rápida, más fuerte. Con el paso del tiempo, sin embargo, había entendido que aquello era lo que tenía que ocurrir. Yud había sabido desde el principio que, para liberar a las almas, tenía que morir. Por eso había intentado alejarme de él en Medina Azahara. Se había sacrificado por las almas, pero, y esto era algo que había descubierto más tarde, también por mí.

«Las almas que no están condenadas pueden elegir quedarse aquí si así lo desean —me había explicado el arcángel Gabriel—. Hay muchas que no están preparadas para la vida eterna, y el Cielo, al contrario que el Infierno, es una posibilidad, no una obligación».

Y, aunque había tardado, por fin lo había entendido.

El sacrificio de Yud había limpiado las sombras de su alma, salvándolo así de su condena en el Infierno, pero él no había ido al Cielo. Contra todo pronóstico, el alma de Yud se había quedado vagando en la Tierra.

Porque él también me estaba esperando.

—Sabes que siempre lo haría, ¿verdad? —le había dicho—. Buscarte. No quiero perderme la luz de tu alma en ninguna vida.

—Entonces te esperaré. En todas las vidas y en todos los mundos.

Y así, sin saberlo, habíamos firmado un pacto. Yud sabía que, cuando muriera, se quedaría entre mi Cielo y su Infierno. Teniendo la oportunidad de elegir, me había elegido a mí.

«Tú eres el único Cielo que necesito».

No entendía cómo funcionaba la reencarnación de la que me había hablado el arcángel Gabriel, pero sabía que Yud y yo, de alguna forma, volveríamos a encontrarnos. Su alma y la mía volverían a coincidir, se reconocerían, y podrían pasar juntas todo el tiempo que se les había sido negado. No sabía dónde, ni cuándo, pero sabía que lo harían.

Porque tanto él como yo nos estaríamos esperando.

En todas las vidas.

Y en todos los mundos.

Glosario demonios

⟶ *Rey del Infierno*

Luzbel: rey de los demonios. En el cielo era el arcángel más poderoso, la mano derecha del Creador, pero se rebeló contra la jerarquía celestial y, acompañado por sus seguidores, fue condenado al Infierno. Allí, aliándose con las sombras, se convirtió en rey.

⟶ *Señores del Infierno*

Yud: le llaman el Escamillo. Aunque su poder es desconocido, las leyendas y canciones populares dicen que es el más sanguinario de los seis señores del Infierno. Tiene un parche en el ojo derecho y unos tatuajes en forma de enredaderas que le suben por el cuello.

Tzadi: le llaman el Arlequín. Es capaz de crear ilusiones corpóreas que incluso pueden provocar dolor físico. Tiene los diez mandamientos de la antigua fe tatuados alrededor de los ojos, en forma de máscara.

Nuun: le llaman el Monje. Puede poseer tanto a humanos como a animales. El tercer ojo que tiene tatuado en la frente nunca deja de parpadear, incluso cuando está dormido.

Resh: le llaman el Magma. Puede crear y controlar el fuego. Este, sin embargo, no es un fuego normal, ya que proviene del Infierno y es mortal

para los ángeles. En la cara, de derecha a izquierda, tiene unas llamas tatuadas.

Shin: le llaman el Tifón. Con su poder no solo puede controlar las tormentas, sino que también puede detectar las mentiras. Desde la frente hasta la barbilla tiene tatuadas unas letras pertenecientes al idioma de las sombras, el cual solo pueden hablar los demonios.

Vav: le llaman el Torturador. Tiene el poder de provocar dolor. Siempre lleva una máscara que le cubre la nariz y la boca porque los arcángeles le marcaron las mejillas con dos palabras: *Angelus peccatoris*. Los únicos tatuajes que tiene visibles son las dos lágrimas que le caen de los ojos.

⟶ *Dragones*

Dragones: los soldados que forman el grueso del ejército de Luzbel. Son los demonios de categoría más baja, y también los más numerosos. Su único poder es el de transportarse con la oscuridad. Los tatuajes solo les cubren las manos.

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta segunda parte ha sido mucho más difícil que escribir la primera. En los meses en los que estuve inmersa en esta historia, mi vida sufrió muchos cambios. A pesar de que disfruté cada uno de los segundos que pasé junto a mis personajes, las noches de insomnio se sucedieron una tras otra, y había días en los que sentía que no iba a poder más.

Sin embargo, pude. Y, si lo hice, fue gracias a todas las personas que permanecieron a mi lado. Estos agradecimientos van para vosotros.

Para mamá y papá, que siempre van a ser mi sol, mi luna y mis estrellas. Me enseñasteis a luchar por mis sueños, y eso es lo que me mueve. Si aprendí a andar fue porque vosotros estabais al otro lado de la habitación, y si sigo esforzándome cada día por ser mejor es porque quiero parecerme, aunque sea un poco, a vosotros.

Para Víctor, el amor con el que siempre soñé. Gracias por levantarme cada vez que me he caído, por despertarte en mitad de la noche para ayudarme a luchar contra los fantasmas, por cuidarme cuando estoy sumida en el estrés de la escritura. Mientras esta novela crecía tuvimos que pasar por una mudanza (LA mudanza), y si pude soportarla fue gracias a ti. Te quiero, y siempre te voy a querer.

Para Lidia, mi Chelo. Te he dedicado esta novela porque has vivido conmigo la montaña rusa de emociones que ha sido la escritura de esta historia, porque has estado ahí para escuchar mis dudas y miedos en audios interminables, porque siempre has sabido darme un consejo y una palabra de aliento. Gracias por no permitir que me rinda, pero sobre todo por convertirte en más de una ocasión en refugio.

Para Eli, a quien más que una amiga, considero una hermana. Hemos llorado juntas tantas veces como hemos reído, y ni siquiera un océano ha podido separarnos. Siento no haberle dado a esta historia el final que tú querías, pero sé que algún día me perdonarás.

Para Alba, que fue la primera que creyó en mí y mis historias. No solo me has visto crecer como escritora, sino también como persona. Si a día de hoy me siento orgullosa de quién soy es también gracias a ti, a todo lo que me has enseñado.

Para Ana, una de las mejores amigas que me ha dado el mundo literario. Gracias por ser mi compañera oficial de firmas y eventos, pero también por no dudar un solo segundo en tomar un café conmigo cuando lo he necesitado. Compartir gustos literarios está bien, pero compartirlos con alguien como tú es un auténtico sueño.

Para Tere y Celia, y ahora también para la pequeña Alicia. Gracias por leerme siempre, por escucharme y apoyarme. Cumplir sueños a vuestro lado siempre es mucho más bonito.

Para mi tío Víctor, mi tía Laura, mi prima Marina y mi primo Víctor; y también para Javi, Alejandro y Laura. Para mi tía Mari y mi tía Agustina. Gracias por haberme apoyado desde el principio y por haber vivido a mi lado la publicación de esta bilogía. Una vez más me habéis demostrado que, a veces, la sangre sí hace familia.

Para Jordi, el mejor agente del mundo mundial. Nunca me cansaré de darte las gracias por luchar por esta historia, por asegurarte de que tanto ella como yo encontrábamos nuestro lugar. No ha sido un camino fácil, pero creo que podemos estar orgullosos de lo que hemos conseguido juntos. Y esto es solo el principio.

Para Marina, Ana, Alberto y todo el equipo de Faeris. No es fácil encontrar una editorial en la que puedas sentirte como en casa, pero yo tengo la suerte de decir que lo he hecho. Habéis cuidado esta historia con mimo, como los profesionales que sois, y también me habéis cuidado a mí. No podría estar más feliz de formar parte de la familia de Faeris.

Para Selene y Jota, que una vez más se han dejado la piel para sacar lo mejor de esta historia. Os habéis esforzado al máximo, y os puedo asegurar que esta novela es lo que es gracias a vosotros.

Para Andrea D. Morales, Javi G. de Hita, Andrés Astasio y Laura Martín, mis betas y amigos. No sabéis lo afortunada que me siento de que escritores tan talentosos como vosotros estén dispuestos a leerme y aconsejarme, a dejar una parte de su alma en mis historias.

Para mis compañeros de trabajo, que cada lunes y cada jueves me han escuchado hablar de esta novela, que han estado pendientes de cada una de mis firmas y eventos. La rutina laboral se lleva mucho mejor teniéndoos a vosotros.

Y, por último, aunque no menos importante, para ti, que estás leyendo esta historia. Gracias por haber acompañado a Carmen en este viaje por la Andalucía más infernal, por haber luchado junto a ella y por haber confiado en mí.

Ojalá nunca te abandonen ni la fe, ni la esperanza ni el amor.

Edición en formato digital: septiembre de 2024

Diseño de cubierta: Mayhem Cover Creations

© Miriam Mosquera, 2024. Autora representada por IMC Agencia Literaria
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

ISBN ebook: 978-84-19988-37-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Descubre aquí el reino de Faeris:

Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
Interludio I
11
12
13
14
15
16
17
Interludio II
18
19
20
21

22
23
24
Epílogo
Glosario demonios
Agradecimientos
Créditos

Table of Contents

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
Interludio I
11
12
13
14
15
16
17
Interludio II
18
19
20
21
22
23
24
Epílogo
Glosario demonios
Agradecimientos
Créditos